

**Michael Moorcock**

***La venganza de la Rosa***

*Una historia del príncipe albino en los años de su peregrinación*

Esta historia se sitúa entre los acontecimientos  
descritos en *La Torre Evanescente* y  
*La maldición de la Espada Negra*



Ediciones Martínez Roca, S. A.

# La venganza de la Rosa

## *Michael Moorcock*

Título original: *The Revenge of the Rose*

Traducción de José M. Pomares

Cubierta: Llorenç Martí

Ilustración: Frank Brunnes/Agencia Luserke

© 1991 by Michael Moorcock

© 1993, Ediciones Martínez Roca, S. A.

Enrié Granados, 84, 08008 Barcelona

ISBN 84-270-1806-1

Depósito legal B. 30.760-1993

Edición Electrónica de Elfowar. Revisión de Umbriel. Junio de 2002.

Para Christopher Lee  
¡Arioch te espera!

Para Johnny y Edgar Winter:  
¡continúad!

Para Anthony Skene,  
con gratitud

Elric sólo pudo disfrutar brevemente de la tranquilidad de Tanelorn y luego tuvo que iniciar de nuevo sus incansables viajes. Esta vez se dirigió al este, a las tierras conocidas como Directorados Valeredianos, donde había oído decir que existía un cierto globo que mostraba las naciones del futuro. En ese globo esperaba aprender algo de su propio destino, pero al buscarlo se ganó la enemistad de esa feroz borda conocida como la Hueste Haghan'iin, que lo capturó y torturó poco antes de que escapara y uniera sus fuerzas con los nobles de Anakhazhan para entrar en batalla con ellos...

*Crónica de la Espada Negra*

## **Libro primero**

### ***Sobre el destino de los imperios***

«¿Qué? ¿Nos llamas decadentes, y también a toda nuestra nación? Amigo mío, eres demasiado severo para estos tiempos. Estos tiempos son nuevos. Deberías discernir en nosotros una introspección egoísta, un orgullo impotente: en realidad, lo único que se divisa es la parodia de nosotros mismos y una sabiduría antiquísima.»

Wheldrake,  
Conversaciones bizantinas

# 1

## ***Del amor, la muerte, la batalla y el exilio; los encuentros del Lobo Blanco, un eco del pasado no del todo bien recibido***

Desde la improbable paz de Tanelorn, más allá de Bas'lk y de Nishvalni-Oss, desde Valederia, siempre hacia el este, corre el Lobo Blanco de Melniboné, aullando su roja y horrible canción, para saborear la dulzura del derramamiento de sangre...

... Todo ha terminado. El príncipe albino se halla montado sobre su caballo, como si se encontrara bajo el peso de su propio y exagerado placer por la batalla, como si se sintiera avergonzado de contemplar una carnicería tan profundamente impía.

De la poderosa Hueste Haghan'iin, ni una sola alma ha sobrevivido una hora después de una victoria segura que ya habían celebrado antes. (¿Cómo no podían ganar si el ejército de lord Elric no era más que un fragmento de su propia fuerza?) Elric ya no siente rencor contra ellos, pero tampoco experimenta mucha piedad. En su potente arrogancia, en su ceguera ante la riqueza de brujería dominada por Elric, se habían mostrado muy poco imaginativos. Se habían reído a carcajadas de sus advertencias. Se habían burlado de su antiguo prisionero, a quien tomaron por un débil engendro de la naturaleza. Unas criaturas tan violentas y estúpidas sólo se merecían el desastre general reservado a todas las almas malformadas.

Ahora, el Lobo Blanco despereza su cuerpo enjuto, sus brazos pálidos. Descansa, jadeante, sobre la gran silla pintada de combate, luego toma la murmurante hoja infernal que porta e introduce el saciado acero en la suavidad de su vaina de terciopelo. Se produce un sonido a su espalda. Vuelve unos ojos tristes y carmesíes, para encontrarse con el rostro de la mujer que detiene su caballo junto a él. Tanto la mujer como el caballo muestran el mismo orgullo inquieto, ambos parecen excitados por una victoria que no han buscado; ambos son hermosos.

El albino se inclina para tomar la mano sin guante de la dama y se la besa.

—Hoy compartimos honores, condesa Guyë.

Y su sonrisa es algo que sólo se puede adorar o temer.

—¡En efecto, lord Elric! —Ella se coloca el guantelete y retiene a su encabritada montura—. De no haber sido por la fecundidad de tu brujería y por el valor de mis tropas, esta noche habríamos sido carne del Caos, ¡y desgraciados si hubiéramos quedado con vida!

Él contesta con un suspiro y un gesto afirmativo. Ella habla con un tono de profunda satisfacción.

—La Hueste no devastará otros territorios, y sus mujeres, en sus árboles-hogar no darán a luz más brutos capaces de ensangrentar al mundo. —Se echa hacia atrás la pesada capa, y cuelga el reducido escudo por detrás de ella. Su largo cabello capta la luz del atardecer, de un profundo bermellón, tan inquieta como el océano cuando ríe, mientras que sus ojos azules lloran; había iniciado el día con la expectativa de que lo mejor en que podía confiar era una muerte repentina—. Estamos profundamente en deuda con vos, señor. Os estamos agradecidos, todos nosotros. Seréis conocido en todo Anakhazhan como un héroe.

La sonrisa de Elric es ingrata.

—Nos unimos por necesidades mutuas, señora. Yo no estaba sino saldando una pequeña deuda con mis captores.

—Hay otros medios de saldar esa clase de deudas, señor. Seguimos estando agradecidos.

—No aceptaría el mérito por un altruismo que no forma parte de mi naturaleza —insiste él.

Aparta la mirada hacia el horizonte, donde una cicatriz púrpura sustituía los matices rojos del sol poniente.

—Yo tengo una opinión diferente al respecto.

Ella habla con suavidad, pues un gran silencio se ha extendido sobre el campo y una ligera brisa agita los cabellos enmarañados, los fragmentos de tela ensangrentada, la piel desgarrada. Se observan preciosas armas, metales y joyas, sobre todo por donde los nobles Haghan'iin intentaron escapar, pero no se acercará al botín ninguno de los espadachines de la condesa Guyë, mercenarios o anakhazhani libres. Entre estos fatigados soldados existe una tendencia general a dejar en el campo todo lo posible. Sus capitanes no cuestionan esta actitud, ni tratan de impedírsela.

—Yo creo, señor, que, a pesar de todo, servís a alguna Causa o Principio.

Él se apresura a sacudir la cabeza; su postura sobre la silla es de creciente impaciencia.

—No defiendo la maestría ni la persuasión moral, sino que sólo me defiendo a mí mismo. Lo que vuestra alma anhelante toma erróneamente por lealtad a una persona o Propósito, no es más que una determinación firme y, ah, claro, de principios, para aceptar la responsabilidad sólo por mí mismo y mis propias acciones.

Ella le dirige una mirada rápida y juvenil de extrañada incredulidad, y luego se da la vuelta con el esbozo de una débil sonrisa de mujer.

—No habrá lluvia esta noche —observa, sosteniendo una mano oscura y dorada contra el atardecer—. Toda esta confusión tendrá muy mal olor y extenderá la fiebre en cuestión de horas. Será mejor que nos movamos y vayamos por delante de las moscas.

Escucha el aleteo lo mismo que él, y ambos se vuelven y observan a los primeros y glotones cuervos que se posan sobre los cuerpos convertidos en un amasijo de carne sanguinolenta, con extremidades y órganos esparcidos al azar, para saltar de unos a otros y picotear rostros medio destruidos que todavía gritan pidiendo una piedad burlescamente negada, cuando el duque del Infierno, lord Arioeh, patrono de Elric, ayudó a su hijo favorito.

Eran los tiempos en que Elric abandonó a su amigo Moonglum en Tanelorn y recorrió todo el mundo para encontrar un territorio que se parecía tanto al suyo que habría podido instalarse allí, pero ningún otro territorio como Melniboné podría ser ni una décima parte su rival en cualquier lugar en que los nuevos mortales pudieran asentarse. Y, ahora, todos estos territorios eran mortales.

Había empezado a aprender que se había ganado una pérdida que jamás quedaría compensada, y al perder a la mujer que amaba, a la nación a la que había traicionado y la única clase de honor que había conocido, también había perdido una parte de su propia identidad, un cierto sentido de su propio propósito y razón sobre la Tierra.

Irónicamente, fueron estas mismas pérdidas, estos mismos dilemas, los que le hacían tan poco parecido a su pueblo melniboneano, porque los hombres de su pueblo eran crueles y perseguían el poder por el poder, que era la razón por la que habían terminado por abandonar cualquier otra virtud más suave que pudieran haber poseído en otro tiempo, arrastrados por su necesidad de controlar no sólo su mundo físico, sino también el mundo sobrenatural. Habrían gobernado lo multidiverso si hubieran comprendido con claridad cómo podía conseguirse eso; pero ni siquiera un melniboneano es un dios. Algunos argumentarían que sólo habían llegado a producir un semidiós. Su gloria en el poder terrenal les había conducido a una ruina decadente, como sucede con todos los imperios que glorificaron el oro o la conquista, o aquellas otras ambiciones que nunca pueden quedar satisfechas, sino que deben ser alimentadas continuamente.

Sin embargo, incluso ahora, Melniboné podría haber seguido viviendo, en su senilidad, de no haber sido traicionada por su propio y exiliado emperador.

Y no importa la frecuencia con la que Elric se recuerde que el Imperio Brillante se hallaba previamente condenado a su final infeliz, él sabe en lo más profundo de su ser que fue su feroz necesidad de venganza, su profundo amor por Cymoril (su prima cautiva), sus propias necesidades, en otras palabras, las que causaron el desmoronamiento de las torres de Imrryr y diseminaron a su pueblo, como odiados nómadas, por la superficie de un mundo que en otro tiempo habían gobernado.

Forma parte de su carga el que Melniboné no cayera a causa de un principio, sino de una ciega pasión...

Cuando Elric se disponía a despedirse de su aliada temporal, se sintió atraído por algo que observó en los ojos maliciosos de la condesa, y se inclinó, con un gesto de asentimiento, cuando ella le pidió que cabalgara durante un rato a su lado; luego le sugirió que quizá le apeteciera tomar un poco de vino en su tienda.

—Habría más de filosofía —añadió ella—. Hace tiempo que anhelo la compañía de un igual intelectual.

Y se marchó con ella, por esa noche y por otras muchas que vendrían. Serían los días que recordaría como la época de las risas y de las colinas verdes interrumpidas por líneas de suaves cipreses y álamos, en las propiedades de Guyë, en la provincia occidental de Anakhazhan, durante los encantadores años de la paz duramente ganada por ella.

Pero cuando ambos hubieron descansado y empezaron a tratar de satisfacer sus inquietas inteligencias, quedó claro que la condesa y lord Elric tenían necesidades muy diferentes, de modo que Elric se despidió de la condesa y de sus amigos en Guyë, tomó un buen caballo perfectamente preparado para cabalgar y dos fornidos animales de transporte, y se dirigió hacia Elwher y el Este no cartografiado, donde todavía confiaba encontrar la paz de una familiaridad sin tacha.

Anhelaba contemplar las torres y las dulces esculturas de piedra, que se elevaban como dedos guardianes hacia los deslumbrantes cielos de Imrryr; echaba de menos el agudo ingenio y la alegre ferocidad de su pueblo, la rápida comprensión y la crueldad natural que tan ordinarias le habían parecido antes de convertirse en un hombre.

No importaba que su espíritu se hubiera rebelado, haciéndole cuestionar la misma asunción del derecho del Imperio Brillante a gobernar los semibrutos, las criaturas humanas que se habían diseminado tan meticulosamente por las

grandes masas de tierra del norte y del oeste, que ahora se denominaban «los Reinos Jóvenes», y que se atrevieran, incluso con sus débiles brujerías y guerreros inexpertos, a desafiar el poder de los Emperadores Brujos, de los que él era el último por línea directa.

No importaba que hubiera odiado tanto la arrogancia y el indecoroso orgullo de su pueblo, su fácil recurso a toda clase de injustas tiranías con tal de mantener su poder.

No importaba que hubiera conocido la vergüenza, una emoción nueva para alguien de su clase. A pesar de todo ello, su sangre anhelaba el hogar y todas las cosas que había amado, o incluso odiado, pues tenía eso en común con los humanos entre los que ahora vivía y viajaba: a veces, prefería estar cerca de lo que le resultaba familiar y gravoso, antes que abandonarlo por algo nuevo, aunque le ofreciera libertad de las cadenas de la herencia que le ataba y que finalmente debía destruirle.

Y con ese anhelo aumentando en él, al mismo tiempo que su nueva soledad, Elric recuperó el control de sí mismo, aumentó el paso de su montura y dejó Guyë muy atrás, como un recuerdo que se desvaneciera, mientras continuaba avanzando en dirección a la desconocida Elwher, el hogar de su amigo, que él nunca había visto.

Se hallaba a la vista de una cadena de montañas que las gentes locales dignificaban con el nombre de Los Dientes de Shenkh, un dios-demonio provinciano, y seguía una ruta de caravanas que descendía hacia un grupo de chabolas rodeadas por un muro de barro y troncos que ya le habían descrito como la ciudad de Toomoo-Kag-Sanapet-del-Templo-Invencible, Capital de la Iniquidad y de Riqueza Inimaginable, cuando oyó un grito de protesta a su espalda y vio una figura que caía rodando por la colina, hacia él, mientras que, por encima, un nubarrón que previamente no había visto, enviaba lanzas plateadas de luz que restallaban contra la tierra, haciendo que los caballos de Elric se encabritaran y bufaran con un nerviosismo que no era típico de ellos. Luego, el mundo se vio bañado por una luz rojodorada, como si se hubiera producido un repentino amanecer, que se transformó en un azul morado y luego en un marrón oscuro antes de girar como una corriente colérica hacia el horizonte y desvanecerse, para dejar atrás sólo unas pocas nubes perturbadas en un cielo ordinariamente deprimente por la llovizna.

Tras decidir que este acontecimiento era lo bastante extraño como para merecer algo más que su habitual breve atención, Elric se volvió hacia el individuo pequeño y de cabeza roja que en aquellos momentos salía de una zanja situada al borde de un campo de maíz verdeplateado. Miró con nerviosismo hacia el cielo y se arrebujó el pequeño cuerpo con un abrigo bastante deshilachado. El abrigo no se juntaba en la parte delantera, y no porque le estuviera muy apretado, sino porque los bolsillos, tanto interiores como exteriores, se hallaban atestados de pequeños volúmenes. Llevaba en las piernas un par de pantalones a juego, grises y brillantes, un par de botas negras con cordones que, al levantar él una rodilla para inspeccionar una rasgadura, revelaron unos calcetines tan rojos como su pelo. El rostro, adornado con una barba de aspecto casi enfermizo, estaba salpicado de pecas y era pálido, y en él relucían unos ojos azules de mirada tan intensa e inquieta como la de un ave, por encima de un pico puntiagudo que le daba el aspecto de un enorme rruiseñor tremendamente serio. Se irguió al ver que Elric se aproximaba y empezó a bajar el resto de la colina con naturalidad.

—¿Creéis que lloverá, señor? Creí haber oído un trueno hace un momento. Me hizo perder el equilibrio. —Se detuvo y echó una mirada hacia atrás—. Creía tener una jarra de cerveza en la mano. —Se rascó la enmarañada barba—. Y ahora

que lo pienso, yo estaba sentado en un banco fuera de El Hombre Verde. Un momento, señor, sois un tipo muy improbable como para que estéis en Putney Common. —Y tras decir esto se sentó de repente sobre un pequeño montículo de hierba—. ¡Santo Dios! ¿He vuelto a ser transportado? —Pareció reconocer entonces a Elric—. Creo que ya nos hemos visto en alguna otra parte, señor. ¿O erais simplemente un sujeto?

—Tenéis ventaja sobre mí, señor —dijo Elric desmontando, sintiéndose atraído hacia el hombre que se parecía a un pájaro—. Se me llama Elric de Melniboné, y soy un viajero errante.

—Mi nombre es Wheldrake, señor. Ernest Wheldrake. He estado viajando a alguna parte, de mala gana desde que abandoné Albión, primero a la Inglaterra victoriana, donde conseguí una cierta fama antes de verme atraído hacia la Inglaterra isabelina. Creo que me estoy acostumbrando cada vez más a las partidas repentinas. ¿Cuál es vuestro oficio, maese Elric, si es que no pertenecéis al teatro?

Elric, para quien la mitad de lo que decía el hombre no tenía sentido alguno, sacudió la cabeza.

—He practicado durante un tiempo el oficio de espada mercenaria. ¿Y vos, señor?

—Yo, señor mío, soy un poeta. —Maese Wheldrake se palpó y hurgó los bolsillos en busca de cierto volumen y, al no encontrarlo, hizo un movimiento con los dedos como para indicar que, de todos modos, no necesitaba certificados, y cruzó los escuálidos brazos sobre el pecho—. Se ha dicho que he sido un poeta de corte y de los barrios bajos. Debería estar todavía en la corte, de no haber sido por los intentos del doctor Dee por mostrarme nuestro pasado griego. Desde entonces he aprendido que eso es imposible.

—¿No sabéis cómo habéis venido a parar aquí?

—Sólo tengo la más vaga de las ideas, señor. ¡Aja! Pero ahora ya os tengo situado —exclamó produciendo un chasquido con los dedos—. ¡Un sujeto, por lo que recuerdo!

Elric había perdido todo interés por esta clase de interrogatorio.

—Me encuentro de camino hacia aquella metrópolis, señor, y si cabalgáis en uno de mis animales de carga, me sentiré honrado de llevaros allí. Si no tenéis dinero, os pagaré una habitación y una comida para esta noche.

—Eso me encantaría, señor. Gracias. —Y el poeta montó diestramente sobre el caballo más alejado, y se acomodó entre los sacos y paquetes con los que Elric se había equipado para emprender un viaje de duración indeterminada—. Había temido que llovería y en estos días tengo tendencia a los resfriados...

Elric continuó el descenso por el largo y tortuoso camino de caravanas en dirección a las agitadas calles llenas de barro y los sucios muros de troncos de Toomoo-Kag-Sanapet-del-Templo-Invencible, mientras que, con una voz aguda pero a pesar de ello extrañamente hermosa que le hizo pensar en el gorjeo de un ave, Wheldrake cantó varias estrofas que Elric supuso serían de composición propia.

—«Con el corazón lleno de un feroz propósito y la hoja empuñada con más fuerza. El honor luchaba en su interior contra la venganza, fría y cruel. La vieja noche y la nueva era anidaban en él; todo el poder antiguo y todo el nuevo. Y a pesar de todo no detuvo su matanza.» Y hay todavía más, señor. Él está convencido de que se ha conquistado a sí mismo y a su espada, y grita: «¡Veis, mis maestros! ¡Impongo mi fuerza moral sobre esta hoja del infierno, y el Caos ya no se ve servida por ella! El verdadero propósito triunfará y la Justicia regirá en

Armonía con el Romance en éste, el más perfecto de los mundos». Y así, señor, era como terminaba mi drama. ¿Es vuestra historia parecida de algún modo, señor? ¿Quizá un poco?

—Quizá un poco, señor. Confío en que pronto seáis devuelto al reino demoníaco del que hayáis escapado.

—Parecéis ofendido. ¡Pero en mis versos sois un héroe! Os aseguro que obtuve los principales detalles de la historia a partir de una fuente fidedigna. Una dama. Y la discreción exige que no revele su nombre. ¡Oh, señor! ¡Oh, señor! Qué magnífico momento es éste para nosotros, cuando la metáfora se transforma en una realidad común y lo cotidiano se convierte en algo perteneciente a la Fantasía y el Mito...

Sin apenas escuchar las cosas sin sentido que decía el pequeño hombre, Elric continuó hacia la ciudad.

—Fijaos, señor, qué extraordinaria depresión en ese campo de allá —dijo Wheldrake de repente, interrumpiendo sus propios versos—. ¿Lo veis, señor? Esa figura, como si una enorme bestia hubiera aplastado el maíz. ¿Es ése un fenómeno habitual por estos lares, señor?

Elric miró con naturalidad más allá del maíz y tuvo que admitir que, en efecto, éste había sido aplastado en una amplia zona, y no por ningún agente humano evidente. Volvió a detener el paso de su montura, con el ceño fruncido.

—Yo también soy un extraño aquí. Quizá haya tenido lugar alguna ceremonia que haya aplastado así el maíz...

Apenas había terminado de hablar cuando sonó un repentino bufido que conmocionó el suelo bajo sus pies y medio los ensordeció. Era como si el mismo campo hubiera descubierto que tenía voz.

—¿Os resulta esto extraño, señor? —preguntó Wheldrake llevándose los dedos a la barbilla—. Para mí es condenadamente extraño.

Casi sin pensarlo, Elric extendió la mano hacia la empuñadura de su espada rúnica. El aire estaba impregnado de un olor nauseabundo que reconoció, aunque sin poderlo situar por el momento.

Entonces se oyó una especie de crac, un retumbar como el de una tormenta distante, un suspiro que llenó el aire y que tuvo que haber sido escuchado por todo el mundo, allá abajo y, de pronto, Elric supo de qué forma había entrado Wheldrake en este ámbito cuando no tenía nada que hacer en él, pues allí estaba la criatura que había creado realmente los relámpagos y que había traído a Wheldrake en su onda. Aquí había algo sobrenatural que había atravesado las dimensiones para enfrentarse a él.

Los caballos empezaron a encabritarse y a relinchar. La yegua que transportaba a Wheldrake trató de liberarse de su arnés, se enredó con las riendas y envió a Wheldrake nuevamente rodando por el suelo, mientras que del campo de maíz, como una sensible manifestación de la tierra misma, surgió un enorme reptil, sacudiéndose las piedras y la rica tierra, manojos de amapolas y la mitad del contenido del campo, haciéndose más y más grande y sacudiéndose para liberarse de todo lo que lo había enterrado hasta entonces. Era un reptil de hocico delgado, que brillaba con matices verdes y rojos, con unos dientes como cuchillas, con la saliva siseante al golpear la tierra, con un aliento débilmente humeante que surgía de las ventanas de su nariz, mientras que una cola larga de gruesas escamas se agitaba como un látigo por detrás, arrancando matojos y arruinando todavía más la riqueza sobre la que se basaba la riqueza metropolitana. Se oyó otro estampido seco como un trueno cuando un ala curtida se extendió hacia arriba y descendió con un ruido apenas un poco más soportable que el hedor que lo acompañaba; la otra ala se levantó también y

volvió a caer. Era como si el dragón se viera obligado por algún gran útero terrenal, obligado por las dimensiones, por muros que eran físicos al mismo tiempo que sobrenaturales; se agitó y se removió para liberarse. Levantó la cabeza, extrañamente hermosa, y volvió a gritar y a arrastrarse, y sus delicadas garras, más afiladas y grandes que cualquier espada, chocaron y vibraron en la luz apagada.

Wheldrake, que se había arrastrado hasta ponerse en pie, echó a correr sin ceremonias hacia la ciudad, y Elric no pudo hacer otra cosa sino dejar que sus bestias de carga huyeran con él. El albino quedó pues frente al monstruo, sin la menor duda acerca de sobre quién deseaba éste ejercer su cólera. Su sinuoso cuerpo ya se movía con una especie de gracia monumental al tiempo que se volvía para mirar a Elric. Restalló de repente y Elric se vio arrojado al suelo; la sangre brotaba a borbotones del torso del caballo y los restos del animal se derrumbaron sobre el camino. El albino rodó rápidamente sobre sí mismo y se incorporó; Tormentosa aullaba y susurraba ya en su mano, las runas negras brillaban a lo largo de la hoja y la radiación negra parpadeaba arriba y abajo de los filos. Entonces, el dragón vaciló, lo miró cautelosamente mientras sus mandíbulas masticaban por un momento la cabeza del caballo y la garganta hacía un solo movimiento para tragarla. Elric no tuvo ninguna otra alternativa. ¡Se lanzó contra su tremendo adversario! Los grandes ojos de la bestia trataron de seguirle mientras él zigzagueaba entre el maíz, y las mandíbulas del monstruo goteaban y se sacudían el licor sanguinolento que marchitaba y mataba todo lo que tocaba. Pero Elric se había criado entre dragones y conocía tan bien su vulnerabilidad como su poder. Sabía que si lograba acercarse lo suficiente a la bestia había puntos que podría golpear y al menos herirla. Sería su única posibilidad de supervivencia.

Cuando el monstruo volvió la cabeza, buscándole, haciendo chasquear los colmillos y emitiendo grandes alientos de su garganta y de las ventanas de la nariz, Elric se abalanzó desde debajo del cuello y lanzó un solo mandoble contra el pequeño lugar situado a medio camino de su longitud, donde las escamas eran siempre blandas, al menos en los dragones melniboneanos; el dragón pareció notar el golpe y retrocedió, con las garras desgarrando la tierra y las plantas como una guadaña monstruosa, y Elric se vio derribado por un gran montón de tierra que medio lo enterró, de modo que tuvo que forcejear para liberarse.

Fue entonces cuando un movimiento de la cabeza de la bestia, de la luz que surgía de sus párpados correosos, le permitió una pausa y su corazón se aceleró con una repentina esperanza.

Un recuerdo pareció estar a punto de brotar de sus labios, pero no se manifestó en nada concreto. Se encontró formando el Alto Discurso de la Antigua Melniboné, las palabras del «vínculo de la amistad». Empezó a pronunciar las antiguas palabras de la llamada del dragón, las cadencias y melodías a las que pueden responder las bestias, si así lo quieren.

Había una melodía en su cabeza, una forma de hablar y entonces volvió a surgir una sola palabra, pero era un sonido como una brisa entre los sauces, como el agua entre las piedras; un nombre.

Ante eso, el dragón cerró las mandíbulas con un chasquido y buscó la fuente de aquella voz. Las espinas de la parte posterior del cuello y de la cola, agudas como aceros, empezaron a aplanarse y las comisuras de la boca ya no hervían de veneno.

Todavía profundamente cauteloso, Elric se incorporó y se sacudió la tierra húmeda de su cuerpo, con Tormentosa tan ávida como siempre en su mano, y retrocedió un paso.

—¡Lady Hocico de Cicatriz! Soy de tu familia, soy Pequeño Gato. Soy tu guardián y tu guía. Hocico de Cicatriz, isoy yo!

El hocico verdedorado, que mostraba una cicatriz ya curada por debajo de la mandíbula, emitió un siseo interrogativo.

Elric envainó la refunfuñante hoja infernal e hizo los complicados y sutiles gestos de relación familiar que su padre le había enseñado para cuando llegara el día de convertirse en el supremo lord Dragón de Imrryr, Emperador Dragón del Mundo.

Las cejas del dragón hembra se estrecharon en algo parecido a un fruncimiento del ceño, los macizos párpados descendieron y medio ocultaron sus enormes ojos fríos, los ojos de una bestia mucho más antigua que cualquier otro ser mortal, e incluso quizá que los mismos dioses...

Las ventanas de la nariz, por las que Elric podría haberse introducido a gatas sin gran dificultad, se estremecieron y olisquearon; una lengua surgió de la boca, una cosa grande, húmeda y correosa, larga y bifurcada en la punta. Estuvo a punto de tocar la cara de Elric y luego vibró sobre su cuerpo por un instante, antes de que la cabeza se retirara y los ojos miraran hacia abajo con una expresión interrogativa. Por el momento, al menos, el monstruo se había calmado.

Elric, que se hallaba ahora virtualmente en trance al tiempo que todos los viejos encantamientos fluían por su cabeza, permaneció ante el dragón, balanceándose de un lado a otro. La cabeza del dragón hembra no tardó en balancearse también, siguiendo los movimientos del albino.

Y entonces, casi inmediatamente, el dragón emitió un pequeño sonido surgido desde las profundidades de su vientre, y bajó la cabeza para extender el cuello sobre la tierra, por encima del maíz desgarrado y estropeado. Sus ojos lo siguieron cuando él se acercó más, murmurando la Canción del Acercamiento, que su padre le había enseñado cuando tenía once años y fue llevado por primera vez a las Cuevas del Dragón de Melniboné, cuyos dragones todavía duermen allí. Un dragón tiene que dormir cien años por cada día de actividad, para regenerar así ese extraño metabolismo capaz de crear una saliva feroz lo bastante fuerte como para destruir ciudades.

Saber cómo había despertado y llegado hasta aquí este dragón hembra constituía un misterio. Sin duda, la brujería lo había traído hasta aquí. Pero ¿había existido alguna razón para su llegada, o había sido ésta, como la de Wheldrake, un mero incidente consecuencia de algún otro hechizo?

Elric no disponía de tiempo para reflexionar ahora sobre esa cuestión. Se movió con pasos graduales y ritualizados hacia el borde natural situado justo por encima del lugar donde la parte principal del ala se unía al hombro. Allí era donde los Dragones Maestros de Melniboné habían colocado sus sillas y donde, de joven, había montado desnudo, contando sólo con su habilidad y con la buena voluntad del dragón para sentirse seguro.

Habían transcurrido muchos años y se había producido toda una fulgurante cadena de acontecimientos que le habían conducido hasta este momento en que todo el mundo estaba en proceso de cambio, en que ya no podía confiar siquiera en sus recuerdos... El dragón casi lo llamó ahora, casi ronroneó, a la espera de su siguiente orden, como una madre que tolerara los juegos de sus hijos.

—Hocico de Cicatriz, hermana; Hocico de Cicatriz, pariente, tu sangre de dragón se halla mezclada con la nuestra, y la nuestra en la tuya, y estamos emparejados y somos amables el uno con el otro; somos uno solo, el jinete del

dragón y el dragón corcel; somos una sola ambición, una necesidad mutua. Hermana dragón, matrona dragón, honor de dragón, orgullo de dragón...

El Discurso Antiguo fluyó de su lengua, vibrante y chasqueante; pronunció las palabras sin necesidad de pensar conscientemente en ellas, sin esfuerzos, sin vacilaciones, pues la sangre recordaba a la sangre y todo lo demás era natural. Fue natural para él montar sobre el lomo del dragón y expresar las antiguas y alegres canciones de mando, las complejas trovas del dragón de sus remotos predecesores, que combinaban sus artes más elevadas con sus necesidades más prácticas. Elric recordaba lo mejor y lo más noble de su propio pueblo y de sí mismo, y mientras celebraba esto se lamentaba por las autoobsesionadas criaturas en que se habían convertido, dedicadas a utilizar su poder simplemente para preservarlo, algo que, según suponía, equivalía a una verdadera decadencia...

Y ahora el ágil cuello de la hembra se levanta, oscilando de un lado a otro como una cobra hipnotizada, por grados, y el hocico se eleva hacia el sol y su larga lengua saborea el aire y la saliva gotea con mayor lentitud para devorar la tierra que toca, y un gran suspiro, como de satisfacción, escapa de su vientre al mover una pata trasera y luego otra, sin dejar de oscilar y cabecear como un barco agitado por la tormenta, con Elric aferrado a ella para preservar su vida, mientras su cuerpo se balancea y rueda de un lado a otro, hasta que Hocico de Cicatriz se incorpora, con las garras fuertemente plegadas, lo mismo que las patas traseras. Sin embargo, todavía parece vacilar. Entonces, repliega las patas delanteras bajo el cuero suave como la seda de su estómago y vuelve a olisquear el aire.

Las patas traseras dan una especie de salto. Las macizas alas crujen sólo una vez, ensordecedoramente. La cola se agita para estabilizar su peso desigual, y se eleva. Está en el aire y sube, sube por encima de esas miserables nubes, en medio de la perfección del cielo, un cielo de últimas horas de la tarde, con las nubes ahora por debajo, como colinas y valles blancos y suaves donde quizá encuentran la paz los inofensivos muertos; y a Elric no le importa hacia dónde vuela el dragón. Está contento de volar como volaba cuando era un muchacho, de compartir su alegría con el compañero dragón, sus sensaciones y emociones, pues ésta es la verdadera unión entre los antepasados de Elric y sus bestias, una unión que siempre había existido y cuyos orígenes sólo se explicaban en improbables leyendas; ésta era la simbiosis con la que, de una forma natural y alegre al principio, habían aprendido a defenderse contra supuestos conquistadores, para convertirse luego ellos mismos en conquistadores que habían abrumado a todas sus víctimas. Tras haber experimentado la avidez de alcanzar muchas más conquistas de las ofrecidas por el mundo natural, también buscaron las conquistas sobrenaturales y fue así como llegaron a establecer su vínculo con el Caos y con el propio duque Arioach. Y con el Caos para ayudarles, gobernaron diez mil años, y sus crueldades se refinaron, sin desaparecer nunca.

Antes de ellos, pensó Elric, mi pueblo nunca había pensado en la guerra o en el poder. Y sabe que tuvo que haber sido este respeto por toda la vida lo que debió de permitir el establecimiento del vínculo original entre el melniboneano y el dragón. Mientras permanece tumbado sobre el pomo natural, con el caballete sobre el que se encuentra por encima del cuello de la hembra, llora maravillado ante el repentino recuerdo de la inocencia, de algo que creía perdido, como todo lo demás se halla perdido para él, y que le hace creer, aunque sólo sea por este momento, que lo que se había perdido quizá pueda ser restaurado...

¡Entonces se siente libre! ¡Libre en el aire! Forma parte de ese monstruo imposible, cuyas alas lo transportan como si fuera un vulgar pajarillo que bailara

en el viento, tan ligero como el amanecer, a través de los cielos oscurecidos, con la piel emitiendo un dulzor como el de la lavanda y la cabeza con una expresión que parece reflejar la del propio Elric. El dragón gira y se hunde, asciende y revolotea, mientras Elric se aferra a su lomo, sin ningún esfuerzo aparente, y canta las viejas canciones de sus antepasados, que habían llegado como nómadas de los mundos para instalarse aquí y que, según algunos, habían sido bien recibidos por una raza mucho más antigua, a la que terminaron por suplantar y con la que se entrecruzaron los miembros del linaje real.

Hocico de Cicatriz se eleva rápidamente, y cuando el aire se hace tan tenue que ya no lo puede soportar y Elric se estremece a pesar de sus ropas, y su boca se abre para tratar de absorber el aire, el dragón se lanza hacia abajo, precipitándose a plomo hasta que se estabiliza como si quisiera aterrizar sobre la nube, para luego apartarse lentamente hacia un hueco entre ellas que revela un túnel iluminado por la luz de la luna, mientras que por detrás destella un relámpago y una capa de tormenta parece sellar el túnel al tiempo que ellos descienden hacia una frialdad antinatural que hace estremecer toda la piel de Elric y sentir sus huesos a punto de partirse con un crujido helado, a pesar de lo cual el albino no experimenta temor alguno, porque el dragón no teme.

Ahora, por encima de ellos, las nubes se han desvanecido. Un cielo azul aterciopelado se ve suavizado todavía más por una gran luna amarilla, cuya luz arroja largas sombras sobre los prados que se deslizan rápidamente por debajo, mientras el horizonte muestra un atisbo del mar de medianoche y está cubierto por los puntos esmeralda de las estrellas, y sólo cuando empieza a reconocer el paisaje que se extiende por debajo de él experimenta Elric un cierto temor.

El dragón lo ha llevado de regreso a las ruinas de sus sueños, de su pasado, su amor, sus ambiciones y esperanzas.

Lo ha llevado de regreso a Melniboné.

Lo ha llevado a casa.

## 2

### ***De lealtades conflictivas y fantasmas no convocados; de esclavitud y destino***

Ahora, Elric olvidó su reciente alegría y sólo recordó su dolor. Se preguntó frenéticamente si se trataba de una simple coincidencia, o si el dragón hembra había sido enviado a propósito para traerle hasta aquí. ¿Acaso los supervivientes de su linaje habían encontrado un medio de capturarlo para saborear la lentitud de su torturada muerte? ¿O eran los propios dragones los que exigían su presencia?

Las colinas familiares no tardaron en dar paso a la Llanura de Imrryr y Elric distinguió una ciudad por delante, un perfil escabroso de edificios quemados y mutilados. ¿Era ésta la ciudad de su nacimiento, la Ciudad del Sueño que él y sus asaltantes habían asesinado?

A medida que se acercaban, Elric empezó a darse cuenta de que no reconocía los edificios. Al principio creyó que habían sido transformados por el fuego y el asedio, pero, según observó ahora, ni siquiera estaban hechos con los mismos materiales. Se echó a reír de sí mismo. Le asombraron cuáles podían ser sus anhelos secretos como para hacerle creer que el dragón lo había llevado a Melniboné.

Pero sabía que había reconocido las colinas y los bosques, la línea de la costa situada más allá de la ciudad. Sabía que era aquí, al menos, donde en otro tiempo había estado Imrryr. Cuando Hocico de Cicatriz planeó hasta posarse con suavidad y dar sólo un pequeño salto para equilibrarse, Elric observó a lo largo de más de medio kilómetro de crestas montañosas cubiertas de hierba que le resultaban familiares y supo entonces que no contemplaba Imrryr la Hermosa, la más grande de todas las ciudades, sino una ciudad a la que su pueblo había llamado H'hui'shan, la Ciudad de la Isla, en la alta lengua melniboneana, y que se trataba de la ciudad destruida en una noche durante la única guerra civil que se había conocido en Melniboné, cuando los lores discutieron sobre si debían ponerse de parte del Caos, o permanecer leales al Equilibrio. La guerra había durado tres días, y dejó a Melniboné oculta tras aceitosas humaredas negras durante un mes. Cuando el humo se disipó quedaron al descubierto las ruinas, pero todos aquellos que trataron de atacarla mientras aún era débil se vieron desilusionados, pues su pacto ya había quedado establecido y Ariocho la ayudó, demostrando la temerosa variedad de sus poderosas fuerzas (hubo más suicidios en Melniboné cuando ésta alcanzó sus poco honrosas victorias, y hubo quienes huyeron a través de las dimensiones, hacia ámbitos extraños). Sólo quedaron los más crueles, dispuestos a ejercer su férreo dominio sobre el imperio que abarcaba el mundo entero.

Eso era, al menos, lo que decía una de las leyendas de su pueblo, extraída, según se creía, del Libro del Dios Muerto.

Elric comprendió que Hocico de Cicatriz lo había traído al más remoto pasado. Pero ¿cómo había encontrado el dragón los medios para viajar tan fácilmente entre las esferas? Y se preguntó una vez más por qué había sido transportado hasta aquí.

Con la esperanza de que Hocico de Cicatriz eligiera emprender alguna otra acción, Elric permaneció sentado sobre el lomo del monstruo durante un rato, hasta que fue evidente que el dragón no tenía la menor intención de moverse, así que terminó por desmontar de mala gana, murmuró la canción de «Agradeceré que sigas ocupándote de esta cuestión», y como no disponía de

ningún otro medio, empezó a caminar hacia las desoladas ruinas de las antiguas glorias de su pueblo.

—Oh, H'hui'shan, Ciudad de la Isla, si sólo hubiera estado aquí una semana antes para advertirte de las consecuencias de mis vínculos. Pero, indudablemente, a mi patrono Ariocho no le habría convenido que te avisara.

Sonrió sardónicamente ante esto; sonrió ante su propia y dolorosa necesidad de hacer que el pasado produjera un presente mejor, uno en el que no tuviera que soportar una carga de culpabilidad tan pesada.

—¡Quizá toda nuestra historia se halla escrita ya por Ariocho!

Su acuerdo con el Duque del Infierno era un pacto de sangre y de entrega de almas humanas: todo aquello con lo que no se regalara la espada rúnica pertenecía al Duque Ariocho (aunque algunas viejas historias afirmaban que la espada y el demonio patrón eran una sola y misma cosa). Elric raramente ocultaba su disgusto por esta tradición que ni siquiera él tenía el valor de romper. A su patrono no le importaba lo que él pensara mientras siguiera haciendo honor a su pacto. Y eso era algo que Elric comprendía profundamente.

El césped todavía se hallaba cruzado por los caminos que había conocido de muchacho. Los recorrió con la misma seguridad con que lo había hecho cuando, según recordaba, su padre, distante sobre un corcel, encargaba a algún servidor que cuidara del niño, pero que lo dejara caminar. Debía acostumbrarse a recordar cada camino que existiera en Melniboné, porque en esas sendas y caminos se encontraba la configuración de su historia, la geometría de su sabiduría, la misma clave de sus más secretas comprensiones.

Elric había memorizado todos estos senderos, así como los de los otros mundos y, cuando era necesario, las canciones y gestos que los acompañaban. Era un maestro brujo, descendiente de una línea de maestros brujos y se sentía orgulloso de su origen, aunque un tanto inquieto por los usos que él, así como otros, habían dado a sus poderes. Era capaz de leer mil significados en un determinado árbol y en sus ramas, pero todavía no lograba comprender los tormentos de su propia conciencia, sus crisis morales, y ésa era la razón por la que recorría el mundo.

Oscuras brujerías y hechizos, imágenes de consecuencias horribles llenaban su cabeza y amenazaban a veces, cuando soñaba, con llegar a controlarlo y arrojarlo hacia la locura eterna. Oscuros recuerdos. Oscuras crueldades. Elric se estremeció al acercarse a las ruinas, cuyas torres de madera y ladrillo se habían derrumbado y que, sin embargo, conservaban un cierto pintoresquismo y un aspecto casi de bienvenida, incluso bajo la luz de la luna.

Ascendió por los escombros quemados de un muro y entró en una calle que, al nivel del suelo, todavía guardaba una cierta semejanza con lo que había sido. Olfateó el aire cubierto de hollín, y sintió la tierra todavía caliente bajo sus pies. Aquí y allá, hacia el centro de la ciudad, todavía parpadeaban unos pocos incendios como viejas alfombras tendidas al viento, y las cenizas lo cubrían todo. Elric sintió que aquello se le pegaba a la carne, que le taponaba las ventanas de la nariz y le penetraba por entre las ropas, amenazando con envolverlo; eran las cenizas de sus distantes antepasados, cuyos ennegrecidos cadáveres llenaban las casas en un remedo de las actividades de la vida. Pero siguió caminando, fascinado por el vistazo que podía echar a su pasado, justo en el punto de inflexión del destino de su raza. Deambuló por estancias todavía ocupadas por los cascarones de sus habitantes, sus animales de compañía, sus juegos y herramientas; pasó por plazas donde antes habían salpicado las fuentes, por templos y edificios públicos donde su pueblo se había reunido para debatir y decidir los temas cotidianos, antes de que los Emperadores se hubieran apoderado de todo el poder para sí mismos y de que Melniboné terminara por

depender de sus esclavos, ocultos para que no afearan a Imrryr con su presencia. Se detuvo ante un taller que perteneció probablemente a un vendedor de calzado. Se sintió afligido por estos muertos, que se habían marchado hacía ya más de diez mil años.

Las ruinas conmovieron algo que era tierno en su interior, y descubrió que poseía un anhelo nuevo, el anhelo por un pasado anterior al momento en que Melniboné, por temor, negoció por la obtención de aquel poder que conquistó el mundo.

Los torreones y aguilones, los tejados ennegrecidos y las vigas desgarradas, los montones de cascotes de piedra y ladrillo, los abrevaderos de los animales y los artilugios domésticos cotidianos abandonados fuera de las casas lo inundaron con una melancolía que casi le pareció dulce, y se detuvo para inspeccionar una cuna, o una rueca que mostraban un aspecto del orgulloso pueblo melniboneano que él nunca había llegado a conocer, pero que tenía la impresión de entender.

Había lágrimas en sus ojos mientras recorría aquellas calles, con la desesperada esperanza de encontrar aunque sólo fuera una única alma viviente, aparte de él mismo, pero sabía que la ciudad había permanecido totalmente abandonada durante por lo menos cien años después de su destrucción.

—¡Ah, si pudiera destruir Imrryr para poder restaurar H'hui'shan!

Se detuvo en una plaza de estatuas rotas y ladrillos caídos y levantó la mirada hacia la enorme luna que ahora se elevaba directamente por encima de su cabeza, haciendo que su sombra se confundiera con las de las ruinas; se quitó el casco, sacudió el largo cabello de un blanco lechoso, y extendió unas manos anhelantes hacia la ciudad, como si suplicara su perdón. Luego, se sentó sobre una losa polvorienta tallada con delicadeza e imaginación propia de genios, y sobre la que había fluido la sangre para luego endurecerse en un tosco barniz; hundió los ojos carmesí en la manga cubierta por las cenizas, sus hombros se sacudieron y gimió su queja ante el destino que le había conducido hasta esta penosa experiencia...

Desde detrás de donde se encontraba le llegó el sonido de una voz que pareció surgir de distantes catacumbas, cruzar eones de tiempo, tan resonante como las Cascadas del Dragón, donde había muerto uno de los antepasados de Elric (en combate, según se decía, consigo mismo), y con un tono tan imperioso como toda la historia regia de Elric. Era una voz que reconoció y que había confiado en volver a oír de tantas formas.

Una vez más se preguntó si no se habría vuelto loco. La voz era, inconfundiblemente, la de su difunto padre, Sadric el Octagesimosexto, cuya compañía en la vida sólo había compartido en raras ocasiones.

—Ah, Elric, por lo que veo, lloras. Eres el hijo de tu madre y por eso te amo como amé su recuerdo, aunque fuiste tú quien mató a la única mujer a la que amé verdaderamente, y por lo que te odié con un odio injusto.

—¿Padre?

Elric bajó el brazo y volvió su rostro, pálido como el hueso, hacia donde se encontraba la frágil y delgada presencia de Sadric, apoyado contra los restos de una columna. Sobre sus labios se extendía una sonrisa que era terrible en su tranquilidad.

Elric contempló con incredulidad el rostro, que era exactamente como había sido cuando lo vio por última vez, en el momento de la ceremonia del funeral.

—No existe alivio para un odio injusto, excepto la paz de la muerte. Y aquí, como observarás, se me niega la paz de la muerte.

—He soñado contigo, padre, y en tu desilusión conmigo. Hubiera querido ser todo aquello que tú deseabas encontrar en un hijo...

—Nunca hubo un solo instante en que pudieras haberlo sido, Elric. El acto de tu creación significó la condena de tu madre. Así nos lo advirtieron todos los presagios, pero no pudimos hacer nada para evitar ese horrible destino.

Y sus ojos brillaron con un odio como sólo podían conocer los muertos que no habían encontrado el descanso.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, padre? Creía que habías sido elegido por el Caos, que habías entrado al servicio de nuestro duque, lord Ariocho.

—Ariocho no podía reclamarme debido a otro pacto que yo había establecido con el conde Mashabak. Él ya no es mi patrón —contestó, dejando escapar una especie de risa.

—¿Tu alma fue reclamada por Mashabak de Caos?

—Pero disputada por Ariocho. Mi alma se halla sujeta a sus rivalidades..., o más bien se hallaba. Gracias a cierta brujería que todavía controlo, he conseguido llegar hasta aquí, el mismo origen de nuestra verdadera historia. Y aquí tengo una especie de santuario.

—¿Te ocultas de los lores del Caos, padre?

—He ganado algo de tiempo mientras ellos pelean, pues tengo aquí un hechizo, mi último gran hechizo, que me liberará para unirme con tu madre en el Bosque de las Almas, donde ella me espera.

—¿Tienes un pasaporte para llegar al Bosque de las Almas? Creía que esas cosas eran un mito.

Elric se limpió un frío sudor de la frente.

—Envié allí a tu madre para que se quedara hasta que yo me reuniera con ella. Le proporcioné los medios, nuestro Rollo de Muertos Hablantes y ella está a salvo en esa dulce eternidad buscada por tantas almas y encontrada por tan pocas. Juré que haría todo lo posible por reunirme con ella.

La sombra avanzó unos pasos, como si estuviera en trance, y adelantó una mano para tocar el rostro de Elric con algo semejante al afecto. Pero cuando la mano se retiró sólo había tormento en los ojos del hombre no muerto. Elric experimentó una cierta simpatía por él.

—¿No tienes compañeros aquí, padre?

—Sólo tú, hijo mío. Tú y yo poblamos ahora estas ruinas.

—¿También yo soy un prisionero aquí? —preguntó con una indeseable precipitación.

—En efecto, hijo. Según los caprichos de mi estado de ánimo. Ahora que te he tocado, estamos vinculados, tanto si abandonas este lugar como si no, pues el destino de alguien como yo es hallarme vinculado siempre con el primer mortal vivo sobre quien descienda mi mano. Ahora somos uno solo, Elric, o lo seremos.

Y Elric se estremeció al percibir el odio y la apetencia en la, por lo demás, desolada voz de su padre.

—¿No puedo liberarte, padre? He estado en R'lin K'ren A'a, donde empezó nuestra raza en este ámbito. Busqué nuestro pasado allí. Podría hablar de...

—Nuestro pasado lo llevamos en la sangre. Viaja con nosotros. Esos degenerados de R'lin K'ren A'a nunca pertenecieron realmente a nuestro linaje. Se criaron con los humanos y se desvanecieron. No fueron ellos los que fundaron o preservaron a Melniboné...

—Se cuentan tantas historias, padre. Tantas leyendas conflictivas...

Elric deseaba continuar la conversación con su padre. Pocas oportunidades semejantes se le habían presentado durante la existencia de Sadric.

—Los muertos conocen la verdad a partir de las mentiras. Están secretamente enterados, al menos de esa comprensión. Y yo conozco la verdad que hay en ella. No procedemos de R'lin K'ren A'a. Esa clase de preguntas y especulaciones son innecesarias. Estamos seguros de nuestros orígenes. Serías un estúpido, hijo mío, si dudarás de nuestras historias, si disputaras la verdad que hay en ellas. Eso ya te lo había enseñado. —Elric guardó silencio—. Mi magia convocó al dragón hembra, al que hizo salir de su cueva. Tuve fortaleza para convocarlo. Luego, lo envié a buscarte. Es la única clase de brujería que me queda. Es la primera y más importante brujería de nuestra raza, y la más pura. La brujería del dragón. Pero no pude darle instrucciones. Lo envié a tu encuentro sabiendo que te reconocería o te mataría. Sin lugar a dudas, ambas acciones habrían terminado por reunirnos a los dos.

La sombra se permitió una torcida sonrisa.

—¿No te preocupaba nada más que eso, padre?

—No podía hacer nada más que eso. Anhele encontrarme con tu madre. Estábamos destinados a permanecer unidos para siempre. Tienes que ayudarme a llegar hasta ella, Elric, y ayudarme con rapidez porque mis propias energías y hechizos se debilitan, y Ariocho o Mashabak no tardarán en reclamarme, o destruirme por completo en su lucha.

—¿No dispones de ningún otro medio para escapar de ellos?

Elric sintió que la pierna izquierda le temblaba incontrolablemente durante unos pocos segundos antes de que lograra hacerla obedecer a su voluntad. Se dio cuenta de que ya había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que tomara la infusión de hierbas y medicinas que le proporcionaban la energía de una criatura normal.

—En cierto modo. Si permanezco vinculado a ti, hijo mío, objeto de mi odio injusto, mi alma podrá ocultarse entonces con la tuya, ocupar tu carne y la mía, camuflarse con la sangre que es mi sangre. Y ellos nunca me podrán localizar.

Elric se sintió nuevamente poseído por una sensación de profundo frío, como si la muerte le reclamara. Su cabeza era un torbellino de emociones encontradas mientras trataba desesperadamente de recuperarse, y rogaba para que el fantasma de su padre hubiera desaparecido con la salida del sol.

—El sol no saldrá aquí, Elric. No aquí. No hasta el momento de nuestra liberación o de nuestra destrucción. Ésa es la razón por la que estamos aquí.

—Pero ¿no opone Ariocho ninguna objeción a esto? ¡Él sigue siendo mi patrono!

Elric buscó una nueva locura en el rostro de su padre, pero no encontró ninguna.

—Está ocupado ahora con otras cosas, y no podría acudir a tu lado, ya fuera para castigarte o para ayudarte. Se halla absorbido en su disputa con el conde Mashabak. Por esa razón puedes servirme para realizar la tarea que no supe realizar cuando estuve vivo. ¿Estarías dispuesto a hacer cosas por mí, hijo? ¿Por un padre que siempre te odió, pero que cumplió sus deberes contigo?

—Si llevara a cabo esa tarea para ti, padre, ¿me liberaría de ti?

Su padre hizo un gesto de asentimiento.

Elric posó una mano temblorosa sobre la empuñadura de su espada y echó la cabeza hacia atrás, de modo que el largo cabello blanco llenó el aire como un halo a la luz de la luna y levantó la inquieta mirada para contemplar fijamente el rostro del rey muerto.

Emitió un suspiro. A pesar de todos sus horrores, una parte de él se sentiría realizada si lograba llevar a cabo el deseo de su padre. Sin embargo, hubiera deseado que se le permitiera elegir. Pero no era ésa la forma melniboneana de permitir la elección. Hasta los parientes tenían que hallarse vinculados por algo más que la sangre.

—Explícame mi tarea, padre.

—Tienes que encontrar mi alma, Elric.

—¿Tu alma...?

—Mi alma no está conmigo. —La sombra pareció hacer un esfuerzo por permanecer de pie—. Lo único que me anima ahora es mi voluntad y la antigua brujería. Mi alma fue ocultada para que pudiera reunirse con tu madre, pero al evitar la cólera de Mashabak y de Ariocho, perdí aquello que la contenía. Encuéntralo para mí, Elric.

—¿Cómo sabré qué es lo que busco?

—Reside en una caja. No es una caja ordinaria, sino una hecha de palo de rosa negro, con rosas talladas, que siempre huele a rosas. Perteneció a tu madre.

—¿Cómo es que perdiste una cosa tan valiosa, padre?

—Cuando Mashabak apareció para reclamar mi alma, y luego Ariocho, extraje un alma falsa para engañarles, que es el hechizo que te enseñé en Encantamientos después de la muerte. Esa casi alma se convirtió durante un tiempo en el objeto de su disputa, y mi verdadera alma huyó a la seguridad de la caja que Diavon Slar, mi viejo sirviente personal, debía conservar a salvo para mí, siguiendo las más estrictas instrucciones de mantener el secreto.

—Mantuvo fielmente tu secreto, padre.

—Sí, lo sé..., y huyó al creer que tenía un tesoro, convencido de que podía controlarme a través de su posesión de la caja. Huyó a Pan Tang con lo que él creía que era mi espíritu atrapado, producto sin duda de algunos cuentos infantiles que había oído contar, pero se sintió desilusionado al descubrir que ningún espíritu obedecía sus órdenes. Así pues, concibió la idea de vender su botín al Teócrata. Tal como sucedieron las cosas, jamás llegó a Pan Tang, sino que fue asaltado por unos piratas de las Ciudades Púrpuras, que incluyeron la caja entre su botín habitual. De ese modo, mi alma quedó realmente perdida.

Y tras decir esto apareció en su rostro el atisbo de una antigua ironía, la más débil de las sonrisas.

—¿Qué sabes de los piratas?

—Sólo lo que me contó Diavon Slar cuando me procuré la venganza que le había advertido me tomaría si no me obedecía. Probablemente, los asaltantes regresaron a Menii, donde subastaron su botín. La caja de mi alma abandonó por entero nuestro mundo. —Sadric se movió de repente, como si fuera una sombra insustancial que se desplazara a la luz de la luna—. Todavía puedo percibirla. Sé que viajó entre los mundos y que fue allí donde sólo podría seguirla el dragón hembra. Eso es lo que me ha frustrado, pues hasta que no te convoqué a ti, no tenía medio alguno de perseguirla. Me encuentro atado a este lugar, y ahora a ti. Tienes que devolverme la caja de mi alma, Elric, para que pueda reunirme

con tu madre y desembarazarme de un odio injusto. Sólo entonces te verás libre de mí.

Tras un momento de silencio, Elric habló, tembloroso a causa de sus pasiones encontradas.

—Padre, creo que ésta es una petición imposible de cumplir. No puedo sino sospechar que me enviaste a buscar guiado sólo por el odio.

—El odio, sí, pero también por otras cosas. Tengo que reunirme con tu madre, Elric. Tengo que hacerlo. —Conocedor de la obsesión que anidaba en su padre, Elric quedó convencido de la veracidad de lo que le había contado el fantasma—. No me falles, hijo mío.

—¿Crees que tendré éxito? ¿Qué nos ocurrirá, padre?

—Tráeme de nuevo mi alma y los dos nos liberaremos.

—Pero ¿y si fracaso?

—Mi alma abandonará su prisión y entrará en ti. Estaremos unidos entonces hasta tu muerte. Yo, con mi odio injusto, vinculado con el objeto de mi odio, y tú abrumado por todo aquello que más odias en la orgullosa Melniboné. —Guardó un momento de silencio, casi como para saborear lo que añadió a continuación—: Eso sería mi consuelo.

—Pero no el mío.

Sadric asintió con su cabeza cadavérica en un silencioso gesto de asentimiento, y una risa suave e increíble escapó de su garganta.

—¡En efecto!

—¿Y puedes proporcionarme alguna otra ayuda en esto, padre? ¿Algún hechizo o encantamiento?

—Sólo aquello con lo que te encuentres en el camino, hijo. Tráeme la caja de palo de rosa, y cada uno de nosotros podrá seguir su propio camino. Fracasa, y nuestros destinos y almas se hallarán unidos para siempre. Nunca te verás libre de mí, de tu pasado o de Melniboné. Pero traerás de vuelta las viejas glorias, ¿verdad?

El cuerpo de Elric, privado de la droga, empezó a temblar. La lucha y este encuentro lo habían agotado y aquí no había almas con las que su espada pudiera alimentarse.

—Me siento enfermo, padre, y debo regresar. Las drogas que me mantienen se perdieron con mis animales de carga.

—En cuanto a eso —replicó Sadric con un encogimiento de hombros—, sólo tienes que encontrar una fuente de almas en la que tu hoja pueda alimentarse. Te aguardan muchas matanzas, y percibo también que algo más, pero todavía no llega hasta mí con claridad... —Frunció el ceño—. Ahora vete.

Elric vaciló. Un impulso ordinario le hizo desear el contarle a su padre que ya no mataba al azar, siguiendo los dictados de cualquier capricho. Como todos los melniboneanos, Sadric no había pensado más que en matar al pueblo humano de su imperio. Para Sadric, la espada rúnica no era más que una herramienta útil, lo mismo que un bastón pudiera serlo para un lisiado. Por muy intrigante sobrenatural que fuera su padre, por mucho que le gustara participar en complejos juegos contra los dioses, seguía suponiendo, sin cuestionarlo, que uno debe comprometer su lealtad con uno u otro demonio para sobrevivir.

La visión de Elric de un poder universalmente extendido, de un lugar como Tanelorn, en el que no se debía alianza ni a la Ley ni al Caos, sino sólo a sí mismo, era anatema para su padre, quien había hecho del compromiso una

religión y una filosofía, como habían hecho todos los de su raza real durante milenios, de tal modo que el compromiso, en sí mismo, se elevaba ahora por encima de todas las demás virtudes hasta convertirse en la médula de sus creencias. Una vez más, Elric deseó decirle a su padre que había otras ideas, otras formas de vivir en las que no intervenía ni una excesiva violencia ni demasiada crueldad, ni brujería ni conquista, y que había aprendido esas ideas no sólo de los Reinos Jóvenes, sino también de las historias de su propio pueblo.

Sin embargo, sabía que eso sería inútil. Incluso ahora, Sadric dedicaba todos sus considerables poderes a restaurar el pasado. No conocía ninguna otra forma de vida y, de hecho, tampoco de muerte.

El príncipe albino se dio media vuelta y en ese momento le pareció que jamás había experimentado tanta aflicción, ni siquiera cuando Cymoril murió atravesada por la hoja de su espada rúnica, ni siquiera cuando Imrryr se había incendiado y él había sabido que se hallaba condenado a un futuro sin raíces, a una muerte solitaria.

—Buscaré tu caja de palo de rosa, padre. Pero ¿por dónde puedo empezar?

—El dragón hembra lo sabe. Te llevará al ámbito al que fue transportada la caja. Más allá de eso, no puedo predecir nada. La predicción se me hace cada vez más difícil. Todos mis poderes se debilitan. Es posible que tengas que matar para conseguir la caja. Matar muchas veces. —Ahora, la voz se debilitaba, como ramas secas al viento—. O cosas peores.

A pesar suyo, Elric se tambaleó. Se estaba debilitando por momentos.

—Padre, no me queda fortaleza.

—El veneno del dragón... —empezó a decir su padre.

Pero entonces desapareció, dejando tras de sí únicamente la impresión de su paso fantasmal.

Elric hizo un esfuerzo por moverse. Ahora, cada uno de los muros derrumbados le parecía un obstáculo imposible de salvar. Se abrió paso lentamente por entre las ruinas, ascendió por cascotes y muros derrumbados, por las pequeñas corrientes y las ásperas terrazas de hierba de las colinas, esforzándose con una voluntad reunida sólo por hábito, hasta ascender la última colina más allá de la cual, perfilado contra la enorme luna que se ponía, le esperaba Hocico de Cicatriz, con las alas plegadas y el largo hocico levantado, mientras la lengua tanteaba el viento.

Recordó las últimas palabras de su padre. Eso le hizo recordar a su vez a un viejo herbolario que había hablado de la destilación del veneno del dragón, de cómo aportaba valor al débil y habilidad al fuerte, de cómo un hombre podía luchar durante cinco días y noches seguidos sin sentir el menor dolor. Y recordó también lo que le había dicho el herbolario acerca de cómo recoger el veneno, de modo que, antes de subirse al dragón, había levantado el casco para atrapar en el siseante cuenco de acero una pequeña gota del veneno que sabía se enfriaría y endurecería para formar una tintura, de la que podría tomar con precaución apenas un fragmento, disuelto en una gran cantidad de líquido.

Pero ahora tuvo que soportar su dolor y luchar contra su debilidad mientras el dragón lo transportaba hacia la desagradable negrura situada más allá de la luna, y un solo, prolongado y lento rayo plateado acuchilla la oscuridad, y un solo y agudo retemblar de tormenta rompe el silencio de la noche, y el dragón hembra levanta la cabeza, bate sus monstruosas alas y ruge un repentino desafío a esos improbables elementos...

... Mientras, Elric aúlla las viejas y salvajes canciones de los señores del Dragón, y se eleva, en una sensual simbiosis, con el gran reptil, para salir de la noche y penetrar en la cegadora gloria de una tarde de verano.

### 3

## ***La geografía peculiar de un ámbito desconocido; un encuentro entre viajeros; sobre el significado de la libertad***

Como si fuera consciente de la creciente debilidad de su jinete, el dragón voló con largos y deliberados movimientos de sus alas y se ladeó con cuidadosa gracia a través de la palidez azul del cielo, hasta que volaron sobre los tupidos árboles, con un follaje tan denso que al principio sobrevolaron nubes verdeoscursas hasta que el viejo bosque dio paso a colinas y campos cubiertos de hierba, a través de los cuales corría un río, y las suaves ondulaciones del paisaje volvieron a tener cierta familiaridad para él, aunque esta vez sin causarle a Elric el menor temor.

No tardó en aparecer una extensa ciudad, construida a ambas orillas del río señalando el cielo neblinoso con sus humos. Hecha de piedra y ladrillo, de madera, de madera y pizarra, de vigas y guijarros, compuesta por miles de olores y ruidos entremezclados, estaba llena de estatuas, mercados y monumentos sobre los que el dragón hembra empezó a volar en círculo, lentamente, mientras que allá abajo los ciudadanos, llenos de pánico y curiosidad corrían para mirar o se apresuraban a esconderse, dependiendo de sus naturalezas, pero después Hocico de Cicatriz batió las alas y ambos se elevaron con majestuosa autoridad hacia lo alto del cielo, como si la bestia hubiera investigado el lugar y le hubiese parecido adecuado.

Hacía un día de verano. En más de una ocasión, el gran dragón hembra pareció tener intenciones de posarse en tierra, sobre terrenos cubiertos de matojos, un pueblo, marisma, lago o claro entre los olmos, pero Hocico de Cicatriz siempre terminaba por rechazar el lugar y continuaba su vuelo, insatisfecho.

Aunque Elric había tomado la precaución de atarse con su largo pañuelo de seda al espinazo del dragón, perdía fortaleza a cada momento que pasaba. Ahora, precisamente, no tenía razón alguna para recibir la muerte con agrado. Permanecer unido a su padre durante toda la eternidad era quizá el peor de todos los infiernos posibles. Sólo conoció algo de esperanza cuando el dragón voló a través de grandes nubes de lluvia y Elric pudo reunir un poco de agua en su casco, disolver en ella el trozo más diminuto del veneno seco y tomarse de un solo trago el nauseabundo resultado de la mezcla. Pero cuando el líquido llenó cada una de sus venas con un fuego cuyo ardor le hizo maldecir la carne que lo contenía y desear desgarrar las arterias doloridas, los músculos y la piel, se preguntó si no habría elegido acaso una forma especialmente dolorosa de asegurarse su unión eterna con Sadric. Con cada uno de sus nervios encendido, sólo anhelaba cualquier clase de muerte, cualquier liberación que le sacara de aquella agonía.

No obstante, al mismo tiempo que el dolor le llenaba, no tardó en desarrollarse en su interior una nueva fortaleza, hasta que pronto pudo acumular toda la que le era propia y eliminar o ignorar gradualmente el dolor, hasta que éste desapareció por completo y sintió que una energía más limpia y dulce le llenaba, de algún modo más pura que la que solía obtener de su espada rúnica.

Mientras el dragón hembra seguía volando a través de cielos en su ocaso, Elric volvió a sentirse entero y animado por una particular euforia. Cantó las antiguas canciones del dragón, las ricas, sedosas y maliciosas canciones de su pueblo que, a pesar de toda su crueldad, había disfrutado de cada experiencia

que se encontró en su camino, de modo que ese disfrute por la vida y por las sensaciones le era algo natural al albino, a pesar de la debilidad de su sangre.

De hecho, le parecía que su sangre se hallaba impregnada de algún modo de una cualidad compensatoria, de un mundo de inquieta sensualidad y viveza tan intenso que en ocasiones amenazaba con destruirle no sólo a él, sino también a aquellos que le rodearan. Ésa era una de las razones por las que se hallaba preparado para aceptar su soledad.

Ahora ya no importaba hasta dónde quisiera volar el dragón hembra. Su veneno le mantenía. La simbiosis era casi completa. Hocico de Cicatriz continuó volando sin descanso hasta que, por debajo del dorado sol de últimas horas de la tarde que hacía brillar y tremolar los campos de trigo maduro como si fueran de cobre pulido, una figura asombrada, con la cabeza cubierta por una puntiaguda gorra de alabastro, gritó encantada al verles, y una nube de estorninos se elevó de repente para trazar con su apresurado vuelo algún jeroglífico familiar para ellos en el delicado azul desteñido del cielo, dejando tras ellos un silencio repentino. Hocico de Cicatriz extendió las grandes alas cruzadas de nervaduras y efectuó un planeo sinuosamente elegante hacia lo que en un principio pareció un camino hecho de basalto o de algún otro tipo de roca, y que luego se transformó en una cicatriz curada desde hacía tiempo, de un par de kilómetros de anchura, que cruzaba los campos de trigo. Era demasiado ancha, suave y despoblada como para ser un camino y, sin embargo, parecía tener un propósito misterioso. Cruzaba los campos como si la hubieran hecho aquel mismo día, bordeada a ambos lados por grandes terraplenes descuidados sobre los que crecían unas pocas hierbas y flores silvestres, y en los que se amontonaban, aleteaban y se arrastraban toda clase de sabandijas carroñeras. Al descender, Elric percibió el olor de una materia detestable y casi estuvo a punto de atorarse. Su nariz le confirmó lo que vio: montones de basuras, huesos, desechos humanos, fragmentos de muebles rotos y vasijas arruinadas; grandes y continuos terraplenes de detritus que se extendían a ambos lados del camino suavemente pulimentado, de un horizonte al otro, sin la menor pista de hacia dónde iba o de dónde venía... Elric le cantó a su montura para que se elevara y lo alejara de toda esta inmundicia hacia el dulzor del aire de los altos cielos veraniegos, pero el dragón hembra lo ignoró, giró primero hacia el norte, luego hacia el sur y descendió planeando hasta el mismo centro de la gran y suave cicatriz, que tenía algo de la carne morena y rosada bronceada por el sol, y allí aterrizó, casi sin producirle ninguna sensación, en medio de ella.

Hocico de Cicatriz plegó las alas y posó las patas dotadas de garras sobre el suelo, en una clara indicación de que no tenía la intención de llevar a Elric más lejos. De mala gana, descendió de su lomo, desenrolló el arruinado pañuelo y se lo envolvió alrededor de la cintura, como si eso pudiera protegerlo de cualquier peligro. Luego, entonó el cántico de despedida y agradecimiento y, al pronunciar las últimas frases, el gran dragón hembra levantó la hermosa cabeza de reptil y se unió a él, con sonora gravedad, en las cadencias finales. La voz de la bestia podría haber sido la del mismo Tiempo.

Luego, sus garras se cerraron, los ojos se movieron para mirarlo, medio cerrados por los párpados, casi con afecto y, después de haber tanteado el aire del crepúsculo con la lengua, desplegó las alas, saltó dos veces, conmocionando la superficie de tal modo que a Elric le pareció que se iba a agrietar, y se levantó de nuevo en el cielo, remontándose en la atmósfera, girando y retorciendo su hermoso cuerpo, y sus alas lo llevaron hacia el horizonte del este, mientras el sol poniente arrojaba sobre los campos la sombra alargada y terrible de la bestia. Luego, ya cerca del horizonte, un único resplandor plateado le sugirió a Elric que su dragón hembra había regresado a su propia dimensión. Levantó su casco, a modo de despedida, tan agradecido por el veneno como por la paciencia del monstruo.

Lo único que Elric deseaba ahora era salir de esta calzada antinatural. Aunque relucía como el mármol pulido, ahora se daba cuenta de que no era más que barro batido; tierra apilada sobre tierra hasta alcanzar casi la consistencia de la roca. ¿Estaría todo aquello construido a base de basuras? Por alguna razón, esa idea le inquietó y empezó a caminar rápidamente hacia el borde meridional. Se limpió el sudor de la frente y se preguntó una vez más qué propósito podría tener este lugar. Ahora, las moscas lo rodeaban y las águilas ratoneras lo contemplaban como un posible competidor de su carroña. Tosió de nuevo ante el hedor, pero sabía que debía ascender el terraplén de desechos para llegar al aire más puro de los campos de trigo.

—Buen viaje a tu cueva hogar, dulce Hocico de Cicatriz —murmuró mientras avanzaba—. Por lo que parece, te debo la vida y la muerte. Pero no te deseo nada malo.

Con el pañuelo sostenido sobre la nariz y la boca, el albino empezó a ascender el terraplén de suciedad, inquietantes huesos y sabandijas. Lo hizo con movimientos precavidos y con lentos progresos, mientras que, a su alrededor, las aves y las ratas aladas siseaban y chillaban. Se preguntó de nuevo qué clase de criatura habría podido crear un camino así, si es que aquello era un camino. Estaba seguro de que no podía ser la obra de ningún medio humano, y eso hacía que se sintiera más ansioso por llegar a las cualidades conocidas de los campos de trigo.

Había llegado al borde y se tambaleaba a lo largo de él para encontrar un lugar más firme donde afianzarse. A medida que avanzaba desparramaba materia en putrefacción y encolerizados roedores, y se preguntó qué clase de cultura habría sido capaz de llevar sus desechos a lo largo de una línea creada por algún ser sobrenatural. Entonces, creyó ver algo más grande que se desplazaba por debajo, cerca de donde ya crecía el trigo, pero la luz era débil y lo achacó a cosas de su imaginación. ¿Era aquella basura alguna clase de ofrenda sagrada? ¿Adoraba el pueblo de este ámbito a un dios que patrullaba de un lugar a otro en forma de una serpiente gigantesca?

Se produjo otro movimiento por debajo de él al tiempo que se deslizaba unos pocos pasos hacia abajo y terminaba por posarse sobre una vieja cisterna, y vio entonces un blando sombrero de fieltro que se elevaba por encima de un montón de alfombras, y un rostro de ave que le miraba fijamente con una divertida expresión de asombro.

—Por los santos cielos, señor. ¡Esto no puede ser una coincidencia! ¿Cuál creéis que puede ser el propósito del destino al reunimos de nuevo a los dos? —Era Wheldrake, que se tambaleaba desde lo alto del campo de trigo—. ¿Qué habéis dejado atrás, señor, que pueda ser más aburrido que esto? ¿Más maíz? ¡Pues esto parece un mundo lleno de maíz!

—De maíz y de basura, y de un camino un tanto idiosincrásico, de extraño propósito, que lo divide todo, de Este a Oeste, y que tiene un aspecto bastante siniestro.

—Así que ¿seguís otro camino, señor?

—Para evitar la desagradable creación que el Caos haya elegido interponer en esta ruta y aceptar lo que se me ofrece. Imagino que mis caballos no fueron transportados a través de las dimensiones, junto con vos, ¿verdad?

—No que yo sepa, señor. A estas alturas, os suponía devorado, pero imagino que el reptil era uno de esos que tienen debilidades sentimentales por los héroes, ¿imagino bien?

—Algo parecido.

Elric sonrió, extrañamente agradecido ante las ironías del poeta de cabeza roja. Eran preferibles a su más reciente conversación con su padre. Al deslizarse sobre una sustancia polvorienta y en descomposición, llena de gusanos, se agarró al pequeño hombre, que así gorjeó de placer ante la reunión.

— ¡Mi querido señor!

Con lo que, tomados del brazo, descendieron al otro lado, hacia el dulce trigo, y se encaminaron en la dirección de un río que Elric había divisado desde la montura del dragón. Sobre ese río había observado una ciudad a la que, según suponía, podrían llegar en menos de un día. Le habló de ello a Wheldrake y añadió que se encontraban tristemente desprovistos de provisiones o de los medios para conseguirlas, a menos que se dedicaran a masticar el trigo, que todavía no estaba maduro.

—Temo haber dejado muy atrás los tiempos de pesca y caza en Northumberland, señor. Pero de muchacho tenía muy buenas aptitudes con el sedal y la escopeta. Puesto que vuestro pañuelo se encuentra en bastante mal estado como para seguir llevándolo, es posible que no os importe que lo destroce un poco más. Quizá pueda recordar mis viejas habilidades.

Con un amable encogimiento de hombros, Elric le tendió el pañuelo al poeta de rostro de pájaro y observó sus pequeños dedos, que actuaron con rapidez, deshilachando y volviendo a trenzar, hasta que consiguió una cierta longitud de delgada cuerda.

—Será mejor que me ponga a trabajar en seguida, señor, puesto que ya se acerca la noche.

Ahora ya se encontraban a cierta distancia del muro de basuras y sólo percibían los ricos y sosegados aromas de los campos veraniegos. Elric descansó entre los tallos de trigo, mientras Wheldrake se ponía a trabajar y al cabo de poco tiempo, tras haber aclarado una amplia zona y excavado un hueco, pudieron disfrutar de un joven conejo, mientras especulaban acerca de un mundo tan extraño donde se cultivaban campos tan vastos y, sin embargo, no parecía haber granjas o pueblos. Elric contempló el cuerpo del conejo, que giraba ensartado en un espetón, también invención de Wheldrake, y comentó que, a pesar de toda su educación en brujería, no era un viajero familiarizado con los ámbitos de los que parecía proceder su compañero.

—No es por casualidad, señor, os lo aseguro. Echo la culpa de ello a un cierto doctor Dee, a quien consulté con respecto a los griegos. Iba a medirse todo con el metro. Era una cuestión métrica. Bueno, el caso es que la historia es muy larga y no especialmente novedosa para aquellos de nosotros que viajamos, como quien no quiere la cosa, por el Multiverso, pero por un tiempo en un plano particular. Debo admitir que me desplazé un poco, aunque no a otras dimensiones, hasta que llegué a descansar, estoy seguro de ello, en Putney.

—¿Regresaréis algún día allí, maese Wheldrake?

—Desde luego que sí. Empiezo a cansarme de las aventuras extradimensionales, y tengo la intención de establecer lazos duraderos, pues, como comprenderéis, me resulta difícil echar de menos a tantos amigos.

—Bueno, espero que volváis a encontrarlos.

—Y vos también, señor. Os deseo muy buena suerte con lo que tengáis la esperanza de descubrir, aunque sospecho que sois de esa clase de seres que andan siempre a la búsqueda de lo numinoso.

—Quizá —dijo Elric sombríamente, mientras masticaba una tierna pata de conejo—, pero creo que la numinosidad de lo que ando buscando ahora os sorprendería mucho...

Wheldrake estaba a punto de hacer más preguntas cuando cambió de idea y contempló, con inconfundible expresión de orgullo, el espetón y su captura. Las propias preocupaciones de Elric se vieron considerablemente aliviadas gracias a lo que disfrutaba en compañía del pequeño hombre y a las peculiaridades de su carácter.

Ahora, maese Wheldrake había encontrado por fin el volumen tan buscado, y extrajo una conveniente vela que encendió en el fuego, para poderle leer en voz alta al último príncipe de Melniboné una narración en la que se hablaba de un semidiós de su propia dimensión y de su desafío contra un cierto rey, cuando oyeron el sonido de un caballo que avanzaba lentamente por entre el trigo; un caballo que vacilaba a cada pocos pasos, como si fuera controlado por un jinete inteligente. Así que Elric gritó en voz alta:

—Se os saluda, jinete. ¿Queréis compartir nuestra carne?

Hubo una pausa y la voz que contestó finalmente sonó apagada, distante pero amable:

—Compartiría el calor de vuestra hoguera durante un rato, señor. Hace mucho frío para mí.

El caballo siguió avanzando hacia ellos, al mismo paso, deteniéndose de vez en cuando, todavía precavido, hasta que finalmente vieron su sombra contra la luz de la hoguera y un jinete desmontó y caminó suavemente hacia ellos, formando una silueta de alarmante simetría. Era un hombre corpulento, cubierto de pies a cabeza por una armadura que despedía destellos plateados, dorados y, a veces, grisazulados. De su casco se elevaba una pluma amarilla oscura, y en su peto se veían cinceladas las armas amarillas y negras del Caos, las armas de un sirviente, vinculado por el alma, de los señores de la Improbabilidad, que son ocho flechas que irradian de un cubo central que representan la variedad y la multiplicidad del Caos. Por detrás de él, el perfecto corcel de combate iba ataviado con capucha y gualdrapa de radiante seda negra y plateada, una silla alta de marfil y ébano ornamental y arneses plateados ribeteados de oro.

Elric se puso en pie, preparado para la confrontación, pero confundido ante el aspecto del extraño. El recién llegado llevaba un casco que, aparentemente, no disponía de visor, sino que estaba todo hecho de una pieza, desde el cuello hasta la corona. Sólo las hendiduras del visor aliviaban la suavidad del fulgurante acero, que parecía contener materia viva justo por debajo de su pulida superficie, una materia que fluía, se agitaba y parecía amenazadora. Desde las hendiduras miraban un par de ojos que desplegaban un dolor colérico que Elric conocía muy bien. No pudo identificar una sensación de estrecha afinidad con el hombre cuando éste se acercó al fuego y tendió hacia las llamas las manos enfundadas en guanteletes. La luz de la hoguera captó el metal y una vez más sugirió que algo vivo había en él, atrapado dentro de él, como una energía enorme, tan poderosa que se la podía observar a través del acero. Y, sin embargo, los dedos se flexionaban y extendían como dedos de carne que se calentaban y recuperaban la circulación, y el suspiro del extraño sólo expresó el más simple de los consuelos.

—¿Queréis un poco de conejo, señor? —preguntó Wheldrake dirigiendo un gesto hacia los restos del conejo que se asaban.

—No, gracias, señor.

—Podéis descargaros de vuestro casco y sentaros con nosotros. No hay el menor peligro.

—Os creo, señor. Pero no puedo quitarme este casco por el momento y, si debo seros franco, añadiré que no he tomado ningún alimento habitual desde hace algún tiempo.

Al escuchar estas palabras, Wheldrake enarcó una ceja rubicunda.

—¿Acaso el Caos envía en estos tiempos a sus sirvientes para que se conviertan en caníbales, señor?

—Ella ha tenido a muchos sirvientes que se han convertido en eso — contestó el hombre de la armadura, que volvió ahora la espalda hacia el calor del fuego—, pero yo no pertenezco a ellos. No he comido carne, fruta o verdura alguna durante cerca de dos mil años. O quizá más. Hace ya mucho tiempo que dejé de intentar contarlos. Hay ámbitos que siempre son Noche, y otros que se abrasan en un Día perpetuo, e incluso otros donde la noche y el día se suceden con tal velocidad que no podemos captarlos con nuestra percepción habitual.

—¿Alguna clase de voto, señor? —preguntó Wheldrake con cautela—. ¿Algún propósito sagrado?

—Una búsqueda, sí, pero por algo mucho más sencillo de lo que creeríais.

—¿Qué andáis buscando, señor? ¿Una esposa perdida?

—Sois muy perceptivo, señor.

—Simplemente, instruido. Pero eso no es todo, ¿verdad?

—No busco más que la muerte. Fue a esa desgraciada condena a la que me destinó el Equilibrio cuando la traicioné a ella hace ya tantos milenios. También estoy condenado a luchar contra aquellos que sirven al Equilibrio, aunque yo mismo amo el Equilibrio con una ferocidad que jamás se ha disipado. Se ordenó, aunque no tengo razones para confiar en ese oráculo, que encontraría la paz sólo a manos de un servidor del Equilibrio, uno que fuera lo que yo fui en otro tiempo.

—¿Y qué fuisteis en otro tiempo? —preguntó Wheldrake, que había logrado comprender todo esto con mayor rapidez que el albino.

—En otro tiempo fui príncipe del Equilibrio, Servidor y Confidente de esa Inteligencia Extraordinaria que celebra, tolera y ama toda la vida a través del Multiverso, y que, sin embargo, tanto la Ley como el Caos arrojarían si pudieran, que se siente descontenta con la multiplicidad y el ajuste masivo del Multiverso, e imagina una Conjunción más grande que debe llegar a través de los Planos Clave para estabilizar las realidades durante incontables eones, realidades en las que quizá ya no exista el Equilibrio, según he podido experimentar. La idea era tan fuerte para mí que la curiosidad y la tontería, la importancia de mí mismo y el orgullo me indujeron a convencerme de que, al hacer lo que pretendía hacer, servía los intereses del Equilibrio. Y habría pagado el mismo precio por mi éxito o por mi fracaso. El precio que ahora pago.

—Ésa no es toda vuestra historia, señor —dijo Wheldrake, que estaba encantado—. No me aburriréis, estoy seguro de ello, si os dignáis bordármela con más detalles.

—No puedo, señor. Hablo como lo hago porque eso es todo lo que puedo descargar de mi historia. El resto, sólo yo estoy destinado a saberlo, hasta que llegue el momento de mi liberación y pueda contarlo todo.

—¿Liberación por medio de la muerte, señor? Supongo que eso crearía algunas dificultades en lo que se refiere a la transmisión de la narración.

—Sin lugar a dudas, el Equilibrio decidirá sobre esas cosas —dijo el extraño sin gran sentido del humor.

—¿Es la muerte, en general, todo lo que buscáis? ¿O tiene la muerte un nombre? —preguntó Elric con suavidad y simpatía.

—Busco a tres hermanas. Creo que vinieron por este camino hace unos pocos días. ¿Habríais visto a las tres hermanas? ¿Cabalgando juntas?

—Lo lamento, señor, pero hemos sido recientemente transportados a este ámbito, sin que mediara deseo alguno por nuestra parte, y por ello somos recién llegados aquí, y no disponemos de mapas ni direcciones —contestó Elric con un encogimiento de hombros—. Había confiado en que vos conoceríais un poco el lugar.

—Se encuentra en lo que denominan el Anillo Novenomillonésimo. Existe en los que ellos han formalizado como los Ámbitos de la Significación Central, y es cierto que existe una insólita calidad en el plano que aún tengo que identificar. No se trata de un verdadero Centro, pues ése es el Ámbito del Equilibrio, pero es lo que yo llamaría un cuasi centro. Espero que disculpéis la jerga del filósofo, señor. Fui durante algunas generaciones un alquimista en Praga.

—¡En Praga! —gritó Wheldrake con un graznido de encantado reconocimiento—. Ah, aquellas torres y campanas. ¿Conocéis Mirenburg, quizá? ¡Todavía es más hermosa!

—Los recuerdos no son precisamente agradables —dijo el hombre de la armadura—, puesto que no los recuerdo. ¿Debo suponer que también os encontráis aquí en una búsqueda?

—Yo no, señor —contestó Wheldrake—, a menos que sea por Putney Common y mi pérdida media jarra.

—Yo sí ando buscando algo, en efecto —asintió Elric con cautela. Había confiado en informarse algo sobre la geografía, antes que sobre la situación mística y astrológica de este mundo—. Soy Elric de Melniboné.

Su nombre no pareció tener ningún gran significado para el hombre de la armadura.

—Y yo soy Gaynor, en otro tiempo un príncipe de lo Universal, ahora llamado lo Condenado. ¿Nos hemos visto alguna otra vez, quizá? ¿Sin estos nombres e incluso sin estos rostros? ¿En alguna otra encarnación?

—No forma parte de mis desgracias el recordar otras vidas —contestó Elric con suavidad, inquieto ante las preguntas de Gaynor—. Sólo os comprendo un poco, señor. Soy un soldado mercenario que se dirige a un nuevo lugar con la intención de encontrar un nuevo patrono. Para lo sobrenatural, soy casi un extraño.

Y agradeció el hecho de que las cejas de Wheldrake se enarcaran en ese momento desde detrás de Gaynor. No comprendió por qué había decidido utilizar aquel subterfugio, solo que, a pesar de sentirse atraído hacia Gaynor, a pesar de su patronazgo mutuo bajo el Caos, temía algo en él. Gaynor no tenía ninguna razón para desearle nada malo, y Elric supuso que no se molestaba en desafíos o matanzas sin significado alguno; y, sin embargo, Elric decidió mantener la boca cerrada, como si él también hubiera sido condenado por el Equilibrio a no contar nunca su propia historia. Finalmente, se acostaron a dormir, tres figuras extrañas, en lo que no parecía ser sino una infinidad de trigo.

A primeras horas de la mañana siguiente, Gaynor volvió a montar en su silla.

—Me he alegrado mucho con vuestra compañía, caballeros. Si viajáis hacia allá encontraréis un lugar bastante habitado. Esas gentes son comerciantes y reciben bien a los extranjeros. De hecho, nos tratan con un respeto insólito. Yo continúo mi camino. He sido informado de que mis tres hermanas viajaron hacia un lugar llamado la Nación Gitana. ¿Habéis oído hablar de ella?

—Lo siento, señor —dijo Wheldrake limpiándose las manos con un enorme pañuelo de algodón rojo—, pero somos vírgenes en este mundo, tan inocentes como bebés. Nos encontramos en desventaja, puesto que hemos llegado recientemente a este ámbito y no tenemos ninguna idea sobre sus gentes y sus dioses. Quizá, si me permitís ser un poco atrevido, diría que vos mismo sois de un origen divino o semidivino, ¿verdad?

La risa que le contestó pareció encontrar un eco interno, como si el casco del príncipe enmascarase la entrada a un abismo infinito que parecía muy lejano y, sin embargo, resultaba extrañamente íntimo.

—Ya os lo dije, maese Wheldrake. Fui un príncipe del Equilibrio. Pero ahora no. Ahora, señor, os aseguro que no hay nada de divino en Gaynor el Condenado.

Tras murmurar que seguía sin comprender el significado del título del príncipe, Wheldrake se calmó.

—Si pudiéramos ayudaros, señor, lo haríamos...

—¿Quiénes son esas mujeres a las que buscáis? —preguntó entonces Elric.

—Tres hermanas, de aspecto similar, entregadas a una búsqueda o misión de alguna urgencia singular para ellas mismas. Imagino que andan a la búsqueda de un compatriota perdido, o quizá de un hermano, y han preguntado por el paradero de la Nación Gitana. Cuando la gente se enteró de que buscaban la Nación, les indicaron el camino, pero se negaron a tener más relación con ellas. Mi único consejo es que evitéis por completo sacar a relucir el tema, a menos que sean ellos mismos quienes lo hagan. Pero tengo la sospecha de que una vez que se encuentra a ese grupo de nómadas se tienen pocas posibilidades de abandonar incólume sus filas.

—Os agradezco vuestro consejo, príncipe Gaynor —dijo Elric—. Ah, ¿sabéis quién cultiva tanto trigo y por qué?

—Arrendatarios fijos se les llama, y cuando hice la misma pregunta se me contestó con una risa sin humor alguno que era para alimentar a las langostas. He oído hablar de prácticas extrañas. Imagino que hay cierta tensión con los gitanos. No quieren hablar mucho de estos nómadas. Filos llaman a este ámbito Salish-Kwoonn que, como recordaréis, es el nombre de la ciudad que aparece en el Libro de Marfil. Eso es una extraña ironía. Me divirtió mucho.

Y tras decir esto, volvió grupas y se alejó como si escapara hacia lo abstracto, su ambiente natural, y desapareció cabalgando lentamente hacia aquella distante depresión, aquellas colinas de basura, cuya presencia quedaba marcada en el horizonte por la presencia de cuervos y milanos, y por masas de moscas que formaban enjambres similares al humo negro.

—Un erudito —dijo Wheldrake—, aunque no deje de ser un tanto crítico. Vos lo comprendéis mejor que yo, príncipe Elric. Pero desearía que hubiera viajado siguiendo nuestro mismo camino. ¿Qué os ha parecido el tipo?

Elric guardó un momento de silencio y eligió con cuidado las palabras, al tiempo que jugueteaba con la hebilla del cinturón.

—Tengo miedo de él. Le temo como no he temido a ninguna otra criatura humana, mortal o inmortal. Su condena es terrible, en efecto, pues ha conocido el Santuario del Equilibrio y eso es todo lo que anhela. Haberlo tenido y haberlo perdido...

—Vamos, señor. Debéis estar exagerando. Extraño sí que lo ha sido, desde luego, pero creo que afable dadas las circunstancias.

Elric se estremeció, contento de que el príncipe Gaynor se hubiera marchado.

—Y, sin embargo, le temo más que a nada.

—¿Como os teméis a vos mismo, quizá? —preguntó Wheldrake mirando con pena el rostro de su nuevo amigo—. Os lo ruego, señor, no deseaba parecer atrevido.

—Sois demasiado inteligente para mí, maese Wheldrake. Vuestro ojo de poeta es quizá más agudo de lo que me gustaría.

—No es más que un instinto casual, señor. Os lo aseguro. No comprendo nada y lo digo todo. ¡Ésa es mi condena! No es tan grande como la de algunos, claro está, pero me mete y me saca de problemas en proporciones más o menos similares.

Y tras decir esto maese Wheldrake se asegura de que el fuego quede bien apagado, rompe el espetón y lo entierra con pena, conserva el lazo, que se guarda en un bolsillo, junto con un volumen que ha perdido el encuadernado para revelar un vulgar jaspeado, se echa la levita sobre el hombro y se lanza a través del trigo, en pos de la estela de Elric.

—¿Os he recitado mis versos épicos referentes al amor y la muerte de sir Tancredo y lady María? Están hechos en forma de una balada de Northumberland, que fue la primera poesía de la que oí hablar. Las propiedades de la familia eran remotas, pero yo no estaba solo allí.

Su voz gorjea y vibra con las cadencias de una endecha primitiva, mientras el escriba de cabeza roja avanza a saltos y pequeñas carreras para mantener el paso del alto albino.

Cuatro horas más tarde llegaron al ancho río que fluía lentamente y pudieron ver la ciudad que andaba buscando Elric, elevándose sobre riscos pintorescos por encima del agua. Mientras tanto, Wheldrake terminó de declamar los últimos y resonantes pareados de la balada y pareció tan aliviado como el propio Elric de haber concluido la composición.

La ciudad parecía haber sido esculpida por imaginativos maestros albañiles a partir de la reluciente piedra caliza de los riscos. Se llegaba a ella por un camino bastante estrecho, de construcción evidentemente artificial en algunos lugares, que serpenteaba por entre las rocas y las aguas blancas, situadas a alguna distancia por debajo y se elevaba gradualmente antes de desembocar en la calle principal de la ciudad, para girar de nuevo entre altas casas y almacenes de varios pisos, fantásticos edificios públicos y estatuas, jardines ornamentales y elaborados conjuntos florales, para perderse entre un laberinto de otras vías y callejas situadas por debajo del antiguo castillo, cubierto de parras y plantas trepadoras en flor, desde el que se dominaba tanto la ciudad como el puente de trece arcos que salvaba el río en su punto más estrecho, y lo cruzaba hasta un pequeño asentamiento situado en la otra orilla donde, evidentemente, los ciudadanos más ricos habían construido sus pálidas villas.

La ciudad mostraba un ambiente de satisfecha prosperidad y Elric se sintió optimista al observar que no había verdaderas murallas y que por lo visto no había tenido que defenderse contra los agresores desde hacía muchos años. Unas pocas gentes locales, con vestiduras bordadas de vivos colores, muy diferentes en estilo a las del propio Elric, o a las de Wheldrake, los saludaron alegre y abiertamente, como hombres y mujeres que disfrutaban de una considerable seguridad y que están acostumbrados a los extranjeros.

—Si dieron la bienvenida a Gaynor, príncipe Elric, supongo que nosotros no les pareceremos especialmente extraños —dijo Wheldrake—. Este lugar tiene un cierto aire afrancesado que me recuerda ciertos pueblos situados a lo largo del

Loira, aunque le falte la catedral característica. ¿Habéis observado alguna pista que nos dé una idea sobre la religión que practican?

—Quizá no tengan ninguna —contestó Elric—. He oído decir que tales razas existen.

Pero estaba claro que Wheldrake no le creía.

— ¡Pero si hasta los franceses tienen religión!

El camino les hizo pasar ante las primeras casas, asentadas sobre rocas y terrazas situadas por encima de ellos, y que desplegaban los más ricos jardines de flores que Elric recordara haber visto. Un aroma los envolvió, mezclado con los débiles olores de pintura y cocina, y los dos viajeros se relajaron y sonrieron a quienes les saludaban, hasta que Elric se detuvo un momento y preguntó cómo se llamaba la ciudad a una joven mujer que vestía una larga blusa blanca y roja.

—Esto es Agnesh-Val, señor. Y al otro lado del río está Agnesh-Nal. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí, caballeros? ¿Zozobró vuestra embarcación en los rápidos de Forli? Deberíais ir a la Casa de los Viajeros Afligidos en la calle de los Cinco Molinos de Avena, justo por debajo del callejón Pastel de Sal. Allí, al menos, os alimentarán. ¿Lleváis la medalla del Gremio de Aseguradores?

—Me temo que no, señora.

—Es una pena, porque en tal caso sólo tenéis derecho a nuestra hospitalidad.

—Que nos parecerá aún más generosa, señora —dijo Wheldrake dirigiéndole un guiño, bastante inapropiado, antes de alejarse a saltos para alcanzar a su amigo.

Finalmente, a través de los giros y vueltas de las viejas calles empedradas, llegaron a la Casa de los Viajeros Afligidos, un edificio con tejado de dos aguas, de una considerable antigüedad, que se inclinaba por todos los ángulos, como si estuviera demasiado borracho para sostenerse en pie sin el apoyo de las casas situadas a ambos lados, y cuyas vigas y muros aparecían abombados y combados en formas que a Elric le habrían parecido imposibles para una materia natural no tocada por el Caos.

En el dintel de la puerta de este establecimiento, como si formara por entero una sola pieza con el mismo, tanto en términos de postura como de edad, apoyado de una forma desgarrada, con las extremidades extendidas en diferentes ángulos, la cabeza hacia un lado, el sombrero hacia otro, con un diente sobresaliendo en una dirección y una pipa en la otra, había una criatura de tan profunda delgadez y aspecto chupado, que Elric se vio oscuramente impulsado a pedir disculpas y preguntar si habían acudido al lugar correcto.

—Es el mismo lugar donde os encontráis, señor, por la Gracia de Nuestro Vigilante, mi señor. Habéis venido en busca de caridad, ¿verdad? ¿De caridad y de algún buen consejo?

—¡Hospitalidad, señor, fue lo que se nos ofreció! —exclamó Wheldrake con un matiz de indignación—. ¡No caridad!

Parecía un gallo enfadado, con el rostro casi tan enrojecido como su cabello.

—No me importa con qué palabras se disfrace una acción, mis buenos señores —dijo la criatura, que se incorporó, plegándose, derrumbándose y extendiéndose sobre sí misma de tal forma que logró ponerse en pie—. ¡Yo lo llamo caridad! —Unas diminutas luces como diamantes relucían en el fondo de unas cuencas cavernosas, y unos dientes mal ajustados entrechocaban en unos labios flácidos—. No me importan los peligros que hayáis arrostrado, las calamidades que hayan caído sobre vos, las horribles pérdidas que hayáis tenido que soportar, lo ricos que seáis, lo pobres en que os hayáis podido convertir. De

no haber considerado esos riesgos, no habríais llegado tan lejos ni os habríais aventurado a cruzar la Divisoria. Así pues, sólo a vosotros mismos podéis echar la culpa de vuestras desgracias.

—Se nos dijo que podríamos encontrar comida en esta casa —dijo Elric con voz serena—. No esperábamos encontrar buscapleitos de mal carácter ni descortesía.

—Hipócritas fueron los que así hablaron, ya que mintieron. La casa está cerrada para su redecoración. Va a ser convertida en un restaurante. Con un poco de suerte, pronto empezará a dar beneficios.

—Bien, señor, en mi mundo ya hemos dejado atrás esas estrechas ideas de responsabilidad —dijo Wheldrake—. No obstante, os ruego que me disculpéis por haberos molestado. Hemos sido mal informados, como bien decís.

Elric, que no estaba acostumbrado a tal comportamiento y que seguía siendo un noble melniboneano, descubrió que se había llevado la mano a la empuñadura de la espada, sin darse siquiera cuenta de ello.

—Anciano —dijo—, me siento incomodado por vuestra insolencia...

En ese momento, la mano de Wheldrake se posó sobre el brazo del albino, que se controló.

—¡El anciano miente! ¡Miente! ¡Miente! —Por detrás de ellos, colina arriba, acudía apresuradamente un tipo fornido de unos cincuenta años, con una llave preparada en la mano. Era un hombre de cabello gris cuyas cerdas surgían de debajo de una gorra de terciopelo, con la barba medio enmarañada y la vestimenta mal puesta, como si se hubiera vestido a toda prisa tras levantarse de una cama ya medio olvidada—. Él miente, buenos señores. Miente. Os ruego, Reth'chat, que vayáis a incordiar en cualquier otra institución. Este hombre es una reliquia, caballeros, procedente de unos tiempos acerca de los cuales la mayoría de nosotros sólo hemos podido leer algo. Prefiere juzgarnos por nuestra riqueza y nuestra gloria conyugal, en lugar de hacerlo por nuestra buena voluntad y tranquilidad de espíritu. Buen día, buen día tengáis. Habéis venido a comer, espero.

—Frío e insípido es el pan de la caridad —gruñó Reliquia, que bajó por la calle hacia donde se encontraba un grupo de niños, a los que no logró diseminar con sus brazos extendidos como las antenas de un insecto—. ¡Responsabilidad y autosuficiencia! Destruirán a la familia. Pereceremos todos. Tendremos que servir a bordo de los barcos. ¡Recordad mis palabras!

Y, tras decir esto, dobló una esquina que daba a la Puerta del Viejo Museo, y desapareció con un despliegue final de milagrosa angularidad por entre una arcada de tiendas.

El genial hombre de mediana edad blandió la llave antes de insertarla en la antigua puerta.

—Él sólo se hace propaganda a sí mismo. Encontraréis esa clase de fanfarrones en todas las ciudades. Imagino que nuestros amigos gitanos os cobraron un «impuesto». ¿Qué nos habríais traído de no ser así?

—Oro, sobre todo —contestó Elric, que comprendió por fin las actitudes y mentiras fáciles de un mercenario y un ladrón—. Y joyas preciosas.

—Fuisteis valientes al intentarlo. ¿Os encontraron a esta parte de la Divisoria?

—Parecería que sí.

—Y os desplumaron de todo. Tenéis suerte de haber podido conservar vuestras ropas y armas. Y también que no os descubrieran cruzando la Divisoria.

—Esperamos durante una temporada, antes de estar seguros de nuestras oportunidades —intervino Wheldrake al comprender lo que ocurría, esbozando sobre sus anchos labios una mueca como la del que sabe lo que sucede en un juego infantil.

—En efecto. Otros han esperado mucho más tiempo.

La puerta se abrió en silencio y entraron en un pasillo iluminado por relucientes lámparas amarillas, con paredes tan retorcidas en su interior como aparecían en el exterior; las escaleras se elevaban desde lugares improbables hacia donde nadie podía suponer, y sus pasillos y cámaras aparecían de improviso y siempre tenían formas y ángulos peculiares, a veces iluminados con candiles y otras veces sombríos y polvorientos, mientras su huésped les conducía más y más profundamente hacia el interior de la casa, hasta que llegaron por fin a un salón grande y alegre en cuyo centro había una gran mesa de roble alineada con bancos, con espacio más que suficiente para dos grupos de hambrientos viajeros. Sin embargo, allí sólo había otra persona, que ya se servía del rico y humeante estofado de un caldero colocado sobre el fuego de la chimenea. Se trataba de una mujer, vestida con ropas sencillas de color rojizo y verde, con una espada de hoja fina colgada al cinto, una daga para equilibrarla, una figura musculosa, de caderas llenas, anchos hombros y un rostro de triste belleza por debajo de una mata de cabello rojodorado. Ella les saludó con un gesto, al tiempo que pasaba las piernas por encima del banco, se sentaba y empezaba a comer, demostrando claramente que no deseaba hablar. Su anfitrión bajó el tono de voz al hacerlo.

—Tengo entendido que vuestra compañera viajera ha experimentado recientemente inconvenientes excepcionales tanto para su persona como para sus ambiciones. Ha expresado cierto deseo de no conversar hoy con nadie. Aquí encontraréis todo lo que necesitáis, caballeros. Hay un sirviente en alguna parte que se ocupará de satisfacer cualquier necesidad que tengáis, y yo regresaré dentro de un par de horas para ver qué otra ayuda podemos aportar. No desanimamos a los aventureros fracasados en Agnesh-Val, ya que si lo hiciéramos no podríamos comerciar con nadie. Nuestra política consiste en ayudar a los fracasados del mismo modo que nos beneficiamos de los que tienen éxito. Eso nos parece justo y cuerdo.

—Y así lo es, señor —dijo Wheldrake con un gesto de aprobación—. Evidentemente, sois de convicciones liberales. Se oye hablar mucho de conservadurismo cuando se viaja a través de los ámb..., quiero decir, del mundo.

—Creemos en el propio interés ilustrado, señor, como creo que hacen todos los pueblos civilizados. Está en consonancia con los intereses de la comunidad, y de esa otra comunidad más grande situada más allá, asegurarnos de que todos son tratados cortésmente y que encuentren las oportunidades adecuadas para hacer de sí mismos lo que les plazca. ¿Queréis comer, señor? ¿Queréis comer?

Elric se dio cuenta de que los tristes ojos de la mujer les observaban mientras hablaban, y se dijo a sí mismo que no había visto un rostro más encantador y determinado desde que Cymoril había vivido. Sus grandes ojos azules eran firmes y nada tímidos mientras masticaba lentamente, sumida en sus propios e inescrutables pensamientos. Y entonces, de repente, le sonrió una sola vez, antes de dirigir toda su atención a la comida, lo que dejó a Elric más hundido en el misterio que antes.

Tras haberse servido del estofado en platos hondos que despedían un delicioso olor, eligieron puestos ante la mesa y durante un rato comieron en silencio, hasta que finalmente fue la mujer la que habló primero. Había un inesperado humor cálido en su voz y una cierta cordialidad que a Elric le pareció atractiva.

—¿Qué mentira os ha traído a esta comida gratuita, muchachos?

—Un malentendido, señora, antes que una mentira —contestó Wheldrake con diplomacia lamiendo la cuchara y preguntándose si servirse de nuevo del caldero o no.

—No sois más comerciantes que yo —dijo ella.

—Ése fue el malentendido principal. Al parecer, no pueden imaginarse que aparezca por aquí ninguna otra clase de viajero.

—Así parece, en efecto. Y estáis recientemente aquí, en este ámbito. Habréis llegado por el río, sin duda.

—No acabo de comprender los medios —dijo Elric, todavía cauteloso.

—Pero los dos buscáis a las tres hermanas, claro.

—Parece ser que todo el mundo lo hace —dijo Elric, dejando que ella creyera lo que quisiese—. Soy Elric de Melniboné, y éste es mi amigo maese Wheldrake, el poeta.

—De maese Wheldrake ya he oído hablar. —Había quizá un cierto tono de admiración en la voz de la dama—. Pero de vos, señor, temo que me sois totalmente desconocido. A mí me llaman la Rosa y mi espada se conoce como la Espina Rápida, mientras que mi daga es la Espina Pequeña. —Dijo estas palabras con orgullo y desafío, y estaba claro que con ellas expresaba alguna clase de advertencia, aunque Elric no fue capaz de imaginar qué podía temer de ellos—. Viajo por las corrientes del tiempo en busca de mi venganza.

Y sonrió, mirando su plato vacío, como azorada y burlona de sí misma ante una admisión vergonzosa.

—¿Y qué significan las tres hermanas para vos, señora?

—preguntó Wheldrake con su pequeña voz convertida ahora en un gorjeo encantador.

—Lo significan todo. Ellas poseen los medios para conducirme a la resolución de todo aquello para lo que he vivido desde que hice mi juramento. Me ofrecen la oportunidad de la satisfacción, maese Wheldrake. Sois el mismo Wheldrake que escribió El sueño del orientalista, ¿verdad?

—Bueno, señora —contestó él algo consternado—, no era más que un recién llegado a una nueva era. Necesitaba iniciar de nuevo la creación de mi reputación, y en aquel entonces el Oriente se había puesto de moda. No obstante, y como obra madura...

—Es excepcionalmente sentimental, maese Wheldrake. Pero me ayudó a pasar una o dos horas malas y todavía disfruto por lo que es. Después de eso llega La canción de Iananthe que es, desde luego, vuestra mejor obra.

—¡Por los cielos, señora, pero si todavía no la he escrito! Está apenas esbozada, eso es todo, en Putney.

—Es excelente, señor. No diré nada más de ella.

—Os lo agradezco, señora. Y también vuestras alabanzas —añadió tras recuperarse—. Yo también siento cierto afecto por mi período oriental. ¿Habéis leído, quizá, la novela que se publicó últimamente, Manfred, o el Hoorii del caballero?

—No formaba parte de vuestra producción la última vez que estuve en alguna parte.

Mientras ellos dos hablaban de poesía, Elric apoyó la cabeza sobre los brazos y dormitó un rato hasta que de repente oyó decir a Wheldrake.

—¿Y cómo es que nadie castiga a esos gitanos? ¿Es que no hay ninguna autoridad que los mantenga a raya?

—Sólo sé que forman una nación de viajeros —contestó la Rosa con serenidad—. Quizá una gran horda de nómadas. Se llaman a sí mismos los Viajeros Libres o el Pueblo del Camino, y no cabe la menor duda de que son lo bastante poderosos como para que el pueblo local les tema. Se me ha sugerido que las tres hermanas cabalgaron para unirse con la Nación Gitana. Así que yo también me uniré a ella.

Elric recordó entonces la ancha calzada de tierra apisonada, y se preguntó si eso tendría algo que ver con la Nación Gitana. No obstante, pensó que ellos no se aliarían con lo sobrenatural. De todos modos, sintió cada vez mayor curiosidad.

—Los tres nos encontramos en desventaja —dijo la Rosa—, puesto que hemos permitido que nuestros anfitriones nos tomen por víctimas de esos gitanos. Eso significa que no podemos hacer preguntas directas, sino que tenemos que procurar comprender elípticamente todo aquello que podamos. A menos que admitamos nuestro engaño.

—Tengo la sensación de que eso nos haría ser menos populares. Estas gentes se sienten orgullosas de su forma de tratar a los comerciantes. Pero, en cuanto a los que no somos comerciantes, no he podido saber nada. Quizá su destino sea menos agradable. —Elric suspiró—. No es que me importe mucho, señora, pero si queréis compañía podemos unir nuestras fuerzas para buscar a esas hermanas.

—Ah, por el momento no veo nada nocivo en establecer esa alianza —dijo ella sabiamente—. ¿Habéis oído decir algo sobre ellas?

—Tanto como vos —contestó Elric con veracidad.

Había decidido que no podía seguir otro camino, así que bien podía seguir éste con la esperanza de que, en último término, le condujera a la caja de palo de rosa y al alma robada de su padre. Además, en la compañía de esta mujer había algo que le hacía disfrutar, algo que tenía la impresión de que no volvería a encontrar, como una comprensión fácil y medida que le hacía desear, a pesar de su resolución de ser cauteloso, contarle todos los secretos de su vida, todas las esperanzas, temores y aspiraciones que había conocido, y también todas las pérdidas; no para descargarlas sobre ella, sino para ofrecerle algo que quizá deseara compartir. Porque estaba seguro de que también tenían otras cualidades en común.

Tenía la impresión, en suma, de haber encontrado a una hermana. Y sabía que ella también experimentaba algo similar, aunque él fuera melniboneano y ella no. Y se maravillaba ante todo esto, pues también había experimentado similitud con Gaynor, aunque de una clase diferente.

Cuando la Rosa se retiró, diciendo que no había dormido desde hacía unas treinta y seis horas, Wheldrake se mostró entusiasmado con ella.

—Es la mujer más femenina que he visto, señor. Una mujer magnífica. ¡Una verdadera Juno en carne y hueso! ¡Una Diana!

—No sé nada sobre vuestras divinidades locales —dijo Elric con suavidad, aunque estuvo de acuerdo con Wheldrake en que ese día habían conocido a una persona excepcional.

Elric había empezado a especular acerca de este especial vínculo de padres e hijos, de casi hermanos y casi hermanas. Se preguntaba si no detectaba la presencia del Equilibrio en todo esto, o quizá, y más probablemente, la influencia de los señores del Caos o los de la Ley, pues últimamente era evidente que los duques de la Entropía y los príncipes de la Constancia estaban a punto

de enzarzarse en un conflicto de ferocidad algo más que ordinaria. Algo que contribuía a explicar la urgencia que se detectaba en el ambiente, la urgencia que su propio padre había tratado de expresar, aunque estuviera muerto y sin su alma. ¿Existía acaso, en esta pauta lentamente tejida que parecía ir formándose a su alrededor, algún reflejo de una configuración cósmica mucho más grande? Por un segundo tuvo un atisbo de la vastedad del Multiverso, de su complejidad y variedad, de sus realidades y sueños todavía pendientes de verse realizados; posibilidades sin fin, maravillas y horrores, bellezas y fealdades, ilimitadas e indefinibles, llenas de lo fundamental en todo.

Y cuando el hombre de cabello gris regresó, un poco mejor vestido esta vez, un poco más limpio en su adecentamiento, Elric le preguntó por qué no temían un ataque directo por parte de la Nación Gitana.

—Oh, tengo entendido que ellos tienen sus propias reglas acerca de esas cosas. Existe un status quo, ¿sabéis? Aunque eso no hace que vuestras circunstancias sean más afortunadas...

—¿Habéis parlamentado con ellos?

—En cierto sentido, señor. Tenemos tratados y todo eso. Pero no tememos por Agnesh-Val, sino por aquellos que acuden a comerciar con nosotros. —Y volvió a realizar un gesto de disculpa—. Los gitanos tienen sus formas de actuar, ¿sabéis? Son extraños para nosotros y creo que yo no les serviría directamente, pero debemos tener en cuenta tanto el aspecto positivo como el negativo de su poder.

—Y supongo que ellos tienen su libertad —dijo Wheldrake—. Ése es el gran tema de El centeno rotnaní.

—Quizá, señor —asintió su anfitrión, aunque pareció un tanto confundido—. No sé de lo que habláis... ¿Una obra de teatro, señor?

—Una narración sobre las alegrías del camino abierto.

—Ah, en tal caso tiene que ser de origen gitano. Pero me temo que nosotros no compramos sus libros. Y ahora, caballeros, no sé si queréis aprovechar lo que ofrecemos a los viajeros afligidos en forma de crédito y equipo a precio de este. Si no disponéis de dinero, aceptaremos el pago en especias. Quizá uno de esos libros, maese Wheldrake, a cambio, por ejemplo, de un caballo.

—¡Un libro por un caballo, señor! ¡Menudo trato!

—¿Dos caballos? Lamento no tener una idea clara sobre su valor de mercado. La lectura de libros no es uno de nuestros grandes hábitos. Quizá debiéramos sentirnos avergonzados por ello, pero preferimos los placeres pasivos de la arena nocturna.

—Y, al mismo tiempo que los caballos, ¿quizá provisiones para unos pocos días? —sugirió Elric.

—Si eso os parece justo, señor.

—Mis libros son... como yo mismo, señor —dijo Wheldrake con los dientes apretados, con la nariz aparentemente más puntiaguda que nunca—. Son mi identidad. Yo soy su protector. Además, gracias a lo extraño de una cierta telepatía, todos podemos disfrutar y comprender el lenguaje, aunque no podamos leerlo. ¿Sabíais eso, señor? Y la habilidad no se limita a eso. En cierto sentido, supongo que es algo lógico. ¡No, señor, no me separaré ni de una sola página!

Pero cuando Elric hubo señalado que el propio Wheldrake le había explicado que uno de los Ubres estaba escrito en una lengua que ni él mismo conocía, y le sugirió que sus vidas podían depender de conseguir caballos y de unirse a la Rosa,

que ya tenía su propio caballo, Wheldrake consintió en separarse del Ornar Khayyam que había confiado leer algún día.

Así pues, Elric, Wheldrake y la Rosa cabalgaron juntos y bajaron hasta el camino blanco situado junto al río, allí donde habían encontrado el camino el día anterior, aunque ahora permanecieron en él dejando que les llevara lenta y sinuosamente hacia el sur, siguiendo el perezoso flujo del río. Wheldrake le cantó su Canción de la rabia a una extasiada Rosa, mientras Elric cabalgaba a cierta distancia por delante, preguntándose si había entrado a formar parte de un sueño y asediado por el temor de no encontrar nunca el alma de su padre.

Habían llegado a una parte del camino del río por la que Elric no recordaba haber pasado, y se decía a sí mismo que esto debía de hallarse cerca del lugar donde el dragón se había dirigido hacia el sur, lejos del tortuoso curso de agua, cuando sus sensibles oídos captaron un ruido distante que no pudo identificar. Se lo comentó a los otros dos, pero ninguno de ellos lo percibió. Sólo después de que hubiera transcurrido otra media hora, la Rosa se llevó una mano a la oreja y frunció el ceño.

—Parece algún tipo de bullicio, como una especie de rugido.

—Ahora lo oigo —dijo Wheldrake, evidentemente molesto al ver que él, el poeta, fuera el que tenía el oído menos fino—. No sabía que os referíais a esa especie de bullicio o rugido distante. Me había parecido que eso era una característica del agua.

Luego, tuvo la delicadeza de ruborizarse, encogerse de hombros y fingir un atento interés por algo que parecía estar en el extremo de su nariz puntiaguda.

Transcurrieron otras dos horas antes de que vieran que las aguas saltaban y se precipitaban ahora con una fuerza enorme, a través de rocas que ni siquiera el navegante más hábil habría podido sortear, y emitiendo tales silbidos y gritos que bien podría haber sido algo vivo que expresara su furioso descontento. El camino estaba resbaloso por el rocío, y apenas si podían hacerse oír por encima del estruendo, o ver más allá de unos pocos pasos por delante de ellos, u oler otra cosa que no fueran las encolerizadas aguas. Entonces, el camino se alejó del río y descendió hacia una hondonada que hizo que el ruido fuera repentinamente distante.

Las rocas que les rodeaban todavía se hallaban salpicadas por el rocío procedente de arriba, pero aquel casi silencio fue físicamente bien recibido por ellos, que emitieron profundos suspiros de placer. Entonces, Wheldrake cabalgó un poco por delante y regresó poco después para informar que el camino se curvaba para seguir por lo que parecía ser un acantilado. Quizá habían llegado al océano.

Habían abandonado la hondonada y volvían a encontrarse en terreno abierto donde crecía una tosca hierba que se extendía hasta el horizonte, desde donde seguía llegando el rugido que enviaba hacia arriba unas nubéculas de rocío como una muralla plateada. Ahora, el camino les condujo hasta el borde de un acantilado y un abismo tan profundo que el fondo se perdía en la negrura. Era a este abismo adonde caía el agua con tan implacable estruendo, y cuando Elric miró hacia arriba se quedó pasmado. Sólo en ese momento vio la calzada por encima, una calzada que se curvaba desde el acantilado oriental de una gran bahía para salvar el espacio hasta el acantilado occidental; la misma calzada, estaba seguro de ello, que había visto antes. Sin embargo, ésta no podía ser de tierra apisonada. Un potente arco curvado aparecía tejido de ramas, huesos y tiras de metal que sostenían la superficie que parecía estar hecha de costillares de animales fijos los unos encima de los otros, por capas de cola ósea de olor nauseabundo; bastante primitivo, en cierto modo, pensó Elric pero, por lo demás, una sofisticada y robusta obra de ingeniería. Su propio pueblo había

poseído un ingenio similar, antes de que empezara a verse absorbido por la magia. Estaba admirando la extraordinaria estructura, mientras cabalgaban a su lado, cuando Wheldrake dijo:

—No es nada extraño, amigo Elric, que nadie considere seguir la ruta del río por debajo de lo que, estoy seguro de ello, llaman la Divisoria.

Y Elric se vio obligado a sonreír ante esta ironía.

—¿Creéis que esa extraña calzada conduce a la Nación Gitana?

—«Conduce a la muerte, el desorden y la consternación; conduce al cobarde conde de Cray» —entonó Wheldrake despertada la asociación, acompañada, como solía ser frecuente en él, por fragmentos de citas propias—. «Ahora, Ulric toma el urgente hierro candente y, mano a mano, permanecen temblorosos en pie, para aplicar la justicia del día, la terrible justicia del día, al malvado Gwandyth, conde de Cray.»

Ni siquiera la admirada Rosa aplaudió, ni creyó que sus versos fueran apropiados para este momento un tanto asombroso, con el rugiente río a un lado y los acantilados y el abismo al otro; por encima de eso, la gran calzada de construcción primitiva se extendía a lo largo de casi dos kilómetros de un acantilado a otro, elevándose sobre el rocío producido por las aguas, hasta las anchas aguas de un lago situado a cierta distancia, de un color verdeazulado y aspecto soñador bajo el sol. Elric anhelaba ya la paz que parecía ofrecer. Sin embargo, supuso que esa paz bien podía ser ilusoria.

—Miren, caballeros —dijo la Rosa poniendo el caballo a medio galope—. Hay un lugar habitado allá delante. ¿Podría ser una posada por alguna feliz coincidencia?

—Parecería un lugar muy apropiado para instalar una, señora. Tenían un establecimiento similar en Finis-terrae, en la última situación en la que estuve —dijo Wheldrake con un gorjeo.

Ahora, el cielo estaba cubierto de nubes, oscuras y amenazadoras, y el sol sólo brillaba sobre el lejano lago, mientras que del abismo que se extendía a su lado llegaban hasta ellos desagradables retumbos, ruidos como de voces humanas gimientes, salvajes y ávidas. Y los tres bromearon nerviosos acerca de este cambio en el estado de ánimo del paisaje y comentaron lo mucho que echaban de menos la fácil monotonía del río y del trigo, y lo que les gustaría regresar a ella.

El conjunto de edificios sin pintar y de aspecto destartado, compuesto por una casa de dos pisos con torcidos tejados de dos aguas, rodeada por una docena de dependencias adyacentes medio en ruinas, mostraba un cartel con el cadáver de un cuervo claveteado sobre un tablero. Presumiblemente, las letras indescifrables daban nombre al lugar.

—El Cuervo Putrefacto es lo bastante bueno para mí —dijo Wheldrake, que aparentemente necesitaba más de esta posada que los otros dos—. Un lugar propio para reuniones de piratas y ejecuciones siniestras. ¿Qué os parece?

—Me siento inclinada a aceptarlo —dijo la Rosa asintiendo con los pálidos rizos rojos de su cabeza—. Preferiría no tener que visitar este lugar si hubiera otra elección, pero como sin duda observaréis no la hay. Veamos, al menos, qué información podemos conseguir.

Envueltos en las sombras de la calzada, al borde del abismo, los tres inverosímiles compañeros dirigieron de mala gana sus caballos hacia donde se encontraba un mozo de cuadras de aspecto sucio aunque genial, y poco después entraron en el Cuervo Putrefacto, para contemplar con sorpresa a los seis

fornidos hombres y mujeres que ya disfrutaban de la hospitalidad que ofrecía el lugar.

—Saludos, caballeros. Señora.

Uno de ellos se quitó un sombrero tan adornado de plumas, cintas, joyas y otras exquisiteces, que sus perfiles quedaban completamente perdidos. Todos ellos aparecían adornados con encajes, terciopelos y satenes de los más vivos colores, con capas, sombreros y cascos de los estilos más imaginativos, con los rizos morenos aceitados para entremezclarse con las barbas de color negroazulado de los hombres, o para caer sobre los hombros oliváceos de las mujeres. Todos iban armados hasta los dientes y claramente dispuestos a zanjar cualquier discusión con el acero.

—¿Habéis llegado desde muy lejos?

—Lo bastante para la jornada —contestó Elric quitándose los guantes y la capa y llevándolos junto al fuego—. ¿Y vosotros, amigos? ¿Llegáis desde muy lejos?

—¡Cómo! —exclamó una de las mujeres—. Somos los Compañeros del Camino Infinito. Viajamos siempre. Nos hemos comprometido a ello. Seguimos el camino. Somos los auxiliares libres de la Nación Gitana. Romanos de pura cepa procedentes del Desierto Meridional, con antepasados que recorrieron el mundo mucho antes que hubiera naciones de ninguna clase.

—En tal caso, me complace conoceros, señora —dijo Wheldrake, que sacudió el sombrero junto al ruego, haciéndolo sisear y chisporrotear—. Pues es precisamente a la Nación Gitana a la que buscamos.

—A la Nación Gitana no hay que buscarla —dijo el hombre más alto, vestido de terciopelo rojo y blanco—. Los gitanos siempre os encontrarán. Lo único que tenéis que hacer es esperar. Poner un cartel ante la puerta y esperar. La temporada se acerca a su fin. Pronto empezarán las temporadas de nuestro paso. Entonces veréis el cruce del Puente del Tratado, mediante el que conservamos nuestro viejo camino, aunque el terreno se ha desmoronado desde entonces.

—¿El puente es vuestro? ¿Y el camino? —preguntó Wheldrake asombrado—. ¿Pueden los gitanos poseer tales cosas y seguir siendo gitanos?

—¡Esto me huele a vómito de caminantes! —exclamó una de las mujeres, que se levantó con un puño amenazador sobre la empuñadura de su daga—. Me huele a las cagadas de un profesor-pájaro. Hay estupidez en el ambiente, y no es éste el lugar para las estupideces.

Fue Elric quien rompió la tensión al interponerse con naturalidad entre los dos.

—Hemos venido para parlamentar, y quizá para comerciar —dijo al no ocurrírsele ninguna otra excusa que ellos pudieran aceptar.

—¿Comerciar? —Eso causó muecas y murmullos generalizados entre los gitanos—. Bien, caballeros, todo el mundo es bienvenido a la Nación Gitana. Todo aquel que tenga el gusto por los viajes.

—¿Nos llevarán hasta allí?

La pregunta también pareció divertirles y Elric supuso que eran pocos los residentes de este plano que se ofrecían voluntariamente a viajar en compañía de los gitanos.

Para Elric estaba claro que la Rosa recelaba profundamente de esta media docena de asesinos y no estaba muy segura de querer viajar con ellos. Pero se hallaba decidida a encontrar a las tres hermanas, y dispuesta a afrontar cualquier riesgo con tal de seguir las.

—Hay unos amigos nuestros que nos han precedido —dijo Wheldrake, siempre con el ingenio más rápido en tales situaciones—. Tres jóvenes damas, todas ellas muy parecidas. ¿Las habréis visto, por casualidad?

—Somos romanos del Desierto Meridional y por regía general no hablamos de cosas superficiales con los diddicoyim.

— Ja! —exclamó Wheldrake—. ¡Gitanos esnobistas! Desde luego, el Multiverso no revela más que repeticiones. Y pensar que seguimos dejándonos sorprender por ellas.

—No es éste el momento adecuado para las observaciones sociales, maese Wheldrake —le advirtió la Rosa con severidad.

—Señora, siempre hay tiempo para eso. De no ser así, ¿qué otra cosa seríamos, sino bestias? —Se muestra ofendido y le dirige un guiño al gitano más alto, al tiempo que canta con voz tenue—: «Preferiría irme con el salvaje gitano, y concebir un niño gitano y moreno». —Después de canturrear, pregunta—: ¿Estáis familiarizados con la balada, buenos amigos?

Y los encanta lo suficiente como para que relajen los cuerpos sobre los bancos y les cuenta chistes que les favorecen, acerca de una variedad de otros pueblos no gitanos, incluyendo el del propio Wheldrake, mientras que el extraño aspecto de Elric pronto le gana el apodo de «el Armiño», que él acepta con la ecuanimidad con que acepta todos los demás nombres con que le llaman aquellos que lo encuentran antinatural e inquietante. Él espera su momento con una paciencia que ya se ha hecho casi física, como si pudiera rodearse de un caparazón y dedicarse a esperar. Sabe que sólo tiene que desenvainar a Tormentosa durante un minuto para que los seis gitanos queden tendidos sobre las manchadas tablas del piso de la posada, privados de vida y alma; pero también sabe que, en tal caso, quizá Rosa moriría, o Wheldrake, pues Tormentosa no siempre se satisface con las vidas de sus enemigos. Y como él es un adepto y en este lugar apartado del mundo no hay ninguna otra persona que tenga la menor sospecha de su poder, sonrío un poco para sus adentros. Y si los gitanos toman su sonrisa por una mueca aplacatoria y le dicen que es lo bastante delgado como para liquidar toda una madriguera llena de conejos, a él no le importa. Él es Elric de Melniboné, príncipe de las Ruinas, el último de su linaje, que anda a la búsqueda del receptáculo que contiene el alma de su padre. Es un melniboneano y obtiene de su orgullo atávico toda la fortaleza que éste puede proporcionarle, y recuerda la alegría casi sensual que acompaña la presunción de su superioridad sobre todas las demás criaturas, naturales y sobrenaturales, y eso le sirve para acorazarse, aunque también trae consigo, demasiado intensamente, el dolor del recuerdo.

Mientras Wheldrake se dedica a enseñar a cuatro gitanos una canción con un estribillo ruidoso y vulgar, la Rosa se enzarza con el dueño de la posada en una discusión sobre el menú. El hombre les ofrece cuscús de conejo. Es todo lo que tiene. Ella lo acepta en nombre de sus compañeros y comen tanto alimento como pueden soportar, para luego retirarse a un desván meffítico, donde duermen lo mejor que pueden, mientras una variedad de chinches y pequeñas sabandijas buscan por entre sus cuerpos un bocado que valga la pena y encuentran bien poca cosa. Los insectos nunca persiguen la sangre de Elric.

A la mañana siguiente, antes de que se despierten los otros, Elric desciende sin hacer ruido a la cocina y encuentra el caño del agua, disuelve un poco del veneno del dragón en una jarra y amortigua sus propios gritos mientras la materia castiga cada corpúsculo, cada célula y átomo de su ser, hasta que recupera su fortaleza y arrogancia. Casi puede sentir las alas que azotan su cuerpo, transportándole a los cielos, donde le esperan sus hermanos dragones. Una canción dragón acude a sus labios, pero también amortigua su canto. Desea

aprender, y no atraer la atención sobre sí mismo. Ésa es la única forma de descubrir dónde se encuentra el alma de su padre.

Cuando bajan, los otros dos encuentran a su compañero de viaje de un humor jovial, sonriente ya ante un chiste referente a un hurón famélico y un conejo, pues los gitanos disponen de una gran variedad de tales referencias bucólicas, lo que los convierte en una fuente constante de diversión para ellos.

Los intentos de Elric por contarles chanzas similares los dejan atónitos, pero el hielo termina por romperse cuando Wheldrake se une a ellos para contar una serie de historias relativas a ovejas y botas fuertes. Para cuando emprenden el camino hacia el acantilado occidental y la calzada, los gitanos ya han decidido que son compañeros perfectamente aceptables y les han asegurado que serán más que bien recibidos en la Nación Gitana.

—«Escucha, escucha cómo ladran los perros» —gorjea Wheldrake con la jarra del desayuno todavía en la mano, mientras se inclina sobre la silla y admira la grandeza de todo—. Si queréis que os diga la verdad, príncipe Elric, empezaba a sentirme un poco aburrido con Putney, aunque se habló algo de la posibilidad de traslado a Barnes.

—¿Queréis decir que son lugares indeseables? —pregunta Elric, contento de mantener una conversación corriente mientras cabalgan—. ¿Llenos de magia agria y todo eso?

—Peor aún —contesta Wheldrake—. Están al sur del río. Ahora creo que he escrito demasiado. Hay poca cosa más que hacer en Putney. Creo que la crisis es la verdadera fuente de la creatividad. Y una cosa, señor, ese Putney promete que uno se verá libre de la crisis.

Mientras escucha con amabilidad, como suele hacerse cuando un amigo expone los puntos más recónditos o difíciles de su credo particular, Elric deja que las palabras del poeta actúen como una canción de cuna para sus todavía torturados sentidos. Estaba claro que el efecto del veneno no disminuía con su creciente uso. Pero ahora sabía, al menos, que si los guías gitanos demostraban ser traicioneros podría matarlos a todos sin el menor esfuerzo. Se mostraba un tanto despreciativo con las opiniones locales. Posiblemente estos rufianes hubieran aterrorizado a los campesinos de estos lugares, pero desde luego no eran enemigos dignos de luchadores entrenados. Y sabía que, en caso de conflicto, podía confiar en la Rosa, aunque Wheldrake sería prácticamente inútil. Actuaba con tanta torpeza que su empleo de la espada serviría más para confundir que para amenazar realmente a un contrincante.

De vez en cuando compartía miradas con sus amigos, pero estaba claro que ninguno de ellos disponía de una alternativa. Puesto que los que buscaban habían salido al encuentro de la Nación Gitana, no había razón alguna para no descubrir al menos lo que era exactamente la Nación Gitana.

Elric observó a la Rosa que de repente dio rienda suelta a su caballo, sin duda para desfogar una parte de su ansiedad, y se alejó al galope, a lo largo del estrecho camino junto al abismo, mientras las piedras y los fragmentos de arcilla y césped descendían dando tumbos hacia la oscuridad y el rugido del río invisible. Luego, uno tras otro, los gitanos siguieron la estela de la Rosa, galopando en sus caballos con una habilidad endiablada, lanzando gritos y aullidos, saltando sobre las sillas y agachándose en ellas, como si todo aquello fuera una parte natural de su forma de comportarse. Elric se echó a reír alegremente al ver su alegría, y Wheldrake aplaudió y gritó como un muchacho en el circo. Entonces, llegaron ante el gran muro de basura, más alto que nada que Elric hubiera visto antes, donde había más gitanos, ante un paso que habían abierto entre los desperdicios. Saludaron a sus compañeros con toda clase de muestras de

cordialidad, mientras que Elric, Wheldrake y la Rosa eran sometidos al mismo desprecio descortés con que trataban a todos los que no eran gitanos.

—Desean unirse a nuestro grupo que deambula libremente —dijo el hombre alto vestido de rojo y blanco—. Y, como les he dicho, nunca rechazamos a un recluta. —Se echó a reír a carcajadas y aceptó un melocotón demasiado maduro que uno de los otros gitanos sacó de sus alforjas—. Hay poco forraje, como es habitual. Siempre ocurre lo mismo al final de la temporada, y también al principio. —Ladeó la cabeza de repente—. Pero la temporada llega, y pronto. Saldremos a su encuentro.

El propio Elric creyó que la tierra se estremecía ligeramente y escuchó algo similar al sonido distante de unas flautas, un tambor lejano, un zumbido. ¿Acaso su dios se deslizaba a lo largo de su calzada, de una guarida a otra? ¿Iban a ser sacrificados él y sus compañeros a ese dios? ¿Era eso lo que tanto divertía a los gitanos?

—¿Qué temporada? —preguntó la Rosa casi con precipitación mientras se pasaba los largos dedos por el cabello.

—La Temporada de nuestra Desaparición. En realidad, las Temporadas de nuestra Desaparición —le contestó una mujer que escupía huesos de ciruelas a la suciedad cenicienta del suelo.

Luego, la mujer montó en su cabalgadura y los condujo a través del paso hacia la carnosa dureza de la gran calzada, que temblaba y se estremecía como si se viera sacudida por un distante terremoto. Y entonces, en la lejanía, hacia el este, Elric miró el camino de casi dos kilómetros de anchura y observó movimiento, escuchó más ruido y se dio cuenta de que algo se acercaba a ellos a medida que se aproximaban.

—¡Gran Escocés! —exclamó Wheldrake levantando su sombrero con un gesto de extrañeza—. ¿Qué puede ser?

Era una especie de oscuridad, un parpadeo de pesadas sombras, el destello ocasional de una luz, de un constante y cada vez más fuerte estremecimiento que hacía saltar y desparramar las orillas de basuras y emprender el vuelo a las criaturas carroñeras que graznaban entre carnes y plumas. Y lo que fuera todavía estaba a muchos kilómetros de distancia.

Los gitanos se hallaban tan familiarizados con el fenómeno que no le prestaron ni la menor atención, pero Elric, la Rosa y Wheldrake no podían apartar sus miradas.

Ahora, el balanceo aumentó, como un movimiento firme creado sin duda por el arco libre de la calzada sobre la bahía, hasta hacerse suave pero continuo, como si la mano de un gigante los meciera a todos en alguna extraña cuna, y la sombra sobre el horizonte se hizo más grande y grande, hasta llenar la calzada de una orilla a otra.

—Somos el pueblo libre. Seguimos el camino y ningún hombre es nuestro dueño —cantó una de las mujeres.

—¡Escuchad! ¡Escuchad! —gorjeó Wheldrake—. ¡Allá, en el camino abierto!

Pero su voz se desvanece un poco al acercarse y ver lo que ahora se aproxima, el primero de muchos.

Es como un barco, pero no es un barco. Es una gran plataforma de madera, tan ancha como un pueblo de buen tamaño, con monstruosas ruedas de ejes gigantescos que lo transportan lentamente hacia adelante. Alrededor del borde inferior de la plataforma hay una especie de cortina de cuero; en el borde superior se ha construido una estacada, y más allá se encuentran los tejados y espiras de una ciudad, todo ello moviéndose sobre la plataforma, con

un impulso lento y firme, con las moradas para toda una tribu de un pueblo establecido.

Y no es más que una entre cientos.

Por detrás de la primera aparece otra plataforma, con su propio pueblo, su propia silueta, haciendo ondear sus propias banderas. Por detrás hay otra. La calzada se halla atestada con estas plataformas que retumban y crujen y avanzan con firmeza a paso de tortuga, aplastando los desechos en el suelo, haciendo todavía más suave la suavidad de su camino.

— ¡Dios mío! —susurra Wheldrake—. ¡Es como una pesadilla de Brueghel! ¡Es la visión de Blake sobre el Apocalipsis!

—Es una vista capaz de acobardar a cualquiera, desde luego. —La Rosa se aprieta el cinturón un agujero más y frunce el ceño—. ¡Una nación nómada, desde luego!

—Por lo que se ve, sois bastante autosuficientes —dice Wheldrake dirigiéndose a uno de los gitanos, que asiente con una orgullosa gravedad—. ¿Cuántos de estos barcos ciudades viajan de este modo?

El gitano sacude la cabeza y se encoge de hombros. No está seguro.

—Unos dos mil —dice—, pero no todos se mueven con la rapidez de éstos. Hay ciudades de la Segunda Temporada que siguen a éstos, y ciudades de la Tercera Temporada que les siguen a su vez.

—¿Y la Cuarta Temporada?

—¿Sabéis? No tenemos Cuarta Temporada. Eso os lo dejamos para vos. —El gitano se echa a reír como si se burlara de un inocentón—. De otro modo no tendríamos trigo.

Elric escucha el rumor y el vocerío de las masivas plataformas, ve a las gentes subir por las murallas, inclinarse sobre ellas, gritarse los unos a los otros. Percibe todos los hedores de una ciudad ordinaria, escucha toda clase de sonidos ordinarios, y se maravilla ante las cosas, todas hechas de madera y remaches de hierro, y fragmentos unidos con latón, cobre o acero, de madera tan antigua que parece roca, de ruedas tan enormes que serían capaces de aplastar a un hombre con la misma naturalidad con que un dócar aplastaría a una hormiga. Observa la ropa tendida a secar, distingue carteles que anuncian diversos oficios y profesiones. Las plataformas de viaje no tardan en estar tan cerca que lo empequeñecen y tiene que levantar la vista para ver el brillo de los ejes engrasados, las viejas ruedas calzadas de metal, cada uno de cuyos radios es casi tan alto como una de las torres de Imrryr, con el olor, el profundo olor de la vida en toda su diversidad. Y muy por encima de su cabeza surgen gritos agudos, los perros apoyan las patas delanteras sobre las murallas y ladran y gruñen por el simple placer de ladrar y gruñir, mientras los niños les contemplan y tratan de escupir sobre las cabezas de los extranjeros, gritan maullidos e ingeniosidades infantiles a los que están por debajo, para ser reprendidos por padres que observan a su vez el raro aspecto de los extranjeros y no parecen sentirse muy entusiasmados ante el hecho de que aumenten sus filas. A ambos lados de ellos, las ruedas crujen y desde los costados sale volando el contenido de cubos de vertidos y basuras que forman ambas orillas, mientras que aquí y allá, caminando por detrás de las plataformas, avanzan hombres, mujeres y niños, armados con escobas con las que apartan los restos hacia los montones, perturbando a los irritados carroñeros, creando nubes de polvo y de moscas o, a veces, deteniéndose a discutir y escarbar por un trozo de basura.

—Muy abigarrado, desde luego —comenta maese Wheldrake llevándose su enorme pañuelo rojo a la cara y tosiendo suavemente—. Pero, decidme, señor, ¿adonde va este gran camino?

—¿Ir, señor? —replica el gitano, que sacude la cabeza con incredulidad—.  
Pues a ninguna parte y a todas. Éste es nuestro camino. El camino de los Viajeros  
Libres. ¡Se sigue a sí mismo, pequeño poeta! ¡Gira alrededor del mundo!

## 4

### ***Sobre la unión con los gitanos. Algunas definiciones insólitas sobre la naturaleza de la libertad***

Y ahora, mientras Elric y sus compañeros deambulan extrañados entre las ruedas que avanzan, vieron que por detrás de esta primera hilera de pueblos en movimiento iba una vasta masa de gente: hombres, mujeres y niños de todas las edades, de todas las clases y condiciones, que se dedicaban a hablar, discutir y jugar mientras avanzaban; algunos de ellos caminaban con una actitud de despreocupada familiaridad en pos de aquellos aros resonantes; otros lloraban, con los sombreros en las manos y expresiones de indecible tristeza; todos ellos iban acompañados por sus perros y otros animales domésticos, como un pueblo en peregrinaje. Los gitanos a caballo ya habían desaparecido, para reunirse con los de su propia clase, sin demostrar el menor interés por los tres que habían encontrado.

Desde la silla, Wheldrake se inclinó y se dirigió a una genial matrona, del tipo de las que a menudo se encaprichaban de él. Se había quitado el sombrero de la cabeza roja y sus pequeños ojos de gallo echaban chispas.

—Disculpadme por esta interrupción, señora. Somos recién llegados a vuestra nación y hemos pensado que quizá debiéramos hacerles una visita a vuestras autoridades...

—No hay autoridades en la Nación Gitana, pequeño gallo —le interrumpió ella, echándose a reír ante lo absurdo de su pregunta—. Aquí todos somos libres. Tenemos un consejo, pero no se reúne hasta la siguiente temporada. Si queréis uniros a nosotros, como ya parece que habéis hecho, tenéis que encontrar un pueblo que os acepte. Si no lo conseguís, tenéis que caminar. —Y señaló por detrás de ella, sin interrumpir el paso—. Allá atrás se está mejor. Los pueblos de delante tienden a estar llenos de purasangres que nunca reciben muy bien a los extraños. Pero algunos de los de ahí atrás se sentirán contentos de acogeros.

—Os estamos muy agradecidos, señora.

—Muchos dan la bienvenida al jinete —dijo ella como si citara un viejo refrán—. No hay nadie más libre que el jinete gitano.

Elric, Wheldrake y la Rosa cabalgaron a través de esta gran marcha, que se extendía de una escuálida orilla a otra del camino, saludando a veces a quienes caminaban y siendo saludados otras veces por ellos. Había en muchas partes un ambiente festivo entre la multitud. Aquí y allá se escuchaban fragmentos de canciones, un repentino y alegre organillo, el sonido de un violín. Y en otras partes, al ritmo de su paso, la gente se unía en un canto popular.

Hemos hecho el juramento gitano,  
defender la ley gitana.  
¡Muerte a todo el que desobedezca!  
¡Muerte a todo el que desobedezca!

Algo ante lo que Wheldrake mostró su desaprobación por una serie de razones morales, éticas, estéticas y métricas.

—Estoy a favor del primitivismo, amigo Elric, pero del primitivismo más exquisito. Esto no es más que xenofobia. Apenas hay una épica nacional...

—Pero es algo que a la Rosa le ha parecido encantador.

Elric levantó la cabeza como pudiera haberlo hecho un dragón para olisquear el viento, y vio a un muchacho que salía corriendo a una velocidad indecorosa desde debajo de las ruedas de una de las gigantescas plataformas, para dirigirse hacia las orillas de basuras, ahora renovadas por los desperdicios arrojados por cada pueblo a medida que rodaba lentamente a su lado. El muchacho intentó subir a gatas armado con trozos de tablas en las manos y en los pies, destinados a facilitar su progreso pero que, en realidad, se lo impedían.

Parecía aterrorizado y gritaba, pero la multitud que pasaba cantando a su lado seguía su camino como si no existiera. El muchacho intentó regresar al camino, pero las tablas lo atraparon todavía más. Su grito fue nuevamente lastimoso por encima del cántico despreocupado de los gitanos, que seguían su marcha. Entonces, desde alguna parte, surgió una flecha de plumas negras, que le alcanzó en la garganta y lo silenció. La sangre brotó de entre los convulsos labios. El muchacho se moría. Nadie hizo nada, excepto dirigir una fugaz mirada en su dirección.

La Rosa forzó a su caballo a través del gentío, gritándoles por su despreocupación, y trató de llegar hasta donde estaba el muchacho, cuyos movimientos de moribundo le enterraban todavía más profundamente en la suciedad. Cuando Elric, Wheldrake y la Rosa llegaron, estaba claro que ya había muerto. Elric se inclinó hacia el cadáver... y otra flecha de plumas negras llegó desde lo alto para hundirse exactamente en el corazón del muchacho.

Elric miró hacia atrás, encolerizado, y sólo Wheldrake y la Rosa pudieron detenerle para que no desenvainara la espada y buscara la fuente de donde había surgido la flecha.

—¡Inmundo cobarde! ¡Inmundo cobarde!

—Quizá cometió un horrible crimen —le advirtió la Rosa, que se inclinó sobre la silla y tomó la mano de Elric—. Sé paciente, albino. Estamos aquí para enterarnos de lo que estas gentes puedan decirnos, no para desafiar sus costumbres.

Elric aceptó su buen consejo. Había sido testigo de acciones mucho más crueles entre las gentes de su propio pueblo y sabía muy bien que el más desenfrenado acto de tortura podía parecer a algunos un acto de justicia. Se controló, pero observó con más cautela entre la multitud, mientras la Rosa los conducía hacia la siguiente hilera de pueblos en movimiento que avanzaba con infinita lentitud no más rápidamente que el paso lento de un anciano, a lo largo del camino coloreado de carne, con sus largas faldas de cuero arrastrándose por la tierra, mientras avanzaban como un pueblo de viudas que hubiera salido a dar un paseo nocturno.

—¿Qué clase de brujería hace mover esos asentamientos, y cómo podemos subir a bordo de uno de ellos? —murmuró la Rosa mientras avanzaban, finalmente, entre los rezagados—. Esta gente no hablará. Hay algo que temen...

—Sin lugar a dudas, señora —dijo Elric mirando hacia donde había quedado el muchacho muerto, cuyo cadáver espatarrado todavía era visible sobre el montón de basura.

—Una sociedad libre como ésta no tiene que pagar impuestos —dijo Wheldrake todavía muy apenado—. En consecuencia, no pueden pagar a nadie para que se haga cargo de las tareas de policía. Por ello, la familia y los parientes de sangre se convierten en los principales instrumentos de la justicia y la ley. Constituyen el único recurso. Yo diría que ese muchacho pagó por el delito de algún pariente, si no por el suyo propio. «¡Sangre por sangre!, gruñó el rey del Desierto. Y ojo por ojo, os lo juro. Antes de que el sol se ponga sobre Omdurman,

el nazareno ha de morir.» ¡No, no es mío! ¡No es mío! —se apresuró a decir—. Pero es uno de los grandes favoritos entre los residentes de Putney. Según se me dijo, lo escribió M. C. O'Crook, el popular artista de la pantomima.

Convencidos de que el pequeño poeta sólo balbuceaba para reconfortarse a sí mismo, Elric y la Rosa le prestaron poca atención, y la Rosa se acercó ahora a la siguiente plataforma gigantesca que se aproximaba, con sus faldones siseando y arrastrándose y de la que, a través de un hueco en las cortinas de cuero, surgió un hombre vestido de brillante terciopelo verde, con bordes de color púrpura, un anillo de oro colgándole del lóbulo de una oreja, más oro rodeándole las muñecas y la garganta, y una cadena, también de oro, alrededor de la cintura. Sus ojos negros les miraron para luego sacudir la cabeza un instante y volver a desaparecer a través de la cortina. Wheldrake hizo un gesto como para seguirlo, pero vaciló.

—Me pregunto por qué se nos ha revisado.

—Descubrámoslo probando —dijo la Rosa.

Se apartó el cabello del rostro, lo echó hacia atrás y flexionó una fuerte mano para dirigir su montura hacia la siguiente masa de lento movimiento, para encontrar una cabeza asomada que la miraba, y una mujer de gorro rojo que los observó sin mucha curiosidad antes de desaparecer en el interior. A ella siguieron otra y otra. Un tipo con un justillo de cuero pintado y un casco de latón pareció sentirse más interesado por los caballos que por ellos mismos, pero finalmente sacudió el dedo gordo con un gesto de desprecio, lo que hizo a Elric murmurar que no quería saber nada más de estos bárbaros y que encontraría algún otro camino y llevaría a cabo su búsqueda de ese modo.

El siguiente pueblo destacó a un viejo gitano acomodado, con un pañuelo en la cabeza y un chaleco bordado, con los pantalones bombachos de terciopelo negro embutidos en unas medias blancas.

—Necesitamos los caballos —dijo—, pero me parecéis intelectuales. Lo último que necesita este pueblo son busca-pleitos como vosotros. Así que os deseo un buen viaje.

—No se nos valora ni por nuestro aspecto ni por nuestro cerebro —dijo Wheldrake con una mueca— y, al parecer, sólo un poco por nuestros caballos.

—Perseverad, maese Wheldrake —insistió la Rosa con una mueca—, pues tenemos que encontrar a nuestras hermanas y supongo que un pueblo que las haya admitido también tendrá algo en común con un pueblo que nos dé la bienvenida a nosotros.

Aquello era de la más pura lógica, reflexionó el albino, y se trataba al menos de una lógica, mientras que él no tenía nada mejor que ofrecer.

Otros cinco pueblos los inspeccionaron y otras cinco veces fueron rechazados hasta que de un pueblo que parecía más pequeño y quizá un poco mejor mantenido que la mayoría de los demás, se adelantó con paso lento y tranquilo un hombre alto cuyo aspecto un tanto desvaído se veía compensado por un par de ojos azules de expresión divertida, y cuya atención por el vestido sugería un placer por la vida desmentido por sus rasgos.

—Buenas tardes, gente —saludó con un tono de voz musical y un tanto afectado—. Soy Amarine Goodool. Tenéis algo de interesante. ¿Sois artistas, por casualidad? ¿O quizá narradores de historias? ¿O tenéis, posiblemente, alguna historia propia que os haya afectado? Como veis, nos sentimos un poco aburridos en Trollon.

—Yo soy Wheldrake, el poeta —dijo el pequeño cabeza roja sin hacer la menor referencia a sus compañeros—, y he escrito versos para reyes, reinas y

gentes comunes. He publicado versos y en más de un siglo, y he seguido la vocación de poeta en más de una encarnación. Tengo facilidad con la métrica, señor, algo que todos me envidian, tanto mis iguales como los que son mejores. Y también poseo un cierto don para la versificación espontánea de toda clase. «En Trollon, elegante y lenta, habitaba Amarine Goodool, famoso por su vestido y su ingenio. Tan valioso era para los amigos, que hasta le salvaron su...»

—A mí me llaman la Rosa y viajo en busca de venganza. Mis viajes me han llevado a través de más de un ámbito.

—¡Aja! —exclamó Amarine Goodool—. ¡Habéis seguido el megaflujo! ¡Habéis derribado los muros que separan los ámbitos! ¡Habéis cruzado las barreras invisibles del Multiverso! ¿Y vos, señor? Me refiero a vos, mi pálido amigo. ¿Qué habilidades tenéis?

—En mi propia y tranquila ciudad tengo fama de mago y de filósofo —contestó Elric sumisamente.

—Bien, bien, señor, pero no estaríais en esta compañía si tuvierais algo que ofrecer. ¿Acaso vuestra filosofía es de alguna clase insólita?

—Yo diría que es bastante convencional, señor.

—A pesar de todo, señor, a pesar de todo. Tenéis un caballo. Entrad, por favor, sed bienvenidos a Trollon. Creo que es muy probable que os encontréis aquí con espíritus afines. En Trollon todos somos un poco extraños.

Y al decir esto levantó la cabeza y lanzó una carcajada amistosa.

Luego les condujo a través de los faldones del pueblo, y penetraron en una mohosa oscuridad iluminada apenas por débiles lámparas, de modo que al principio les fue difícil percibir otra cosa que no fueran vagas figuras. Era como si hubiesen entrado en un vasto establo, con una fila tras otra de corceles que desaparecían en la vasta distancia. Elric percibió el olor a caballos y a sudor humano y cuando subieron a un ala central miró hacia abajo y observó las filas de relucientes espaldas de hombres, mujeres y adolescentes, inclinados con dureza contra estacas que les negaban a la altura del pecho, y que ellos empujaban haciendo avanzar así el enorme edificio, centímetro a centímetro. En otra parte, los caballos, colocados también en hileras, se hallaban unidos por arneses a gruesas cuerdas atadas a las vigas del techo, de las que tiraban hincando los cascos sobre la tierra.

—Dejad vuestros caballos con el muchacho —dijo Amarine Goodool indicando con un gesto a un joven desharrapado que tendió la mano para solicitar una pequeña moneda y les sonrió con una mueca complacida ante el valor de lo que recibió—. Se os entregarán recibos y todo eso. Os encontraréis cómodos, al menos durante un par de temporadas. O, si tenéis éxito de alguna otra forma, para siempre. Como yo mismo. Claro que también hay otras responsabilidades que uno debe aceptar —añadió al tiempo que bajaba el tono de voz y subía por una escalera de madera.

La larga escalera los condujo, espiral tras espiral, hacia la superficie, hasta que salieron a una calle lateral indescritiblemente estrecha por cuyas ventanas abiertas se asomaba la gente, que miraba ociosamente hacia abajo, sin interrumpir sus conversaciones. Era una imagen de tal ordinariéz que contrastaba aún más con las escenas que habían visto más abajo.

—¿Son esclavos esas gentes de allá abajo, señor? —tuvo que preguntar Wheldrake.

—¡Esclavos! ¡En modo alguno! Son gitanos libres, como yo mismo. Libres para recorrer el gran camino que rodea el mundo, de respirar el aire de la libertad. Simplemente, cumplen con su turno en las tablas de marcha, como tenemos

que hacer la mayoría de nosotros durante algún tiempo en nuestras vidas. Realizan una tarea cívica, señor.

—¿Y si no desearan realizar esa tarea? —preguntó Elric con serenidad.

—Ah, bueno, señor, ya veo que sois en verdad un filósofo. Pero me temo que esas profundidades quedan lejos de mi capacidad. Pero hay gentes en Trollon que se sentirán muy complacidas de discutir esa clase de abstracciones. —Dio una amigable palmadita en el hombro de Elric y añadió—: De hecho, se me ocurre pensar en más de un amigo mío que os daría complacido la bienvenida.

—Un lugar próspero, este Trollon —comentó la Rosa mirando a través de los huecos del edificio hacia donde otros pueblos similares se movían a un paso parecido.

—Bueno, nos gusta conservar ciertos niveles, señora. Me ocuparé de que se os entreguen vuestros recibos.

—Creo que no tenemos la intención de intercambiar aquí nuestros caballos —dijo Elric—. Necesitamos seguir viajando tan pronto como nos sea posible.

—Y viajar es lo que haréis. Al fin y al cabo, viajar es algo que llevamos en la sangre. Pero tenemos que poner a trabajar a vuestros caballos. De no ser así, no podríamos viajar muy lejos, ¿no os parece? —preguntó con una risa disimulada.

Una vez más, la mirada que le dirigió la Rosa calmó la réplica de Elric. Pero se sentía cada vez más impaciente al pensar en su padre muerto y en la amenaza que pendía sobre ambos.

—Nos sentimos muy felices de aceptar vuestra hospitalidad —dijo la Rosa con diplomacia—. ¿Somos las únicas personas que se han unido a Trollon en los últimos días?

—¿Teníais amigos que han viajado por delante, señora?

—¿Tres hermanas, quizá? —sugirió Wheldrake.

—¿Tres hermanas? —El hombre sacudió la cabeza—. Lo habría sabido si las hubiera visto. Pero enviaré a alguien a preguntar a nuestros pueblos vecinos. Mientras tanto, si tenéis hambre, me sentiré muy feliz de prestaros algunos créditos. Tenemos algunos restaurantes maravillosos en Trollon.

Estaba claro que había muy poca pobreza en Trollon. La pintura era fresca y el cristal deslumbrante, mientras que las calles aparecían tan limpias como pocas que hubiera visto Elric.

—Por lo visto, toda la miseria y la dureza se mantiene fuera de la vista, abajo —susurró Wheldrake—. Me sentiré contento de abandonar este lugar, príncipe Elric.

—Es posible que nos encontremos con dificultades cuando decidamos dar por terminada nuestra estancia aquí —dijo la Rosa llevando cuidado de que nadie la oyera—. ¿Tienen la intención de convertirnos en esclavos, como esos pobres diablos de allá abajo?

—Yo diría que no tienen la intención inmediata de enviarnos a sus postes de marcha —dijo Elric—, pero no me cabe la menor duda de que nos quieren por nuestros músculos y caballos tanto como por nuestra compañía. No tengo la intención de permanecer mucho tiempo en este lugar si no puedo descubrir con rapidez alguna pista para encontrar lo que busco. Dispongo de poco tiempo.

Su vieja arrogancia volvía a surgir. Su vieja impaciencia.

Intentó calmarlas y considerarlas como meras señales de la misma enfermedad que le había traído hasta su dilema actual. Odiaba su propia sangre,

su brujería, su dependencia de la espada rúnica o de cualquier otro medio de mantenimiento. Y cuando Amarine Goodool los llevó a la plaza del pueblo (en la que había tiendas, edificios públicos y casas evidentemente antiguas) para encontrarse con un comité de bienvenida, Elric no se sentía especialmente cálido, aunque sabía que las mentiras, la hipocresía y el engaño eran lo que había que emplear por el momento. El intento que hizo por sonreír no despertó ninguna alegría por respuesta.

—Saludos, saludos —gritó una aparición vestida de verde, con una pequeña barba puntiaguda y un sombrero que amenazaba con sumergir toda su cabeza y hasta la mitad de su cuerpo—. En nombre de los hombres sabios de Trollon os damos la bienvenida. O, en lenguaje común, podéis consideraros como nuestros hermanos y hermanas. Me llamo Filigwip Nant y estoy a cargo de las funciones teatrales.

Procedió a presentarles a un grupo heterogéneo de personas, todas ellas con nombres que sonaban de lo más extraño, tenían acentos peculiares y complejiones increíbles y cuyo aspecto pareció llenar a Wheldrake de un horrorizado reconocimiento.

—Podría ser la Sociedad de Bellas Artes de Putney —murmuró—, o incluso peor, los Poeticastros de Surbiton. He sido invitado de mala gana de ambos y de muchos más. Ikley, por lo que recuerdo, fue el peor de todos...

Y se dejó arrastrar hacia sus propias y tristes reflexiones mientras que con una sonrisa no mucho más convincente que la del albino, sufría el repaso a la lista de nombres locales famosos, hasta que abrió su pequeño pico a un cielo todavía lleno de nubes y rocío, e inició una suerte de declamación protectora que le hizo verse rodeado inmediatamente de terciopelo verde, negro y púrpura, de toda clase de brocados y encajes románticos, del olor de cien flores y hierbas de jardín, en suma, por todos los literatos gitanos que se lo llevaron de allí.

La Rosa y Elric también tuvieron su cuota de acólitos temporales. Estaba claro que éste era un pueblo de una cierta riqueza, anhelante de novedades.

—Somos muy cosmopolitas en Trollon, ¿sabéis? Como la mayoría de los pueblos «diddicoyim», ¡ja, ja!, ahora estamos casi completamente compuestos por forasteros. Yo mismo lo soy. Procedo de otro ámbito, ¿sabéis? De Heeshigrowinaaz, para ser exactos. ¿Estáis familiarizado...?

Una mujer de mediana edad con una elaborada peluca y una considerable capa de pintura pasó el brazo cubierto de ajorcas por el de Elric.

—Yo soy Parapha Foz. Mi esposo es Barraban Foz, desde luego. ¿No le parece aburrido?

—Tengo la impresión de que esto constituye un verdadero suplicio para todos ellos —murmuró la Rosa en tono bajo mientras ella misma se veía rodeada por su propia carga de entusiastas.

Pero a Elric le pareció que aquello también le divertía a ella, sobre todo por su propia expresión.

Y terminó por inclinarse, con graciosa ironía, ante lo inevitable.

A esto siguieron una serie de rituales de iniciación con los que Elric no estaba familiarizado, pero que Wheldrake temía precisamente por conocer demasiado bien, y la Rosa aceptó como si ella también hubiera conocido experiencias similares con anterioridad.

Hubo comidas y actuaciones, se pronunciaron discursos, se les acompañó en giras a las partes más antiguas y singulares del pueblo, se les dieron pequeñas conferencias sobre su historia y arquitectura y sobre lo maravillosamente que

ésta se había restaurado, hasta que Elric, que no dejaba de pensar tristemente en el alma robada de su padre, deseó que se transformaran en algo con lo que pudiera enfrentarse más fácilmente, como los monstruos saltarines, deslizantes y babeantes del Caos, o en algún semidiós irrazonable. Raras veces había anhelado tanto desenvainar su espada y dejar que silenciara aquel batiburrillo de prejuicios, semiignorancia, esnobismo y opiniones tomadas de prestado, de voces altas y superiores tan meticulosamente seguras con todo lo que encontraban y leían que se creían a sí mismos plenamente confiados, invulnerables, capaces de ejercer un control total sobre la realidad.

Y durante todo ese tiempo, Elric no podía dejar de pensar en las pobres almas de allá abajo, que apretaban sus cuerpos contra los postes de marcha y lograban con su esfuerzo que este pueblo, en conjunción con todos los demás pueblos de gitanos libres, continuara su permanente progreso, centímetro a centímetro, alrededor del mundo.

Como no estaba acostumbrado a obtener la información que necesitaba por medios menos directos que la tortura, Elric dejó en manos de la Rosa el conseguir lo que pudiera y finalmente, cuando volvieron a encontrarse juntos y a solas, mientras Wheldrake había sido llevado en trofeo a presidir alguna cena, ella se relajó en un estado de ánimo cercano a la satisfacción. Se les habían asignado habitaciones adyacentes en lo que se les aseguró era la mejor posada de su clase en cualquiera de los pueblos de la segunda fila. Se les dijo que al día siguiente se les mostrarían los apartamentos que habría disponibles para ellos.

—Creo que hemos sobrevivido bien a este primer día —dijo ella sentándose en un arcón para quitarse las botas—. Les hemos demostrado ser lo bastante interesantes como para disponer de nuestras propias vidas, tener una libertad relativa y, lo que es más importante por ahora, conservar nuestras espadas...

—¿Quiere eso decir que desconfiáis de ellos? —El albino miró a la Rosa con curiosidad, mientras ella se sacudía el cabello de un rojo dorado pálido y se quitaba el jubón marrón para dejar al descubierto una blusa de color amarillo oscuro—. Nunca me he encontrado con gente así.

—Excepto por el hecho de que proceden de todas las partes del Multiverso, son muy parecidos a los que he dejado atrás hace ya mucho tiempo, y como los que el pobre Wheldrake confiaba en no volver a encontrar. Las hermanas llegaron a la Nación Gitana hace menos de una semana antes que nosotros. La mujer que me lo dijo obtuvo la información de otra mujer a la que conoce y que vive en el pueblo siguiente. Las hermanas, sin embargo, fueron aceptadas por un pueblo de la fila delantera.

—¿Y podemos encontrarlas allí?

Elric experimentó tanto alivio que sólo entonces se dio cuenta de lo desesperado que se había sentido.

—No tan fácilmente. No tenemos invitación para visitar ese pueblo. Hay formalidades que se deben observar antes de que podamos recibir una invitación así. No obstante, también me he enterado de que Gaynor está aquí, aunque desapareció casi inmediatamente y nadie parece tener ni la menor idea de dónde se encuentra.

—¿No ha abandonado la nación?

—Supongo que eso no puede hacerse con tanta facilidad, incluso por alguien como Gaynor —dijo ella con una repentina amargura extra en su tono de voz.

—¿Está prohibido?

—Nada está prohibido en la Nación Gitana —contestó ella con sarcasmo—. ¡A menos que se trate de cualquier clase de cambio! —añadió.

—Entonces, ¿por qué mataron al muchacho?

—Me han dicho que no saben nada al respecto, que probablemente yo estaba equivocada. Me dijeron que se considera malsano estudiar los montones de basura y creer que se han visto cosas ocultas en ellos. En resumen, por lo que a ellos se refiere, ningún muchacho resultó muerto.

—Sin embargo, él trataba de escapar. Los dos lo vimos. ¿De qué quería escapar, señora?

—No nos lo dirán, príncipe Elric. Al parecer, hay temas prohibidos por las buenas maneras. Supongo que aquí sucede como en tantas otras sociedades en las que los mismos principios fundamentales de su existencia se hallan sujetos a los más profundos tabúes. Me pregunto cuál es este terror a la realidad que aflige al espíritu humano.

—Por el momento no me preocupa encontrar la respuesta a esas preguntas, señora —dijo Elric, para quien las especulaciones de la Rosa resultaban incluso irritantes después de haber escuchado tanta cháchara—. Mi propio punto de vista es que deberíamos abandonar Trollon y dirigirnos al pueblo que aceptó a las tres hermanas. ¿Sabían ellos el nombre?

—Duntrollin. Resulta extraño que aceptaran a las hermanas. Tengo entendido que forman una especie de orden guerrera encargada de la defensa del camino y de sus viajeros. La Nación Gitana está compuesta por miles de estos mismos cantones móviles, cada uno de los cuales hace su contribución peculiar al conjunto. Cabría suponer que sólo es un sueño de perfección democrática.

—Si no fuera por los postes de marcha —dijo Elric.

Se sentía perturbado, incluso ahora, al saber que se preparaba para descansar mientras que la gran plataforma sobre la que vivían todos ellos continuaba siendo empujada gradualmente hacia adelante por hombres, mujeres y muchachos demacrados.

Durmió mal aquella noche, aunque no se vio acosado por sus pesadillas habituales. Y se sintió agradecido aunque sólo fuera por aquella pequeña gracia.

Los tres amigos volvieron a compartir lo poco que habían descubierto mientras desayunaban en una sala común, higiénicamente libre de cualquier muestra de ordinariez, servidos por mujeres jóvenes vestidas con faldas de campesinas, a quienes su trabajo les parecía divertido, en lugar de arduo, como si fueran niñas dedicadas a jugar.

—No dejan de moverse ni un instante —dijo Wheldrake—. Incluso la idea de detenerse les resulta horrible. Están convencidos de que toda su sociedad quedaría destruida en cuanto detuvieran una sola vez esta gigantesca caravana. Así pues, su *hoi polloi*, sean cuales fueren las circunstancias, consiste en empujar los pueblos, con o sin ayuda de los caballos. Y son los deudores y vagabundos, los delincuentes y creadores de pequeños agravios los que constituyen la multitud que camina. Son, por así decirlo, como delincuentes de clase media sin grandes consecuencias. El temor de todos es que tengan que unirse a los que se encuentran ante los postes de marcha y, en consecuencia, pierdan su estatus y la mayoría de posibilidades de volverlo a recuperar. Su moral y sus leyes se basan en la roca, por así decirlo, del movimiento perpetuo. Imagino que aquel muchacho quiso dejar de caminar, y en lo referente a eso aquí sólo existe una regla: muévete o muere. Y muévete siempre hacia adelante. Yo he vivido en la era de Gloriana, en la de Victoria y en la de Isabel, pero nunca me había encontrado con unas hipocresías tan fascinantes y originales.

—¿No hay excepciones? ¿Debe moverse constantemente todo el mundo? — preguntó la Rosa.

—No hay excepciones. —Wheldrake se sirvió de un plato de carnes y quesos surtidos—. Debo decir que el nivel de su cocina es excelente. Uno se siente agradecido por esta clase de cosas. Si hubierais estado alguna vez en Ripon, por ejemplo, y hubieseis experimentado una aversión positiva por la torta que se hace allí, os habríais muerto de hambre. —Se sirvió una pequeña cerveza ligera—. Así pues, tenemos a nuestras hermanas. Creemos que Gaynor podría estar con ellas. Supongo que lo que necesitamos ahora es una invitación para visitar Duntrollin, lo que me recuerda una cosa: ¿por qué no os han pedido que entreguéis vuestras armas? Por aquí nadie parece llevar espada.

—Creo que pueden ser nuestros próximos medios de ganarnos una temporada o dos alejados de los postes de marcha —dijo Elric, que también había considerado esa idea—. No tienen necesidad de pedírnoslas. Pero creo que no tardarán en apoderarse de ellas... a cambio del alquiler, de la comida o de lo que ellos sepan que la gente prefiere en lugar de la libertad.

Y masticó pensativamente un trozo de pan, con la mirada perdida en la media distancia, sumido en algún recuerdo desgraciado.

—«Así, mediante una profunda injusticia, se levantó ese injusto Estado. Y así, por la mordaza de una piedad sin hazañas, sigue muerta la voz de Albión» — entonó el pequeño poeta, casi murmurando para sí mismo—. ¿Existe algún lujo que no se consiga mediante la creación de la miseria de otro? —se preguntó—. ¿Hubo alguna vez un mundo en el que todos fueran iguales?

—¡Oh, claro que sí! —contestó la Rosa con presteza—. Claro que lo hubo. ¡El mío!

Y luego vaciló, se lo pensó mejor y guardó silencio mientras comía las gachas, dejando a los otros perdidos por un momento, sin saber qué decir.

—¿Cómo se nos desanima a no abandonar este paraíso?

—preguntó por fin Elric—. ¿Cómo justifica la Nación Gitana sus imposiciones?

—Mediante uno cualquiera de mil argumentos similares, amigo Elric. Estoy seguro. Algo circular, sin duda. Y singularmente apto en su conjunto. A uno nunca le faltan metáforas cuando se viaja por el Multiverso.

—Supongo que no, maese Wheldrake. Pero quizá ese mismo argumento circular es el único medio por el que cualquiera de nosotros racionaliza su existencia.

—En efecto, señor. Eso es muy probable.

Entonces, la Rosa se unió a ellos al recordarle sotto voce a Wheldrake que no estaban allí como detectives de lo abstracto, sino que andaban buscando con cierta urgencia a las tres hermanas, que llevaban consigo ciertos objetos de poder o, al menos, una llave que permitiría el descubrimiento de esos objetos. Wheldrake, que conocía su propia debilidad por esa tentadora serie de pensamientos, se disculpó. Pero antes de que pudieran abordar de nuevo el tema de abandonar Trollon y buscar algún medio de acceder a Duntrollin, las puertas exteriores de la estancia se abrieron hacia dentro y revelaron a una magnífica figura, toda ella envuelta en sedas y encajes, una poderosa peluca balanceándose en su cabeza y un rostro exquisito pintado con toda la sutileza propia de una concubina Jharkoriana.

—Disculpadme por interrumpir vuestro desayuno. Me llamo Vailadez Rench, a vuestro servicio. Estoy aquí, queridos amigos, para ofrecer una alternativa de acomodo, para que podáis empezar a encajar en nuestra comunidad con la

mayor rapidez posible. Imagino que tendréis medios para permitir os alojamientos del mejor tipo, ¿verdad?

Como no tenían ninguna otra alternativa por el momento, a menos que despertaran las sospechas de los trollonianos, siguieron sumisamente a Vailadez Rench, que les condujo a través de las limpias y bastante adecentadas calles de la pintoresca y pequeña ciudad. Y, sin embargo, centímetro a centímetro, la Nación Gitana rodaba a lo largo del camino que había batido durante siglos, creando un impulso que debía ser mantenido por encima de cualquier otra consideración. Y todo eso para regresar siempre a un punto idéntico de llegada y de partida.

Se les mostró una casa situada sobre el borde de la plataforma, desde la que, por encima de las murallas, se veía a los distantes caminantes, así como las demás colonias que se movían a paso de caracol. Se les mostraron apartamentos en curiosas y viejas casas con tejados de dos aguas, o transformadas a partir de almacenes o tiendas, y finalmente fueron conducidos por Vailadez Rench, cuyo único tema de conversación giraba, como una fuga intensamente trabajada, alrededor del tema de la propiedad, su deseabilidad y su valor, hacia una pequeña casa con jardín, con las paredes cubiertas por rosas de té trepadoras y brillantes nunshabit de relucientes colores púrpura y dorados, con rutilantes ventanas enmarcadas de encaje y que olía tan dulce y fresca como la primavera gracias a los macizos de hierbas y flores; la Rosa aplaudió y, por un momento, quedó claro que se sintió tentada por la casa, con su tejado curvado y sus agujijones ennegrecidos por el tiempo. Había algo en ella que anhelaba esta clase de belleza y comodidad ordinarias, y Elric vio cómo le cambiaba la expresión al apartar la mirada.

—Es una casa muy bonita —dijo—. Quizá pudiéramos compartirla entre los tres.

—Oh, sí. Como podéis ver vive en ella una familia, pero han sufrido sus tragedias, y ahora se tienen que marchar. —Vailadez Rench suspiró, sonrió con una mueca y la señaló con un dedo—. Habéis elegido la más cara, desde luego. Tenéis buen gusto, querida señora.

Wheldrake, a quien no le agradaba esta paladín de la propiedad, hizo algunos comentarios sin gracia que fueron ignorados por todos, aunque por diferentes razones. Levantó la nariz hacia un delicioso matorral de peonías.

—¿Es su olor lo que se nota? —preguntó.

Vailadez Rench golpeó una puerta que no pudo abrir.

—Se les entregaron sus documentos y ya tendrían que haberse marchado. Se produjo alguna clase de desastre... Bien, supongo que debemos ser compasivos y estar agradecidos a las estrellas por no ser nosotros los que se deslizan hacia los postes de marcha y la trampa eterna.

La puerta se abrió del todo con un chasquido y ante ellos apareció un tipo desmelenado, de ojos redondos y rostro rubicundo, casi tan alto como Elric, que sostenía una pluma de ave en una mano y un tintero en la otra.

—¡Querido señor! ¡Querido señor! Tened paciencia conmigo, os lo ruego. En este momento le estaba escribiendo una carta a un pariente. No se trata de mi crédito. Ya sabéis los retrasos que se producen en estos tiempos en la comunicación entre los pueblos. —Se rascó el enmarañado cabello trigueño con la punta de la pluma, lo que hizo que la tinta verdeoscura le resbalara sobre la frente, dándole el aspecto de un salvaje enloquecido preparado para la guerra. Mientras sus ojos azules alerta iban de un rostro a otro, sus labios suplicaron—: ¡Tengo clientes tan buenos! Pero las facturas no las pagan las personas muertas o desilusionadas. Soy un clarividente. Ésa es mi vocación. Mi querida madre también es clarividente y mis hermanos y hermanas y, sobre todo, mi noble

hijo, Koropith. Mi tío Grett fue famoso en toda la nación, e incluso más allá. Y aún más famosos éramos todos antes de nuestra caída.

—¿Vuestra caída, señor? —preguntó Wheldrake, muy curioso, sintiendo una simpatía inmediata por el hombre—. ¿Vuestras deudas?

—Las deudas, señor, nos han perseguido a través del Multiverso. Eso es una constante, nuestra constante, al menos. Hablo de nuestra caída con respecto al favor del rey, en el país que mi familia había hecho suyo y donde confiaba en instalarse. Se llamaba Salgarafad, y se hallaba situado en una esfera limítrofe, olvidada desde hacía tiempo por el Viejo Jardinero, ¿cómo podía ser de otro modo? Pero la muerte no es culpa nuestra, señor. No, no lo es. Somos amigos de la Muerte, pero no sus servidores. Y el rey juró que habíamos traído la plaga al predecirla. Así que nos vimos obligados a volar. Desde mi punto de vista, la política tuvo mucho que ver con el asunto. Pero no se nos permite el acceso a los consejos de los timoneles, y mucho menos de los señores de los Mundos más Elevados, a los que servimos, señor, a nuestro propio modo, tanto mi familia como yo mismo.

Una vez concluido este breve discurso, se detuvo, inspiró, se puso un puño lleno de tinta en la cadera derecha, mientras se llevaba la segunda mano, que todavía sostenía el tintero, hacia el pecho.

—Los créditos están en el correo —insistió.

—En tal caso, querido señor, podéis encontrarlos con suma facilidad y reinstalaros aquí. ¿Quizá en una segunda casa? Pero os recuerdo que vuestros créditos se basaban en ciertos servicios que tenían que realizar vuestra hermana y vuestro tío en beneficio de la comunidad. Y ellos ya no residen aquí.

— ¡Porque los habéis destinado a los postes de marcha! —gritó el amenazado residente—. ¡Admitidlo!

—Yo no estoy enterado de esa clase de cosas. Lo cierto, señor, es que necesitamos esta propiedad. Aquí están los nuevos inquilinos...

—No —dijo la Rosa—, no es así. No quiero ser la causa de que este hombre y su familia pierdan su casa.

— ¡Ah, el sentimiento! ¡Estúpido sentimiento! —exclamó Vailadez Rench con una risotada en la que había toda clase de insulto, toda despiadada burla—. Mi querida señora, esta familia ha alquilado una propiedad que no puede pagar. Vos sí que la podéis pagar. Se trata de una regla sencilla y natural. Es un hecho del mundo —dijo, dirigiéndose al deudor culpable—. Terminemos con esto, señor. Terminemos con esto. Invocamos nuestro derecho a ver.

Y tras decir esto apartó de un empujón al infortunado escritor de cartas y arrastró tras de sí al desconcertado trío hacia un pasillo oscuro del que partía una escalera. Desde el rellano les miraron unos ojos brillantes que podrían haber pertenecido a una comadreja mientras que, desde lo alto de la escalera, otro par de ojos los observaron con una rabia latente. Entraron en una estancia grande y en desorden, llena de gastados muebles y viejos documentos, donde se hallaba sentada y encorvada una diminuta figura en una silla de ruedas hecha de marfil y tablas. Sólo sus ojos parecían estar vivos; eran unos ojos negros, penetrantes, desprovistos aparentemente de inteligencia.

—¡Madre, nos invaden! —gritó el asediado inquilino—. Oh, señor, sois despiadado al practicar una rectitud tan cruel con una anciana tan frágil. ¿Cómo puede ella caminar, señor? ¿Cómo podría moverse?

—¡Se la tiene que empujar, maese Fallogard! Tiene que rodar, lo mismo que rodamos todos. Hacia adelante, siempre hacia adelante, hacia un futuro mejor, maese Fallogard. Trabajamos para eso, como bien sabéis. —Vailadez Rench

se detuvo para observar a la anciana—. Así es como mantenemos la integridad de nuestra gran nación.

—He leído en alguna parte —intervino con serenidad maese Wheldrake al tiempo que avanzaba un paso más hacia el interior de la estancia y la inspeccionaba como si realmente tuviera la intención de convertirla en su hogar— que una sociedad entregada exclusivamente a la conservación de su pasado, pronto se queda sin otra cosa que vender que ese pasado. ¿Por qué no detener el pueblo, maese Rench, para que la anciana no tenga que moverse?

—Supongo que disfrutáis con esa clase de obscenidades en vuestro propio ámbito, ¿verdad, señor? Pues bien, aquí no son nada apreciadas. —Vailadez Rench miró a lo largo de su nariz, como una cigüeña que contemplara con desdén a un periquito—. Las plataformas tienen que moverse siempre. La nación tiene que moverse siempre. No puede haber pausa alguna en el camino de los gitanos. Y cualquiera que se atreva a bloquear nuestro paso será considerado como nuestro enemigo. Cualquiera que no haya sido invitado a poner los pies en nuestro camino y que lo haga desafiando así nuestras leyes, será considerado como nuestro enemigo mortal, pues representaría a los muchos que tratan de bloquearnos el camino y detener a la Nación Gitana, que ya ha recorrido más de mil veces la circunferencia del mundo, por tierra y por mar, a lo largo de un camino hecho por ella misma. ¡El Camino de la Libertad del Pueblo Gitano Libre!

—Cuando era un muchacho, en la escuela también me enseñaron letanías para explicar las estupideces de nuestro propio país —dijo Wheldrake volviéndose hacia un lado—. No quiero discutir con almas tan heridas y necesitadas como vos mismo, que tienen que recitar un credo como si fuera una especie de encantamiento primitivo contra lo desconocido. Mientras viajo por el Multiverso, a mí me parece que lo único que tienen en común todos los mortales es precisamente el confiar tanto en esa clase de insistencias. Millones y millones de tribus diferentes, cada una de ellas con su propia verdad defendida ferozmente.

—¡Bravo, señor! —exclamó Fallogard Phatt con un movimiento ampuloso de su generosa pluma de ave, con lo que salpicó de tinta a su propia madre, los libros y los documentos—. Pero no ampliéis los detalles sobre tales sentimientos, os lo advierto. Porque son míos. Son los de toda mi familia y, sin embargo, aquí están prohibidos, como sucede en tantos otros mundos. No habléis con tanta franqueza, señor, si no queréis seguir a mi tío y a mi hermana a los postes de marcha y el Largo Paseo del Olvido.

—¡Herético! ¡No tenéis derecho a una propiedad tan buena como ésta! —Los rasgos lúgubres de Vailadez Rench se contorsionaron, llenos de consternación y la delicada pintura que cubría su rostro brilló con el calor de su propia sangre insultada, como si una fruta exótica del Edén hubiera florecido de pronto y encontrado simultáneamente una voz—. Los desahuciados deben ser convocados y eso no será agradable para Fallogard Phatt y para la familia Phatt.

—Lo que queda de esa familia —gruñó Phatt, repentinamente descorazonado, como si ya hubiera anticipado su derrota—. Tengo una docena de futuros a mi alcance. ¿Cuál de ellos elegir? —Cerró los ojos y contorsionó el rostro como si él también hubiera bebido el veneno diluido de un dragón, y exhaló un ruido penetrante, el grito de un alma atormentada, la voz desesperada de una criatura que buscara repentinamente la Justicia como si fuera una Quimera y lo único que se le ofreciera de ella fuera una Charada—. ¡Una docena de futuros, pero sin ninguna justicia para las gentes ordinarias! ¿Dónde existe ese Tanelorn, ese paraíso?

Y Elric, que es el único con quien podría haberse encontrado Phatt capaz de ofrecerle cualquier cosa, excepto una respuesta metafórica, permanece en silencio, pues en Tanelorn hizo votos, como hacen todos aquellos que reciben su

protección y su paz. Sólo aquellos que buscan verdaderamente la paz encuentran Tanelorn, pues Tanelorn es un secreto que cada mortal lleva dentro de sí. Y Tanelorn existe allí donde los mortales reúnen la mutua determinación de servir al dios común, creando tantos paraísos como almas humanas haya...

—Se me ha dicho que existe dentro de nosotros mismos —dijo.

Ante lo cual Fallogard Phatt dejó la pluma y el tintero, tomó un saco en el que, al parecer, ya había guardado sus objetos más necesarios, y con la mirada baja empezó a empujar la silla de ruedas de su madre para sacarla de la estancia, al tiempo que llamaba a los otros miembros de la familia.

Vailadez Rench los observó salir con sus avíos y pertenencias, y emitió un bufido de considerable satisfacción al mirar alrededor de la casa.

—Una capa de pintura no tardará en adecentar esta propiedad —les aseguró—. Y nos ocuparemos, naturalmente, de que todo este desorden sea recuperado y utilizado de forma eficiente. Estoy seguro de que estarán de acuerdo conmigo en que nos hemos librado de la familia Phatt y de ese nauseabundo valetudinario.

Pero el autocontrol de Elric empezaba a debilitarse y de no haber sido por la Rosa, que lo miraba con firmeza, y por la mueca y el furioso silencio de Wheldrake, habría dicho lo que pensaba. Tal como estaban las cosas, la Rosa aprobó la casa, estuvo de acuerdo con el contrato de arrendamiento y aceptó las llaves de los dedos fastidiosos del Sultán de la Sofistería, lo despidió con rapidez y luego los condujo rápidamente en pos de los inquilinos desahuciados, a los que vio avanzar lentamente hacia la escalera más cercana que conducía abajo.

Elric la vio situarse al lado de Fallogard Phatt, colocar una mano reconfortante sobre el hombro de una muchacha adolescente, susurrar unas palabras al oído de la madre, darle un cariñoso tirón al cabello del muchacho y volverlos a traer con ella, aturdidos.

—Van a vivir con nosotros, o al menos a costa de nuestro crédito. Seguro que eso no va en contra del peculiar sentido de la seguridad de la Nación Gitana.

Elric observó consternado al deshilachado grupo, pues no experimentaba el menor deseo de cargar con una familia, especialmente una que le parecía tan irreflexiva. Miró a la muchacha, morena y petulante en su belleza en flor, con una expresión de casi permanente desprecio por todo aquello que mirara, mientras que el muchacho, de unos diez años de edad, tenía los mismos ojos negros que ya había observado en la escalera: la alerta de comadreja y los ojos ávidos, con un rostro enjuto y puntiagudo que aumentaba todavía más ese efecto, un cabello largo y rubio hábilmente pegado sobre el cráneo, unas manos de dedos pequeños que se retorcían con impaciencia, una nariz que se levantaba interrogante, como si ya percibiera las sabandijas. Y cuando sonrió con una mueca, en una expresión de agradecida comprensión del gesto caritativo de la Rosa, reveló unos dientes pequeños y agudos, blancos contra el húmedo enrojecimiento de sus labios.

—Encontraréis un final a vuestra búsqueda, señora —dijo el muchacho—. La sangre y los sapos volverán a unirse, a menos que el Caos decida cambiar su pronóstico. Hay un camino entre los mundos que conduce a un lugar mejor que éste por el que viajamos. Debéis seguir el Camino Infinito, señora, y buscar al final del mismo la resolución a vuestros problemas.

En lugar de responder con extrañeza o temor ante estas palabras tan extrañas, la Rosa le sonrió y se inclinó para besarlo.

—¿Sois todos clarividentes? —preguntó.

—Ése es el trabajo principal de la familia Phatt —contestó Fallogard Phatt con dignidad—. Siempre ha sido nuestro privilegio leer las cartas, ver a través de la neblina de las bolas de cristal y conocer el futuro de la forma en que se puede predecir con cierta certidumbre. Lo que constituye la razón, naturalmente, de que no nos sintiéramos muy desgraciados cuando descubrimos que teníamos que unirnos a la Nación Gitana. Pero también descubrimos que estas gentes no conocen la verdadera clarividencia, sino simplemente un conjunto de triquiñuelas e ilusiones con las que impresionan o controlan a los demás. Hubo un tiempo en que su pueblo tuvo los más ricos poderes de todos. Pero se fueron disipando, poco a poco, durante su marcha sin sentido alrededor del mundo. Los abandonaron a cambio de seguridad, ¿comprendéis? Y ahora, tampoco nosotros tenemos ningún uso que hacer de nuestros poderes. —Suspiró y se rascó rápidamente en varios lugares, al tiempo que se ajustaba botones y lazos al hacerlo, como si sólo entonces se hubiera dado cuenta de su aspecto desaliñado—. ¿Qué vamos a hacer? Si nos convirtiéramos en caminantes, estaríamos inevitablemente condenados a terminar nuestros días en los postes de marcha.

—Uniremos nuestras fuerzas —escuchó Elric decir a la Rosa, a la que miró con gesto de sorpresa—. Tenemos el poder para ayudaros contra la jurisdicción de la Nación Gitana. Y vosotros tenéis el poder para ayudarnos a encontrar lo que buscamos aquí. Hay tres hermanas a las que tenemos que descubrir. Quizá vayan también acompañadas por otro, un hombre con una armadura, cuyo rostro nunca se pone al descubierto.

—Es a mi madre a quien debéis preguntar al respecto —dijo Fallogard Phatt con expresión ausente, mientras reflexionaba sobre sus palabras—. Y a mi sobrina. Creo que Charion tiene todas las habilidades de su abuela, aunque todavía tiene que aprender mucha más sabiduría.

La muchacha lo miró fijamente, aunque pareció sentirse complacida con sus palabras.

—Es mi muchacho Koropith Phatt el más grande de todos los Phatt —siguió diciendo el padre al tiempo que colocaba una mano orgullosa, y dotada quizá de una cierta actitud de propiedad, sobre el muchacho, cuyos pequeños ojos negros contemplaron a su padre con un divertido afecto y una cierta simpatía maliciosa—. Nunca ha existido un Phatt tan bien dotado como Koropith. ¡Está repleto de ventajas psíquicas!

—En tal caso, él y nosotros tenemos que llegar rápidamente a nuestros acuerdos —dijo la Rosa—. Pues ha llegado el momento en que tenemos que buscar un medio de trazar un curso específico entre los mundos. Si os podemos liberar, ¿nos conduciréis allí donde tenemos que ir?

—Tengo esa habilidad, al menos —contestó Fallogard Phatt—, y me complacerá ayudaros en aquello que pueda. Pero el muchacho ha encontrado caminos a través de los ámbitos de los que yo ni siquiera había oído hablar. Y la muchacha es capaz de encontrar a un individuo a través de las capas del Multiverso. Esa muchacha es como un sabueso, como un terrier, como un spaniel...

Tras interrumpir su efusión de similitudes caninas, maese Wheldrake encontró un libro que extrajo de uno de sus bolsillos interiores y lo mostró orgullosamente.

— ¡Aquí está lo que yo recordaba tener! ¡Aquí está!

Todos lo miraron con una actitud de amable expectativa, mientras él se sacaba los recién recibidos créditos del chaleco y los colocaba en las manos del atónito muchacho.

—Aquí tenéis, maese Koropith, id con vuestra prima al mercado. Os daré una lista. Esta noche tengo la intención de preparar para todos una cena lo bastante sustancial como para que nos ayude a salir bien librados de nuestra próxima aventura. —Blandió el libro escarlata y añadió—: Creo que entre la señora Beeton y yo mismo podremos disponer una cena como no habéis probado en doce meses.

## 5

### ***Conversaciones con clarividentes relativas a la naturaleza del Multiverso y a métodos espectaculares para escapar***

Una vez terminado el elaborado y exquisito festín, y serenados con la recitación de unos excelentes sonetos, hasta el propio Elric pudo desviar la atención, al menos durante un rato, del persistente recuerdo de su padre muerto que le esperaba en aquella ciudad muerta.

—Los Phatts hemos vivido de nuestro ingenio durante generaciones.

Fallogard Phatt estaba algo bebido. Hasta su anciana madre se llevó ocasionalmente la copa de vino a los marchitos labios y rió. Su hijo y su sobrina no se habían acostado y tampoco se ocultaban en las sombras de la escalera. Wheldrake se encargaba de llenar la copa de mamá Phatt mientras que la Rosa permanecía sentada en su silla, la única totalmente decidida a mantener la mente volcada en los temas cruciales planteados por sus circunstancias. No bebió vino, pero pareció contenta dejando que los otros se relajaran como desearan. Sentado junto a ella, alrededor de la mesa redonda, Elric bebió algo del oscuro líquido negroazulado y deseó que ejerciera algún efecto sobre él, pensando con ironía que, después de un trago de veneno de dragón, la mayoría de las bebidas debían de parecerle insípidas...

—Sólo hay unos pocos adeptos que han explorado una pequeña fracción del Multiverso —decía Fallogard Phatt—, pero debo decir que nosotros, los Phatt, somos tan experimentados como cualquiera. Mi madre, por ejemplo, conoce las rutas de por lo menos dos mil caminos diferentes entre unos cinco mil ámbitos. Ocasionalmente, sus instintos están un poco apagados en estos últimos tiempos, pero nuestra sobrina aprende muy bien, y ella tiene el mismo talento.

—¿De modo que han buscado deliberadamente este plano? —preguntó la Rosa de repente, como si los comentarios de Fallogard Phatt coincidieran con sus propios pensamientos.

La pregunta produjo un repiqueteo de risas por parte de Fallogard Phatt que amenazó con hacerle estallar el chaleco meticulosamente abrochado, al tiempo que el cabello se le sacudía alrededor de la cabeza y el rostro se le enrojecía.

—No, señora, eso es lo más chistoso de todo. Son muy pocos los que han llegado hasta aquí porque hayan oído hablar de la Nación Gitana y desearan unirse a ella. Pero la nación ha establecido su propio campo peculiar, una especie de gravedad psíquica que atrae hasta aquí a muchos que, de otro modo, estarían en el Limbo. Eso actúa como una especie de falso limbo, como un mundo de almas perdidas y lo hace de una manera psíquica, pero también extrañamente material.

—¿Almas perdidas? —preguntó Elric que ahora se puso alerta—. ¿Almas perdidas, maese Phatt?

—Y también cuerpos, naturalmente, porque la mayoría son cuerpos. —Fallogard Phatt efectuó con la mano un movimiento de persona mareada y luego se detuvo, como si hubiera oído algo. Después, miró intensamente, con una repentina comprensión, a los ojos carmesíes del albino—. En efecto, señor —añadió con un tono de voz más sereno—, almas perdidas.

Y, por unos segundos, Elric tuvo la sensación de una presencia benigna dentro de él, que emitía simpatía por él y que quizá hasta era protectora. La

sensación desapareció con rapidez y Phatt continuó hablando con Wheldrake acerca de alguna alegre abstracción que parecía excitarles a los dos, pero la Rosa se mostró todavía más reflexiva mientras miraba de Phatt a Elric y, con frecuencia, hacia la ocupada cabeza de la pequeña madre Phatt, que permanecía sentada con las dos manos enroscadas alrededor de la copa de vino, sin hacer otra cosa que asentir y sonreír, sin seguir apenas o preocuparse por seguir el flujo general de la conversación, pero aparentemente contenta y alerta a su propio y misterioso modo.

—Me resulta difícil imaginarlo, señor —dijo Wheldrake—. También resulta un tanto aterrador contemplar tal vastedad. Tantos mundos, tantas tribus, y cada una con una comprensión tan diferente de la naturaleza de la realidad. Miles de millones, señor. Miles y miles de millones, itoda una infinidad de posibilidades y alternativas! ¿Y la Ley y el Caos luchan por controlar todo eso?

—Por el momento, esa guerra no se ha admitido todavía —dijo Phatt—. En lugar de eso, se producen escaramuzas aquí y allá, batallas por la posesión de un mundo o dos o, en el mejor de los casos, de un ámbito. Pero se acerca una gran conjunción en la que los señores de los Mundos Superiores desean establecer su gobierno a través de las Esferas. Cada Esfera contiene un universo y se cree que hay por lo menos un millón de ellos. ¡No es ningún acontecimiento cósmico ordinario!

—¡Luchan por controlar la infinidad! —exclamó Wheldrake, que parecía impresionado.

—El Multiverso no es infinito en el sentido estricto —empezó a decir Phatt, que se vio interrumpido por su madre, repentinamente estridente e irritable.

—¿Infinito? ¡Tonterías! ¿Infinito? El Multiverso es finito. Tiene límites y dimensiones que sólo un dios puede percibir ocasionalmente, ¡pero hay límites y dimensiones! De otro modo, no habría sentido en eso.

—¿En qué, madre? —preguntó Fallogard, sorprendido—. ¿En qué?

—En la familia Phatt, desde Juego. Estamos firmemente convencidos de que algún día...

Y dejó que fuera su hijo quien recitara el núcleo de lo que, evidentemente, era el credo familiar.

—Aprenderemos el plan de todo el Multiverso y viajaremos a voluntad entre una Esfera y otra, de un ámbito a otro, de un mundo a otro, viajaremos a través de las grandes nubes del desplazamiento, de estrellas multicolores, de los millones de planetas que giran, a través de las galaxias que pululan como mosquitos en un jardín durante el verano, y de ríos de luz, gloria más allá de la gloria, y de caminos de rayos de luna entre las estrellas vagabundas.

»¿Os habéis encontrado alguna vez a solas y visto visiones, señor? ¿Ese momento en el que, como recordaréis, os detenéis y se os concede un breve vistazo a la casi eternidad, al Multiverso? Podéis estar mirando una nube o un leño encendido, podéis observar un determinado pliegue en una manta, o el ángulo en que se mantiene una hoja de hierba..., eso no importa. Sabéis lo que habéis visto, y eso trae consigo una visión mucho mayor. Ayer, por ejemplo...

Dirigió una mirada interrogativa al poeta antes de recibir la silenciosa aprobación de su nuevo amigo para que continuara.

—Ayer, por ejemplo, miré al cielo hacia el mediodía. Una luz plateada se vertía como agua desde las masivas nubes, que flotaban vastamente como bestias marinas asimétricas, tan grandes como para contener a todas las naciones de las demás especies, incluyendo, sin lugar a dudas, al propio

hombre. Como si hubieran surgido por completo de su elemento, dispuestas a hundirse en unas profundidades tan misteriosas para los de abajo como los océanos lo son para los de arriba.

Su rostro se iluminó con un rojo encendido más brillante, animado por sus refulgentes recuerdos, y los ojos parecieron enfocar de nuevo la mirada sobre aquellas nubes, sobre aquellas monumentales barcazas naturales, como naufragios elevados, alarmantemente completos después de milenios, ajenos a cualquier imaginación, más allá de cualquier impulso que pudieran seguir los mortales ordinarios, que cada alma anhelaba olvidar, aquellas naves-bestias obscenamente antiguas hechas insustanciales en su repentino elemento, con esa brillantez del sol y del cielo, desdibujándose gradualmente sus perfiles, volviéndose gris y desvaneciéndose las unas en las otras hasta que sólo permanecía el sol y el cielo, únicos testigos de su desaparición que no deja aflicción alguna.

—¿Se han hecho invisibles, o han desaparecido para siempre, incluso del recuerdo de nuestra extraña sangre, esa diminuta mancha de materia ancestral que informa el alma unida de nuestra raza? ¿Querría decir eso que nunca existieron o que nunca pudieron existir? Muchas fueron las cosas que existieron incluso antes de que nuestros antepasados pusieron una pata palmípeda sobre una orilla humeante...

Y Elric sonrió al escuchar esto, pues el recuerdo de su raza se remontaba a un período anterior a la existencia de la humanidad, al menos en su propio ámbito. Su pueblo, colonos más antiguos e inhumanos, perseguido o desterrado o que escapó de alguna otra forma a través de los ámbitos, había sido víctima de una potente catástrofe, quizá de su propia creación.

El recuerdo sigue al recuerdo, el recuerdo derrota al recuerdo; algunas cosas sólo son desterradas a los ámbitos de nuestras ricas imaginaciones, pero eso no significa que no existan, o que no puedan existir ahora o en el futuro. ¡Existen! ¡Existen!

El último melniboneano piensa en la historia y en las leyendas de su pueblo, y les cuenta a sus amigos humanos algunas de las cosas que sabe y, algún día, un escriba humano escribirá estas palabras recordadas que se convertirán a su vez en el fundamento de ciclos completamente nuevos de mitos, en volúmenes enteros de leyenda y superstición, de tal modo que el fragmento de un grano de la memoria prehumana llegará hasta nosotros, como sangre para la sangre y vida para la vida. Y los ciclos girarán y darán vueltas y se cruzarán en puntos impredecibles en una eternidad de posibilidades, paradojas y conjunciones, y una historia alimentará a otra, y una anécdota proporcionará a otros épicas enteras. Así influimos sobre el pasado, el presente y el futuro en todas sus posibilidades. Así somos todos responsables de cada uno de los demás, a través de toda la miríada de dimensiones del tiempo y el espacio que constituyen el Multiverso...

—En último término, el amor humano es la única arma real contra la entropía —dijo Fallogard Phatt volviendo a enfocar la mirada después de su visión.

—Al no estar el Caos y la Ley en equilibrio —dijo Wheldrake mientras tomaba un poco de queso y se preguntaba qué aterrorizada región existente a lo largo del camino había proporcionado este tributo en particular— nos privamos a nosotros mismos del mayor número posible de elecciones. Ésa es la paradoja singular de este conflicto entre los Mundos Superiores. Si uno de ellos fuera dominante habríamos perdido la mitad de lo que tenemos. A veces, no puedo evitar el tener la sensación de que nuestro destino se encuentra en manos de criaturas apenas más inteligentes que un armiño.

—La inteligencia y el poder nunca fueron una misma cosa —murmuró la Rosa, alejándose por un momento de su propio curso de pensamiento—. Frecuentemente, el afán de poder no es más que un impulso del estúpidamente desconcertado, incapaz de comprender por qué ha sido tan maltratado por la dama Fortuna. En ocasiones, ¿quién puede echarle la culpa a esos brutos? Han sido atropellados por la azarosa naturaleza. ¿Sentirán acaso lo mismo estos dioses? Quizá nos hacen pasar por pruebas tan terribles porque saben que en realidad somos superiores a ellos. Quizá se han vuelto seniles y se han olvidado del propósito de sus viejas treguas.

—Decís la verdad en un aspecto, señora —asintió Elric—. La naturaleza distribuye el poder con aproximadamente la misma falta de discriminación con que distribuye la inteligencia, la belleza o la riqueza.

—Que es la razón por la que la humanidad tiene el deber de corregir tales errores de justicia cometidos por la naturaleza —dijo Wheldrake revelando así un poco de su verdadero historial—. Por eso tenemos que ocuparnos de aquellos a quienes la naturaleza crea pobres, o enfermos, o angustiados de cualquier otra forma. Creo que si no lo hiciéramos nosotros no estaríamos cumpliendo con nuestra verdadera función natural. Hablo como agnóstico —se apresuró a puntualizar—. Soy un radical hasta la médula, no os engaños. Pero no me parece que Paracelso lo hubiera comprendido así cuando...

Ante lo que la Rosa, que cada vez parecía más hábil en esta clase de cosas, detuvo su incursión por los ámbitos de la abstracción y le preguntó en voz alta a madre Phatt si quería más queso.

—Suficiente queso por esta noche —contestó la mujer misteriosamente, aunque con una sonrisa afable—. Siempre moviéndose. Siempre moviéndose. El caminante avanza con el talón y el dedo gordo del pie. Talón y dedo gordo. Talón y dedo gordo. Todos caminan, querida, con la esperanza de escapar a su condena. Sin cambios; generación tras generación, injusticia tras injusticia; y sostenidos por más injusticia. Talón y dedo gordo, así marcha el caminante. Siempre moviéndose. Siempre moviéndose...

Y su voz se fue apagando, casi graciosamente, hasta perderse en un silencio fijamente contemplado.

—Ah, una sociedad tan infame, señor —dijo su hijo con un sabio gesto de asentimiento—. Infame. Es una mentira, señor. Un poderoso engaño el que esta «nación libre» parezca avanzar siempre, sin cambiar nunca. ¿No es eso una verdadera decadencia, señor?

—Me pregunto si no será ése el destino de Engeland —musitó Wheldrake refiriéndose a algún hogar perdido—. ¿Es acaso el destino de todos los imperios injustos? Oh, temo ver el futuro en mi propio país.

—Ése fue, desde luego, el único futuro del mío —dijo Elric con una mueca que revelaba mucho más de lo que intentaba ocultar—. Y por eso fue por lo que Melniboné se derrumbó como una cáscara carcomida por los gusanos, casi con un solo toque...

—Y ahora —dijo la Rosa—, vayamos al grano.

Y esbozó a continuación un plan para moverse por la noche entre las ruedas y encontrar Duntrollin, para permanecer ocultos entre los postes de marcha hasta que llegara el momento en que pudieran acceder a las escaleras. A partir de ese momento Fallogard Phatt sería su sabueso, con su clarividencia enfocada en encontrar a las tres hermanas.

—Pero tenemos que discutir los detalles —dijo—. Podría haber aspectos prácticos que hubiera pasado por alto, maese Phatt.

—Unos pocos, señora, podéis estar segura.

Los escuchó amablemente. Los faldones de acceso a los postes de marcha estarían vigilados. Sin lugar a dudas, los habitantes guerreros de Duntrollin estarían preparados para un intento como el que ellos se proponían. El nunca había visto a las hermanas y, por lo tanto, no se podría confiar del todo en sus dotes. Y, lo que era más importante, aunque pudieran llegar hasta donde estuvieran las hermanas, no tenían ninguna certeza de ser bien recibidos por ellas. Y, finalmente, ¿cómo iban a abandonar la Nación Gitana? Era casi imposible cruzar las barreras de basuras y los guardianes siempre detectaban a los que querían escapar. Además, para la familia Phatt era inútil considerar esas cosas puesto que se hallaban atrapados por esa forma peculiar de gravedad psíquica que había traído a tantas almas pobres a ese mismo camino, para habitar en él, o bajo él, para siempre.

—Todos nosotros nos encontramos atrapados aquí por algo más que unas pocas flechas de plumas negras y por un montón de basuras —dijo—. La Nación Gitana controla este mundo, amigos míos. Ha logrado un oscuro y extraño poder. Ha establecido acuerdos. Ha aprovechado una parte del Caos para sus propios propósitos. Creo que ésa es la razón por la que no se atreven a detenerse. Todo depende de mantener su impulso.

—En tal caso debemos conseguir que la nación deje de moverse —se limitó a decir la Rosa.

—Nada puede conseguir eso, señora —dijo Fallogard Phatt con expresión triste y desesperada—. Esta nación existe para moverse, y se mueve para existir. Por eso nunca cambian el camino, sino que lo reconstruyen, aun cuando el terreno se haya desmoronado, como en la bahía que pronto tendremos que cruzar. No pueden cambiar el camino. Se lo indiqué poco después de nuestra llegada y me contestaron que eso era demasiado caro, que la comunidad no se lo podía permitir. Pero lo cierto es que no cuentan con mayores posibilidades de detener su órbita de las que tiene un planeta de cambiar su curso alrededor del Sol. Y si tratáramos de escapar sería como un guijarro que intentara escapar a la gravedad. Se nos dijo que nuestra principal preocupación aquí debía ser la de permanecer en los pueblos, pero nunca por debajo de ellos.

—Esto no es más que una prisión —dijo Wheldrake, todavía mordisqueando el queso—, no una nación. Es una horrible perturbación en el orden de las cosas. Es muerte y se mantiene por la muerte. Injusticia mantenida por la injusticia. Crueldad sostenida por la crueldad. Y, sin embargo, a juzgar por lo que hemos visto, el pueblo de Trollon se felicita a sí mismo por su urbanidad, humanidad, amabilidad y actitudes graciosas mientras que los muertos se tambalean bajo sus pies, sosteniéndolos en toda su autoengañoso estupidez, produciendo esta parodia de progreso.

La vieja cabeza de madre Phatt se volvió a mirar a Wheldrake. Se rió, pero no con burla, sino con afecto.

—Mi hermano les dijo todo eso, y continuó diciéndoselo. Pero, a pesar de todo, murió en los postes de marcha. Yo estaba con él. Yo misma lo sentí morir.

—¡Ah! —exclamó Wheldrake, como si él también compartiera aquella muerte—. ¡Esto es una malvada parodia de la libertad y la justicia! ¡Es una mentira que implica una profunda falta de honestidad! Porque mientras una sola alma de este mundo sufra lo que cientos de miles o quizá millones sufren ahora, ellos son culpables.

—Los de Trollon son buenos tipos —dijo Fallogard Phatt irónicamente—. Son personas de buena voluntad y caridad. Se enorgullecen de su sabiduría y su equidad...

—No —le interrumpió Wheldrake con una enojada sacudida de su flameante cabello—. Quizá acepten que tienen suerte, pero no pueden considerarse a sí mismos como sabios o buenos. Porque, en último término, un pueblo así se muestra de acuerdo con cualquier ingenio capaz de conservar sus privilegios y comodidades, y de ese modo mantienen a sus gobernantes y los eligen con todas las demostraciones de celo democrático y republicano. Así son las cosas, señor.

Eso los convierte en hipócritas empedernidos. Si pudiera salirme con la mía, señor, pondría punto final a toda esta miserable charada de progreso.

—iDetener el progreso de la Nación Gitana! —exclamó Fallogard Phatt echándose a reír con un considerable regocijo, tras lo que añadió con una fingida seriedad—: Llevad cuidado, querido señor. Aquí estáis entre amigos, pero la expresión de tales ideas entre otros círculos se consideraría como la peor de las herejías. ¡Guardad silencio, señor! Por vuestro propio bien.

— ¡Guardar silencio! Ésa es la perpetua advertencia de la tiranía. El tirano grita: «¡Guardad silencio!», incluso ante los gritos de sus víctimas, los patéticos gemidos, gruñidos y súplicas de los millones de seres que han caído en la trampa. Somos una sola, o quizá carroña fragmentada a la que los gusanos permiten una falsa apariencia de vida; cadáveres que se retuercen y tiemblan con el peso de sus gusanos, los cadáveres políticos podridos de una libertad ideal. ¡La libre Nación Gitana no es más que una enorme falsedad! ¡El movimiento, señor, no es libertad!

Wheldrake se detuvo y respiró furiosamente. Por el rabillo del ojo Elric vio a la Rosa que se levantaba de su silla y abandonaba la estancia. Imaginó que había terminado por aburrirse con el debate.

—La rueda del Tiempo gime y hace girar sus millones de dientes, uno tras otro, a través de lo infinito, o de lo casi infinito —dijo Phatt dirigiendo una mirada a su madre, que había vuelto a cerrar los ojos—. Todos los mortales son sus prisioneros y sus sirvientes. Ésa es una verdad ineludible.

—Se puede reflejar la verdad o tratar de mitigarla —dijo Elric—. A veces, incluso se puede intentar cambiarla.

Wheldrake tomó repentinamente un buen trago de su jarra.

—No fue educado para vivir en un mundo donde la verdad fuera maleable y la realidad una cuestión de lo que se hace de ella —dijo—. Me resulta difícil escuchar tales ideas. De hecho, os admitiré que me alarman. No es que deje de apreciar su contenido, señor, o el optimismo que expresáis a vuestro modo. Es, sencillamente, que se me educó para confiar y celebrar ciertos sentidos y que acepto que una gran belleza incambiable constituyó el orden del universo, un conjunto de leyes naturales que, tal como eran, coincidían de formas sutiles con una máquina poderosa, intrincada y completa, pero racional en último término. Esta naturaleza, señor, fue lo que yo celebré y adoré, del mismo modo que otros podrían celebrar y adorar a la divinidad. Lo que sugerís me parece retrogresivo. Vuestras ideas se acercan más, sin lugar a dudas, a las naciones desacreditadas de la alquimia.

La discusión continuó en estos mismos términos hasta que todos se sintieron cansados con el sonido de sus propias voces y no se mostraron reacios a buscar sus propias camas.

Cuando Elric subió la escalera, con su lámpara arrojando enormes sombras sobre las paredes enjalbegadas, se preguntó cuál había sido la razón de la repentina partida de la Rosa y confió en que no se hubiera sentido ofendida por algo. Normalmente, se habría sentido poco preocupado por estas cosas, pero sentía por aquella mujer un respeto que iba más allá del simple aprecio de su

inteligencia y belleza. También había en ella una actitud de tranquilidad que le recordaba, de una forma extraña, el tiempo pasado en Tanelorn. Resultaba difícil creer que una mujer de tan evidente integridad y sabiduría se viera arrastrada por la resolución de una deuda de sangre tan cruda.

En la pequeña habitación que había elegido para sí mismo, y que era poco más que un gran armario con un camastro, se preparó para dormir. La familia Phatt ya se había acomodado, produciendo sólo las mínimas incomodidades, y se había mostrado de acuerdo en utilizar sus poderes psíquicos al servicio de la búsqueda de la Rosa. Mientras tanto, el albino descansaría. Se sentía débil y experimentaba un profundo anhelo por un mundo que ya no volvería a ver jamás. Un mundo que él mismo había destruido.

Ahora, el albino duerme y su cuerpo pálido y enjuto se revuelve de un lado a otro; un gemido escapa de sus labios, grandes y sensuales, y en una ocasión hasta sus ojos carmesíes se abren ampliamente y contemplan aterrorizados la oscuridad.

—Elric —dice una voz llena de vieja rabia y dolor, tan grandes que hasta se han convertido en un matiz fijo de su timbre—. Hijo mío. ¿Has encontrado mi alma;? Es duro para mí estar aquí. Hace frío. Estoy muy solo. Pronto tendré que unirme a ti, tanto si lo deseas como si no. Tengo que entrar en tu cuerpo y pasar a formar parte de ti para siempre...

Y Elric despierta con un grito que parece llenar el vacío en el que flota y el grito continúa resonando en sus oídos, hasta encontrar un eco en otro grito, de modo que los dos gritan al unísono y él busca el rostro de su padre, pero no es su padre quien grita...

Es una mujer anciana, sabia y llena de tacto y de extraordinario conocimiento, que grita como una demente, como si se hallara atrapada en las garras de la más horrible tortura, y grita «¡No!»; y grita: «¡BASTA!»; y grita: «¡CAEN, OH, QUERIDA ASTARTÉ! ¡CAEN!».

Madre Phatt está gritando. Madre Phatt tiene una visión de tan insoportable intensidad que sus gritos son incapaces de aliviar el dolor que experimenta. Hasta que finalmente guarda silencio.

Y Elric también guarda silencio.

Y el mundo guarda silencio, a excepción del lento retumbar de las monstruosas ruedas, del continuo y lejano ruido de los pies que marchan, sin detenerse jamás, que siguen marchando alrededor del mundo.

—¡BASTA! —grita el príncipe albino, pero sin saber el qué.

Apenas si ha tenido el más leve atisbo de la visión de la madre Phatt...

Ahora se escuchan sonidos ordinarios al otro lado de su puerta. Oye a Fallogard Phatt que llama a su madre; oye a Charion Phatt que solloza, y él se da cuenta de que no tardará en producirse un alboroto.

Con la lámpara encendida de nuevo y envuelto en la sábana que ha tomado prestada, Elric sale al rellano y mira a través de la puerta abierta de la madre Phatt, incorporada en su cama, con los viejos labios cubiertos de espuma, con los ojos mirando fijamente ante ella, aterrorizados y sin ver.

—¡Caen! —gime—. ¡Oh, cómo caen! No se debería llegar a esto. ¡Oh, pobres almas! ¡Pobres almas!

Charion Phatt sostiene a su abuela entre sus brazos y la acuna un poco, como si tratara de consolar a un niño debilitado por una horrible pesadilla.

—¡No, abuelita, no! ¡No, abuelita, no!

Pero, a juzgar por su propia expresión, es evidente que ella también ha visto algo horriblemente aterrador. Y su tío, que está a su lado, sudoroso, enrojecido, confuso, suplicante, se sostiene la propia cabeza de cabellos enmarañados, como para protegerse de los gritos que lo bombardean.

— ¡No es posible! ¡No puede ser! ¡Oh, y ha secuestrado al muchacho!

—No, no —dice Charion negando con un gesto de la cabeza—. Él la acompañó por su propia voluntad. Por eso no percibiste ningún peligro. Él no creía que hubiera ninguno.

—¿Fue ella quien planeó esto? —gime Fallogard Phatt con una rabiosa incredulidad—. ¿Fue ella quien planeó esta muerte?

—Traedla de vuelta —dice madre Phatt duramente con los ojos todavía ciegos al mundo que la rodea—. Traedla inmediatamente. Encentradla y lo habréis salvado a él.

—Se fueron a Duntrollin para buscar a las hermanas —dice Charion—. Las encontraron, pero había otro... ¿Una batalla? No puedo leer bien con tanta confusión. Oh, tío Fallogard, ¡hay que detenerlos! —Hace una mueca de agonía, se tapa el rostro con las manos—. ¡Tío! ¡Hay tantas perturbaciones psíquicas!

Y Fallogard Phatt también tiembla con el dolor de la experiencia, mientras Elric, a quien se ha unido Wheldrake, intenta descubrir apresuradamente qué es lo que tanto temen.

—Es un viento que aúlla a través del Multiverso —dice Phatt—. Un viento negro que aúlla a través del Multiverso. ¡Oh, esto es obra del Caos! ¿Quién lo habría podido suponer?

—No —dice madre Phatt—. Ella no sirve al Caos, y tampoco llama al Caos. Y, sin embargo...

—¡Detenedlos! —grita Charion.

Y Fallogard Phatt levanta los alargados dedos en una impotente desesperación.

—Es demasiado tarde. ¡Ya estamos asistiendo a su destrucción!

—Todavía no —dice madre Phatt—. Todavía no. Podría haber tiempo... Pero es demasiado fuerte...

Elric ya no se preocupa en reflexionar. La Rosa está en peligro. Apresuradamente, el albino regresó a su habitación y se vistió, ciñéndose la espada al cinto. Wheldrake estaba con él cuando abandonaron la casa y corrieron por las calles de madera de Trollon y tomaron la dirección equivocada en la oscuridad con la que no estaban familiarizados, hasta que encontraron una escalera que descendía hacia los postes de marcha y Elric, para quien la cautela siempre fue una lección apenas medio aprendida, desenvainó a Tormentosa de su funda, de modo que la hoja negra relució con una formidable oscuridad y las runas se retorcieron y palpitaron a lo largo de su longitud y, de repente, se encontró matando a todo aquel que trataba de detenerle con un arma en la mano.

Wheldrake, a la vista de la carnicería, se estremeció sin saber apenas si permanecer cerca del albino o interponer una distancia segura entre ellos, mientras que Fallogard Phatt y lo que quedaba de la familia Phatt intentaba seguirlo, llevando a la anciana en su silla de ruedas.

Elric sólo sabía que la Rosa se encontraba en un peligro seguro. Finalmente, su paciencia le había abandonado y fue casi con alivio que permitió que la espada infernal se cobrara su tributo de sangre y almas, mientras sentía que una tremenda y estremecedora vitalidad le llenaba y gritaba los nombres imposibles de

improbables dioses. Cortó los arneses que sujetaban los caballos, desgarró las cadenas que sujetaban a los marchantes a sus postes, y luego montó sobre un gran caballo negro de combate que relinchó con el intenso placer de su propia liberación y, con Elric agarrado a sus crines, se encabritó y golpeó el aire con sus enormes cascos, para luego lanzarse al galope hacia la abertura.

Ahora, desde alguna parte, se pudo escuchar otro sonido: voces humanas que gritaban con un pánico estúpido, mientras madre Phatt seguía sollozando en voz alta:

—¡Es demasiado tarde! ¡Es demasiado tarde!

Wheldrake se apoderó de uno de los caballos, pero éste se sacudió, se liberó y lo evitó. Abandonó cualquier otro intento de encontrar una montura y, en lugar de eso, echó a correr en pos del albino. Al llegar al fondo de la escalera, Fallogard Phatt levantó la silla de ruedas de su madre, mientras la anciana seguía con la boca abierta y producía un gemido de afligido terror. Su sobrina se cubrió las orejas, sin dejar de correr junto a la silla.

Salieron a la noche. Elric no era más que una sombra encolerizada lanzada por delante de ellos, y las enormes ruedas de los pueblos en continuo movimiento crujían inexorablemente hacia adelante, hacia un frío viento que traía consigo la lluvia, con la salvaje noche iluminada por las antorchas chisporroteantes y las lámparas de los que caminaban, y de los distantes pueblos de la primera hilera. Había ahora en el camino una cierta combadura, lo que sugería que se aproximaban al puente que cruzaba la bahía.

Wheldrake escuchó fragmentos de cánticos. No interrumpió su carrera, pero hizo un esfuerzo para que sus pasos fueran más largos, al tiempo que respiraba como un experto, tal como se le había enseñado a hacer en otro tiempo. Escuchó risas, conversaciones casuales y se preguntó por un momento si aquello no sería más que un sueño, con toda la ausencia de consecuencias que va asociada con los sueños. Pero también había otras voces por delante, juramentos y gritos, mientras Elric obligaba a su caballo a abrirse paso entre los caminantes, obstaculizado por tantos cuerpos, pero negándose a utilizar la espada rúnica contra esta masa de gentes desarmadas.

Y por detrás de ellos madre Phatt pareció tranquilizarse un poco, al tiempo que su nieta sollozaba con voz cada vez más alta.

De algún modo, Wheldrake y los Phatt pudieron mantenerse al paso de Elric, e incluso acercarse a él, mientras éste abría camino entre la multitud y la madre Phatt no dejaba de gritar:

—¡Alto! ¡Tenéis que deteneros!

Y todos los miembros del pueblo de la Nación Gitana, al escuchar esta obscenidad surgir de los labios de una anciana, se apartaban de ellos fastidiosamente, con gestos de repugnancia.

Se produjo una mayor confusión. Wheldrake empezó a preguntarse si acaso no habrían actuado precipitadamente, en respuesta a la pesadilla de una mujer senil. Ninguna rueda había dejado de girar, ningún pie había dejado de caminar; todo estaba como debía ser sobre el gran camino que daba la vuelta al mundo. Para cuando lograron abrirse paso a través de la masa principal de gente y pudieron moverse con mayor libertad, Elric había puesto a su caballo al paso, sorprendido al no verse seguido por la guardia de Trollon. Wheldrake, sin embargo, fue prudente y esperó a que el albino hubiera envainado la gran espada rúnica, antes de acercarse a él.

—¿Qué habéis visto, Elric?

—Sólo que la Rosa estaba en peligro. Quizá algo más. Tenemos que encontrar Duntrollin con rapidez. Fue una estúpida al hacer lo que hizo. Creía que era mucho más prudente que eso. Al fin y al cabo, fue ella misma quien nos aconsejó cautela.

El viento sopló con mayor dureza y las banderas de la Nación Gitana crujieron y chasquearon bajo su fuerza.

—Pronto amanecerá —dijo Wheldrake.

Se volvió a mirar a la familia Phatt: tres rostros que mostraban la misma expresión de temor tan intenso que casi parecían completamente ciegos a todo lo que les rodeaba. Implorantes, gimiendo, sin dejar de lanzar advertencias, gritos y sollozos, Madre Phatt les conducía en un himno de indecible desesperación y dolor, del que los caminantes libres se apartaban discretamente, dirigiéndoles alguna que otra mirada de desaprobación.

Serenamente, la Nación Gitana continuaba su avance y las ruedas giraban con firme lentitud, impulsadas por los millones de los que iban a pie, efectuando su progreso perpetuo alrededor del mundo...

Y, sin embargo, había algo erróneo, algo profundamente alarmante allá delante, algo que madre Phatt ya podía ver, que Charion ya había escuchado, y que Fallogard Phatt anhelaba prevenir con toda su alma.

Sólo cuando el amanecer empezó a surgir por detrás de ellos, empapado de rosas, azules y débiles dorados, bañando el camino que se extendía por delante con una luz pálida y acuosa, comprendió Elric los gritos de madre Phatt y por qué Charion mantenía las manos apretadas sobre las orejas, y también por qué el rostro de Fallogard Phatt se había convertido en una máscara atormentada.

La luz se extendía sobre el gran arco de la calzada, revelando los asentamientos de madera, los miles de personas atrapadas, el humo y las débiles lámparas, los detalles domésticos y cotidianos... Por delante estaba lo que habían visto los clarividentes.

El arco de más de un kilómetro de anchura que cruzaba la bahía, la asombrosa creación de un pueblo obsesivamente nómada, ¡había quedado cortado como si una espada gigantesca lo hubiera desgajado de un solo y poderoso golpe!

Ahora, las dos mitades se elevaban y descendían con lentitud, con la conmoción de esta catástrofe. Aquel puente masivo hecho de huesos humanos y pieles de animales, de todo tipo de desperdicios apisonados, temblaba como una rama desgajada, se levantaba y descendía casi imperceptiblemente, con palpitations firmes, mientras que sobre el costado de tierra las hirvientes aguas liberaban toda su furia y el rocío blanco formaba arcoiris por encima de sus cabezas.

Uno tras otro, con una deliberación asombrosa, los pueblos de la Nación Gitana se arrastraban hasta el borde y se precipitaban por el abismo.

Detenerse es obscuro. Ellos no saben cómo detenerse. Lo único que pueden hacer es morir.

Ahora, Elric también grita, mientras obliga a su caballo a seguir avanzando. Pero sabe muy bien que grita ante la aparente inevitabilidad de la estupidez humana, de gentes capaces de destruirse a sí mismas con tal de hacer honor a un principio y un hábito que ha dejado de tener función práctica alguna desde hace mucho tiempo. Mueren porque prefieren seguir el hábito que alterar su curso.

Mientras los pueblos se arrastran hasta el borde de la calzada para caer en el olvido, Elric piensa en Melniboné y en los rechazos de su propia raza a la vista del cambio. Y llora por la Nación Gitana, por Melniboné, y por sí mismo.

Ellos no se detendrán.

No pueden detenerse.

Hay confusión. Hay consternación. Hay un pánico creciente en los pueblos. Pero, a pesar de todo eso, no se detendrán.

A través de la neblina cabalga Elric, gritándoles que den media vuelta. Llega casi hasta el mismo borde de la calzada y el caballo patatea y bufa de terror. La Nación Gitana no cae hacia el distante océano sino sobre una gran masa floreciente de rojos y amarillos, cuyos costados se abren como exóticos pétalos y cuyo centro caliente late al tiempo que se traga a un pueblo tras otro. Y es entonces cuando Elric se da cuenta de que esto es obra del Caos.

Hace volver grupas al caballo negro para apartarse del borde del abismo y galopa de nuevo a través de aquellas gentes condenadas, hasta donde madre Phatt se encuentra sentada en su silla y grita:

—¡No! ¡No! ¡La Rosa! ¿Dónde está la Rosa?

Elric desmonta y sujeta a Fallogard Phatt por los enjutos y temblorosos hombros.

—¿Dónde está ella? ¿Lo sabéis? ¿Qué pueblo es Duntrollin?

Pero Fallogard Phatt sacude la cabeza, su boca se mueve estúpidamente hasta que al final lo único que puede hacer es repetir el nombre:

— ¡La Rosa!

—No debería haber hecho esto —dice Charion entre sollozos—. ¡Es un error haber hecho esto!

Ni siquiera Elric podía aceptar lo que sucedía, por poco que le importara la vida humana, como le sucedía a menudo, y anhelaba convocar al Caos para detener una destrucción tan terrible. Pero el Caos ya había sido convocado precisamente para llevar a cabo este acto, y él sabía que no sería escuchado. No había creído que la Rosa fuera capaz de convocar a tan formidables aliados; apenas si podía aceptar que hubiera permitido voluntariamente tanto horror para miles y miles de criaturas vivas lanzadas de esa manera hacia el abismo, cuyos gritos de terror ensordecían ahora el aire mientras que, por encima de ellos, el rocío blanco lanzaba su espuma y los arcoiris relucían.

Entonces se volvió al escuchar una voz familiar. Era la del joven Koropith Phatt, que corría hacia ellos, con las ropas hechas jirones y la sangre brotando de una serie de cortes pequeños.

—¡Oh, qué ha hecho ella! —gritó Wheldrake—. ¡Esa mujer es un monstruo!

Pero Koropith, jadeante, señaló hacia atrás donde, tan ensangrentada y andrajosa como él, con el cabello pegado por el sudor, la espada Espina Rápida en la mano derecha, la daga Espina Pequeña en la izquierda, se tambaleaba la Rosa, con lágrimas como diamantes sobre su rostro ojeroso.

Wheldrake fue el primero en dirigirse a ella. Él también lloraba.

—¿Por qué habéis hecho esto? ¡Nada puede justificar esta matanza!

Ella lo miró con una agotada extrañeza, antes de que sus palabras cobraran sentido. Luego, le volvió la espalda y envainó sus armas.

—Os equivocáis, señor. Esto es obra del Caos. Sólo podría ser obra del Caos. El príncipe Gaynor tiene un aliado. Ha conjurado una gran brujería, mucho mayor

de la que yo podría haber imaginado. Parece que no le importa a quién, o qué o cuántos mata en su desesperada búsqueda de la muerte...

—¿Gaynor hizo esto? —Wheldrake extendió una mano para tomarla por el brazo, pero ella se resistió—. ¿Dónde está ahora?

—Donde cree que no lo seguiré —contestó—. Pero tengo que seguirlo.

Lo dijo con un semblante de fatigada determinación y Elric se dio cuenta de que Koropith Phatt, lejos de acusarla por tanto sufrimiento, había colocado una mano sobre las suyas y trataba de consolarla.

—Volveremos a encontrarlo, señora —dijo el muchacho, y empezó a conducirla de regreso por el mismo camino por donde habían venido.

Pero Fallogard Phatt les interceptó.

—¿Ha quedado destruido Duntrollin?

—Sin duda —contestó la Rosa encogiéndose de hombros.

—¿Y las hermanas? —quiso saber Wheldrake—. ¿Las encontró Gaynor?

—Las encontró, lo mismo que nosotros..., gracias a Koropith y a su clarividencia. Pero Gaynor... se había apoderado de ellas de alguna forma. Luchamos. Él ya había convocado la ayuda del Caos. Es indudable que lo había planeado todo detalladamente. Había esperado hasta que la Nación Gitana se acercó al puente...

—¿Ha escapado? ¿A dónde? —preguntó Elric, aunque ya suponía cuáles serían las respuestas y ella confirmó sus sospechas.

Hizo un movimiento con el dedo gordo, señalando hacia el borde del abismo.

—Por allá abajo —contestó.

—En ese caso, ha encontrado la muerte después de todo —dijo Wheldrake frunciendo el ceño—. Aunque, por lo visto, deseaba tener tanta compañía como fuera posible en su viaje hacia el olvido.

—¿Quién puede decir hacia dónde ha viajado? —replicó la Rosa volviéndose lentamente hacia el borde por donde ahora un pueblo se asomaba, medio caído, mientras sus habitantes gemían y salían a gatas, pero sin hacer ningún verdadero intento por escapar. Luego, toda la plataforma desapareció y cayó hacia la fulgurante manifestación del Caos, para ser tragada, sumergida—. Imagino que eso sólo lo sabe él.

Conduciendo su caballo, Elric la siguió. Todavía tenía la mano entre las de Koropith. Elric oyó al muchacho decir:

—Todavía están ahí, señora. Todos ellos. Puedo encontrarlos, señora. Puedo seguirlos. Venid.

Ahora, el muchacho la estaba conduciendo hacia el mismo borde de la calzada rota, donde se quedaron mirando fijamente el abismo.

—Os encontraremos un camino, señora —le prometió Fallogard Phatt con un repentino temor—. No podéis...

Pero ya era demasiado tarde, pues, sin la menor advertencia, tanto la mujer como el muchacho se lanzaron al espacio, por encima de aquellas mandíbulas latentes y fulgurantes que parecían tan ávidas, tan hambrientas de las almas que caían en ellas por cientos y miles. ¡Cayeron hacia la misma materia del Caos!

Madre Phatt volvió a gritar. Fue un grito prolongado y agónico que ya no parecía afligido por la destrucción general. Esta vez expresaba una aflicción exclusivamente personal.

Elric echó a correr hacia el borde, vio caer a las dos figuras, cuyo tamaño disminuía, para ser absorbidas con rapidez por la horrible belleza de aquellos voraces fundamentos.

Impresionado por un valor, una desesperación que le parecieron incluso mayores que los propios, retrocedió un paso, sin saber qué decir, perplejo...

Y también fue demasiado tarde para anticipar el único aullido de rabia agonizante de Fallogard Phatt cuando el hombre empujó la silla de ruedas de su madre hacia el borde de la calzada rota, donde vaciló apenas una fracción de segundo y, con su sobrina aferrada a los faldones del abrigo, se lanzó al abismo, en pos de su hijo desaparecido. Otras tres figuras descendieron a través de los pulsantes y hambrientos colores, hacia las llamas del Caos.

Lleno de náuseas, confuso y haciendo esfuerzos por controlar un temor como no había experimentado jamás, Elric desenvainó a Tormentosa de su vaina. Wheldrake se le acercó y se situó a su lado.

—Ella se ha marchado, Elric. Todos ellos se han marchado. No hay nada contra lo que podáis luchar ahí.

Elric asintió lentamente con un gesto. Extendió la hoja ante él, luego la hizo retroceder plana contra su poderoso pecho y colocó la otra mano cerca de la punta de la gran espada de hoja ancha sobre cuya superficie latían y relucían las runas.

—No tengo otra alternativa —dijo—. Preferiría arrostrar cualquier peligro antes que soportar el destino que mi padre me ha prometido.

Y tras decir esto, gritó el nombre de su propio patrono, el duque de los Demonios, y lanzó su aullante hoja de batalla, y su cuerpo con ella, sobre el abismo del Caos, con una salvaje e increíble canción sobre sus labios pálidos...

Lo último que Wheldrake vio de su amigo fueron sus ojos carmesíes que le contemplaban con una especie de terrible serenidad, mientras el emperador de los hechiceros era atraído despiadadamente hacia el centro llameante de aquel abismo infernal...

## Libro segundo

### *Esbern Snare; el hombre lobo del Norte*

Cantan la runa de los duendes de la iglesia,  
junto al mar del Norte, en la luna de la cosecha;  
y los pescadores de Zelandia todavía lo oyen,  
reprendiendo a su esposa en la colina Ulshoi.

Y hacia el mar, sobre los bosques de abedules,  
todavía se yergue la iglesia de Kallunborg,  
ante cuyo altar se encuentra la pareja  
de desposados: Helva de Nesvek y Esbern Snare.

Wheldrake  
*Canciones noruegas*

# 1

## ***Consecuencias de los tratos mal considerados con lo sobrenatural; algo sobre las incomodidades de los pactos impíos***

Elric cayó a través de siglos de angustia, de milenios de miseria y estupidez mortales; rugió su desafío mientras caía, con la espada como un faro y un desafío en su forma de empuñarla; cayó hacia el lujurioso corazón del Caos mientras que por todas partes, a su alrededor, no había sino confusión y cacofonía, imágenes rápidas de rostros, ciudades, mundos enteros, metamorfoseados y dementes, deformados y reconfigurados, pues en el Caos desatado todo se hallaba en perpetuo cambio.

Estaba a solas.

Repentinamente, todo se quedó quieto. Sus pies tocaron terreno estable, aunque era apenas un fragmento de roca que flotaba en la luz refulgente del casi infinito, universo sobre universo fundiéndose los unos en los otros, con cada rizo de un color diferente en un espectro distinto, con cada faceta como una realidad separada. Era como si se encontrara en el centro de un cristal de inimaginable complejidad y como si sus ojos, negándose a captar las vistas que se le ofrecían, se hubieran quedado ciegos de algún modo a todo aquello que no fuera la intensa y desplazante luz, cuyos colores no podía identificar, cuyos olores se hallaban repletos de atisbos de aquellos otros que le eran familiares, cuyas voces ofrecían cada terror, cada consuelo y que, sin embargo, no eran mortales. Todo lo cual dejó al príncipe albino sumido en sollozos, conquistado e impotente, al tiempo que se veía privado de toda su fortaleza, la espada se le hacía pesada en la mano, como un objeto ordinario de hierro, y una canción suave y llena de humor resonaba desde alguna parte más allá de los fuegos, hasta convertirse en palabras:

— ¡Tienes tanto valor, el más dulce de mis esclavos! Impetuoso campeón de lo Siempre Cambiante, ¿dónde está el alma de tu padre?

—No lo sé, señor Arioch.

Elric sintió que su propia alma se congelaba al borde mismo de la exterminación, con la inminente desaparición de todo aquello que había sido o que pudiera llegar a ser, menos que un recuerdo. Y Arioch sabía que no mentía. Apartó el frío y Elric volvió a sentirse sereno...

Nunca, hasta entonces, había experimentado tal sensación de impaciencia con su patrono, el Señor del Infierno. Se preguntó qué emergencia alarmaría a los dioses.

—Fragmento mortal, tú eres mi más querida y deliciosa carne...

Elric, familiarizado con las cadencias de los estados de ánimo de su patrono, se sintió fascinado y al mismo tiempo temeroso. Buena parte de lo que había en él deseaba la aprobación de su patrono a toda costa. Mucho de él mismo sólo deseaba entregarse para siempre a la misericordia del duque Arioch, fuera ésta cual fuese, para sufrir las agonías que su señor decidiera imponerle, tal era el poder de la presencia divina que lo abrazaba, lo mimaba, halagaba y bendecía siempre con el poder absoluto de la vida o de la muerte sobre su alma eterna. Y, sin embargo, en las partes más profundamente secretas de su mente, Elric conservaba una resolución propia: la de liberar algún día a este mundo de todos los dioses, si su vida no era apagada en el siguiente segundo, pues tal era el estado de ánimo actual de su patrono. Aquí, en su propio y verdadero

elemento, Arioch tenía todo su poder y cualquier pacto que hubiera hecho alguna vez con un mortal dejaba de tener significado alguno; aquí se encontraba su propio ducado, y aquí no necesitaba de aliados, no tenía necesidad de establecer acuerdos, y exigía una obediencia instantánea a todos sus esclavos, tanto mortales como sobrenaturales, so pena de una extinción inmediata.

—Habla, dulce carne. ¿Qué te ha traído a mis dominios?

—Creo que la simple casualidad, señor Arioch. Caí...

—¡Ah, caíste! —La palabra parecía tener un considerable significado y comprensión—. Caíste.

—En un abismo en el que sólo podría hundirse un señor de los Mundos Elevados entre los ámbitos.

—Sí. Caíste. ¡Fue Mashabak!

Elric experimentó un estúpido alivio por el hecho de que la cólera se desviara de él. Y también él comprendió entonces lo que había ocurrido: Gaynor el Condenado había estado al servicio de su archirrival, el conde Mashabak del Caos...

—¿Teníais sirvientes en la Nación Gitana, señor?

—Era mío ese casi limbo. Un instrumento útil que muchos buscaban controlar. Y como no podía poseerlo para sí mismo, Mashabak lo destruyó.

—¿Por simple capricho, señor?

—Oh, creo que servía los fines mezquinos de alguna criatura.

—Fue Gaynor, señor.

—Ah, Gaynor. Conque se ha convertido en político, ¿en?

Elric fue muy consciente del triste silencio de su patrono. Después de lo que bien podría haber sido un año, el Duque del Infierno murmuró con mejor humor:

—Muy bien, dulce carne. Continúa tu camino. Pero recuerda que eres mío y que el alma de tu padre es mía. Los dos sois míos. Los dos me tenéis que ser entregados, pues ése es nuestro antiguo pacto.

—¿Ir, a dónde?

—¡Cómo! A Ulshinir, desde luego, hacia donde las tres hermanas han escapado de su captor. Y desde donde se puede hacerlas regresar a casa.

—¿A Ulshinir, mi señor?

—No temas. Viajarás como un caballero. Enviaré a tu esclavo tras de ti.

El señor de los Mundos Superiores dirigió su atención hacia otros asuntos. No pertenecía a la naturaleza de un duque del Caos el entretenerse durante demasiado tiempo en una cuestión, a menos que fuera de monumental importancia.

Los fuegos se apagaron.

Elric todavía se encontraba sobre aquel fragmento de roca, pero ahora se hallaba adherido a una montaña sustancial, desde la que podía contemplar un accidentado valle, cubierto de hierba más bien escasa, de peñascos de piedra caliza, por encima de los cuales soplaba un tenue polvo de nieve. El aire era frío y cortante y eso le sentó bien a sus sentidos. A pesar del frío, se frotó vigorosamente el rostro y los brazos desnudos, como para liberarse de la mugre del infierno. A sus pies, algo murmuró. Bajó la vista y vio la espada rúnica en el mismo sitio donde la había dejado caer durante su audiencia con Arioch. Se

maravilló ante el poder de su patrono, que parecía ser reconocido hasta por la propia Tormentosa. Levantó la hoja casi con gesto cariñoso y la acunó como si de un niño se tratara.

—Tú y yo todavía nos necesitamos mutuamente.

La hoja fue envainada, el terreno inspeccionado de nuevo, y creyó ver entonces un hilillo de humor que se elevaba por encima de la siguiente colina. Desde allí podría iniciar su búsqueda de Ulshinir.

Agradeció la suerte de haberse puesto las botas antes de salir precipitadamente en busca de la Rosa, pues ahora las iba a necesitar para protegerse de las afiladas piedras y traicioneros montículos, mientras emprendía el descenso. Resistió el frío gracias al expediente del veneno del dragón, dolorosamente absorbido de nuevo, y en menos de una hora se encontró caminando por un estrecho sendero que conducía a una casa de piedra, con tejado hecho de turba y paja, que despedía el olor de la tierra, cálida y de una completa fecundidad. Se trataba del primero de varios habitáculos, todos ellos tan cómodamente repartidos por el paisaje como si hubieran surgido del mismo con naturalidad.

En respuesta a la amable llamada de Elric ante la nudosa puerta de roble, le abrió una mujer joven, de piel rubia, que le sonrió con incertidumbre y observó su aspecto con una curiosidad que intentó ocultar. Se ruborizó al señalarle el camino que conducía a Ulshinir, y le dijo que se encontraba a menos de tres horas de fácil camino desde allí, hasta el mar.

Suaves colinas y valles poco profundos, un camino de piedra caliza blanca a través de los suaves colores verde, cobre y púrpura de las hierbas y brezos; Elric se sentía contento de caminar. Deseaba aclararse la cabeza, considerar las exigencias de Arioch, preguntarse cómo es que Gaynor había perdido a las tres hermanas. Y también se preguntó qué debía encontrar en Ulshinir.

De hecho, pensó con cierta sorpresa, que le importaba lo que hubiera podido ser de la Rosa. Sentía curiosidad por saber algo más de su historia, se dijo a sí mismo.

Ulshinir era una ciudad portuaria de casas de tejados inclinados y estrechas agujas, todas ellas cubiertas por la capa de las primeras nieves. El olor a humo de madera, desplazado por el aire otoñal, logró consolarlo de algún modo.

Todavía conservaba en su cinturón unas pocas monedas de oro que Moonglum había insistido desde hacía tiempo en que llevara siempre consigo, y confiaba en que el oro fuera una moneda corriente y aceptable en Ulshinir. Desde luego, la ciudad parecía tener un aspecto que le resultaba familiar, muy parecido a una ciudad de los Reinos Jóvenes del norte, y supuso que este plano se hallaría más cerca de su propia parte de la Esfera, al menos, y posiblemente del ámbito. Eso también le produjo un cierto consuelo. Los pocos ciudadanos que encontró en las calles empedradas le miraron a causa de su extraño aspecto, pero se mostraron lo bastante amables y contentos de indicarle el camino hacia la posada. Era una posada no precisamente lujosa, a la manera de esa clase de lugares en su propio mundo, pero estaba caliente y limpia. Le agradó la cerveza del color de la nuez y aspecto denso que le trajeron, así como la sopa y la empanada. Pagó su cama por adelantado, y mientras la matrona contaba una considerable cantidad de plata para darle el cambio, preguntó si había oído hablar de otros visitantes a la ciudad..., de tres hermanas.

—De cabello moreno, bellezas pálidas, con unos ojos maravillosos, no muy diferentes a vos en cuanto a tamaño, señor, aunque el suyo fuera de un azul tan denso que casi resultaba negro. ¡Y con exquisitos vestidos y vestimentas! No hay una sola mujer en Ulshinir que no se vuelva a mirarla. Embarcaron ayer y su destino es tema de considerables discusiones entre nosotros, como bien podéis

imaginar. —La mujer le sonrió con tolerancia ante su propia debilidad—. La leyenda dice que se trata de personas de allende nuestro Mar Pesado. ¿Sois amigo de ellas, quizá? ¿O un pariente?

—Tienen algo que perteneció a mi padre, eso es todo —contestó Elric con naturalidad—. Se lo llevaron consigo inadvertidamente. Dudo mucho que sepan siquiera que lo tienen. ¿Y decís que embarcaron?

—Desde ese mismo puerto —dijo señalando a través de la ventana hacia las aguas grises encerradas por dos largos muelles, cada uno de los cuales terminaba en un alto faro. Ahora, sólo había amarrados allí barcas de pesca—. En el Onna Peerthon. Acude aquí con regularidad para traer cargamentos de artículos de mercería y de coser, habitualmente procedentes de Shamfird. Normalmente, el capitán Gnarreh se niega a aceptar pasajeros, pero hemos oído decir que las hermanas le ofrecieron un precio que habría sido estúpido por su parte el rechazar. Pero en cuanto a su destino...

—¿Regresará el capitán Gnarreh?

—El año que viene, casi con toda seguridad.

—¿Y qué hay más allá de vuestras costas, señora?

La mujer sacudió la cabeza y se echó a reír como si nunca hubiera escuchado un chiste.

—Primero los arrecifes de la isla y luego el Mar Pesado. Si existiera alguna otra cosa más allá del Mar Pesado, y debería estar situado muy lejos, es algo sobre lo que no tenemos el menor conocimiento. Sois muy ignorante, caballero, si me permitís la observación.

—Bien podéis decirlo, señora, y os ruego que me disculpéis. Últimamente me he encontrado bajo un pequeño encantamiento y tengo la mente un tanto nublada.

—En tal caso debéis descansar, señor, y no poner os a viajar hacia el mismo fin del mundo.

—¿Qué isla creéis que hayan podido desear visitar?

—Cualquiera de un amplio número, señor. Si queréis, os puedo buscar un viejo mapa que tenemos.

Agradecido, Elric aceptó la oferta y se llevó el mapa a su habitación, observándolo y reflexionando con la esperanza de que quizá algún instinto dirigiera su atención hacia la isla apropiada. Después de media hora de contemplación, no había llegado a ninguna conclusión y ya se disponía a prepararse para acostarse cuando escuchó un sonido en la planta baja: el tono elevado de una voz que creyó reconocer.

Había creído que no volvería a ver de nuevo al hombre, y ahora echó a correr con el corazón henchido de alegría hasta el rellano de la escalera, para mirar hacia el salón principal de la posada, donde un pequeño poeta de cabeza roja, con levita y pantalones, chaleco y corbata, que tenía aspecto de haber estado demasiado cerca de un fuego intenso, declamaba una oda con la que probablemente confiaba en ganarse una cama, o al menos un tazón de sopa para la noche.

—«De oro era el color que Gwyneth le dio a Gwinefyr. De coral para las mejillas y ojos tan azules como el mar. Y un porte tan perfecto, tan gracioso, tan exquisito. Y unos labios tan rojos como las uvas de Borgoña, maduras en la viña. Éstos fueron los dones que le dio a su trágica reina. Su reina del capricho, redimida por la tragedia.» ¡Por el gran escocés, señor! ¡Creía que os habíais perdido hace un año o más! Es muy agradable volver a veros. Podéis ayudarme

con vuestras memorias. Disponía de tan pocos detalles. Me temo que no os gustará. Si recuerdo bien, no es ése el estilo que preferís.

Tiende un tanto a lo heroico, lo admito. Y son muchos quienes consideran que la forma de balada es demasiado rebuscada. —Empezó a rebuscar en los bolsillos para encontrar el manuscrito—. Me temo que ha seguido el mismo camino que el triolet, o incluso que el rondel... «Lord Elric abandonó su país con lágrimas en los ojos, por su querida y joven esposa a la que amaba más que a nada. Los vemos de pie ante la puerta abierta. Mientras brotan por las mejillas de ella las dulces lágrimas.» Debo admitir, querido amigo, que eso no es más que un intento por satisfacer el gusto popular. Esa clase de trivialidades suelen tener mucha aceptación, y pensé que vuestro tema, señor, atraería la imaginación del público. Había confiado en inmortalizaros, mientras que al mismo tiempo... ¡Aja! No, esto es sobre un Hugnita al que encontré la semana pasada... Y podríais decir que el rondel es una forma inapropiada para la épica, pero uno tiene que revestir la épica en estos tiempos, endulzarla de algún modo. Y unas pocas e inocuas cadencias hacen mucho por conseguir ese fin. Como veis, señor, no dispongo de dinero...

Y el pobre hombre pareció repentinamente macilento. Se sentó en un banco, con los hombros caídos, y hasta la mata de cabello rojo cayó fláccidamente sobre su cabeza de ave, mientras sus dedos rasgaban unos trozos de papel en una pantomima inconsciente de disgusto consigo mismo.

—En tal caso, tengo que encargáros una obra —dijo Elric bajando la escalera. Al llegar a su lado, puso una mano de simpatía sobre el hombro de su amigo—. Después de todo, no me dijisteis una vez que el mecenazgo de un artista es la única vocación valiosa a la que puede esperar un príncipe digno de ese nombre.

Al escuchar sus palabras, Wheldrake le sonrió con una mueca, alegrado por la confirmación de una amistad que él creía desaparecida para siempre.

—Las cosas no han sido fáciles para mí últimamente, señor, debo admitirlo. —Había una gran riqueza de recientes horrores en la mirada del poeta, y Elric no le culpó por ello. Sabía que lo único que deseaba Wheldrake en estos momentos era desembarazarse de todos aquellos recuerdos. El poeta tuvo un repentino recuerdo y alisó el último trozo de papel que había estado desgarrando—. Sí, la Balada in memoriam, por lo que recuerdo, supongo que es una forma un tanto limitada. ¡Pero extraordinaria como parodia, señor! «Un guerrero cabalgó por el camino solitario de la muerte. Ningún otro solitario montaba como él...» —Pero ni siquiera esta breve reanimación de su vieja chispa pareció encender el destello de su alma—. Creo que lo que más deseo ahora es comida y bebida, señor. Éste es el primer asentamiento humano que he visto en varios meses.

Elric tuvo entonces el placer de pedir comida y cerveza para su amigo y de observar cómo regresaba lentamente a algo parecido a lo que había sido.

—Decid lo que queráis, señor, pero ningún poeta fue capaz de dar lo mejor de sí mismo mientras se moría de hambre, aunque fuera capaz de morir de hambre mientras hacía su trabajo, eso lo garantizo. Pero son cosas muy diferentes. —Se irguió sobre el banco, ajustó los botones de hueso sobre las tablas, y eructó discretamente antes de dejar escapar un gran suspiro como si sólo entonces pudiera permitirse creer que su fortuna había cambiado—. Me siento tremendamente contento de veros, príncipe Elric. Y también contento de comprobar vuestra conciencia aristocrática. Confío, sin embargo, en que me permitáis discutir por la mañana los aspectos técnicos de vuestro encargo. Por lo que recuerdo, señor, sólo sentís un interés pasajero por la profesión de la versificación, por las cuestiones de métrica, rima, licencia, combinación poética, metro mezclado, ortometría en general... Creo que todo eso no os preocupa.

—Aceptaré vuestro consejo sobre todos esos aspectos, amigo mío. —Elric se maravilló ante el afecto que sentía por el pequeño hombre, ante su admiración por aquella mente extraña e inteligente tan completamente perdida en su propio contexto que debía aferrarse para siempre a las únicas constancias de que disponía, las del arte poético—. Y no hay prisas. Me alegraría tener vuestra compañía en un viaje que espero emprender en cuanto haya un barco disponible. En el caso de que no lo hubiera quizá me vea obligado a emplear un poco de brujería...

—Sólo como último recurso, señor, os lo ruego. Por el momento, ya he superado con creces mi cuota de brujería y aventuras desenfrenadas. —Tras decir esto, maese Wheldrake tomó un último trago de su jarra de cerveza—. Pero me parece recordar que estáis familiarizado con esa clase de cosas, príncipe Elric, como yo lo estoy con el autobús de Peckham, y preferiría unir mi fortuna a alguien como vos, que posee al menos una cierta comprensión del Caos y de sus erupciones caprichosas. Así que me sentiré contento de aceptar tanto el encargo como la compañía. Y debo añadir que me alegra mucho haberos vuelto a ver, señor.

Y tras decir esto apoyó la cabeza sobre el brazo doblado y se quedó dormido.

El príncipe albino tomó al pequeño poeta en sus brazos y lo transportó como si fuera un niño a su propia habitación, antes de regresar a su cama y a la contemplación del mapa: las islas del gran arrecife y, más allá de ellas, la oscuridad, un océano imposible, difícil de navegar y antinatural, el Mar Pesado. Tras haber decidido contratar a alguna barca de pescadores para visitar las islas una por una, cayó en un profundo sueño del que despertó al escuchar unos golpes en la puerta y la voz de alguna camarera que le informaba que ya eran pasadas las mil y quince horas (la más grande división del tiempo anual en Ulshinir) y que no podrían servirle el desayuno si no se levantaba de inmediato.

No le importaba el desayuno, pero estaba ansioso por conferenciar con Wheldrake sobre el tema de las tres hermanas y, una vez que se hubo preparado para el día, se vio algo sorprendido al descubrir al poeta que declamaba sobre el mismo tema, o así se lo pareció:

Lord Soulis es un astuto brujo,  
un brujo muy instruido:  
quien se alía con lord Soulis,  
tiene pocos motivos de alegría.

Tenía a mano tres espléndidos castillos,  
ese sabio instruido por la edad:  
el primero del Este, el último del Oeste,  
y el del centro el de la Ermita.

Tiene a mano tres doncellas,  
todas ellas dignas de ver:  
la primera es Annet, la segunda es Janet,  
la tercera es Marjorie.

La primera de ellas tiene una corona de oro,  
la siguiente tiene un anillo de oro,  
la tercera está rodeada de oro,  
y tiene una cosa muy dulce.

La primera de ellas tiene una rosa,  
la siguiente una caléndula,  
la tercera una flor mejor,  
la mejor que brotó en el mundo.

La sirvienta de la posada, la matrona y su hija escuchaban embelesadas la canción de Wheldrake. Pero fueron las palabras las que cautivaron la imaginación de Elric.

—Buenos días, maese Wheldrake. ¿Habláis en un dialecto de vuestro país?

—En efecto, señor. —Wheldrake besó las manos de las damas y cruzó la estancia con su antiguo vigor para saludar a su amigo—. Creo que es una balada de la frontera, o algo hecho de una forma muy similar.

—¿No la escribisteis vos?

—No puedo contestaros con honestidad, príncipe Elric. —Wheldrake se sentó en el banco, delante del albino y lo contempló mientras éste tomaba un plato de verduras hervidas—. Hacéis que parezca apetitoso. Hay algunas cosas que no sé si las he escrito yo, si las he oído o las he copiado de otro poeta, aunque dudo mucho que haya alguien capaz de igualarse a Wheldrake en el dominio del arte poético. No es que afirme ser un genio, sino que se trata de simple oficio. Pues, como comprenderéis, soy muy prolífico. Eso forma parte de mi naturaleza y, quizá, de mi condena. De haber muerto después de mi primer o segundo volumen, creo que ahora residiría en la abadía de Westminster.

Como no deseaba una explicación prolongada e imposible de seguir acerca de la naturaleza de ese Valhala en particular, Elric se limitó a dejar que las palabras con las que no estaba familiarizado resbalaran, tal como era su costumbre.

—Pero ese tal lord Soulis, ¿quién es?

—Una simple invención, por todo lo que sé. Las tres damas aquí presentes me hicieron recordar la balada, aunque quizá mis recuerdos también se vieron estimulados por tres hermanas elusivas. Desde luego, si recuerdo más versos de la balada, os los diré. Pero creo que esto no es más que una simple coincidencia, príncipe Elric. El Multiverso está lleno de números específicos de poder y todo eso, y el tres es particularmente popular entre los poetas puesto que el uso de tres nombres siempre constituye un medio excelente de intercalar cambios en algo largo lo que, naturalmente, es la naturaleza del verso narrativo. Además, eso siempre me procura el favor allí donde vaya. El artista no pasa de moda, pero no sucede lo mismo con su bolsa, señor. Ése parece un barco muy extraño, ¿verdad, señor? Ha llegado a puerto de la noche a la mañana.

Elric no había visto ningún barco. Dejó el tazón sobre la mesa y permitió que Wheldrake lo condujera hasta la ventana, sobre la que todavía estaban apoyadas la matrona y su hija, contemplando un barco cuyo casco brillaba de negro y amarillo y cuya proa mostraba las marcas del Caos, mientras que en su mástil ondeaba una bandera roja y negra, en cuyo centro aparecía un signo de algún alfabeto increíble. En el castillo de proa, que hacía que el barco pesara de una forma extraña, con la popa aligerada en el agua y mostrando una gran parte de la caña del timón, se veía un objeto alto y cuadrado, envuelto en una lona negra, que llenaba casi toda la cubierta. Ocasionalmente, aquella cosa se movía con una repentina convulsión y luego volvía a quedarse quieta. No había la menor pista acerca de qué podía ocultar la lona. Pero, mientras Elric observaba, una figura surgió de la cabina situada bajo el puente de proa, permaneció un instante de pie sobre las planchas de cubierta y pareció mirarlo directamente a él. Elric apenas si pudo devolverle la mirada, puesto que el casco que llevaba no tenía ojos que él pudiera distinguir. Era Gaynor el Condenado y la bandera que ondeaba en el mástil era, por lo que ahora recordaba Elric, la del conde Mashabak. Al parecer, ambos eran rivales que servían a patronos enfrentados.

Gaynor regresó a su cabina y poco después descendió una pasarela desde la galera amarrada hasta el muelle. Los servidores del barco se movieron con ágil velocidad, casi como si fueran monos, para asegurar la pasarela a la que subió un muchacho de no más de quince años, vestido con los exquisitos y vividos ropajes de un lord pirata, con una espada corta y curvada embutida en un lado de su fajín y un sable en el otro. El joven echó a caminar hacia la ciudad con los movimientos seguros de sí mismo de un conquistador.

Sólo cuando la figura se acercó a la posada pudo Elric reconocerla, y se maravilló una vez más ante las esferas giratorias del Multiverso, y ante las extraordinarias combinaciones de acontecimientos y mundos, tanto dentro como fuera de las dimensiones del Tiempo, que eran posibles dentro de los misteriosos parámetros de lo casi infinito.

Al mismo tiempo, una voz interior le advirtió de que podía estar viendo una ilusión o algo peor: podía tratarse de alguien a quien la ilusión hubiera consumido, que se hubiera entregado por completo al Caos y no fuera más que una marioneta de Gaynor.

Y, sin embargo, por la forma de caminar de la figura y el modo que tenía de mirar a su alrededor, alerta y alegre, Elric apenas si pudo creer que se hubiera puesto voluntariamente al servicio de Gaynor.

Abandonó la ventana y salió a saludarla ante la puerta, abierta por Ernest Wheldrake, cuyos brillantes ojos azules se abrieron desmesuradamente al gorjear con alegre sorpresa:

—¡Pero si es Charion Phatt, disfrazada de muchacho! ¡Ya me he enamorado! ¡Habéis crecido mucho!

## 2

### ***Donde se reanudan viejas amistades y se alcanzan nuevos acuerdos***

Charion Phatt se había convertido en una mujer desde su último encuentro y había en ella algo que sugería que su actitud de seguridad se basaba en la fe en sí misma, antes que en cualquier fanfarronería artificial. Sólo se mostró un poco sorprendida de ver a Wheldrake, e incluso le saludó con una mueca un tanto burlona antes de dirigir la mirada hacia el interior de la posada y encontrar a Elric.

—Os traigo una invitación del dueño del barco, a los dos caballeros, para que os reunáis con él esta noche —murmuró.

—¿Cuánto tiempo lleváis al servicio del príncipe Gaynor, señorita Phatt? —preguntó Elric llevando buen cuidado de que su tono de voz fuera neutral.

—El tiempo suficiente, príncipe Elric; más o menos desde que os vi por última vez, aquel amanecer, en el puente de los gitanos...

—¿Y vuestra familia?

Ella se suavizó el cabello castaño contra el encaje y la seda de su camisa. Sus párpados encontraron por un segundo los de Elric.

—¿Ellos, señor? Si precisamente me he aliado con el príncipe Gaynor a causa de ellos. Los estamos buscando, y los hemos estado buscando desde aquella gran destrucción.

Y pasó a explicarle brevemente cómo Gaynor la había encontrado prisionera en un ámbito distante y le había dicho que él también buscaba a su tío y a su abuela, puesto que estaba convencido de que sólo ellos podrían descubrir con certidumbre los caminos existentes entre las dimensiones y conducirlo hasta las tres hermanas.

—¿Estáis segura de que han sobrevivido? —preguntó Wheldrake con suavidad.

—Del tío y de la abuela, al menos, estoy segura —contestó ella—. Y creo que el pequeño Koropith se encuentra más lejos, o su presencia me está velada, quizá. Imagino que algo de él continúa existiendo, en alguna parte.

Luego, sacudió la cabeza, se alejó de ellos y se dirigió a la ciudad para adquirir, según dijo, unos pocos lujos.

—Estoy realmente enamorado —le confió Wheldrake a su amigo, quien se contuvo para no sugerir que existía una cierta incompatibilidad en sus edades. Imaginaba que Wheldrake se aproximaba a los cincuenta años, mientras que la joven debería tener ahora poco más de dieciocho—. Esas cosas no significan nada cuando dos corazones laten en armonía —dijo Wheldrake embelesado, sin tener muy claro si se citaba a sí mismo o a algún otro poeta admirado.

Elric guardó silencio, ignoró las efusiones de su amigo y se maravilló de nuevo ante las formas de actuación del Multiverso, un medio ambiente que, como brujo que era, sólo había comprendido hasta entonces en términos de símbolos.

Él considera el símbolo del Equilibrio, de ese equilibrio que en un tiempo se esforzaron por alcanzar todos los filósofos, hasta que, por conveniencia o por amenazas a sus vidas y almas, empezaron a establecer acuerdos, unos con la Ley,

aunque la mayoría de ellos con el Caos, que es un elemento mucho más cercano a la naturaleza de la mayoría de los brujos. Y de ese modo se aseguraron de que nunca podrían alcanzar el objetivo para el que se habían formado, para el que algunos de ellos habían nacido, para el que unos pocos de ellos estaban destinados. Estos últimos fueron los que comprendieron la gran perversión que había tenido lugar, los que terminaron por entender todo aquello a lo que habían renunciado.

Gaynor, ex príncipe de lo Universal, lo comprendió mejor que ningún otro, puesto que había conocido la perfección y la había perdido.

Es en este momento, al cerrar la puerta de una posada ordinaria, cuando Elric se da cuenta de que su terror se ha transformado en algo más, en una especie de determinación, una especie de fría demencia. Juega no sólo con el destino de su propia alma, sino también con la de su padre, e incluso mucho más que eso. En lugar de seguir dejándose asombrar por los acontecimientos, controlado por ellos, toma la decisión de entrar en el juego entre los dioses, de jugar hasta el final y de hacerlo por sí mismo y por sus amigos mortales, las criaturas a las que ama y que todavía le quedan; de hacerlo por Tanelorn. Esto no es más que una promesa que se hace a sí mismo, todavía apenas coherente, pero que se convertirá en el fundamento de sus acciones futuras, de su negativa a aceptar la tiranía del Destino, de permitir que su destino continuara estando a merced de cada capricho de alguna divinidad semibestial, cuyo único derecho sobre él se debe al poder superior que detenta. Se trata de una realidad que su padre aceptó sutil y cuidadosamente, incluso mientras participaba en el juego, apostando en ello su vida y su alma. Se trata, sin embargo, de una realidad que Elric empieza a rechazar.

También hay en él otra clase de frialdad, la propia de la cólera de cualquier criatura que ve asesinados a sus amigos de una forma tan natural. Es una cólera que no sólo se dirige contra Gaynor, sino contra sí mismo. Quizá sea ésa la razón por la que teme tanto a Gaynor, porque son casi la misma criatura. De creer lo que dicen algunas filosofías, ambos podrían ser, en efecto, aspectos de una sola criatura. Profundos recuerdos se agitan en su interior, pero no son bien recibidos. Los reprime hacia donde vuelven a ocultarse, como las bestias de un mundo imposible profundo y aterrador que salen a su encuentro pero que se sienten también aterrorizadas por la luz.

La otra parte de Elric, la parte que es meniboneana, le reprende por estúpido, por perder el tiempo con inútiles exquisiteces de conciencia, y sugiere que una alianza con Gaynor podría darles, juntas, el poder que él desea para cambiar, y quizá incluso para vencer.

O quizá una tregua temporal entre los dos le permitiría satisfacer sus necesidades inmediatas, aunque ¿qué pasaría después? ¿Qué sucedería cuando Arioeh exigiera todo aquello de lo que había disfrutado permitiendo que Elric lo encontrara? ¿Podía un mortal engañar a un duque del Infierno, e incluso derrotarlo y arrojarlo de un cierto plano?

Elric se da cuenta de que se trata de ideas que trajo consigo su padre con su dilema actual y, con una sonrisa burlona, vuelve a sentarse ante su banco y disfruta de su desayuno interrumpido.

No decidirá nada hasta esta misma noche, cuando cene a bordo del barco de Gaynor.

Wheldrake contempla una vez más a la belleza que se aleja, extrae pergamino de un bolsillo, pluma del otro y el tintero de viaje del bolsillo superior izquierdo de la levita, e inicia primero una sestina, a continuación un roundelay, luego una villanelle, hasta que finalmente se decide de nuevo por la sestina...

Ésta fue la medida del encanto de mi alma:

no tenía poder para volar durante el día.  
No formaba parte del gran señorío de la luz,  
pero de una forma secreta iluminada por la luna  
tenía toda la voluntad de la noche para los sueños y el encanto,  
y todo el amor y la vida que acuden a los que sueñan.

Tras lo que el príncipe de las Ruinas se alejó, regresó a sus mapas y a sus problemas particulares, mientras Wheldrake se detiene, suspira, y emprende esta vez la confección de un soneto...

—O había pensado, quizá, después de todo, en una oda. Quizá en algo que había escrito en Putney.

Doradas aguas orientales mecían la cuna  
donde ella dormía  
sin canciones, coronada con laureles de una  
canción soberana,  
respirando el bálsamo y la calma de abundantes  
mares que mantienen  
en secreto todas las bendiciones de su fuerte derecho  
de nacimiento.  
Suave, severa y dulce como el amanecer  
cuando ríe y salta  
desde el cielo y parte las nubes que no lo dejaban salir.

—Buenas noches, príncipe Gaynor. Confío en que tengáis preparada una explicación por vuestra destrucción de toda una nación. Vuestras sofisterías serán, por lo menos, entretenidas.

En cuanto subió a bordo del barco, el pequeño poeta observó el misterioso casco, con los nudillos sobre las caderas, el pico ardiente de desdén, sin dejarse amilanar por el poder de Gaynor, sin estar dispuesto a que ninguna otra imposición social le impida abrir la boca sobre el tema del genocidio de sus anfitriones.

Eric, por su parte, dijo bien poco, y mantuvo la distancia entre él y los demás, como se le había enseñado a hacer con naturalidad durante su formación melniboneana como príncipe. Esta frialdad era nueva para Wheldrake, pero habría sido muy familiar para Moonglum de haber estado aquí y no, quizá, en Tanelorn. Eric adoptaba esta actitud cuando las circunstancias le llevaban, una vez más, hacia una especie de cinismo, ese mismo cinismo extrañamente salpicado de otras cualidades, difíciles de juzgar o definir. Con la mano de largos dedos y huesos blancos apoyada sobre la empuñadura de la masiva espada rúnica, y la cabeza ladeada para formar un cierto ángulo, como si se retirara todavía más, los tristes ojos carmesíes despedían un humor que, en ocasiones, había sido considerado como peligroso, incluso por los señores de los Mundos Elevados. Sin embargo, se inclinó. Hizo un movimiento con la mano libre. Miró fijamente los ojos situados por detrás del casco, aquellos ojos que humeaban, refulgían y se agitaban como los fuegos del infierno.

—Buenas noches, príncipe Gaynor.

Hubo inmediatamente una suavidad y una intensidad acerada en la voz de Eric que le recordó a Wheldrake las garras de un felino ocultas bajo el pelaje suave de las patas.

El ex príncipe del Equilibrio ladeó un poco la cabeza, quizá con ironía, y habló con aquella voz musical que había servido al Caos como señuelo durante tantos siglos.

—Me alegro de veros, maese Wheldrake. Sólo recientemente me he enterado de que tendríamos el privilegio de vuestra compañía. Aunque amigos mutuos me han dicho que vos, Elric, podríais encontraros en Ulshinir. —Se encogió de hombros, como si no le diera importancia a la cuestión—. Tenemos, ¿cómo lo diríais?, alguna clase de nueva suerte que se está formando. ¿O acaso sólo somos meros ingredientes? ¿Los huevos de la tortilla de algún dios demente? Y, a propósito, mi jefe de cocina es excelente. O así me lo han asegurado.

En ese momento apareció la señorita Charion Phatt, vestida con terciopelo y encaje negro y blanco, con su juvenil belleza reluciendo como una joya en su estuche.

Medio desvanecido, maese Wheldrake ofreció sus elaboradas cortesías, que ella recibió con divertida buena voluntad y lo arrastró consigo, llevándolo hacia la cabina de proa, donde la tenebrosa sombra de aquel cargamento tan peculiar continuaba balanceándose y desplazándose sobre el techo superior y que tanto el príncipe Gaynor como Charion Phatt ignoraron como si no hubieran visto u oído nada fuera de lugar.

Luego llegó la cena. Elric, que con frecuencia no se preocupaba lo más mínimo por los refinamientos del apetito, descubrió que la comida era tan deliciosa como Gaynor le había prometido. El príncipe de los Condenados contó una historia sobre un viaje a Aramandy y al País Malva para encontrar a Xermenif Blüche y al maestro jefe de Volofar. Y parecía como si se encontraran cenando de nuevo entre la rica intelligentsia de Trollon, sin hacer caso alguno de ninguna circunstancia insólita de dioses enfrentados, de almas robadas, clarividentes perdidos y todo lo demás, dedicados a hacer amables comentarios sobre la delicadeza de la salsa.

El príncipe Gaynor, sentado en una silla negra tallada situada a la cabecera de la mesa y que llevaba una vestidura de color escarlata oscuro, volvió un casco enigmático hacia Elric y dijo que siempre había procurado mantener ciertos niveles, incluso cuando estaba en combate o al mando de semibrutos, como uno estaba tan frecuentemente en estos últimos tiempos. Y añadió, con cierta diversión, que uno tenía que controlar, después de todo, aquello que pudiera, sobre todo porque el propio destino se hacía cada vez menos maleable, a medida que se acercaba la Conjunción.

Elric había oído hablar poco de esto y se removió impaciente en su asiento, apartando los platos y los cubiertos.

—¿Querréis decirnos, príncipe Gaynor, por qué nos habéis pedido ser vuestros invitados aquí?

—¡Siempre y cuando me digáis, Elric, por qué me teméis! —contestó Gaynor con un repentino susurro que hizo que el frío del limbo se deslizara en el alma de Elric.

Pero Elric mantuvo con firmeza su terreno psíquico, consciente de que Gaynor lo ponía a prueba.

—Os temo porque estáis dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de alcanzar vuestra propia muerte. Y puesto que la vida no tiene el menor valor para vos, hay que temeros como se teme a toda esa clase de animales. Pues sólo deseáis el poder para el más egoísta de todos los fines y, en consecuencia, no conocéis límites en la búsqueda y la obtención de los mismos. Por eso os temo, Gaynor el Condenado. Y por eso precisamente estáis condenado.

La criatura sin rostro echó hacia atrás su cabeza envuelta en acero, los colores que había por detrás del metal se estremecieron y encendieron, y se echó a reír ante estas palabras.

—Y yo os temo, Elric, porque estáis condenado, a pesar de lo cual os comportáis como si no lo estuvierais...

—Yo no he hecho tratos como los vuestros, príncipe.

—¡Toda vuestra raza ha establecido un pacto! Y ahora paga el precio por ello. En alguna parte, no lejos de aquí, en un ámbito que vos llamaríais hogar, los últimos de los vuestros están siendo formados para marchar en los ejércitos del Caos. Todavía no ha llegado el momento de esa última gran lucha, pero nos preparamos para ella. ¿Queréis sobrevivir, Elric? ¿O preferís veros condenado a la no existencia, en la que no os quedarían ni los propios recuerdos, menos duraderos que, por ejemplo, uno de los versos de maese Wheldrake?

—¡Os lo advierto, señor! ¡Ya habéis demostrado ser un desalmado villano! Os ruego que recordéis al menos que sois un caballero.

Y tras decir estas palabras enojadas, Wheldrake volvió toda su atención a su amada.

—¿Podéis soportar la perspectiva de una muerte perdurable, Elric? ¿Vos, que amáis la vida tanto como yo la odio? Ambos podríamos alcanzar nuestro más profundo deseo...

—Creo que me teméis, príncipe Gaynor, porque me niego a aceptar un compromiso final —dijo Elric—. Yo os temo porque pertenecéis por completo al Caos. Pero vos me teméis porque yo no le pertenezco por completo.

Un ruido quejumbroso surgió desde el interior del casco, casi como el bufido de algún cerdo cósmico. En ese momento entraron tres marineros con un tamboril, una flauta y una espada musical para interpretar una triste saloma, aunque fueron rápidamente despedidos por Gaynor, ante el alivio de todos.

—Muy bien, señor —dijo Gaynor, una vez recuperado, aparentemente, todo su equilibrio—. ¿Me permitís haceros entonces una modesta sugerencia?

—Si queréis que unamos nuestras fuerzas para buscar a las tres hermanas, consideraré vuestra propuesta —dijo Elric—. De otro modo, creo que no tenemos nada más de que hablar.

—Pero eso es precisamente lo que quería discutir con vos. Elric. Sospecho que todos deseamos algo diferente de esas hermanas y la razón por la que tantos trastornos nos llevan de un lado a otro del Multiverso es porque en este asunto hay implicados diversos intereses y diversos señores de los Mundos Superiores. ¿Aceptáis eso, caballeros?

En esta ocasión incluía a Wheldrake. Charion Phatt permaneció sentada en su silla, evidentemente concedora del plan de su aliado.

Ellos asintieron con la cabeza.

—En cierto modo, todos nos encontramos enemistados —siguió diciendo Gaynor—, pero en otros no hay ningún contencioso entre nosotros. Y veo que estáis de acuerdo en ello. Bien, entonces busquemos juntos a las hermanas, así como a la familia Phatt, o lo que quede de ella. Al menos hasta que llegue el momento en que nuestros intereses respectivos ya no sean los mismos.

Y ante esto, tanto Elric de Melniboné, como maese Ernest Wheldrake aceptaron la lógica del compromiso del príncipe de los Condenados y estuvieron de acuerdo en zarpar con él cuando su barco abandonara el puerto a la mañana siguiente, en cuanto hubieran seleccionado a uno o dos marineros más de entre los valientes y más desesperados lobos marinos de Ulshinir.

—Pero no habéis hablado todavía de vuestro destino, príncipe Gaynor —dijo Elric cuando ya se disponían a regresar a tierra, mientras por encima de ellos continuaba produciéndose un deslizamiento, junto con algún que otro golpe

ocasional—. ¿Podemos confiar en vos en cuanto a eso, o estáis dispuesto a decirnos el nombre de la isla hacia la que se han dirigido las tres hermanas?

—¿Isla? —replicó Gaynor, cuyo casco se oscureció casi atónito y los negros y azulados revolotearon sobre su superficie suave y a veces opaca—. ¿Isla, señor? No vamos a ir a ninguna isla.

—Entonces, ¿dónde están las tres hermanas?

—En el lugar al que nosotros viajaremos, señor, aunque me temo que se encuentran perdidas para cualquier reunión inmediata con nosotros.

—¿Y adonde viajamos, señor? —preguntó Wheldrake con una cierta y justificada impaciencia.

El casco volvió a colorearse un poco, como si aquello le divirtiera, y la voz musical volvió a hablar con un entusiasmo considerable:

—Cómo, señor, creía que ya lo habríais supuesto. Mañana iniciaremos el viaje hacia el Mar Pesado.

### 3

## ***Métodos insólitos de viajar por mar; desilusiones de la piratería. Una hoja del Infierno mal colocada***

No fije hasta que Ulshinir quedó bien distante en el horizonte y los arrecifes todavía no eran visibles por delante, cuando Gaynor el Condenado dio la orden de «dejar que el pobre sapo tome un poco de luz», que los marineros obedecieron un tanto de mala gana. Apartaron e hicieron rodar la lona negra y dejaron al descubierto los barrotes de hierro de una gran jaula en la que, parpadeantes, aparecieron dos enormes ojos de párpados verdes en una nudosa cabeza de reptil cuyas aletas de la nariz fulguraban, y cuya alargada boca escarlata se abrió para revelar una lengua rosada y vibrante, mientras que el peso extraordinariamente denso de la carne escamosa se hallaba sostenido por unas patas macizas y palmeadas, con unas extremidades tan gruesas como troncos de olmos, y todo el ser se estremecía y ondulaba con el esfuerzo que hacía para respirar.

Los ojos, como oscuras piedras semipreciosas, buscaron a Gaynor y se fijaron en él allí donde se encontraba, por debajo, mirando la jaula hacia lo alto. Los rojos labios esponjosos se abrieron y cerraron y unos profundos gemidos brotaron del monstruo. Sólo después de escuchar durante unos momentos se dio cuenta Elric de que el reptil hablaba.

«Estoy descontento, maestro. Tengo hambre».

—Pronto se te permitirá alimentarte, preciosidad. Muy pronto —dijo Gaynor, que subió la escalera de cámara, aferró los barrotes de la jaula con las manos enfundadas en los guanteletes, y contempló al gigantesco sapo cuyo tamaño y peso eran por lo menos cinco veces superiores al suyo.

Wheldrake no sintió el menor deseo de acercarse. Retrocedió y Charion Phatt, riéndose de su vacilación, acudió junto al sapo, que respondió a sus cloqueos y zalamerías con nuevos gruñidos y bufidos.

—Es una criatura digna de compasión —dijo Elric, contemplando aquella cosa con cierta simpatía—. ¿Dónde lo encontrasteis? ¿Es un regalo del conde Mashabak, algo que ni siquiera el Caos podría sufrir?

—Khorghakh es nativo de un ámbito cercano, príncipe Elric —contestó Gaynor divertido—. Nos ayudará a cruzar el Mar Pesado.

—¿Y qué hay más allá? —preguntó Elric mientras Charion Phatt tomaba la espada y rascaba el vientre del sapo, haciéndole gruñir con un cierto placer y dando la impresión de que se relajaba un poco, aunque insistía en que tenía hambre.

—¿Khorghakh es un habitante del Mar Pesado?

—No es exactamente un habitante —contestó Gaynor—, pero sí está familiarizado con ese océano tan singular, o eso es lo que se me ha asegurado. Se lo adquirí a unos aventureros con los que me encontré después de tres años de buscarlo, cuando estábamos costeano las islas en busca de Ulshinir...

—Buscándoos a vos —dijo Charion—. Sabía que estabais aquí. Sólo fue más tarde cuando percibí la presencia de las tres hermanas. Había pensado que os seguían. Pero vos también las percibisteis. No sabía que erais clarividente.

—No lo soy —dijo Elric—. Al menos de la forma que dais a entender. No tuve otra alternativa en cuanto a mi destino. Por lo que puedo ver, para vos

han transcurrido algunos años. A mí, en cambio, me ha ocurrido bien poca cosa desde el momento en que os seguí hacia el abismo del Caos. Wheldrake se ha pasado por lo menos un año deambulando. Eso sugiere que aunque encontremos a las tres hermanas o incluso a vuestra familia, podrían ser niños o ancianos arrugados cuando los encontremos.

—No me gusta nada esta aleatoriedad —intervino Wheldrake—. El Caos nunca ha sido de mi gusto, aunque mis críticos nunca lo creyeran así. Se me educó para aceptar la existencia de ciertas leyes universales obedecidas por todos. Para mí resulta muy inquietante descubrir que esta hiperrealidad sólo tiene unas pocas reglas fundamentales que, en ocasiones, también pueden cambiar.

—Eso también inquietaba a mi padre —dijo Charion—. Ésa fue la razón por la que eligió una serena vida doméstica. Claro que, después de todo, no se le permitió esa elección. Perdió a mi madre, a su hermano y a su esposa a causa de las maquinaciones del Caos. En cuanto a mí, he aceptado lo inevitable. Soy consciente de vivir en un Multiverso que, aun cuando sigue ciertos cursos y medidas, según se me ha dicho, obedece a una lógica grande e inviolable, y es tan vasto, tan variable y tan variado, que parece estar gobernado únicamente por el Azar. Así pues, aceptaré que mi vida se halla sometida no a la consistencia ofrecida por la Ley, sino a la incertidumbre prometida por el Caos.

—Un punto de vista bastante pesimista, mi querida dama —observó Wheldrake, que contuvo la expresión de sus propios sentimientos sobre la cuestión—. ¿Acaso no es mejor vivir como si hubiera alguna lógica permanente en nuestra existencia?

—No os engaños, maese Wheldrake —contestó ella tocándole con un cierto afecto—. He aceptado la lógica permanente, y es una lógica del poder y la conquista...

—Así lo decidieron mis propios antepasados —dijo Elric con serenidad—. Percibieron un Multiverso que no era sino azar, y concibieron una filosofía para formalizar lo que vieron. Puesto que su mundo se hallaba controlado por los caprichos aleatorios de los señores de los Mundos Superiores, llegaron a la conclusión de que la única forma de asegurarse la supervivencia consistía en conseguir todo el poder que pudieran, un poder tan grande, al menos, como el de ciertas divinidades menores. Lo suficiente como para lograr que el Caos hiciera tratos con ellos, en lugar de amenazarlos y destruirlos. Pero ¿de qué les sirvió ese poder al final? Sospecho que bastante menos del que obtuvo vuestro padre con su decisión.

—Mi padre no tenía sentido —dijo Charion, dando por terminada la conversación.

Volvió la atención al sapo, que se había vuelto a calmar y que, mientras ella le rascaba el enorme lomo con la hoja, observaba tristemente el horizonte, por donde habían empezado a aparecer unas crestas oscuras correspondientes a los arrecifes que, según los habitantes de Ulshinir, separaban el mundo habitable del inhabitable.

Ahora, escucharon el ruido de la marejada y la vieron formar espuma contra las rocas volcánicas, que relucían con una negrura muy poco halagüeña.

«Estoy descontento, ama. Tengo hambre.»

El sapo volvió la mirada hacia Charion, y Wheldrake comprendió que tenía que habérselas con un rival. Disfrutó, sin embargo, con la peculiar experiencia de sentirse divertido, celoso y profundamente aterrizado al mismo tiempo.

Elric también había sido testigo de la expresión del sapo cuando éste miró a Charion, y no pudo evitar fruncir el ceño. El instinto le informó, aunque todavía no se trataba de un pensamiento consciente. Se contentó con esperar

hasta que el instinto hubiera madurado, encontrado palabras y confirmación para convertirse finalmente en una idea. Mientras tanto, sonrió al observar la incomodidad de Wheldrake.

—No temáis, amigo Wheldrake. Si bien os falta la belleza de ese tipo y quizá hasta su encanto específico, es casi seguro que tenéis un ingenio muy superior al suyo.

—Oh, desde luego, señor —dijo Wheldrake burlándose un poco de sí mismo—, y también sé que, habitualmente, ese ingenio no tiene nada que hacer en el juego del amor. Todavía no se ha inventado ninguna forma poética capaz de expresar fácilmente esta historia, la de un poeta cuyo rival es un reptil. ¡Ah, cuánto dolor de corazón! ¡Cuánta incertidumbre y estupidez!

Y cuando se detuvo, de repente, el monstruoso sapo le dirigió la atención y lo miró fijamente como si hubiera comprendido cada una de sus palabras. Luego, abrió los labios y habló lentamente.

«No tendrás mis huevos.» —Exactamente. Eso es exactamente lo que le estaba diciendo a mi amigo.

Y con una inclinación tan teatral y elaborada que ni siquiera el propio Elric estaba seguro de saber a veces qué quería dar a entender el poeta con ello, Wheldrake se alejó durante un rato para ocuparse de algún asunto en la popa.

Desde la torre de vigía llegó hasta ellos el grito del vigía, lo que hizo que Gaynor se volviera en redondo desde donde había estado contemplando el mar, casi como si durmiera, o como si su alma hubiera abandonado su cuerpo.

—¿Qué? Ah, sí, el navegante. ¡Buscad al navegante!

Y entonces, desde la cubierta inferior de proa, apareció un hombre gris, un hombre cuya piel había sido curtida por la lluvia y el viento, pero nunca por el sol, y cuyos ojos parecieron sufrir la luz, al mismo tiempo que la recibía agradecido. Se frotó las muñecas que, por su aspecto, habían permanecido atadas últimamente. Olió el viento salado y sonrió con una mueca para sí mismo, como si recordara.

Navegante. Ahora tenéis los medios de ganaros la libertad —dijo Gaynor señalándole hacia la proa, que ahora se elevaba y caía con una graciosa velocidad a medida que el viento hinchaba la vela y dirigía el barco hacia las costas rocosas de media docena de islas situadas por delante, como negros y tortuosos dientes de sierra en la boca de la espuma rugiente.

O estrellarnos y llevarme a todos al infierno conmigo —dijo el navegante con despreocupación.

Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, con una ligera barba de color gris amarronado, lo mismo que el enmarañado cabello, y con unos ojos grisverdosos tan penetrantes y extraños que estaba claro que había aprendido a tenerlos encapuchados, pues ahora bizqueó como si los tuviera contra el sol a pesar de que éste se hallaba a su espalda. Mostraba los movimientos ágiles de un hombre contento de volver a la actividad. Saltó a la cubierta de proa, rodeó la jaula del sapo como si se encontrara todos los días con bestias de esa clase, y se reunió con Gaynor en la proa.

—Será mejor que arriéis esa vela en cuanto podáis —dijo el navegante levantando la voz por encima del aullido del viento, que cobraba fuerza—, o dar media vuelta por completo e intentar otro medio de aproximarnos. Un par de minutos más y nada podrá salvarnos de esas rocas.

Gaynor se volvió para gritar a su tripulación y Elric no pudo dejar de admirar la habilidad con que los marineros se pusieron a realizar su tarea,

logrando que el barco diera la vuelta lo suficiente como para que la vela colgara flácida del mástil, para luego arriarla antes de que el viento pudiera encontrarla de nuevo. El navegante gritó palabras de ánimo y envió a los hombres a los remos, pues ésa era la única forma de navegar por aquellos arrecifes situados en el borde del mundo.

Lentamente, el barco negro y amarillo se movió entre las corrientes encontradas del arrecife, avanzando un poco hacia un lado, otro poco hacia otro, tocando a veces una roca tan ligeramente que apenas se sintió el más leve susurro de roce, mientras que otras veces parecía estar a punto de quedar aplastado entre columnas de basalto y obsidiana, y el viento no dejaba de aullar, la marejada golpeaba el casco y el mundo entero parecía abandonado de nuevo en manos del Caos.

Ya era mediodía cuando lograron salvar la primera línea de arrecifes y echar el ancla entre las aguas tranquilas situadas entre ésta y la segunda línea. Entonces, el navegante impartió instrucciones a la tripulación para que comieran bien y descansaran. No intentarían cruzar la siguiente línea hasta el día siguiente.

Al día siguiente volvieron a lanzarse a la cacofonía y la confusión producida por las olas, y el navegante ordenó dirigirse primero en una dirección y luego en otra, corriendo a veces a lo largo del barco para tomar el timón, subiendo otras a la torre de vigía para recordar bien lo que tenía por delante, pues estaba claro que había navegado por estos arrecifes en más de una ocasión.

Otro río de océano claro y azul sobre arena pálida; otra zona de aguas tranquilas, y el navegante los hizo descansar de nuevo durante otro día.

Doce días tardaron en alcanzar la línea de arrecifes más lejana, y contemplaron con desagradables emociones la negra marejada que se lanzaba como humo aceitoso sobre la maciza barrera natural creada por la última línea de islas sobre playas de suave obsidiana fundida. El Mar Pesado se movía con extremada precisión y las olas se elevaban y caían con una angustiosa lentitud, y producían unos sonidos tan profundos que indicaban que este mar poseía una voz en buena medida inaudible para los oídos humanos, pues sobre sus aguas oscuras y lentas se extendió un peculiar silencio.

—Es como un océano de plomo derretido y frío —dijo Wheldrake—. ¡Esto ofende a todas las leyes naturales! —Y ante su propia exclamación se encogió de hombros, como si se dijera a sí mismo: «¿Y qué no lo ofende?»—. ¿Cómo puede navegar un barco a través de eso? La tensión de la superficie es mucho más adecuada de lo necesario. Yo diría...

El navegante levantó la cabeza del lugar donde la había apoyado, sobre una barandilla.

—Se puede cruzar —dijo—. Se ha cruzado otras veces. Es un mar que fluye entre los mundos, pero hay pueblos para quienes ese océano es tan familiar como el que acabamos de dejar atrás. Habitualmente, el ingenio de los mortales es capaz de encontrar los medios para viajar por encima o a través de cualquier cosa.

—Pero ¿no es un mar muy peligroso? —preguntó Wheldrake contemplándolo con una considerable expresión de disgusto.

—Oh, sí —admitió el navegante—. Es muy peligroso. —Habló despreocupadamente—. Aunque supongo que se podría decir que cualquier cosa con la que nos familiarizamos parece menos peligrosa...

—O más —intervino Elric con una cierta sensación.

Echó un último vistazo al Mar Pesado y descendió al camarote que compartía con Wheldrake. Aquella noche permaneció en el camarote, dedicado a

reflexionar tristemente sobre cuestiones imposibles de discutir con cualquier otra criatura, mientras Wheldrake permanecía junto al navegante y la tripulación para celebrar el éxito del cruce de los arrecifes, y con la esperanza de acumular un poco más de valor para el viaje que aún quedaba. Pero si Wheldrake había tenido la intención de sonsacarle más detalles al navegante, aparte de que Gaynor lo había tomado a bordo apenas un par de días antes de que llegara a Ulshinir, sus esperanzas se vieron defraudadas. Aquella noche tampoco pudo ver a Charion, su amada. Algo le retuvo y le impidió regresar a su camarote, como un cierto sentido de la discreción, así que permaneció en cubierta durante un rato, escuchando las olas perezosas que rompían contra la suave obsidiana del mar y pensó en el Libro Egipcio de los Muertos, y en las historias del Barco de las Almas, de Carente, el barquero de los dioses, pues para él éste parecía ser el verdadero océano de los mundos inferiores, quizá las aguas que lamían las mismas costas del limbo.

Wheldrake se encontró entonces junto a la jaula donde dormía el monstruo, con los ojos fuertemente cerrados, entregado a sus ronquidos, bufidos y chasquidos de sus flácidos y esponjosos labios, y en ese momento el poeta experimentó una cierta simpatía por la criatura, que se hallaba tan firmemente atrapada en un compromiso con Gaynor, como casi todos los que se encontraban a bordo del barco. Apoyó un brazo contra la barandilla de madera negra y labrada, y observó la luna que surgía por detrás de una nube, y cuya luz cayó sobre las escamas y los pliegues correosos de la carne, el casi translúcido tejido palmeado existente entre los enormes dedos de las patas y se maravilló ante tanta fealdad encerrada en tanta belleza. Pensó entonces en sí mismo, en una frase, en una cierta cadencia, se palpó los bolsillos en busca de tinta, pluma y pergamino y se puso a trabajar a la luz de la luna, para encontrar comparaciones románticas entre él mismo, el poeta, y Khorghakh el Sapo que, por lo que sentía con un cierto grado de autosatisfacción, resultaba mucho más difícil que si intentara, por ejemplo, alguna versión de un dímetro trocaico.

De este ocultismo  
cismático,  
últimamente surgido,  
(el eufemismo)  
es raro por heroísmo.

Esta tarea le ocupó su tiempo tan intensamente que no fue hasta el amanecer cuando colocó su hormigueante cabeza sobre la almohada y se sumió en el más dulce sueño de amor que había conocido...

El amanecer encontró a todos en el puente, excepto a Wheldrake, con los rostros vueltos hacia un cielo encapotado del que caía una lánguida lluvia. El tiempo se había hecho muy caluroso de la noche a la mañana y la humedad era muy alta. Elric sentía las ropas pegadas al cuerpo y hubiera deseado estar desnudo. Se sentía como si caminara entre un aguamiel tibio. El navegante estaba en la cubierta de proa, con el sapo; parecían estar conferenciando. Luego, el hombre gris se enderezó y se dirigió hacia donde estaban Elric, Gaynor y Charion, bajo un toldo tosco sobre el que las gotas de lluvia repiqueteaban con un ritmo deliberado. Se frotó las mangas de lana.

—Esta materia es como si fuera mercurio. Deberíais intentar tragar algo de ella. No os hará daño, pero es casi imposible... Hay que masticarla. Bien, príncipe Gaynor el Condenado, habéis llegado a un acuerdo conmigo y yo he cumplido la primera parte. Me dijisteis que a partir de ahora me devolveríais lo que es mío. Antes, según acordamos, de que nos adentráramos en el Mar Pesado.

La mirada verdegris se hallaba fijamente posada sobre aquel casco que se balanceaba. Eran ojos que no temían casi nada.

—Cierto —asintió Gaynor—, ése fue el trato que hicimos... —Pareció vacilar, como si sopesara la posibilidad de no cumplir su parte del trato, aunque finalmente decidió que saldría ganando más si lo cumplía—. Y así lo mantendré, naturalmente. Un momento.

Abandonó el puente para descender bajo cubierta y al cabo de un rato reapareció con un pequeño fardo, quizá un abrigo envuelto, que colocó en las manos del navegante. Por un segundo, aquellos extraños ojos refulgieron y la boca compuso una extraña mueca. Luego, el hombre gris volvió a mostrarse impasible. Se llevó el fardo consigo y volvió a intercambiar unas palabras con el sapo. Luego volvió a dar órdenes:

—Que suba un hombre al puesto de vigía. Los remeros, a sus puestos. Mantened izada esa vela. Hace poco viento pero vale la pena intentar captarlo.

El navegante volvió a moverse sobre el barco negro y amarillo como un lobo de mar, un hombre de bien ganada sabiduría e intelecto natural, todo aquello que debería ser el comandante de un barco, dedicado a animar, gritar, silbar y gastar chanzas con sus hombres, e incluso con el gran y viejo sapo que gruñó cuando Charion lo dejó en libertad y se abrió paso lentamente hacia la proa, para tumbarse a lo largo del crujiente bauprés, lo que obligó al barco a hundirse aún más en el mar, mientras éste navegaba por un estrecho canal, indicado por el navegante, que se había colgado del aparejo, por encima de la cabeza verde del sapo, allí donde las aguas blancas se encontraban con las negras, donde la espuma del aire se confundía con las pequeñas gotas de plomo, suspendidas en el espeso aire. La proa del barco, afilada como una cuchilla a la manera del backrasim de la península Vilmiriana, cortaba aquella masa inerte, impulsada por el peso del sapo, guiada ahora por los bramidos de la bestia, traducidos por el navegante al timonel. De ese modo fueron penetrando en el Mar Pesado, introduciéndose en la oscuridad, dirigiéndose hacia el lugar donde hasta el propio cielo parecía como una especie de piel que emitía toda clase de ecos, y donde los ecos que se desvanecían retrocedían hasta parecer las voces de mortales atormentados que, por miles de millones, resonaban en sus angustiosos oídos y era imposible escuchar otra cosa que no fuera eso. Se sintieron tentados de indicarle al príncipe Gaynor, que ahora se encontraba al timón, la conveniencia de que el barco virara en redondo, pues creían que iban a morir todos a causa del ruido.

Pero Gaynor el Condenado no les habría hecho el menor caso. Su terrible casco volvía a levantarse contra los elementos, y su cuerpo cubierto por la armadura desafiaba al Multiverso, las fuerzas naturales o sobrenaturales, y habría desafiado a cualquier otra forma que lo amenazara, pues él nunca se sentía alarmado por la muerte.

El sapo crujía y hacía gestos, el navegante hacía señales con las manos, y Gaynor hacía girar el timón un poco a un lado, otro poco al otro lado, con la exactitud de una costurera sobre su bordado, mientras Elric mantenía las manos sobre las orejas y buscaba algo con qué tapárselas, algo con qué detener el dolor que, de continuar así, amenazaba con hacerle estallar el cerebro. Entonces, sobre la cubierta, como un fantasma, apareció Wheldrake...

Y el sonido desapareció como por ensalmo. Un tremendo silencio envolvió el barco.

—Vos también —dijo Wheldrake con cierto alivio—. Pensé que había sido por el vino de anoche. O posiblemente por la poesía...

Observó angustiado la oscuridad que los envolvía y se movía con lentitud, levantó la mirada hacia el cielo amoratado del que seguía cayendo la fina y lenta lluvia, y regresó por un momento a su camarote, sin hacer ningún otro comentario.

El barco continuó moviéndose, el Mar Pesado siguió ondulando y a través de este laberinto líquido se fue surcando el arte del Caos. El sapo gruñó sus órdenes y el navegante emitió sus gritos, y Gaynor, sobre el alcázar, hizo girar el timón una fracción hacia el sur. Una de las patas palmeadas del sapo hizo urgentes señales, el timón volvió a girar y Gaynor y sus hombres continuaron navegando perezosamente sobre un mar encalmado. Y en el rostro de cada uno de ellos, salvo en el de Elric y su amigo, apareció un júbilo salvaje y oscuro, y un olisqueo del mar para captar el olor del más puro temor. Olisqueaban por temor como lobos la sangre, olían aquel aire en calma, trataban de percibir el peligro, el olor de la muerte y probaban el viento como si fuera pan. Y el sapo seguía gruñendo sus órdenes, con la boca húmeda de avaricia, con la respiración sibilante en su estómago oscuro, pues pronto tiene que alimentarse.

«¡Amo, tengo que comer!» —Pronto, Khorghakh, pronto.

Las extrañas aguas se movieron como mercurio sobre las cubiertas del barco al hundirse en ellas, a veces amenazadoramente, como si pudiera quedarse pegado a una ola glutinosa. Y finalmente, el barco queda detenido. El sapo toma unas cuerdas de la proa y sus anchas patas se extienden sobre el agua, lo bastante como para romper la tensión de la superficie antes de pisar de nuevo en lo que es claramente una forma de andar natural, y arrastra tras de sí a todo el barco. Por detrás de él, momentáneamente, quedaron impresas las huellas del sapo sobre el agua pesada, hasta que la tensión quedó rota por la proa y el sapo volvió a nadar, jadeante con algo similar al placer, mientras las gotas que caían del cielo resbalaban sobre sus escamas. De todo ello surgió un ruido, un ruido de alegría que encontró un eco distante en alguna parte, por encima, sugiriendo que, en realidad, se encontraban en el interior de una vasta cueva, o quizá en una manifestación más orgánica del Caos. Luego, la canción retumbante del sapo se desvaneció y la criatura regresó chapoteando hacia el barco, al que se aupó lentamente volviendo a hacer que la proa se hundiera, para retomar su posición anterior sobre el bauprés, mientras el navegante volvía a colgarse de los aparejos, por encima, y Gaynor ocupaba de nuevo su puesto ante el timón.

Elric, fascinado por todos estos acontecimientos, observaba las gotas de agua que rodaban por el brillante cuerpo del sapo y caían de nuevo al agua. Desde arriba, de la oscuridad irritante, surgían fulgurantes relámpagos de tenue escarlata y profundo azul, como si el sol que brillara sobre ellos no fuera como cualquier otro que hubiera visto antes. Ahora hasta el aire era tan pesado que debían tragarlo como peces varados, y uno de los hombres cayó sobre el puente, presa de un ataque, pero Gaynor no levantó una sola mano del timón ni hizo el menor movimiento de cabeza para sugerir que debían detenerse. Y nadie se atrevió a pedirle que lo hicieran. Elric se dio cuenta de que todos ellos eran nihilistas que pensaban del mismo modo, que ya habían sufrido demasiado como para temer cualquier dolor que pudiera esperarles más adelante. Desde luego, no parecían temer una muerte limpia. A diferencia de Gaynor, estos hombres no buscaban la muerte con desesperación. Estos hombres se matarían entre ellos si no estuvieran convencidos de que vivir es apenas un poco más interesante que morir. Elric percibió en ellos algo de lo que él mismo sentía con frecuencia, un terrible y profundo aburrimiento, con todos los recordatorios que uno se encuentra en cuanto a venalidad y estupidez humanas. Pero en él también había otro sentimiento, un recuerdo de su pueblo antes de que fundara Melniboné, cuando eran más suaves y vivían de acuerdo con las realidades existentes, en lugar de intentar imponer las propias: un recuerdo de justicia y perfección. Se acercó a la barandilla y miró hacia las aguas lentamente ondulantes del Mar Pesado, y se preguntó dónde podrían encontrarse las tres hermanas en toda aquella oscuridad inerte. ¿Tendrían todavía la caja negra de palo de rosa? ¿Y contenía esa caja todavía el alma de su padre?

Wheldrake apareció entonces, acompañado por Charion Phatt, cantando alguna rima de sencillez casi hipnotizadora, para ruborizarse de repente y detenerse.

—Sería útil algo así para los remeros —dijo la señorita Phatt—. Necesitan alguna clase de ritmo firme. No tengo la menor intención de casarme con ese sapo, os lo aseguro, maese Wheldrake. De hecho, no tengo ninguna intención de casarme. Creo que ya habéis escuchado mis puntos de vista sobre los peligros de la domesticidad.

—¡Amor sin esperanzas! —exclamó Wheldrake con un gemido y con lo que fue casi deleite.

Arrojó un trozo de pergamino por la borda y éste cayó plano sobre el agua y se onduló sobre ella como si poseyera una chispa de vida propia.

—Como os complazca, señor —dijo ella guiñándole alegremente un ojo a Elric.

—Parecéis estar de muy buen ánimo —dijo el albino—, sobre todo para alguien que se ha embarcado en un viaje como éste.

—Percibo ya a las hermanas —dijo ella—. Se lo dije al príncipe Gaynor. Las percibí hace apenas una hora, y también las percibo ahora. Han regresado a este plano. Y si están aquí, mi padre y mi abuela, y quizá también mi primo, no tardarán en encontrarlas también.

—¿Creéis que las hermanas os permitirán reuniros con vuestra familia? ¿Es ésa la única razón por la que las buscáis?

—Creo que si viven es inevitable que nos encontremos y eso sucederá, lo más probablemente, a través de las hermanas.

—Pero la Rosa y el muchacho están muertos.

—Dije que no sabía si lo estaban, y no que hubieran muerto.

Estaba claro que temía lo peor y se negaba a admitirlo. Elric prefirió abandonar el tema. Sabía lo que significaba vivir con el dolor de la pérdida.

El barco del Caos continuó navegando por el lento silencio del Mar Pesado, con el crujido del gran sapo y la voz del navegante como únicos sonidos que cortaban el aire empantanado.

Aquella noche echaron el ancla y todos se retiraron a descansar, excepto Gaynor. El príncipe de los Condenados se dedicó a pasear por la cubierta con paso firme, casi al mismo ritmo de las lánguidas olas. Ocasionalmente, Elric, que no podía dormir pero que tampoco deseaba unirse a Gaynor sobre la cubierta, escuchaba a la criatura gritar, como sorprendida:

—¿Quién anda ahí?

Elric se preguntaba qué clase de habitantes habría en el Mar Pesado. ¿Había quizá otros como el sapo, pero de disposición mucho más malévolos?

Al tercer grito de Gaynor, se levantó, se puso unas ropas y tomó la espada envainada en una mano. Wheldrake también pareció sentirse perturbado, pero se limitó a medio incorporarse en su jergón y murmurar una pregunta.

Elric salió al miasma salado y buscó la fuente del grito de Gaynor. Entonces vio, arrojando su sombra sobre la borda de babor, el bulto de lo que sólo podía ser alguna clase de barco. Una construcción alta, de madera, una especie de torre acastillada de la que ya descendían, balanceándose, media docena de figuras, todas ellas armadas con largas y salvajes picas y hachas, armas brutales, pero efectivas en esta clase de lucha.

Pero no tanto como su negra espada rúnica, reflexionó Elric no sin cierto humor.

Y tras esto desenvainó la hoja del Infierno de su vaina y echó a correr descalzo sobre el puente para salir al encuentro de los primeros piratas, que ya se dejaban caer a bordo del buque.

Por encima de ellos, en la cubierta de proa, apareció el navegante por un momento, miró hacia arriba y volvió a retroceder con una serie de extraños saltos hacia la borda.

—¡Los cazadores del sapo Dramian! —le gritó a Elric—. ¡Buscan a nuestro guía! ¡Estamos perdidos sin él!

A continuación, el navegante desapareció de nuevo y el primero de los cazadores lanzó un mandoble contra Elric, con las puntas serradas de su pica..., y murió casi sin darse cuenta de lo que sucedía, retorciéndose como un pez ensartado, al tiempo que su alma era absorbida por la hoja.

Tormentosa pareció ronronear de placer. El canto de la espada se hizo más fuerte, más ávido, a medida que, uno tras otro, fueron cayendo los cazadores.

Elric, acostumbrado a enemigos sobrenaturales, permaneció erguido entre el montón de cadáveres como pudiera hacerlo un campesino armado con la guadaña en medio de un campo en un agradable día de verano, y dejó en manos de Charion y de la tripulación que acabaran con los pocos que ahora trataban de regresar desesperadamente a su nave.

Pero Elric se les adelantó y ascendió por una de las cuerdas, que uno de los cazadores trataba desesperadamente de cortar con su pica. Alcanzó al cazador antes de que la cuerda quedara cortada, le hundió profundamente la espada en la clavícula y observó cómo se debatía. El cazador intentó seguir aferrado a la cuerda, luego se agarró a la hoja con ambas manos y la espada saboreó su gradual festín de la médula de su alma. El hombre intentó arrancarse la espada para arrojarla hacia las oscuras aguas que ahora se mostraban entre los dos barcos y, dejándose llevar por un impulso, Elric soltó la empuñadura de Tormentosa y observó con una sensación de profunda calma cómo la espada y su víctima se lanzaban al vacío. Desarmado, continuó su ascensión por la cuerda, balanceándose sobre las almenas para descubrir que la abultada torre adelantada pertenecía a una nave de singular viscosidad. Era un barco especialmente diseñado para desplazarse con rapidez por la superficie de este peculiar océano. Elric observó grandes portaremas exteriores, como si fueran las extremidades de un gigantesco insecto acuático, que se curvaban y perdían en la oscuridad.

Y entonces, de una escotilla del puente, surgieron más cazadores, todos ellos armados con hachas, con muecas burlonas ante la perspectiva de la carnicería que se disponían a causar. Elric se maldijo por su estupidez y retrocedió ante ellos, buscando alguna forma de escapar.

Los cazadores tenían las expresiones de hombres que pretendían disfrutar con su trabajo. El primero lanzó un golpe experimental con el hacha. La ancha hoja curvada silbó en el pesado aire.

Se encontraban ya casi sobre Elric cuando éste oyó un profundo gruñido procedente de alguna parte, por encima de su cabeza, y pensó que el sapo había logrado subir a la torre sin que lo detectaran. Pero lo que vio fue un gran perro que gruñía, plateado en la oscuridad, que saltaba contra la garganta del cazador más cercano y la desgarraba hasta dejarla convertida en un amasijo sanguinolento de carne, para luego mirar con un centelleo de triunfo y un aleteo de sus narices a los otros cazadores, que huían. En ese momento, a Elric no le preocupó averiguar de dónde había surgido su salvador. Simplemente, agradeció la intervención del animal y miró hacia abajo, en dirección al puente, para ver cómo

les había ido a sus compañeros. Vio a Charion dar buena cuenta de un adversario y levantar su hermosa cabeza en un grito agudo y ululante.

Los pocos cazadores que todavía quedaban con vida huyeron hacia los costados, presas del pánico, pues ahora, por encima de la borda de babor, con los labios chasqueantes y los ojos encendidos, respirando con una sibilante lentitud, se arrastraba el sapo que habían intentado capturar para ellos mismos. El perro se había desvanecido.

Khorghakh vaciló una vez que se encontró a bordo, con su enorme corpachón envolviendo partes de la borda y de las portillas, y ladeó la cabeza interrogativamente.

Desde alguna parte del barco del Caos Elric oyó la voz de Gaynor que gritaba, exultante y llena de una excitación insólita:

—¡Ahora, sapo! ¡Ahora, querido mío, puedes alimentarte!

Más tarde, cuando lo que quedaba de los cazadores y de su barco quedó abandonado, envuelto en llamas, en la oscuridad del Mar Pesado y Khorghakh volvía a encontrarse encerrado en su jaula dormitando, con unas monstruosas patas sobre su hinchado vientre, y con Charion sentada con las piernas cruzadas a su lado, como si se sintiera reconfortada por el enorme poder de la bestia, Elric recorrió lentamente la cubierta en busca de su espada.

Ni por un instante había creído que hubiera perdido la hoja cuando la dejó hundida en el cuerpo de su víctima. En el pasado, cada vez que había intentado abandonar a Tormentosa, ésta siempre había regresado a él. Ahora, en cambio, lamentaba su estupidez. Muy probablemente pronto tendría necesidad de su espada. Agitado, preguntándose si algún agente sobrenatural se la habría robado, continuó incansable la búsqueda.

Buscó de nuevo, entre las sombras del barco. Sabía que la hoja se negaba a separarse de él. Había estado convencido de que regresaría a su lado. Sin embargo, la vaina también había desaparecido, lo que sugería un robo. Buscó también el perro que había aparecido en un momento tan oportuno para ayudarlo, y que después había desaparecido tan repentinamente como surgió. ¿Quién había a bordo que pudiera poseer un perro como aquél? ¿O acaso había pertenecido a los cazadores y, lo mismo que el sapo, había cobrado venganza de sus opresores?

Al pasar junto al camarote situado bajo la cubierta de proa, escuchó un sonido familiar. Procedía de la litera de Gaynor; era un gemido bajo y peculiar. Se quedó sorprendido y todavía más alarmado ante el poder convocado por el príncipe de los Condenados. Ningún mortal habría podido tomar esa espada desnuda sin haber sufrido daños, sobre todo cuando recientemente había absorbido tanta fuerza psíquica en sí misma.

Suavemente, Elric se acercó a la puerta del camarote de Gaynor. Ahora, sólo había silencio al otro lado.

La puerta no estaba cerrada con llave. A Gaynor no le preocupaba ningún ataque mortal que pudiera hacerse contra su vida o su persona.

Elric se detuvo un instante antes de abrir de golpe la puerta, para dejar al descubierto una repentina erupción de luz aullante, un chirrido y un silbido. Entonces, Gaynor se encontró ante él; con una mano se ajustaba el casco hecho de una sola pieza de metal, mientras que con la otra sostenía la espada rúnica. Las runas a lo largo de la hoja se estremecían y susurraban, como si la propia espada comprendiera que había ocurrido lo imposible. Y, sin embargo, Elric observó que

Gaynor temblaba y que tuvo que colocar la otra mano sobre la empuñadura para sostenerla con firmeza, como si esa postura pareciera casual.

Elric extendió la palma abierta de su mano hacia la hoja.

—Ni siquiera vos, príncipe de los Condenados, podríais sostener mi espada rúnica con impunidad. ¿Es que no comprendéis que la espada y yo somos una sola y misma cosa? ¿No sabéis que esa espada y yo somos como hermanos? ¿Y que tenemos otros parientes que pueden ser convocados en nuestra ayuda cuando lo necesitemos? ¿No sabéis nada sobre las cualidades de las hojas de combate, príncipe?

—Sólo sé lo que he oído contar en las leyendas —contestó Gaynor con un suspiro que surgió desde el interior de su casco—. Me gustaría probarla por mí mismo. ¿Me prestaríais vuestra espada, príncipe Elric?

—Podría prestaros más fácilmente una de mis extremidades —dijo el albino, que volvió a hacer un gesto con la mano para que se la devolviera.

El príncipe Gaynor se mostró reacio a hacerlo. Estudió las runas, probó el equilibrio del arma y luego hizo girar la hoja en sus dos manos de acero.

—No temo que vuestra espada me mate, Elric.

—Dudo mucho que tenga el poder de mataros, Gaynor. ¿Es eso lo que deseáis de ella? Es posible que absorba vuestra alma, que os transforme, pero dudo mucho que os conceda lo que tanto deseáis.

Antes de entregársela, Gaynor colocó un dedo revestido de metal sobre la hoja.

—Me pregunto si no será éste el poder del contraequilibrio.

—No he oído hablar de esa clase de poder —dijo Elric volviendo a colocar la espada envainada en su cinto.

—Dicen que es un poder todavía más ambicioso que el de los señores de los Mundos Elevados. Más peligroso, más cruel y efectivo que cualquier otra cosa conocida en el Multiverso. Dicen que el poder del contraequilibrio tiene medios para cambiar toda la naturaleza del Multiverso de un simple plumazo.

—Sólo sé que el Destino nos ha hecho juntos a esta hoja y a mí —dijo Elric—. Nuestros destinos son los mismos. —Eché entonces un vistazo por el camarote escasamente amueblado de Gaynor—. Tengo muy poco interés por lo ampliamente cósmico, príncipe Gaynor. Siento deseos bastante menos exagerados que la mayoría de los que he conocido últimamente. Sólo trato de encontrar respuesta a ciertas preguntas que me he planteado a mí mismo. Me gustaría verme libre de todos los señores de los Mundos Elevados y de sus maquinaciones. Incluso del propio Equilibrio.

Gaynor se dio la vuelta.

—Sois una criatura muy interesante, Elric de Melniboné. Diría que muy poco adecuado para servir al Caos.

—Muy poco adecuado para la mayoría de las cosas —dijo Elric—. Para nosotros, servir al Caos no es más que una tradición familiar.

El casco de Gaynor volvió a darse la vuelta para observar tristemente al albino.

—¿Creéis que es posible desterrar la Ley y el Caos por completo, desterrarlos del Multiverso?

—En cuanto a eso, no estoy seguro. Pero he oído hablar de lugares donde ni la Ley ni el Caos tienen jurisdicción alguna. —Elric fue demasiado cauteloso

como para mencionar Tanelorn—. He oído hablar de mundos donde el Equilibrio gobierna sin desafío, y también...

—Yo también he conocido esos lugares, e incluso he vivido en uno de ellos.

Desde el interior del acero en movimiento surgió un chasquido, como de una risa burlona. Luego se produjo una pausa, mientras el príncipe de los Condenados se movía lentamente hacia el extremo más alejado del camarote y parecía mirar fijamente por la portilla.

Sus palabras finales fueron pronunciadas con tan escalofriante ferocidad que Elric, que no estaba en modo alguno preparado para escucharlas, sintió como si lo hubieran golpeado físicamente en sus partes más vitales, por un hierro de tan infinita frialdad que le llegó al alma.

—¡Oh, Elric, te odio con un odio tan celoso! ¡Te odio por tu insistente apego a la vida! Por lo que yo fui en otro tiempo y por aquello en lo que podría haberme convertido, ¡te odio! Te odio por aquello a lo que aspiras. Te odio más que a nada...

Al inclinarse para cerrar la puerta, el albino observó la figura de Gaynor y le pareció que la armadura que encerraba al príncipe condenado ya hacía tiempo que había dejado de protegerlo de cualquiera de las cosas que realmente temía. Ahora, aquella armadura ya no era más que una prisión.

—Por mi parte, Gaynor el Condenado, siento lástima de ti con toda mi alma —le dijo con una suave sutilidad.

## 4

### ***¡Por fin tierra! Un cierto conflicto de intereses. Relativo a la anatomía de la licantropía***

—En mi propio mundo, señor, es triste decirlo, el prejuicio humano sólo encuentra parangón con la estupidez humana. Ni una sola alma afirma tener prejuicios, claro está, del mismo modo que son pocos los que se describirían a sí mismos como estúpidos.

Ernest Wheldrake se dirigía al navegante gris, sentados en cubierta para desayunar, durante la mañana siguiente, bajo un cielo plomizo que se cernía sobre el Mar Pesado, mientras contemplaban las olas negras que se elevaban y caían con lo que parecía una lentitud antinatural.

Elric, que masticaba un trozo de carne salada apenas comestible, comentó que ésa parecía ser una cualidad muy extendida por toda clase de sociedades del Multiverso.

El navegante volvió los intensos ojos grisverdosos hacia el albino y hubo un cierto humor contenido en su rostro cuando habló.

—He conocido esferas enteras donde la razón y la suavidad, el respeto por sí mismo y por los demás han existido junto con vigorosos propósitos intelectuales y artísticos, y donde el mundo sobrenatural no era más que una simple metáfora.

—Incluso en mi Inglaterra, señor, esa perfección sólo se encontraba raras veces —dijo Wheldrake con una sonrisa.

—No he dicho que la perfección fuera común —murmuró el hombre gris, que desenroscó su viejo y ágil cuerpo sobre el banco y se incorporó para contemplar el cielo verde-negrusco, estirar sus largas extremidades, lamerse los delgados labios, olisquear el aire y volverse finalmente hacia la proa y el sapo, cuyos bramidos adormilados sonaron para los pasajeros despiertos como si estuviera enojado—. ¡Hay un cometa allá arriba! —exclamó señalando con un dedo extendido—. Significa que un príncipe ha muerto.

Escuchó por un momento hasta que, misteriosamente satisfecho, se dedicó de nuevo a cumplir con sus deberes.

—Viví una vez en un lugar donde se decía que cuando un cometa moría, moría un poeta —dijo la melodía sepulcral de Gaynor el Condenado que salió en ese momento de su camarote y posó un reluciente guantelete sobre el hombro de Wheldrake—. ¿Dicen eso en el lugar de donde venís, maese Wheldrake?

—Por lo que veo, esta mañana tenéis el ánimo poco caballeroso —replicó Wheldrake con serenidad, sintiendo que una fría cólera superaba su temor—. ¿Habéis sufrido quizá una indigestión de sapo?

Gaynor retiró la mano y admitió la reprimenda del pequeño hombre.

—Bien, bien, señor. Algunos príncipes tienen mayor avidez por la muerte que otros. Y los poetas por la vida. Eso lo sabemos. Lady Charion. —Hizo una inclinación hacia ella que hizo parecer como si todo su casco se encendiera con un fuego colérico—. Príncipe Elric. ¡Aja! Y maese Snare...

Pues por detrás de él se acercaba de nuevo el navegante gris.

—Os busqué antes, príncipe. Teníamos un acuerdo.

—No hay esperanza para vos —dijo Gaynor el Condenado al tiempo que efectuaba un movimiento hacia adelante, quizá de simpatía—. Ella está muerta. Murió cuando se derrumbó la iglesia. Ahora debéis buscar a vuestra esposa en el limbo, Esbern Snare.

—Me prometisteis que me diríais...

—Prometí que os diría la verdad. Y la verdad es lo que acabo de contaros. Ella está muerta. Su alma os espera.

El navegante gris inclinó la velluda cabeza.

—¡Sabéis que no puedo reunirme con ella! ¡He perdido mi derecho a la vida después de la muerte! Y a cambio..., ¡oh, que el cielo me ayude! Me he unido a los no muertos.

Y tras esta repentina declaración de sentimientos, Esbern Snare regresó precipitadamente al castillo de proa y se subió al aparejo, donde se acomodó y se quedó contemplando fijamente el horizonte.

Tras lo cual Gaynor el Condenado emitió un sonido como un suspiro, que brotó desde lo más profundo de su casco, y Elric comprendió por qué existía una cierta afinidad entre el navegante y el príncipe sin muerte.

Pero Wheldrake emitió un grito sofocado con una especie de alegría y dio una fuerte palmada sobre la mesa del desayuno, lo que hizo que las verduras hervidas cayeran, sin la menor aflicción, desde el tazón al mantel.

—¡Por el cielo, señor! Ése es Esbjórn Snorré, ¿verdad? Ahora comprendo el truco de vuestra pronunciación, y también el de la suya. No planteo reclamaciones. Al fin y al cabo, nos sentimos agradecidos por esa singular telepatía que con tanta frecuencia nos ha proporcionado los medios para nuestra supervivencia bajo un tiempo social tan inclemente; no deberíamos culpar a la benigna madre Naturaleza por unos pocos acentos regionales, sólo porque se permita un pequeño alivio en su siempre vigilante preocupación por la continuidad de nuestra existencia. Asombroso, señor, si os detenéis a pensar un poco en ello.

—¿Habéis oído hablar del navegante? —preguntó lady Charion como si estuviera enterada de la sustancia de su conversación.

—He oído hablar de Esbern Snare. Pero el final de su historia era feliz. Convenció a un duende para que le construyera una iglesia en la que él y su prometida iban a casarse. La esposa del duende pronunció el nombre de éste y, de ese modo, Esbern Snare quedó liberado de su trato. Todavía se pueden escuchar los lamentos de la esposa del duende, bajo la colina Ulshoi. Escribí una especie de balada sobre ese tema en mis Canciones noruegas. Fue saqueada, desde luego, por Whittier, pero no hablaremos ahora de eso. Sin lugar a dudas, él necesitaba el dinero. El plagio sólo es deshonesto si la moneda que se gana con ello vale menos que la moneda robada.

Charion se aferró valerosamente a la sustancia original.

—¿Decís que se casó felizmente? Pero ¿no habéis oído lo que Gaynor acaba de decirle?

—Por lo visto, esto no es más que una continuación de la historia original. Yo sólo conozco al que realizó el truco con éxito. Cualquier tragedia posterior ha sido olvidada por el folclore de mis tiempos. A veces me sucede que me encuentro en un sueño en el que todos esos héroes y heroínas, villanos y villanas de mis versos han cobrado vida para perseguirme, para entablar amistad conmigo, para convertirme en uno de ellos. Después de todo, un hombre no puede confiar en hallar una compañía tan variada en un lugar como Putney...

—¿Quiere eso decir que no sabéis por qué razón está Esbern Snare en este barco?

—No lo sé mejor que vos, milady.

—¿Y vos, príncipe Elric? —preguntó, atrayendo la atención errabunda del albino—. ¿Conocéis su historia?

Elric negó con un gesto de la cabeza.

—Sólo sé —contestó—, que es alguien que cambia de forma y que es una de las almas más malditas, una persona de la más rara bondad y cordura. ¡Imaginad un tormento como el suyo!

Hasta el propio Wheldrake inclinó la cabeza, como con respeto. Pues hay pocos destinos más terribles que el del inmortal que se ve separado por la fuerza de la más profunda lógica natural de aquellas otras almas inmortales a las que amó en vida. Sólo puede conocer el dolor de la muerte, pero nunca el éxtasis de la vida perdurable. Sus placeres y recompensas son breves, mientras que su tormento es eterno.

Y esto hizo que Elric pensara en su propio padre, que aguardaba en aquella destrucción sin tiempo de los antepasados de Imrryr, él mismo separado del único amor de su vida porque había hecho tratos con su patrono el Demonio e incluso lo había traicionado a cambio de un poco más de poder sobre la tierra.

El albino se encontró reflexionando tristemente sobre la naturaleza de todos aquellos tratos impíos, sobre su propia dependencia de Tormentosa, la espada del Infierno, su voluntad de convocar la ayuda sobrenatural sin pensar en las consecuencias espirituales que eso pudiera tener para sí mismo y, quizá lo más importante, en su falta de voluntad para encontrar una forma de curarse de la seductora atracción de lo oculto, pues había una parte de su extraño cerebro que sentía curiosidad por seguir su propio destino, por saber qué desastrosa conclusión le aguardaba, acuciada por la necesidad de conocer el final de la saga, el valor, quizá, de su tormento.

Elric se dio cuenta de que había caminado inadvertidamente hacia el castillo de proa, pasado junto al sapo reverberante, para apoyar la espalda contra el recubrimiento de cobre del bauprés y contemplar fijamente al navegante, que colgaba, todavía inmóvil, de los aparejos.

—¿A dónde viajáis, Esbern Snare? —preguntó.

El hombre gris volvió la cabeza, como si hubiera escuchado un silbido distante pero familiar. Luego, los pálidos ojos grisverdosos miraron fijamente las órbitas carmesíes del albino, y una gran bocanada de aire escapó de su pecho y una lágrima apareció en su mejilla.

—Ahora a ninguna parte —contestó Esbern Snare—. A ninguna parte, señor.

—¿Continuaréis al servicio de Gaynor? —preguntó Elric—. ¿Incluso cuando hayamos avistado tierra?

—A menos que prefiera hacerlo de otro modo, señor. Como podéis observar vos mismo, hay tierra ahí delante, apenas a dos kilómetros de distancia.

—¿Podéis verla? —preguntó Elric sorprendido, tratando de distinguir algo entre los arremolinados vapores del Mar Pesado.

—No, señor —contestó Esbern Snare—. Pero la huelo.

Y pronto, en efecto, se vio la tierra. Una tierra que se elevaba sobre las lentas y terribles aguas del Mar Pesado; una tierra que más bien parecía un

monstruo despierto, una sombra colérica, toda cubierta de riscos puntiagudos y crestas en forma de sierra, acantilados de mármol negro, playas de carbón y rompientes negros que se vertían como humo del infierno sobre aquella quejosa costa.

Una tierra tan inhospitalaria que los viajeros que la contemplaron ahora estuvieron todos de acuerdo en que el Mar Pesado era menos amedrentador; y fue Wheldrake quien sugirió que continuaran navegando hasta encontrar una isla más accesible.

Pero Gaynor sacudió su mortecino casco, levantó el brillante puño y colocó la palma acerada sobre los tiernos hombros de Charion Phatt.

—Me dijiste, muchacha, que los otros Phatt estaban aquí. ¿Han encontrado ellos a las hermanas?

La joven sacudió la cabeza con lentitud. Su rostro estaba serio y sus ojos parecían contemplar alguna realidad diferente.

—No han encontrado a las hermanas.

—Sin embargo, ¿ellos y las hermanas están aquí?

—Más allá de esto... Sí, allí. —Su boca quedó un poco inerte al tiempo que levantaba la cabeza y señalaba hacia adelante, en dirección a los macizos acantilados azotados por la espuma negra—. Sí..., allí, y allí, van... Sin embargo, ¡oh, tío! ¡Ya veo por qué! Las hermanas cabalgan. Pero ¿y mi tío? ¿Dónde está la abuela? Las hermanas se dirigen hacia el este. Ahora está en su naturaleza el dirigirse siempre hacia el este. Regresan a casa.

—Bien —dijo Gaynor con profunda satisfacción—. Tenemos que encontrar un lugar donde desembarcar.

Y Wheldrake le confió a Elric que tenía la impresión de que Gaynor se preparaba para hundirlos a todos ahora, con la intención de desembarcar y continuar su persecución.

Y, sin embargo, el barco quedó finalmente varado sobre los guijarros negros y salitrosos sobre los que la perezosa marea rodaba y se retiraba perezosamente.

—Esto es como una forma de melaza —dijo Wheldrake con asco, con los faldones de la levita subidos y envueltos alrededor del estrecho pecho y avanzando tambaleante entre las aguas superficiales—. ¿Cuál es la causa de esto, maese Snare?

Con un fardo bajo el brazo, Esbern Snare levantó las largas piernas sobre el líquido.

—Nada, salvo una pequeña distorsión en el tejido del tiempo —contestó—. Estos lugares no son tan insólitos en esta esfera en particular. En mi propia esfera, en cambio, eran raros. Me encontré una vez con uno pequeño, cuestión de pocos pies, cerca del polo Norte. Creo que eso tuvo que haber sucedido hacia el final de vuestro siglo, maese Wheldrake.

—¿Cuál de ellos, señor? Soy un nativo de varios. Soy, por así decirlo, intemporal. Quizá se me haya garantizado mi propia e irónica condena, ¡ja, ja!

Ahora, Esbern Snare vadeó las aguas hacia adelante y subió por la playa hasta donde una gran grieta se había abierto en el muro de mármol y a través de la desgarrada abertura surgía un haz de luz dorada acuosa.

—Creo que ya hemos encontrado el camino para subir a lo alto del acantilado —dijo.

Con el fardo entre los dientes, empezó a subir. Sus largas extremidades eran perfectas para la ruta elegida desde una protuberancia hasta otra. Parecía una gran araña gris subiendo por la roca, encontrando primero un punto de apoyo y luego otro, hasta que marcó un camino para los demás, un medio fácil de subir desde la playa hasta la superficie del acantilado. Subieron de ese modo, uno tras otro, con Elric formando la retaguardia. Siguiendo órdenes de Gaynor, los marineros ya habían izado la vela y movían el barco de regreso a las aguas profundas, mientras desde el castillo de proa llegaban hasta ellos los gemidos y gruñidos del sapo, que acababa de despertarse, y que sólo ahora se había dado cuenta de que su amada partía, quizá para siempre.

No tardaron en hallarse en lo alto del acantilado desde donde intentaron volverse a mirar al océano, pero unas nubes negruzcas ya habían ocultado el Mar Pesado de su vista, y lo único que pudieron escuchar fue la siniestra marea que arañaba las playas, con un sonido cada vez más debilitado, como si toda la escena se alejara de ellos, hacia abajo, o como si el acantilado se elevara.

Elric se volvió. Ahora se encontraban por encima de la línea de nubes y el aire era más fácil de respirar. Ante ellos se extendía una llanura de roca brillante, una inmensa vista de mármol donde, aquí y allá, relucían pequeñas luces, como si hubiera criaturas tan densamente constituidas que pudieran vivir del mármol del mismo modo que nosotros vivimos del oxígeno, y estuvieran ocupadas por debajo en sus quehaceres domésticos.

Esbern Snare expresó sus propios temores provincianos.

—Esto tiene el aspecto de un país de duendes —dijo—. ¿He viajado acaso tan lejos para soportar ahora la hospitalidad de Trollheim? ¡Qué irónico sería!

Gaynor le hizo guardar silencio.

—Si todos nos entregáramos a lamentar los detalles particulares de nuestras condenas especiales, caballeros, nos quedaríamos aquí eternamente. Dado que al menos dos de nosotros somos inmortales, eso podría resultar singularmente aburrido. Os ruego, Esbern Snare, que no volváis a lamentaros, ni a expresar de ninguna otra forma la agonía de vuestra alma.

El navegante gris frunció el ceño, quizá un tanto sorprendido por una acusación que, por lo que suponía, quizá se podría haber aplicado mucho mejor al propio acusador. Pero Gaynor no parecía dispuesto a reconocerlo así. De todos los presentes, tan socialmente distintos, parecía ser el único que no estaba dispuesto a extender a los otros la tolerancia que tanto anhelaba para sí mismo, una tolerancia ejemplificada por la sublime justicia del Equilibrio Cósmico del que él había renegado. Daba la impresión de sentirse cada vez más asustado e impaciente, debido quizá a que tenía secretos que ocultar ante ellos; ¿podría tratarse de un conocimiento previo de este territorio y de sus habitantes? Guardó silencio y no volvió a dirigirles la palabra hasta que, finalmente, la increíble dureza del mármol dio paso a la tierra, y luego a la hierba y el paisaje empezó a ondularse y a descender hacia un valle sorprendentemente encantador, recorrido por una corriente que avanzaba en meandros y cuyas laderas se hallaban revestidas por toda clase de árboles invernales de tupido follaje. Sin embargo, no se veía la menor señal de habitantes y el aire se fue haciendo cada vez más frío a medida que descendían por las laderas sin camino hacia el fondo del valle, hasta que todos se sintieron contentos de las vestiduras extra que llevaban en sus fardos.

Sólo Esbern Snare se negó a ponerse algo más de ropa alrededor de los hombros. En lugar de eso, apretó con más fuerza el fardo contra su pecho, como si se sintiera amenazado. Y, una vez más, Elric experimentó un atisbo de comprensión por el hombre gris que sólo hoy mismo había perdido su última esperanza.

Aquella noche acamparon en una arboleda de pinos, y encendieron una gran hoguera que rugió contra el mordiente frío. Luego apareció la luna, casi inesperadamente, por encima de sus cabezas, en un claro cielo de invierno, enorme y plateada, arrojando profundas sombras entre los árboles, sombras que eran tranquilas en contraste con las saltarinas e inestables producidas por la gran hoguera.

El fuego de la hoguera no tardó en calentar tanto, alimentado por la gran cantidad de madera muerta que encontraron, que Elric, Charion y Wheldrake se vieron obligados a alejarse un poco para no chamuscarse en su sueño. Sólo Esbern Snare y Gaynor el Condenado quedaron junto al resplandor de la luz de la hoguera, el hombre gris y triste y el príncipe sobrenatural en su inestable armadura, como dos inmortales condenados que intentaban calentar sus almas contra el frío de la noche eterna; criaturas que habrían elegido las llamas del Infierno antes que soportar su actual sufrimiento, que anhelaban otra realidad como la que ambos habían conocido, en la que el dolor se hallaba desterrado y los hombres y mujeres raras veces se sentían tentados de abandonar la paz de sus almas a cambio de los llamativos tesoros, de los ávidos placeres de lo oculto.

—Qué hermosa es un ala de mariposa —dijo Charion, casi como un eco de sus propios pensamientos—. Toda la magnificencia de la naturaleza encerrada en una rosa. ¿Lo sabíais, maese Wheldrake?

El poeta admitió que eso no estaba en su repertorio. Él consideraba la métrica. Se preguntaba si eso era mejor elección para el sentimiento.

—Creo que ahora ya estoy preparada para el sueño —dijo ella con un atisbo de pena en su tono de voz.

—El sueño es uno de los temas preferidos de mi obra —asintió él—. El soneto de Daniel sobre el tema es excelente. Al menos desde el punto de vista académico, ¿lo sabíais?

Sueño encantador, hijo de la negra noche,  
hermano de la muerte, nacido en silenciosa oscuridad,  
alivia mi languidez y restaura la luz;  
con el oscuro olvido de mi regreso,  
y deja que el día sea tiempo para lamentar  
el naufragio de mi malaventurada juventud.

Citó los versos mientras una tenue brisa fría soplaba entre los árboles y sus ronquidos no tardaron en unirse plácida y poco ostentosamente a los del resto...

El amanecer trajo consigo algo de nieve. Aunque la mayor parte de los miembros del grupo se estremecían y maldecían su mala suerte, Esbern Snare abrió la boca y percibió el olor y se lamió los labios con su gusto; como si estuviera dotado de un muelle en su forma de andar realizó sus tareas en la preparación de la comida. Pero el conflicto estalló cuando Gaynor dijo:

—¿No recordáis el trato hecho entre nosotros, milady? ¡Un trato que vos misma propusisteis!

—Un trato que ahora ha terminado, señor. Me habéis utilizado de diversas formas. Ahora, vuelvo a ser yo misma. Os he traído hasta aquí, y aquí podéis buscar a vuestras hermanas, pero no con mi ayuda.

—¡Nuestros intereses son los mismos! Sería una estupidez separarlos. —El príncipe Gaynor había posado la mano sobre la empuñadura de su ancha espada, como si hubiera querido amenazarla en el caso de que su orgullo se lo hubiese permitido. Había creído que su poder nativo sería suficiente para persuadirla, y eso era evidente en cada uno de los frustrados movimientos de su cuerpo y en

los tonos de su voz—. Vuestra familia encontrará a las hermanas. Están obligados a ello. ¡Todos buscamos lo mismo!

—No —gritó Charion—. Por la razón que sea, y no consigo detectar cuál es, las hermanas han seguido ese camino, pero mi tío va por ese otro. ¡Y es a mi tío a quien debo seguir!

—Estuvisteis de acuerdo en que buscaríamos juntos a las hermanas.

—Eso fue hasta que supe que mi tío y mi abuela se encontraban en peligro. Ahora tengo que ir hacia ellos, incuestionablemente, señor.

Y tras decir esto se dirigió hacia los árboles, sin despedirse de nadie, haciendo caer la nieve de las ramas que golpeaba en su camino, con la respiración produciendo nubéculas de vapor por delante y su nudoso cuerpo adquiriendo cada vez mayor velocidad, como si no tuviera más tiempo que perder.

Wheldrake se hallaba dedicado a recoger sus libros y posesiones diversas, y le gritó que se detuviera, que él iría con ella. Le dijo que en su aventura necesitaba la compañía de un hombre. Sus propias despedidas fueron rápidas y a medio terminar cuando ya había echado a correr en pos del rastro de su amada, dejando tras él un silencio frío y repentino, mientras los tres hombres condenados, sobre las cenizas de la hoguera medio apagada, se miraban los unos a los otros en una incierta camaradería.

—¿Queréis buscar a las hermanas conmigo, Elric? —preguntó Gaynor por fin con un tono de voz más calmado y sumiso.

—Las hermanas tienen lo que yo necesito, de modo que tengo que encontrarlas para pedírselo —dijo Elric.

—¿Y vos, Esbern Snare? —preguntó Gaynor—. ¿Estáis todavía con nosotros?

—No tengo ningún interés por esas hermanas tan elusivas —contestó Esbern Snare—, a menos que tengan la llave de mi liberación.

—Por lo que parece, llevan consigo dos llaves —dijo Elric colocando una mano sobre el hombro del hombre gris, en un gesto amistoso—, así que quizá tengan una tercera para vos.

—Muy bien —asintió Esbern Snare—. Me uniré con vos. ¿Os dirigís hacia el este?

—Siempre hacia el este, eso es lo que sabemos, en busca de nuestras hermanas —contestó Gaynor.

Así pues, los tres hombres, figuras altas y enjutas, como comadreas de invierno, iniciaron su viaje hacia el este, remontaron las escarpadas laderas del valle, cruzaron las heladas colinas y llegaron a una cadena de antiguas montañas cuyo granito descompuesto amenazaba con derrumbarse a cada paso que daban sobre él, mientras la nieve caía cada vez más densa y tuvieron que romper hielo para conseguir agua, salvo al mediodía, cuando un sol tenue calentó el mundo lo suficiente como para volver a ponerlo en marcha en forma de anchas cintas de plata que descendían entre los brillantes fragmentos blancos.

Gaynor continuó tristemente sumido en sus pensamientos, mientras que Esbern Snare saltaba por delante la mayor parte del tiempo, cada vez más alerta, como si se encontrara en su elemento nativo. Y durante todo ese tiempo no abandonó ni un momento su fardo, tanto si dormía como si comía, así que un día, mientras avanzaban con cautela por encima de una profunda garganta que se había llenado de nieve para formar una especie de glaciar, y por debajo de la cual se escuchaba un feroz torrente que se precipitaba por cavernas y túneles

excavados en el hielo, Elric le preguntó por qué valoraba tanto lo que contenía aquel fardo. ¿Se trataba acaso de un recuerdo?

Se habían detenido a tomar un poco de respiro sobre el estrecho camino, con los pies apenas tan largos como ancho era el camino, pero Gaynor había seguido caminando incansablemente, aparentemente ajeno a la profundidad y escarpadura de la garganta.

—¡En cierto sentido sí, es un tesoro, señor! —contestó Esbern Snare con una risa sin humor alguno—. Pues debo valorarlo como no valoro ninguna otra cosa, como pueda valorar, si queréis, mi propia vida. Me temo que mi alma tiene ahora un valor más modesto, porque de no ser así también la habría citado.

—Sí que debe de seros precioso —asintió Elric.

Habló, sobre todo, para liberarse del dolor que le había producido la pérdida de la compañía de Wheldrake, como si se le hubiera prohibido y desterrado una parte de sí mismo, aquella parte que saboreaba la vida y el amor humano. Se sentía tan helado como el glaciar de abajo, con un torrente que brotaba de él, incapaz de encontrar expresión en las formas que más valoraba, las formas ordinarias que ofrecía de amar el mundo y a los amigos. Quizá le faltaran los refinamientos del lenguaje necesarios para adaptar y modificar los sentimientos y, sin embargo, comprendía mejor que nadie cómo el lenguaje era la forma perfecta, y quizá la única honorable, de ganarse el derecho al respeto entre aquellos habitantes del mundo natural a los que él, a su vez, respetaba. No obstante, era a través de la acción, y no de las palabras, como él intentaba alcanzar esas ambiciones no expresadas. La acción irreflexiva, la aventura ciega le habían llevado a destruir todo aquello por lo que sentía cariño, y había buscado comprensión al emprender la acción sugerida por otros, al seguir el oficio de otros nobles melniboneanos empobrecidos: el de mercenario; y un mercenario de excepcionales logros y dotes. Ni siquiera ahora había decidido él la búsqueda a la que se hallaba entregado. En el fondo de su corazón sabía que pronto tendría que empezar a buscar una forma más positiva de lograr lo que había esperado alcanzar con el saqueo de la Ciudad de los Sueños y la destrucción del Imperio Brillante de Melniboné. Hasta el momento se había dedicado principalmente a contemplar el pasado. Pero allí no había encontrado respuestas. Sólo ejemplos apenas adecuados para su situación actual.

Se produjo un prolongado silencio mientras los dos hombres permanecían juntos sobre el estrecho risco, mirando hacia las lejanas laderas de la garganta, a un paisaje sin vida, donde no se podía ver ni un ave ni un conejo, como si el tiempo, que ya se había hecho mucho más lento en el Mar Pesado, hubiera llegado casi a detenerse y el fragor del agua por debajo del hielo pareciera desvanecerse para dejar sólo el firme sonido de sus propias respiraciones.

—La amaba —dijo el hombre gris de repente, con el pecho convulsionado, como si hubiera sido golpeado por algo pesado. Se produjo otra pausa, como si se ahogara y luego recuperó de nuevo su firmeza—. Se llamaba Helva de Nesvek, hija del señor de Nesvek y era la más exquisita y femenina de los mortales, con todo su ingenio y su arte, su gracia y su caridad. No había nadie más santo que ella, ni más natural que mi Helva en las cuestiones naturales. Bueno, yo procedía de buena familia, pero no tan rica como el señor de Nesvek, y el propio señor había declarado que la mano de su hija sólo se entregaría al hombre más valioso de Dios. Comprendí que, en el juicio del señor de Nesvek, Dios se inclinaría por bendecir a aquellos más valiosos que tuvieran mayores riquezas y que eso se correspondía con el verdadero y adecuado orden de las cosas para el señor de Nesvek. Sabía, pues, que no podía conseguir la mano de Helva, a pesar de que ella ya me había elegido. Concebí entonces la idea de buscar ayuda sobrenatural y, en resumen, hice un trato con un duende por el que éste me construiría la catedral más hermosa, la más exquisita de las tierras

del Norte, después de lo cual, una vez terminada la construcción, yo tendría que descubrir el nombre del arquitecto o entregarle mis ojos y mi corazón al duende. El caso es que, por una feliz casualidad, escuché a la esposa del duende cantarle a su hijo pequeño, diciéndole que no debía llorar pues pronto Fine, su padre, regresaría a casa con unos ojos y un corazón humanos para que él se festejara.

»Así fue como conseguí mis fines y al señor de Nesvek le resultó imposible, claro está, negarse a aceptar a un pretendiente capaz de haber construido un monumento tan magnífico a Dios y, evidentemente, a un coste igual de monumental.

«Mientras tanto, la pobre esposa del duende, la fuente de mi salvación, fue golpeada con regularidad por su enfurecido esposo, y yo empecé a construir nuestro hogar a poco más de un kilómetro de Kallundborg, donde había hecho construir la iglesia, de modo que desde la torre de mi nueva casa pudiera ver la aguja. La construcción se desarrolló bien, incluso sin el trabajo del duende, y no se tardó en levantar el salón, con buenos cobertizos y casas para los sirvientes, sobre un terreno exquisito, gracias a la dote de mi Helva. De ese modo, todos parecíamos bien acomodados. Hasta la llegada del lobo a nuestro territorio, al invierno siguiente, cuando nos dispusimos a disfrutar de las largas noches entregados a la diversión, a contar historias y a toda clase de festejos, así como al duro trabajo que supone cuidar de las provisiones durante el invierno. Algo que se hizo ahora más duro debido a la presencia de nuestro lobo. Se trataba de una bestia enorme, que tenía dos veces el tamaño y el peso de un hombre alto. En su búsqueda de alimento, el hombre había matado perros, ganado, ovejas e incluso a un niño. Se habían encontrado pocos huesos y éstos aparecieron, roídos hasta la médula, como si el lobo alimentara también a unos cachorros, además de a sí mismo. Algo que nos pareció extraño en pleno invierno, aunque se sabe que los lobos pueden tener más de una carnada en un año, especialmente después de un invierno anterior muy suave y de una primavera adelantada. Entonces, el lobo mató a la esposa embarazada de mi camarero y se llevó los restos que no encontramos en la madriguera superficial donde había descansado mientras devoraba la carne que necesitaba para continuar su rápida escapada de nosotros. Porque, desde luego, lo perseguimos.

»Uno tras otro, los demás hombres abandonaron la persecución por una variedad de razones, que el sirviente y yo aceptamos de buen talante, y finalmente sólo quedamos los dos, dedicados a seguir el rastro del lobo por un barranco profundo y cubierto de árboles, hasta que una noche el lobo saltó por encima de las hogueras que habíamos encendido, creyéndonos a salvo, y se apoderó de mi sirviente y lo mató, antes de arrastrarlo a través de las hogueras como si éstas no existieran.

«Debo admitir, príncipe Elric, que me sentí casi petrificado por el terror. A pesar de que le había lanzado flechas a la bestia y le había producido cortes con mi espada, apenas le había causado daño alguno. Las heridas que le produjo curaron inmediatamente. Me di cuenta entonces, y sólo entonces, de que no me enfrentaba con un animal natural.

Durante un tiempo, Esbern Snare avanzó a lo largo del camino para mantener la circulación, impulsado por la esperanza de llegar a un mejor lugar antes de la caída de la noche. Cuando se detuvieron de nuevo para tomarse un respiro, concluyó su historia.

—Seguí el rastro de la bestia, aunque estoy convencido de que se creía libre de toda persecución. Quizá había matado deliberadamente a mi sirviente no porque tuviera hambre, sino porque deseaba librarse de nuestra compañía. De hecho, encontré la mayor parte de sus restos al día siguiente, y me sorprendió descubrir que alguien, que supuse debía de ser un viajero humano, se había apoderado de los efectos del hombre muerto, aunque, naturalmente, las

ropas estaban demasiado ensangrentadas y desgarradas como para ser de utilidad alguna.

»Mi cólera y avidez de venganza fueron tan grandes que ya no pude dormir. Inquieto y, sin embargo, sin experimentar cansancio, mantuve una firme persecución hasta que una noche, bajo una luna de tres cuartos, me encontré con un campamento humano. Era una mujer la que acampaba allí. La observé a través de los árboles, demasiado cauteloso como para anunciarme, pero preparado para defenderla si el lobo atacaba. Entonces, preocupado, vi que se hallaba acompañada por dos niños pequeños, un niño y una niña, ambos vestidos con una mezcla de pieles de animales y una variedad de otras vestiduras. Comían una sopa de un caldero que ella había preparado sobre una hoguera. La mujer parecía fatigada y supuse que huía de algún esposo brutal, o que su pueblo había sido destruido por saqueadores, pues ahora nos encontrábamos ya en los territorios fronterizos entre los pueblos del Norte y los del Este, unos nómadas crueles sin religión cristiana ni honestidad pagana alguna. Sin embargo, algo me contuvo. Al final me di cuenta de que, en realidad, la utilizaba a ella como cebo, como un buen bocado para el lobo. Bien, el caso fue que el lobo no apareció y, mientras observaba, tomé buena nota de todo lo que había en el campamento, hasta que vi la gran piel de lobo que colgaba del árbol bajo el que ella dormía con sus hijos, y tomé aquello como alguna clase de encantamiento, como una forma de resistir el ataque del lobo. Así pues, la vigilé otro día y otra noche, y la seguí hacia unas lejanas montañas por donde deambulaban los salvajes nómadas del Este. Pensé en avisarle del peligro, pero cada vez empezaba a tener más claro que no era ella quien estaba en peligro. Sus movimientos eran muy seguros, y cuidaba de sus hijos con la actitud propia de alguien que ha vivido durante mucho tiempo una vida salvaje, lejos de los puestos más avanzados de la civilización. La admiré. Era una mujer de muy buen aspecto y su forma de moverse hizo que olvidara el juramento de mi matrimonio. Quizá también la vigilaba por esa misma razón. Empecé a experimentar una sensación de poder en mi observación, en ese conocimiento secreto que poseía de ella. Ahora sé que, en efecto, poseí una especie de poder que sólo poseen los que son iguales a ella, y que éstas eran las únicas criaturas a las que ella misma no podía detectar. Si yo hubiera estado acompañado por alguien más, ella lo habría detectado en seguida.

»Fue en la noche de luna llena cuando la vi descolgar la piel de lobo y envolverse los hombros con ella, la vi avanzar a cuatro patas y, en un instante asombroso, incorporarse, emitir un débil gruñido hacia sus hijos como para indicarles que permanecieran cerca del fuego, para luego salir a la noche, convertida en un enorme lobo. A pesar de todo, no me vio, no me olió. Yo era invisible para sus sentidos sobrenaturales. Se alejó hacia las montañas y regresó al mediodía siguiente con un cadáver, un muchacho nómada, probablemente un pastor, y dos corderos, que había arrastrado utilizando el cuerpo del muchacho a modo de parihuelas. Los restos humanos se los reservó para ella misma, pero asumió de nuevo la forma humana en cuanto trajo los corderos al campamento. Una vez allí, los preparó para sus hijos. Más tarde, aquella misma noche, mientras los pequeños comían el rico estofado que ella había preparado, regresó al lugar donde había dejado el cadáver humano y devoró un buen trozo del mismo, casi seguramente después de haber asumido de nuevo su forma de lobo. Yo fui demasiado cauteloso como para acercarme a ella.

»Yo, naturalmente, ya había comprendido que la mujer era un hombre lobo, y de una ferocidad especial puesto que ella tenía dos pequeños a los que alimentar. Esas pequeñas criaturas eran niños inocentes y no mostraban ninguna venalidad licantrópica. Supuse que se había entregado a esta clase de vida por desesperación, para que sus hijos no se murieran de hambre. Eso, sin embargo, había significado que otros niños pasarían hambre y morirían, aunque sólo fuera para mantener a los suyos, así que mi simpatía por ella era muy limitada. Aquella

noche, en cuanto se quedó dormida, atiborrada de comida, reuní el valor necesario para deslizarme hacia el campamento, arrancar la piel de lobo y regresar de nuevo al bosque.

»Ella se despertó casi inmediatamente, pero ahora que yo poseía la piel de lobo con la que se transformaba en una bestia invencible, sabía que yo estaba a salvo. Entonces, desde las sombras del bosque, le hablé: "Señora, tengo en mi poder esa horrible cosa que habéis utilizado para matar a mis amigos y a sus familias. ¡Será quemada delante de la iglesia de Kallundborg después de mi regreso! No mataré a una madre delante de sus hijos, así que, mientras estéis con ellos, os encontraréis a salvo de mi venganza. Que lo paséis bien".

«Ante lo cual, la pobre criatura empezó a gemir y a gritar, con una actitud muy diferente a la madre tan segura de sí misma que se había ocupado de sus pequeños en medio del bosque. Pero yo no quise escucharla. Sabía que ella debía ser castigada. Lo que no sabía entonces, claro está, era lo cruel que sería su castigo. "¿Comprendéis cómo tendré que sobrevivir si os lleváis mi piel?", me preguntó. "En efecto, lo comprendo —le contesté—, pero debéis sufrir esas consecuencias ahora. En vuestro caldero hay carne suficiente para varios días... y os queda un poco de carne más fuera del campamento, que no creo seáis tan aprensiva de utilizar. Así que, adiós de nuevo. Esta cosa endiablada será quemada pronto en una pira cristiana."

»«Debeis tener piedad —me dijo—, pues sois de mi misma sangre. Pocos son los que pueden cambiar como yo cambio, como cambiáis vos mismo. Sólo que vos habéis podido robar esa piel. Sabía que debía teneros más miedo. Pero no os he hecho daño alguno porque os he reconocido como a uno de los míos. ¿No querréis demostrar un poco de lealtad a nuestra sangre común y ahorrar a mis hijos su inconcebible destino?"

»Pero yo me negué a seguir escuchándola y me marché. Y cuando me alejaba ella inició unos terribles gemidos y aullidos, unos gritos y súplicas, un horrible gemido bestial con los que renunciaba a sus únicos medios de dignidad, a cualquier vestigio de humanidad. Ésa es la ironía final de los no muertos, que se aferran a los restos del orgullo humano, al recuerdo de las mismas cosas que han permutado con objeto de convertirse en aquello en lo que se han convertido. Seguramente, ése es el peor destino que puede caberle a un hombre lobo. Pero hay destinos mucho peores que ése, señor, o al menos refinamientos de tales destinos. Abandoné a aquella mujer lobo y la dejé aullando y esclavizada, convertida ya en una piltrafa enloquecida. Era casi imposible imaginar tal agonía como la que ella ya expresaba, y mucho menos suponer el dolor que habría de producirse.

»Oh, bueno, la historia es el habitual cuento miserable de estupidez y conveniencia que vos conocéis tan bien. Atrapado por los desolados territorios del Este en invierno, yo mismo me vi obligado a recurrir a la piel de lobo. Para cuando regresé a Kallundborg me había apegado a ella mucho más poderosamente que al amor de mi vida, a mi esposa Helva de Nesvek. Busqué ayuda religiosa y sólo encontré horror al contar mi historia. Así, quedé reducido a tener que deambular por el mundo, en busca de alguna salvación, de algún medio de regresar al pasado que había conocido, de volver a reunirme con mi querida esposa. Me sucedieron más aventuras sobrenaturales, señor, de una esfera en otra y entonces supe que el propio duende buscaba venganza y que había logrado engañar a un clérigo, un obispo que había acudido de visita, induciéndole a cerrar un trato que derribó toda la catedral en el momento en que la mayor parte de la población, incluida mi querida esposa, estaba en el interior, rezando por mi alma perdida...

«Eso fue lo que Gaynor prometió contarme, el destino sufrido por mi esposa. Y ésa es la razón por la que lloro ahora, tanto tiempo después de que ocurriera aquello.

Elric no pudo encontrar palabras ni para responder ni para consolar a este buen hombre condenado a depender para su única existencia de aquella horrible piel, obligado a realizar los actos más inhumanos de endiablado salvajismo o a perderse para siempre en la nada, sin poder reunirse jamás con su amor perdido, ni siquiera en la muerte.

Quizá no fuera tan sorprendente que Elric se llevara la mano a la empuñadura de su espada del Infierno, y que reflexionara tan profundamente en su propia relación con aquella hoja, al ver en el pobre Esbern Snare un destino mucho más terrible que el suyo.

En la siguiente ocasión en que tendió una mano generosa hacia el hombre gris cuando éste se tambaleó al oscurecer, hubo un peculiar sentido de camaradería en su gesto. Lentamente, los dos hombres, cuyas historias eran tan diferentes, pero cuyos destinos eran tan similares, continuaron avanzando por el estrecho camino de rocas por encima del siniestro susurro del agua que se abría paso entre las nieves del glaciar.

## **Detectar ciertos atisbos de los Mundos Superiores. Una convención de patronos y sirvientes. El sacrificio del cuerdo y del bueno**

El príncipe Gaynor se detuvo sobre las pendientes rocosas de la última montaña y miró más allá de la extensión de hierba de monte bajo, hacia una distante cadena montañosa.

—Este territorio parece estar formado sólo por montañas —dijo—. Sin embargo, quizá sea ése el borde de la lejana orilla. Las hermanas tienen que estar cerca. No podemos dejar de verlas en esta llanura pelada.

Habían tomado lo último que les quedaba de comida y todavía no habían visto señales de animales, ni en la tierra ni en el cielo.

—Es como si nunca hubiera estado habitada —dijo Esbern Snare—. Como si la vida hubiera sido completamente extirpada de esta llanura.

—Ya he visto esta clase de panorámicas con anterioridad —le comentó Elric—. Hacen que me sienta incómodo, pues eso puede ser una señal de que la Ley lo ha conquistado todo, o de que es el Caos el que gobierna, sin haberse manifestado todavía...

Estuvieron de acuerdo en que todos ellos habían compartido las mismas experiencias. Gaynor se sentía cada vez más impaciente, y los exhortó a avanzar con mayor rapidez hacia las montañas «antes de que las hermanas embarquen en la otra orilla». Pero Esbern Snare, que no estaba animado ni por la fuerza infernal que alimentaba a Gaynor, ni por el veneno del dragón que utilizaba Elric, estaba hambriento y empezó a retrasarse y a palpar el fardo que llevaba y, a veces, Elric creía haberlo oído balbucear y gruñir para sí mismo, y en una ocasión en que se volvió a mirarlo se encontró con unos ojos que expresaban el más puro sufrimiento.

A la mañana siguiente, cuando levantaron el campamento, Esbern Snare, el hombre lobo del Norte, había desaparecido, al sucumbir a la tentación que ya había destruido toda la esperanza que pudiera quedar en él. En dos ocasiones, Elric creyó percibir un afligido aullido que encontró eco en las montañas y, por tanto, no pudo determinar su procedencia. Luego, no hubo más que silencio.

Durante todo un día y una noche Elric y Gaynor no intercambiaron una sola palabra y se limitaron a caminar hacia las montañas, sumidos en una especie de trance, uno detrás del otro. Al amanecer siguiente, sin embargo, descubrieron que la planicie se elevaba ligeramente, formando una suave colina, al otro lado de la cual creyeron percibir los más débiles sonidos de un asentamiento humano, incluso quizá de una gran ciudad.

Gaynor, muy animado, le dio una palmada a Elric en la espalda y le dijo casi con satisfacción:

—¡Pronto encontraremos lo que buscamos, amigo Elric!

Elric no dijo nada y se preguntó qué haría Gaynor si, por alguna extraña casualidad, resultaba que ambos buscaban la misma cosa o, al menos, la misma caja. Eso le hizo pensar de nuevo en la Rosa, cuya pérdida lamentaba.

—Quizá debiéramos determinar la naturaleza exacta de nuestra búsqueda —dijo—, para que no nos pille desprevenidos cuando finalmente encontremos a las hermanas.

Gaynor se encogió de hombros. Volvió el casco hacia Elric y sus ojos parecieron menos preocupados de lo que habían estado últimamente.

—No buscamos lo mismo, Elric de Melniboné, de eso podéis estar seguro.

—Yo busco una caja de palo de rosa —dijo Elric con franqueza.

—Y yo busco una flor que ha florecido desde que empezó el Tiempo —dijo Gaynor despreocupadamente.

Ahora estaban cerca del borde de la colina y ya casi habían llegado a él cuando la tierra se vio repentinamente sacudida por un enorme estruendo que amenazó incluso con hacerles perder el equilibrio. Escucharon de nuevo el gran ruido reverberante. Por lo visto estaban golpeando una y otra vez un vasto gong, hasta que Elric no pudo hacer otra cosa que cubrirse los oídos, mientras que Gaynor cayó sobre una rodilla como oprimido contra el suelo por una mano gigantesca.

Diez veces en total sonó el gran gong, pero sus reverberaciones continuaron sacudiendo los peñascos de las montañas cercanas, casi interminablemente.

Una vez recuperada la capacidad para continuar, Elric y Gaynor llegaron a lo alto de la colina y se quedaron mirando fijamente hacia arriba, en dirección a la enorme construcción que, ambos podrían haberlo jurado, no estaba allí apenas un momento antes. Y, sin embargo, aquí estaba, con todo su sólido y complicado detalle, como una red de caballetes de madera y monstruosas ruedas dentadas, todo lo cual crujía, gemía y giraba con lenta precisión, mientras que el metal chirriaba y refulgía desde su interior, con hilos, palancas y balanzas de cobre, bronce y plata, formando dibujos increíbles, difracciones peculiares, dejando al descubierto los miles de figuras humanas que se afanaban en lo alto de esta vasta estructura, dedicadas a hacer funcionar manijas y ruedas de molino, a llevar la arena o los baldes de agua arriba y abajo de las pasarelas, balanceándose entre estacas cuidadosamente colocadas para mantener alguna clase de delicado equilibrio interno. Toda la estructura se estremecía como si estuviera a punto de desmoronarse en cualquier momento y enviar a su inmediata destrucción a todos los hombres, mujeres y niños desnudos que trabajaban perpetuamente sobre ella. En lo alto de esta torre se encontraba un gran globo que, al principio, a Elric le pareció que debía de ser de cristal, hasta que se dio cuenta de que consistía por entero en la más fuerte membrana ectoplásmica que hubiera visto jamás, y se imaginó inmediatamente qué podría contener aquella membrana pues apenas si había un brujo en la tierra que no hubiera buscado su secreto...

Gaynor también comprendió lo que contenía la membrana y estaba claro que temía lo que pronto se revelaría como el vasto y sobrenatural reloj-esqueleto que medía los momentos. En ese instante, una voz sin humor les habló con naturalidad desde ninguna parte.

—¿Veis, mis pequeños tesoros, cómo trae Arioeh el Tiempo a un mundo sin tiempo? Esto no es más que uno de los pequeños beneficios del Caos. Es mi homenaje al Equilibrio Cósmico.

Y su risa resonó de un modo horrible en su sencilla crueldad.

El inmenso reloj producía golpes secos y estruendosos, chirriaba y gruñía, y la estructura temblaba, se estremecía a cada movimiento, de modo que parecía como si estuviera a punto de desmoronarse en cualquier momento. Desde el interior de la membrana globular situada en lo más alto, que giraba y se sacudía a cada segundo que pasaba, aparecía ocasionalmente un ojo encolerizado, mientras que una boca cubierta de colmillos bramaba envuelta en un silencio sobrenatural, y unas garras más feroces que las de un dragón destellaban, arañaban y desgarraban, pero todo ello sin el menor efecto, pues la entidad se hallaba atrapada en el interior de la más poderosa prisión que se hubiera conocido nunca, por debajo o más allá de los Mundos Superiores. La única

entidad que Elric sabía pudiera exigir tales ataduras para ser contenida era un señor de los Mundos Superiores.

Gaynor, al darse cuenta de lo mismo al mismo tiempo, retrocedió varios pasos y miró a su alrededor, como si buscara algún repentino refugio, pero no había ninguno, y Ariocho lanzó una risotada ante su consternación.

—Ah, pequeño Gaynor, vuestras estúpidas estrategias no os han permitido ganar nada. ¿Cuándo aprenderéis que no disponéis ni de los recursos ni del carácter que se necesita para jugar contra los dioses, incluso contra dioses tan insignificantes como yo mismo y el conde Mashabak, que me acompaña?

Las risas fueron ahora más fuertes. Esto era lo que Gaynor había temido. Su maestro, la única criatura capaz de protegerle contra Ariocho, había perdido el enfrentamiento que hubiera podido producirse entre ellos. Y eso también significaba que el intento de Sadric por engañar a sus patronos en cuanto a su tributo también podía darse como fracasado.

Pero Gaynor ya había perdido demasiadas cosas, se había enfrentado a demasiados horrores, contemplado destinos demasiado repelentes, causado y soportado demasiado sufrimiento como para mostrar ahora su propia angustia. Se irguió, recuperándose, con las manos plegadas ante él e hizo descender la cabeza cubierta por el casco, en el más ligero de los reconocimientos.

—Entonces, debo llamaros maestro ahora, señor Ariocho —dijo.

—En efecto. Siempre seré tu verdadero maestro. Siempre un maestro preocupado por sus esclavos. Siento un gran interés por las actividades de mis pequeños humanos ya que, en muchos sentidos, sus ambiciones y sueños reflejan las de los dioses. Ariocho fue siempre el duque del Infierno hacia el que se volvían la mayoría de los mortales cuando necesitaban de la intervención del Caos. Y yo te amo. Pero amo, sobre todo, al pueblo de Melniboné y de entre sus miembros, amo principalmente a Sadric y a Elric.

Gaynor esperó, con el casco todavía ligeramente inclinado, como si esperara ver caer sobre él alguna condena del más singular y exquisito salvajismo.

—Fíjate cómo protejo a mis esclavos —siguió diciendo Ariocho, todavía invisible, con su voz moviéndose de una parte del valle a otra, pero siempre íntima y divertida—. El reloj mantiene sus vidas. Si alguno de ellos, joven o viejo, fallara por un solo instante en cumplir su función específica, toda la estructura se derrumbaría. De ese modo, mis criaturas aprenden la verdadera naturaleza de la interdependencia. Una estaca colocada en el hueco incorrecto, un cubo de agua vertido en la compuerta equivocada, un paso en falso sobre la rueda de molino, una mano vacilante sobre una palanca, y todos quedarían destruidos. Para continuar con vida tienen que hacer trabajar al reloj, y cada criatura es responsable de las vidas de todas las demás. Aunque mi amigo el conde Mashabak, allí arriba, no recibiría gran daño, experimentaría personalmente un cierto placer en observar su pequeña prisión rodando al azar entre las ruinas. ¿Veis a vuestro ex maestro, Gaynor? ¿Qué fue lo que él te dijo que buscaras?

—Una flor, maestro. Una flor que ha vivido durante miles de años, desde que fue arrancada por primera vez.

—Me pregunto por qué razón no me lo ha contado el mismo Mashabak. Me siento contento contigo, Gaynor. ¿Quieres servirme?

—Como deseáis, maestro.

—Dulce esclavo, te amo de nuevo. ¡Dulce, dulce y obediente esclavo! ¡Oh, cómo te amo!

—Y yo también os amo, maestro —fue la amarga respuesta de Gaynor, con un tono de voz que había conocido milenios de derrota y anhelo frustrado—. Soy vuestro esclavo.

—¡Mi esclavo! ¡Mi querido esclavo! ¿No quieres quitarte el casco y revelar tu rostro ante mí?

—No puedo, maestro. No hay nada que revelar.

—Del mismo modo que no eres nada, Gaynor, excepto la vida que yo permito que anide en ti, excepto las fuerzas del foso que te da poder, o la avidez que posees y que lo consume todo. ¿Querrías que te destruyera, Gaynor?

—Si eso os complace, maestro.

—Creo que deberías trabajar en el reloj durante algún tiempo. ¿Me servirías trabajando en eso, Gaynor? ¿O continuarías tu búsqueda?

—Como mejor os plazca, señor Arioch.

Elric, que ya sentía náuseas ante esto, se sintió consumido por un peculiar autodesprecio. ¿Era éste también su destino, servir al Caos tan meticulosamente como Gaynor lo servía, sin el menor resto de respeto por sí mismo o de voluntad propia? ¿Era éste el precio final que uno tenía que pagar por todos los tratos establecidos con el Caos? Y, sin embargo, sabía que su propia condena no era la misma, que todavía se hallaba dotado de un cierto grado de libre albedrío. ¿O acaso era eso una simple ilusión con la que Arioch suavizaba la verdad? Se estremeció.

—¿Y tú, Elric, estás dispuesto a trabajar en el reloj?

—Antes os destruiría, señor Arioch —contestó el albino fríamente, con la mano en la empuñadura de su espada infernal—. Mis pactos con vos son de sangre y de antigua herencia. No llegué a ningún acuerdo especial con respecto a mi alma. En cuanto a las almas de los demás, mi señor, os las dedico.

Percibió dentro de sí mismo una cierta fortaleza que ni siquiera el duque del Infierno era capaz de eliminar, una pequeña parte de su alma que seguía siendo exclusivamente suya. Sin embargo, también imaginó un futuro en el que ese diminuto fragmento de integridad podría disiparse y abandonarle, para dejarle tan vacío de esperanza y de respeto por sí mismo como Gaynor el Condenado.

La mirada que dirigió al príncipe de lo Universal no fue de desprecio, sino sólo de una cierta comprensión y afinidad con la desdichada criatura en que Gaynor se había convertido. Él mismo sólo se encontraba a un paso de distancia de esa indignidad definitiva.

Se escuchó una especie de tenue chirrido procedente de la prisión ectoplásmica, y el conde Mashabek pareció experimentar un pequeño placer ante la incomodidad de su rival.

—Eres mi esclavo, Elric, no cometes ningún error —ronroneó el señor del Caos—. Y procura mantenerte siempre así, como lo fueron tus antepasados.

—Excepto uno antes que yo —dijo Elric con firmeza—. El trato fue roto por otro, señor Arioch. Yo no he heredado nada de eso. Ya os dije, mi señor, cuando me ayudasteis, que os entregaría la cosecha inmortal, almas como éstas para que trabajaran en vuestro reloj. Nada de eso os lo doy de mala gana, gran duque del Infierno, como tampoco ahorro las cifras de desdichados que os entrego. Como bien sabéis, si no es mediante mi convocatoria a ningún señor de los Mundos Superiores le es posible llegar a mi mundo, y en ese mundo yo soy el más poderoso de todos los hechiceros mortales. Sólo yo tengo los poderes nativos para convocaros a través de las dimensiones del Multiverso y abrir un camino psíquico que vos podéis seguir. Eso lo sabéis. Ésa es la razón por la que vivo. Por

eso me ayudasteis. Yo soy la llave con la que el Caos espera abrir algún día todas las puertas del Multiverso todavía no conquistado. Ése es mi gran poder. Y, señor Arioch, soy yo quien decide cómo usarlo, para cerrar tratos como yo prefiera y con quien yo elija. Ésa es mi fortaleza y mi escudo contra todas las feroces y amenazadoras exigencias de lo sobrenatural. Os acepto como mi patrono, noble Demonio, pero no como mi maestro.

—Eso no son más que palabras estúpidas, mi pequeño Elric. Jirones de diente de león bajo la brisa de agosto. Y, sin embargo, aquí estás, sin que haya mediado decisión alguna por tu parte. Y aquí estoy yo, gracias a un esfuerzo determinado, exactamente donde deseo estar. ¿Qué libertad te parece la mejor, mi animalito pobrementemente pigmentado?

—Si lo que estáis diciendo, señor Arioch, es si preferiría ser yo mismo o vos mismo, debo deciros que preferiría ser yo mismo, pues el Caos perpetuo debe ser tan tedioso como la Ley perpetua o que cualquier otra constante. Una especie de muerte. Creo que todavía puedo saborear el Multiverso mucho más que vos, señor Demonio. Todavía vivo. Todavía pertenezco a los vivos.

Y desde el interior del casco del príncipe Gaynor el Condenado surgió un gran gemido de angustia, pues él, como Esbern Snare, no pertenecía ni a los vivos ni a los muertos.

Entonces, sentada a horcajadas sobre el globo ectoplásmico en el que el conde Mashabak permanecía sentado en cuclillas y observándolo todo fijamente, apareció la imagen desnuda y dorada de un joven agraciado, un sueño de la justa Arcadia, cuya bondad era más dulce que la miel, su belleza más rica que la crema, y cuyos ojos maliciosos, delirantes de crueldad, relampaguearon por todo lo que fuera impío y perverso.

Y emitió una risita.

Arioch también se rió. Luego, la risa se hizo bonachona. Hizo caer entonces agua sobre la abultada membrana, mientras su impotente rival, envuelto por las energías psíquicas de cien soles, se enfurecía y gritaba desde el interior, tan impotente como una comadreja atrapada en una trampa.

El loco Jack Porker hizo correr al lisiado hacia abajo; dicen que lo agarró por el cerebro, que no paró hasta que estuvo muerto... El ávido Porker, el ávido Porker, lo colgó del poste... Siéntate quieto, querido conde, mientras yo me reconforto, os lo ruego. Sois un demonio maleducado, señor. Siempre lo dije así... Ji, ji, ji! ¿Oléis a queso, señor? ¿Queréis tener un trozo de hielo a vuestro alrededor, Jim? Jijiji!

—Como creo haber dicho antes —continuó el príncipe albino, dirigiéndose al todavía acobardado Gaynor—, el más poderoso de los seres no es necesariamente el más inteligente, ni, desde luego, el más cuerdo o mejor educado. Cuanto más se sabe de los dioses, tanto más se aprende esta lección fundamental.

Le dio la espalda a Arioch y a su reloj, confiando en que su patrono demonio no decidiera aniquilarle, dejándose llevar por un capricho. Sabía que mientras protegiera dentro de sí mismo aquella diminuta chispa de amor propio, nada podría destruir su espíritu. Era su propio dueño; lo que algunos habrían llamado su alma inmortal.

Y, sin embargo, a cada movimiento que hacía y cada palabra que pronunciaba se debilitaba y deseaba gritar que sólo era una criatura de Arioch, que estaba dispuesto a cumplir todos los encargos de su maestro, para ser recompensado con toda la liberalidad de éste. Y, sin embargo, estaba dispuesto a ser aniquilado, como podía serlo ahora, ante un cambio fortuito del estado de ánimo de su maestro.

Pues eso era otra cosa que Elric sabía: que aceptar un compromiso con la tiranía significaba siempre ser destruido por ella. La alternativa más lógica y cuerda se encontraba siempre en la resistencia. Ese conocimiento le proporcionaba fortaleza, una profunda cólera ante la injusticia y la desigualdad, su convicción, ahora que había visitado Tanelorn, de que era posible vivir en armonía con los mortales de todos los credos y mantener una relación vital y comprometida con el mundo. Esas cosas no se vendían ni se ofrecían a la venta y, al rechazar el entregarse por completo al Caos, significaba que tendría que soportar el peso de los crímenes sobre su propia conciencia y vivir, noche y día, sabiendo qué y a quién había matado o arruinado. Suponía que Gaynor había sido incapaz de soportar ese peso. En cuanto a él, preferiría llevar el peso de su propia culpabilidad, antes que aquel otro peso que Gaynor había elegido.

Se volvió de nuevo para mirar el obscuro reloj, la cruel broma que Arioch les había gastado a sus esclavos tras haber conquistado a su rival, y cada uno de los átomos de su deficiente sangre gritó contra una injusticia tan fortuita, contra tanto placer encontrado en el terror y la miseria de los demás, contra tanto desprecio por todo aquello que viviera en el Multiverso, incluido uno mismo; ¡cuánto cinismo cósmico!

—¿Me has traído el alma de tu padre, Elric? ¿Dónde está eso que te dije que buscaras, dulce mío?

—Todavía la busco, señor Arioch. —Elric sabía que Arioch aún no había establecido su gobierno sobre todo este ámbito, y que su tenaza sobre este territorio todavía debía de ser muy tenue. Eso significaba que Arioch no disponía de nada similar al poder que tenía en sus propios dominios, por donde sólo el más loco de los brujos se habría atrevido a aventurarse—. Y cuando la encuentre se la entregaré a mi padre. Yo diría que, a partir de entonces, el resto quedará entre vos y él.

—Eres un pequeño armiño valiente, querido, sobre todo ahora que ya no te encuentras en mi reino. Pero éste no tardará en ser mío del todo. No despiertes mi cólera, querido pálido. ¡Pronto llegará el momento en que cumplirás cada una de mis órdenes!

—Posiblemente, gran señor del Infierno, pero, por el momento, ese tiempo no ha llegado aún. Ya no hago más tratos. Y creo que preferiríais mantener nuestro viejo trato que no tener ninguno.

Un gruñido de rabia escapó de Arioch, al tiempo que aporreaba la prisión ectoplásmica con los puños, mientras que el conde Mashabak emitía una risa enloquecida desde el interior. El duque del Infierno miró hacia abajo, en dirección a los miles de seres que trabajaban, cada uno de los cuales mantenía las vidas de sus compañeros mediante los ritmos más exactos y mecánicos. Sonrió con satisfacción y amenazó a una de las pequeñas figuras con un dedo puntiagudo y dorado, amenazando con derrumbar toda la estructura.

Luego dirigió la mirada hacia donde estaba Gaynor el Condenado, inmóvil, tal como había permanecido desde hacía un rato.

—Encuétrame esa flor y te convertiré en caballero del Caos, te permitiré el acceso a la nobleza inmortal, que gobierna miles de reinos en nuestro nombre.

—Os encontraré la flor, gran duque —dijo Gaynor.

—En cuanto a ti, Elric, te convertiré en un ejemplo —dijo Arioch—. Incluso ahora. Al conquistarte, estableceré el Caos por completo sobre este plano.

Y, de repente, una mano dorada se extendió, cada vez más y más larga, hacia el rostro de Elric. Pero el albino había desenvainado su espada rúnica con toda la rápida habilidad lograda con los años y la gran hoja de combate rugió un

desafío y lanzó una amenaza a toda la miríada de habitantes de los Mundos Inferiores, Medios y Superiores, para que se lanzaran sobre ella, para que la alimentaran, a ella y a su maestro, pues esta cosa no era propiedad de nadie, sino que se había convertido, si es que no lo había sido siempre, en una fuerza independiente cuya única lealtad se hallaba establecida con su propia existencia, aunque fuera tan dependiente de que Elric la empuñara, como lo era el propio Elric de su energía para su propia supervivencia. Esta impía simbiosis, más profundamente misteriosa de lo que pudieran imaginar los filósofos más sabios, era lo que había convertido a Elric en el hijo elegido del Destino, y era al mismo tiempo lo que, en último término, le había privado de su felicidad.

—¡Esto no puede ser! —gritó Ariocho, retrocediendo encolerizado—. ¡La fuerza no tiene que luchar contra la fuerza! Todavía no. Todavía no.

—En el Multiverso actúa algo más que la Ley y el Caos, mi señor —dijo Elric con serenidad, blandiendo todavía la espada ante él—. Y hay muchas de esas cosas que son vuestros enemigos. No os enojéis demasiado conmigo.

—Ah, la más peligrosa y valerosa de mis almas, eres realmente adecuado para ser mi mortal elegido entre todos los demás, para gobernar en mi nombre, con mi poder. Mundos enteros serán tuyos, Elric; esferas enteras se moldearán a cada uno de tus caprichos. Todos los placeres serán tuyos. Toda la experiencia. Y todo eso, interminablemente. Sin precio ni consecuencias, claro. ¡Te deseo placer eterno, Elric!

—Ya he dejado bien claro lo que pienso sobre el tema de la perpetuación, señor duque. Es posible que un día, en el futuro, determine que mi destino se encuentra por completo con vos. Pero hasta que llegue ese momento...

—Atacaré tu memoria. Eso sí que puedo hacerlo.

—Sólo en algunas formas, señor Ariocho. Pero nunca en los sueños. En mis sueños lo recuerdo todo. Pero con este continuo ir y venir de un plano a otro, de una esfera a otra, los mundos de la memoria y de los sueños se confunden con los mundos de la realidad y la inmediatez. Sí, podéis atacar mi mente, señor, pero no la memoria de mi alma.

Estas palabras hicieron que el demente conde Mashabak volviera a echarse a reír.

— ¡Gaynor! —exclamó, dirigiendo una mirada salvaje hacia su antiguo servidor—. Libérame de esto y tu recompensa será diez veces superior a lo que te prometí.

—La muerte —dijo Gaynor de repente—. Muerte, muerte, muerte es todo lo que anhelo. ¡Y eso siempre me lo habéis negado!

—Porque te valoramos, querido —dijo el muchacho tan dulce como la miel levantando la cabeza y echándose a reír—. Yo soy el Caos. Lo soy todo. Soy el señor de lo No-lineal, capitán de la partícula aleatoria y el más grande celebrante de la entropía. Soy el viento que surge de ninguna parte, y el que es capaz de anegar mundos. ¡Soy el príncipe de la Posibilidad Infinita! Qué gloriosos cambios florecerán sobre la faz del Multiverso, qué increíbles y perversos matrimonios serán santificados por el sacerdocio infernal, y qué maravillas y placeres habrá, Elric. Nada predecible. La única y verdadera justicia que existe en el Multiverso, donde todos, hasta los dioses, se hallan sujetos a un nacimiento y a una aniquilación aleatorios. Para desterrar la Resolución y tener en su lugar la Revolución eterna. ¡Un Multiverso es permanente, es una alegre Crisis!

—Temo haber pasado demasiado tiempo con los pueblos apacibles de los Reinos Jóvenes —dijo Elric con suavidad—, como para sentirme tentado ahora por vuestras promesas, mi señor. Tampoco puedo decir que me sienta muy

atemorizado por vuestras amenazas. Tanto el príncipe Gaynor como yo mismo nos hallamos entregados a una búsqueda. Si tenemos que seros de algún servicio, señor, os propongo que nos permitáis continuar esa búsqueda.

Ante lo cual Ariocho desplazó el hermoso trasero sobre el flexible globo y dijo malhumoradamente:

—El condenado puede seguir su camino. En cuanto a ti, sirviente recalcitrante, no puedo castigarte directamente, pero sí puedo dificultar tu búsqueda hasta que este otro sirviente más fiable haya alcanzado su objetivo, por lo cual le he prometido mucho más de lo que le prometiera Mashabak, porque le prometeré una verdadera muerte.

Un sollozo surgió del interior del peculiar casco de Gaynor, que cayó de rodillas, quizá de gratitud.

Entonces, Ariocho levantó un martillo dorado en cada puño y sus rasgos juveniles se encendieron de regocijo cuando dejó caer primero uno y después el otro sobre la flexible superficie del globo ectoplásmico, y con cada uno de los golpes se escuchó un increíble retumbar, como el del gran gong, mientras que, dentro de la prisión, el conde Mashabak se llevaba unas garras escamosas a sus asimétricas orejas y aullaba en temeroso silencio, como si todos los universos estuvieran angustiados.

—¡Es el Tiempo! —gritó Ariocho—. ¡Es el Tiempo!

Elric también cayó al suelo, gritando, con las manos sobre las orejas. Y Gaynor cayó a su vez, gateando y gritando con un tono de voz tan agudo que sonó incluso por encima del estruendo de los martillos.

Luego se escuchó un silbido bajo y Elric sintió como si alguien le estuviera chupando su sustancia, trozo a trozo, desde este plano hasta otro. Intentó luchar contra la fuerza que sólo un duque del Infierno usaría, puesto que daña a historias y pueblos enteros con la violencia de la ruptura dimensional, pero se vio impotente para ello y su espada rúnica no le ayudó. Tormentosa pareció contenta de abandonar este plano sin vida, puesto que necesitaba alimentarse de almas vivas y Ariocho no le había ofrecido ni un trozo de su reserva.

Sin embargo, mientras observa el estremecimiento del monstruoso reloj que desaparece de su vista, perdiéndose en la neblina, y hasta la misteriosa armadura de Gaynor queda apenas débilmente perfilada contra un paisaje más débil todavía, el albino ve a una enorme figura gris que salta hacia él, con la lengua roja colgándole, los ojos grisverdosos flameantes, los colmillos blancos entrecrocando en su feroz cabeza, y sabe que es el hambriento hombre lobo, tan enloquecido por su falta de alimento que incluso está dispuesto a arriesgarse a probar el filo de Tormentosa.

Pero entonces se da media vuelta, olisqueando, con la salvaje boca formando una mueca y la saliva caliente cayéndole de las mandíbulas, las orejas extendidas primero hacia adelante, luego hacia atrás, y parece curvarse en medio del salto, en el aire, con un solo movimiento fluido, y dirige directamente su gran cuerpo hacia arriba, allí donde el señor Ariocho continúa riendo, para lanzar un grito de verdadera sorpresa cuando Esbern Snare hunde sus colmillos en la garganta de aquel al que ha reconocido como su verdadero torturador.

Tan atónito quedó Ariocho, y tan escasos eran ahora los poderes que le quedaban en este plano, que no pudo ni cambiar de forma ni tampoco sentir el deseo de huir, pues al hacerlo habría dejado suelto a su rival capturado, que podría haberse liberado, y eso era algo que no hubiera podido soportar. Así pues, forcejeó sobre el tambaleante reloj, mientras las almas condenadas de abajo trabajaban frenéticamente para corregir cada impredecible movimiento de la cosa, y lo último que Elric vio de Esbern Snare fue su cuerpo lobuno envuelto en

una feroz luz rojodorada, encendido como si abandonara, con desprendida alegría, los últimos y pocos tizones encendidos de la vida.

Entonces, Elric vio que la esfera ectoplásmica se tambaleaba y caía hacia la tierra, mientras Arioeh y Esbern Snare permanecían enzarzados en su lucha, y algo refulgió y una oscuridad se vertió sobre él, se lo tragó y lo transportó implacablemente a través de las rotas murallas de mil dimensiones, cada una de las cuales elevó su propia voz de protesta, cada una de las cuales explotó con su propio y diferente color encolerizado. Fue lanzado a través del Multiverso con casi la última energía restante que Arioeh había sido capaz de convocar sobre este plano.

Eso era lo que Esbern Snare había sabido, y ésa era la razón por la que había esperado esta oportunidad para ayudar a sus compañeros.

Pues Esbern Snare era, en realidad, un hombre de extremada bondad y cordura. Había vivido durante demasiado tiempo como esclavo de un poder demoníaco. A causa de ello, había visto destruido todo aquello que valoraba. Así pues, aunque no podía reclamar su alma inmortal, sí podía asegurarse al menos de un recuerdo inmortal, de una acción que asegurara que su nombre y el nombre de la persona amada a la que ya nunca volvería a encontrar, quedarán eternamente vinculados en las historias contadas entre los ámbitos en todos los diversos futuros que aún se extendían por delante.

Y eso hizo que Esbern Snare, el hombre lobo del norte, redimiera su honor, si no su alma.

## **Libro tercero**

### **UNA ROSA REDIMIDA; UNA ROSA REVIVIDA**

Tres rápidas espadas para tres hermanas;  
la primera será de marfil,  
la segunda forjada del más raro oro,  
la tercera tallada de un pliegue de granito.

El nombre de la primera espada es Anciano Justo,  
la segunda se llama El Hierro Apremiante  
mientras que la tercera sedienta espada de las famosas tres  
es la hambrienta hoja llamada Libertad.

Wheldrake

*Baladas de la frontera*

## 1

### ***De armas poseídas de voluntad; una reunión familiar; el encuentro con viejos amigos; se reanuda una búsqueda***

Ahora, Elric luchó por resistir la fuerza de Ariocho; extendió la mano izquierda como para agarrarse al tejido de que estaba hecho el tiempo y el espacio, e hizo más lenta su precipitación a través de las dimensiones, sin dejar de aferrar la espada rúnica, que aullaba y farfullaba en su mano derecha, enloquecida ella misma por una misteriosa cólera sobrenatural contra el señor del Infierno, que había empleado los últimos restos de su energía temporal en este plano en un acto final de mezquina y fugaz venganza. Pues Ariocho había demostrado ser tan caprichoso como cualquier otro habitante del Caos, dispuesto a destruir todos los futuros esperados con tal de satisfacer una irritación momentánea. Y ésa era la razón por la que no se podía confiar en el Caos más que en la Ley, inclinada a permitir acciones similares, pero en nombre de unos principios cuyo propósito y sentido se habían olvidado desde hacía tiempo, creando así tanta miseria mortal en nombre del Intelecto como el Caos la creaba en nombre de la Sensibilidad.

Esos pensamientos acudieron a la mente del albino mientras se desplazaba a través de las barreras radiantemente penetradas del Multiverso, durante casi una eternidad, porque cuando la eternidad elude la conciencia, todo aquello que ésta conoce se convierte pronto en la singular agonía de una expectativa nunca satisfecha del todo. La eternidad es el final del tiempo, del sufrimiento de la anticipación; es el principio de la vida, de una vida sin límites. Así, Elric intentó abrazar la belleza y la gracia psíquica de ese perfecto Multiverso prometido, en estado de transformación permanente, entre la Vida y la Muerte, la Ley y el Caos, aceptándolo todo, amándolo y protegiéndolo todo, ese estado de sociedades en cambio continuo, de inteligencias naturales, benigna supernaturaleza, realidades en evolución, paladeando para siempre sus propias diferencias y las de otros, todo ello en una anarquía armoniosa, ese estado natural, en fin, que sólo conocen los sabios, de todas y cada una de las criaturas de todos y cada uno de los mundos y que algunos imaginaron como una sola entidad omnisciente, como la perfecta Suma de la Totalidad.

Mientras un universo tras otro lo absorbía y lo expulsaba, el albino pensó que el amor humano es nuestra única constancia, la única cualidad con la que podemos conquistar la inescrutable lógica de la Entropía. Y, ante eso, la espada tembló en su mano y pareció tratar de retorcerse y liberarse, como si se sintiera disgustada ante tal altruismo sentimental. Pero Elric se aferró a la hoja como si se tratara de su única realidad, de su única seguridad en este desierto de Tiempo y Espacio rotos, donde el significado del color se hacía profundo y el del sonido inimaginable.

Se sacudió de nuevo en su mano y tuvo que sostenerla con más fuerza, mientras la espada infernal empezaba a seguir su propio curso determinado a través de las dimensiones. Fue entonces cuando Elric aumentó su respeto por el extraordinario poder existente dentro de la hoja negra, un poder que parecía surgir del Caos y que, sin embargo, no guardaba lealtad ni al Caos ni a la Ley, pero tampoco servía al Equilibrio; un poder tan meticulosamente perteneciente a sí mismo que exigía pocas manifestaciones exteriores y que, sin embargo, podía ser la profunda contraposición de todo aquello que Elric valoraba y luchaba por crear, como si una lucha abierta quedara simbolizada por este vínculo irónico entre un anhelante idealista y un cínico solipsista; una fuerza que quizá habría podido ser descubierta en la mayoría de las criaturas pensantes y que encontraba

una resolución espectacular en la simbiosis entre Tormentosa y el último señor de Melniboné...

Ahora, el albino volaba detrás de la espada rúnica que se abría un camino para sí misma, como si se impulsara contra el poder de Arioach y rechazara las consecuencias, no por ninguna emoción que Elric pudiera comprender, sino para demostrar algún principio tan meticulosamente mantenido como, quizá, los menos misteriosos principios de la Ley, como si tratara de corregir alguna obscena malformación aparecida en el tejido del cosmos, algún acontecimiento que se negara a permitir...

Elric se vio atrapado ahora por una especie de huracán ultradimensional en el que mil inversiones se produjeron en su cerebro al mismo tiempo y se transformó en un instante en otras mil criaturas diferentes, y donde vivió a lo largo de más de otras diez vidas; un destino sólo mínimamente diferente del que ya le era familiar. Y el Multiverso se hizo tan vasto, tan inimaginable, que empezó a volverse loco sólo de intentar extraer algún sentido de una pequeña fracción de lo que asediaba su cordura, y le rogó a la espada que se detuviera, que hiciera una pausa en su complejo vuelo, para ahorrarle a él tanto sufrimiento.

Pero sabía que la espada le consideraba a él sólo en un segundo plano con respecto a su preocupación principal, que consistía en restablecerse a sí misma en el punto que sintiera era el correcto para ella en el Multiverso... Quizá fuera un impulso no más consciente que el instinto.

Los sentidos de Elric se multiplicaron y cambiaron.

Había un dulce y sereno sonido de rosas, mientras la música de su padre fluía por sus arterias con una desconcertante tristeza..., con una horrible ansiedad..., como para hacerle saber que casi se había terminado el tiempo en el que a Sadric no le quedaría más remedio que buscar el alma de su hijo y unirla a la propia...

Ante lo que la aullante espada rúnica efectuó una ondulación de resistencia, como si eso también atacara sus propias ambiciones y la lógica de su propia e irrazonable determinación por sobrevivir sin compromiso con ninguna otra entidad del Multiverso, ni siquiera, en último término, con Elric, que debía ser aniquilado en cuanto hubiera cumplido su destino final, que en este momento no era conocido por nadie, ni siquiera por la espada rúnica, que no vivía en ningún pasado, presente o futuro comprensible para las criaturas de los Mundos Inferior, Medio y Superior; no obstante, seguía una pauta propia, convocaba energías mucho más vastas que cualquiera que Elric hubiera podido conocer, más incluso de las que se habían necesitado para ayudarle a cambio de las almas no entregadas a Arioach...

—iElric!

—Padre, temo haber perdido tu alma...

—Mi alma nunca se perderá para ti, hijo mío.

Un brillante y repentino rayo de luz dura y rosadorada, como un arma dirigida contra sus ojos, y una sensación de aire congelado contra su carne, y un sonido rítmico, tan familiar, tan maravilloso para él que sintió que las calientes lágrimas rodaban una sola vez, luego dos, sobre sus heladas mejillas...

Así, Gaynor cabalgó hacia El Barco Que Fue  
y lo hizo propio,  
y atrapó a tres hermanas raras,  
para asegurarse el trono del Caos.

La primera de ellas era La Flor no Desplegada,  
la segunda era el Capullo del Deber,  
mientras que la tercera se llamaba la Espina Secreta,  
y su ramaje estaba hecho de sangre.

Sollozante, Elric cayó en los brazos consoladores del poeta de gran corazón, aunque enano, maese Ernest Wheldrake.

— ¡Mi querido buen señor! ¡Mi buen y viejo amigo! Yo os saludo, príncipe Elric. ¿Acaso hay algo que os persigue?

Y señaló hacia los profundos bancos de nieve que cubrían los terraplenes del valle, en los que se divisaba una estela recién hecha, como si Elric se hubiera deslizado desde lo alto del risco hasta el fondo.

—Me alegro mucho de veros, maese Wheldrake.

Se limpió la nieve que le cubría las ropas, preguntándose, y no por primera vez, si había soñado este viaje a través del Multiverso o si acaso el veneno del dragón poseía algo más que cualidades restauradoras. Miró hacia la estela de nieve recién abierta en un pequeño claro de un bosque de abedules y vio a Tormentosa apoyada, casi con naturalidad, contra el tronco de un árbol, y por un instante puro y claro experimentó el odio absoluto de la hoja, esa parte de sí mismo sin la que ya no podía existir o, como le decía continuamente una pequeña voz interior, esa parte que quizá deseaba mantener viva, puesto que sólo en el fragor de la batalla sobrenatural había experimentado un verdadero alivio de la carga de su conciencia.

Echó a andar hacia el árbol con una deliberada lentitud, tomó la hoja y la envainó como pudiera haberlo hecho con un arma corriente, y dirigió de nuevo la atención hacia la expresión desconcertada de su amigo.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí, maese Wheldrake? ¿Es éste un plano con el que estáis familiarizado?

—Bastante, príncipe Elric. Y creo que vos mismo también deberíais estarlo. No hemos abandonado el ámbito en el que fluye el Mar Pesado.

Entonces, Elric se dio cuenta exactamente de lo que había hecho la Espada Negra, al arrastrarle de regreso al mismo mundo del que Arioch había intentado expulsarles. Eso sugería que la espada infernal tenía motivos propios para procurar que él permaneciera aquí. No le dijo nada de todo esto a Wheldrake, sino que se limitó a escuchar, mientras su amigo le explicaba cómo Charion Phatt se había reunido finalmente con su tío Fallogard y su abuela.

—Pero Koropith continúa perdido por d momento —concluyó el poeta—. Fallogard, sin embargo, ha percibido una fuerte sensación de la presencia de su hijo— Así que tenemos la esperanza, querido príncipe, de que todos los Phatt supervivientes vuelvan a experimentar pronto los placeres de la seguridad familiar. —Bajó el tono de voz hasta convertirlo en una especie de chirrido conspirativo, y añadió—: Se ha empezado a hablar de un posible matrimonio entre yo mismo y mi querida Charion.

Y antes de que pudiera lanzarse a declamar sus versos, las ramas cubiertas de nieve que cruzaban un camino del bosque se apartaron y ante ellos apareció una Charion segura de sí misma, que tiraba de los mangos de unas parihuelas sobre las que se hallaba sentada madre Phatt, que sonreía y asentía, como una reina en una procesión, mientras el otro extremo era sostenido por su hijo, alto y desaliñado, que dirigió una gran sonrisa de reconocimiento hacia el albino, como uno podría saludar a un rostro familiar encontrado en una taberna local.

Sólo Charion pareció poco perturbada por el hecho de descubrir al recién llegado.

—Percibí vuestra destrucción hace un año —dijo con serenidad, después de que ella y su padre dejaran en el suelo las parihuelas sobre las que transportaban a su abuela—. Percibí que salíais explosivamente de cualquier forma reconocible de existencia. ¿Cómo habéis podido sobrevivir a eso? ¿Sois Gaynor o alguien capaz de cambiar de forma, disfrazado ahora de Elric?

—Os aseguro que sólo soy el mismo \*1 que ya conocéis —le dijo Elric, también perturbado—. Por alguna razón, el Destino no quiere verme aniquilado todavía. Parece, en realidad, como si pudiera sobrevivir con bastante éxito a la aniquilación.

Fue esta última y pequeña ironía lo que pareció convencerla y relajarla. Pero estaba claro que cada uno de los sentidos psíquicos que poseía lo investigaban en busca de señales de impostura.

—Sois realmente una criatura notable, Elric de Melniboné —dijo Charion Phatt antes de darse media vuelta para atender a su abuela.

—Me alegro de que nos encontrarais, señor. Hemos percibido unas excelentes insinuaciones referentes a mi hijo perdido —dijo Fallogard Phatt alegremente, sin darse cuenta de las sospechas de su sobrina—. Así que, poco a poco, casi sin darnos cuenta, hemos vuelto a ser concretos. Imagino que ya sabéis lo que pretende mi sobrina, ¿verdad?

Charion Phatt se ruborizó como una jovencita, ante su propio y furioso azoramiento, pero la mirada que dirigió hacia el pequeño poeta no fue muy diferente a la forma en que había mirado a un cierto sapo, pues nunca hay nada sino una aparente paradoja en las elecciones tomadas por los amantes.

Madre Phatt abrió su alegre boca roja en la que todavía brillaban unos pocos colmillos y gritó:

— ¡Ding, dong por los seis tristes grises! ¡Ding, dong por los vacilantes! — Era como si, en su senilidad, se hubiera visto poseída por un papagayo enloquecido. Sin embargo, hizo un gesto de aprobación ante la elección de su nieta y el guiño que le dirigió a Elric estaba lleno de un ingenio consciente y, cuando él se lo devolvió, estuvo seguro de que ella le sonrió—. Días oscuros para el muchacho del lirio blanco; idías brillantes para la alegría misteriosa! Fiesta del mal, fiesta del bien, exquisito festín de los descendientes del Caos. Festeja el diablo, festeja el hijo; días oscuros para el brillante. Porque las flores del bosque florecen por la noche, y los barcos del océano navegan hacia tierra. ¡Ding, dong por el muchacho del lirio blanco! ¡Ding, dong por los buenos y los malos que navegan por terrenos agrestes y plantan el grano en el mar! El Caos ha llegado al país de las Tres.

Pero cuando le preguntaron acerca del significado de sus palabras, si es que lo tenía, ella se limitó a echarse a reír y pidió que le sirvieran su té.

—Madre Phatt es una anciana muy ávida —le confió a Eric—. Pero no ha dejado de hacer sus cosas en el pasado, creo que estaréis de acuerdo en ello. Madre Phatt, sentada bajo un árbol, trajo a la Eternidad a cinco hijos fuertes.

—¿Koropith, entonces, no está lejos de aquí? —le preguntó Elric a Fallogard Phatt—. Acabáis de decir que lo habéis percibido.

—Hay demasiado Caos, ¿comprendéis? —exclamó el alto clarividente con un asentimiento vigoroso—. Resulta difícil apartarlo, mirar a través de él, convocarlo. Es difícil escuchar una respuesta. Está todo muy confuso, señor. El cosmos siempre es confuso cuando el Caos se pone a trabajar. Este mundo se encuentra

amenazado, ¿comprendéis, señor? Hace ya mucho tiempo que llegaron los primeros invasores. Pero, por lo visto, hay algo que los contiene.

Elric pensó de nuevo en la espada rúnica, aunque tenía la impresión de que su hoja ni ayudaba ni se oponía al complicado flujo de los acontecimientos; simplemente, había luchado por regresar al plano en el que tenía que ser un cierto tiempo, durante un cierto movimiento del universo. Aquí, algún otro poder luchaba contra el Caos, de eso estaba bastante seguro. Y se preguntó dónde estarían las tres hermanas y qué papel jugarían en todo esto. Que ellas poseían ciertos tesoros que codiciaban tanto él mismo como Gaynor, era casi todo lo que sabía, aparte de la balada de Wheldrake que era, en su mayor parte, invención del propio poeta y, por lo tanto, de muy poca utilidad como oráculo objetivo. ¿Existían realmente las hermanas? ¿No serían acaso una completa creación del bardo de Putney? ¿No estarían persiguiendo todos una quimera, la creación de una imaginación demasiado romántica y excesivamente pintoresca?

En el tercer día gris del tercer mes gris,  
tres hermanas cabalaron hacia Radinglay  
en busca de tres tesoros que habían perdido  
ante el sonriente señor de El Barco Que Fue.

—Bien, señor —dijo Elric mientras ayudaba a encender la hoguera, pues habían planeado acampar aquí incluso antes de su repentina llegada—. Esas rimas vuestras, ¿os dan alguna pista sobre el paradero de las hermanas?

—Debo admitir, señor, que he modificado un poco los versos para permitir la introducción de nuevas cosas de las que me he enterado, así que no soy una fuente fiable de la verdad, señor, salvo en su sentido más fundamental. Lo mismo que sucede con una gran mayoría de poetas. En cuanto a Gaynor, tenemos insinuaciones sobre su paradero, pero ninguna respecto a maese Snare. Nos preguntábamos qué habría sido de él.

—Se sacrificó —dijo Elric con franqueza—. Creo que también me salvó a mí de la furia desatada de Arioach. Por lo que yo sé, Arioach fue arrastrado por él fuera de este plano, y creo que murió en ese acto de expulsión del señor del Infierno.

—¿Habéis perdido entonces a vuestro aliado?

—He perdido a un aliado, maese Wheldrake, del mismo modo que he perdido a un enemigo. Parece ser que también he perdido un año en el ámbito. No obstante, no lamento la pérdida de mi patrono, el duque de la Entropía...

—Y, sin embargo, el Caos continúa siendo amenazador —dijo Fallogard Phatt—. Todo este plano huele a eso. Como si se cerniera antes de devorar todo este mundo.

—¿Es a nosotros a quien desea el Caos? —quiso saber Charion Phatt.

Pero su tío negó con un gesto de la cabeza.

—No es a nosotros, muchacha. No siente avidez por nosotros. Creo que, por el momento, no somos más que una pequeña irritación para él. Ya no somos útiles. Pero preferiría librarse de nosotros. —Cerró sus pesados párpados antes de añadir—: Sé que se está poniendo furioso. Ahora está Gaynor... Miradlo, oledlo, palpadlo..., a Gaynor. Sentid su presencia, mirad cómo cabalga... lejos, lejos... Allá va cabalgando. Creo que todavía busca a las hermanas. ¡Y está a punto de descubrirlas! Gaynor sirve al Caos y a sí mismo. Es un poder sutil. Desean poseerlo. Sin ese poder nunca podrán conquistar por completo este plano. Las hermanas..., ah, por fin. Percibo a las hermanas. ¿Buscan a otro Gaynor? ¿Al Caos? ¿Qué es esto? ¿Una alianza? Ellas buscan..., no, creo que no buscan a

Gaynor. ¡Ah! La materia del Caos es demasiado fuerte... Nuevamente neblina. Una neblina incierta...

Levantó la cabeza y se quedó con la boca abierta ante el frío aire del crepúsculo, como si hubiera estado a punto de ahogarse en aquel mar psíquico en el que a menudo era el único viajero...

—Gaynor cabalgó para dirigirse hacia las montañas del este —dijo Elric—. ¿Están las hermanas todavía allí?

—No —contestó Fallogard Phatt con el ceño fruncido—.

Hace ya tiempo que han abandonado Mynce y, sin embargo..., tiempo, Gaynor ha ganado tiempo. Ha sido ayudado en esto..., ¿hay una trampa? ¿Qué? ¿Qué? ¡No puedo verle!

—Tenemos que levantar el campamento temprano —dijo Charion con su habitual sentido práctico—, y tratar de encontrar a las hermanas antes de que lo haga Gaynor. Pero nuestro primer deber es con la familia. Koropith está aquí.

—¿En este plano? —preguntó Elric.

—O en uno que actualmente se cruza con este ámbito. —Partió un trozo de cuero azucarado y se lo ofreció al albino, que negó con un gesto de la cabeza, ya que no le gustaban las carnes dulces del mundo de ella donde, según aseguraba Wheldrake, el sabor de la comida era todavía peor que en su propio mundo—. Me pregunto si alguien más, aparte de yo misma, tiene alguna idea sobre la voluntad positiva de Gaynor de causar mal.

Y al volverse para mirar hacia el fuego, sus ojos quedaron ocultos a todos los presentes.

Por la mañana, la nieve caía suavemente, cubriendo las cicatrices que habían dejado tras de sí, los caminos que se extendían ante ellos, y el mundo era amargamente frío y silencioso cuando caminaron penosamente a través del bosque, siguiendo la línea de lo alto del risco que se elevaba por encima de ellos y suponiendo, a partir de la tenue luz del sol, la dirección en la que caminaban. Pero avanzaron sin vacilaciones, uno detrás de otro, en pos de un rastro psíquico a través de este mundo en el que parecían ser las únicas criaturas vivas. Se detuvieron brevemente para descansar, para atender a las necesidades de madre Phatt, para hervir las bebidas calientes hechas a base de hierbas que ella misma les había indicado que recogieran, y que eran de lo que se alimentaban principalmente, junto con la carne dulce que Charion llevaba consigo. Luego, volvieron a levantarse y continuaron su camino por donde la nieve fuera menos profunda, mientras madre Phatt inspeccionaba los musgos y las cortezas que le traían, y ella les decía que este ámbito se encontraba atenazado por el invierno desde hacía más de un año y que eso, sin lugar a dudas, era obra del Caos. Murmuró y habló de viejos Gigantes de Hielo y de un Pueblo del Frío y de las leyendas del pueblo de su madre, que, según ella afirmaba, había pertenecido a la raza que llegó antes que el hombre, que había gobernado en Cornualles antes de que el nombre de ese territorio fuera pronunciado por lenguas humanas. Según dijo, había existido en cierta ocasión alguien que también había sido príncipe, un príncipe perteneciente a la antigua raza, mientras que la mujer con la que se casó pertenecía a la nueva. Los hijos de esa unión fueron los antepasados de su madre.

—Ésa es la razón por la que estamos tan bien dotados con la segunda visión —le dijo a Elric con un tono de voz íntimo, dándole una palmadita en la espalda cuando él se arrodilló a su lado durante uno de sus breves descansos. Le habló como pudiera haberlo hecho con uno de sus nietos favoritos—. Y los miembros

de ese pueblo no tenían un aspecto muy distinto al vuestro, a excepción de la pigmentación de la piel.

—¿Eran de Melniboné?

—¡No, no, no! Esa palabra no tiene significado alguno. Éstos pertenecían al gran pueblo Vadhagh, que llegó antes que los Mabden. Así que es muy posible que vos y yo seamos parientes, príncipe Elric.

Su inteligencia quedaba completamente al descubierto por un momento, complementada por su buen humor. Y Elric, al mirarla directamente a los ojos, creyó haber contemplado el rostro mismo del Tiempo.

—¿Somos los dos de esa sangre heroica? —preguntó ella.

—Parece muy probable, señora —contestó Elric con suavidad, sin enterarse apenas de lo que ella hablaba, pero contento de ayudarla a suavizar la carga que llevaba consigo y de la que parecía resentirse de alguna forma.

—Y me temo que también estamos destinados a soportar una buena parte de la aflicción del mundo —dijo ella.

Tras decir esto empezó a reírse y a cantar de nuevo.

—¡Dingy, dongy, bongy! ¡El viejo Pim chapotea en el agua! ¡Llama al rico y vivo muchacho para que se desangre y pueda florecer mayo! —Después de lo cual empezó a aporrear el plato con la cuchara, produciendo un ruido horrible—. ¡Desde la sangre hasta el cerebro, salta el recuerdo del dolor!

—¡Oh, mamá! ¡Oh, ijadas de mi creación! Cuando el Caos nubla tanto las cosas, tus recuerdos de antiguas salvajadas no hacen sino nublar todavía más mi vista —dijo Fallogard con una nerviosa gracia y manos inquietas.

—Morderán y arrancarán a la pobre y vieja mamá los últimos restos de su cerebro.

La anciana matrona hizo intervenir toda su reserva de patetismo para encantar a su hijo, pero éste se mostró inflexible.

—Mamá, ya casi hemos encontrado a Koropith, y el camino parece que va a ser duro a partir de ahora. Tenemos que ahorrar nuestras energías. Tenemos que contener la lengua y dejar de distribuir hechizos y sonidos al azar, o dejarás detrás de nosotros un rastro de brujería como para que lo pueda seguir hasta un ejército. Y eso nunca es prudente, mamá.

—La prudencia nunca escabechó a las ratas —dijo madre Phatt con una última risa.

Pero obedeció a su hijo y aceptó su lógica.

Elric había empezado a darse cuenta de que el aire era algo más cálido, que el hielo se hundía en los árboles, mientras que la nieve caía pesadamente sobre el terreno blando y quedaba absorbida con rapidez. Esa misma tarde, bajo un sol intenso, se cruzaron con una hilera de hombres-bestias, cubiertos por grotescas armaduras, torturados en formas todavía más extrañas y envueltos en un sudario de hielo que ardía al tacto, pero a través del cual vieron ojos que se movían, labios que se esforzaban por hablar, extremidades congeladas en actitudes de agonía, perpetua. Fallogard Phatt, de acuerdo con Elric, llegó a la conclusión de que se trataba de un pequeño ejército del Caos, derrotado por alguna brujería desconocida, ¿quizá como consecuencia de un esfuerzo de la Ley? Ahora cruzaban un desierto por el que corría lo que era, casi con toda seguridad, un curso artificial de agua de la que pudieron beber.

El desierto terminó al día siguiente y vieron por delante de ellos el inmenso follaje de un bosque denso y tenebroso, cuyos árboles tenían hojas tan

largas como un nombre, con troncos tan delgados y nudosos como cuerpos humanos, y cuyo vivido follaje mostraba profundas tonalidades escarlatas y amarillas, polvorientos marrones y nublados azules mientras que, entremezclados con estos colores tan ricos y amenazadores, se veían hilillos de pálido rosa y venas de púrpura o de gris, como si el bosque se alimentara de sangre.

— ¡Creo que es aquí donde encontraremos a nuestro hijo pródigo! —dijo Fallogard Phatt cordialmente.

Sin embargo, hasta su propia madre observó con expresión dudosa aquella maraña amenazadora de macizas flores y ramas sinuosas, a través de la cual no parecía detectarse el menor atisbo de existencia, de un camino que la atravesara.

Pero Fallogard Phatt, que ahora se encontraba al frente de las parihuelas, continuó avanzando con rapidez, lo que hizo que su sobrina, más baja de estatura, tuviera que dar pasos rápidos para mantener el equilibrio y el impulso de su propio avance, hasta que le gritó a su hijo que se detuviera un poco cuando éste ya se lanzaba hacia el bosque pegajoso y casi reptilisco.

Contento de encontrarse a la sombra, Elric se apoyó contra uno de los troncos. Fue como si se hundiera sobre carne blanda. Enderezó la espalda de inmediato y desplazó el peso de un pie a otro.

—Esto es, sin duda, obra del Caos —dijo—. Estoy familiarizado con esta clase de creaciones, medio animales, medio vegetales, que suelen ser los primeros crecimientos que el Caos consigue en cualquier mundo. Se trata, esencialmente, de detritus de brujerías poco hábiles, y ningún emperador de Melniboné que se respetara a sí mismo habría desperdiciado su tiempo con esta materia. Pero el Caos, como sin duda ya habréis aprendido, tiene muy poco gusto, mientras que la Ley, naturalmente, lo tiene en exceso.

Descubrieron que avanzar por el bosque les resultaba bastante más fácil de lo que habían imaginado, pues las ramas carnosas se apartaban con facilidad, y sólo ocasionalmente uno de los brotes se aferraba sensualmente a un brazo, o una parte de la cara, mientras que un brillante tentáculo verde abrazaba el resto del cuerpo como los brazos de un amante. Aquellas cosas, sin embargo, no estaban muy animadas por la energía del Caos y el progreso de Fallogard Phatt apenas se veía bloqueado durante mucho tiempo.

Hasta que, sin la menor advertencia, la jungla dejó de ser orgánica y se convirtió en cristalina.

La luz pálida de mil sombras atravesaba los prismas de lo alto del bosque, refulgía y se deslizaba de una rama a una hoja de cristal, fluía bajando por los troncos y a través de las enredaderas y Fallogard Phatt continuaba a pesar de todo su incansable avance a través de la jungla, pues los cristales cedían con la misma facilidad con que habían cedido las ramas.

—Y esto será, sin duda, la obra de la Ley, ¿verdad? —le preguntó Charion Phatt a Elric—. ¿Toda esta belleza estéril?

—Así lo diría yo —asintió Elric.

Estudió la forma en que la luz caía en bloques multicolores, uno sobre el otro, hasta que el suelo del bosque quedaba inundado de luz, como rubíes, esmeraldas y oscuras amatistas, de modo que ellos se encontraban hundidos en aquella luz hasta las rodillas y vadeaban a través de esta riqueza de pigmentos que también se reflejaban en sus pieles de modo que hasta el propio Elric era igual a sus amigos, pues todos se maravillaban al contemplar su carne moteada y cambiante que parecía relucir y bailotear con los cristales que les rodeaban. Llegaron y entraron en una enorme caverna de fría radiación plateada, donde un

agua distante lamía suavemente las orillas, y experimentaron entonces una paz intensa, como Elric sólo había conocido antes en Tanelorn.

Y fue allí donde Fallogard Phatt se detuvo y le indicó a su sobrina que descendiera las parihuelas sobre el musgo de dulce olor que cubría el suelo de la caverna.

—Hemos entrado en una zona donde no gobierna ni la Ley ni el Caos, donde quizá se acepta el gobierno del Equilibrio. Aquí encontraremos a Koropith. Aquí buscaremos a las tres hermanas.

Entonces, procedente de alguna parte situada por encima de donde ellos se encontraban, allí donde el techo de la caverna captaba la luz de un sol poniente y la reflejaba hacia abajo, llegó hasta ellos un grito tenue y enojado y una voz que les llamaba desde una galería distante:

—¡Apresuraos, idiotas! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Gaynor está aquí! ¡Ha capturado a las hermanas!

## 2

### ***Reunión con la Rosa; más alegría familiar; el frustrado robo de Gaynor y el encuentro final de las hermanas. Un extraño giro mas de la Rueda del Destino***

—¡Koropith, alivio de mi corazón! ¡Oh, mi belleza! ¡Oh, mi fruto!

Fallogard Phatt miró a través de los dardos de luz entrecruzada, a través de las galerías de verde follaje y oscura roca, de las flores de rico olor, y tendió los delgados dedos hacia su hijo.

—¡Rápido, padre! ¡Apresuraos todos! ¡Por aquí! ¡No tenemos que permitirle que se salga con la suya!

La voz del muchacho era tan clara como una fuente de montaña. Su tono de voz, en cambio, era desesperado.

Elric había encontrado unos escalones tallados en la pared de la cueva, que ascendían en caracol hacia el techo. Sin pensárselo dos veces, empezó a subirlos, seguido por Fallogard y Charion Phatt, y dejando a Wheldrake para que protegiera a mamá Phatt.

Subieron a través de la fría tranquilidad de aquella cueva alta y Fallogard Phatt, jadeante, observó que el lugar era como una catedral natural, «como si Dios la hubiera colocado aquí como ejemplo para nosotros» (pues él era monoteísta por disposición y por historia), y de no haber sido por los gritos urgentes de su hijo, se habría detenido para observar la belleza y maravillarse ante ella.

—¡Ahí está! ¡Ahora son dos! —gritó Wheldrake crípticamente desde abajo—. ¡Ya casi habéis llegado! ¡Cuidado, cariño mío! ¡Cuidad de ella, Fallogard!

Charion no necesitó ayuda de nadie. Con pie seguro y la espada ya desenvainada en la mano, siguió con rapidez a Elric, a quien habría sobrepasado si hubiera habido espacio en los estrechos escalones.

Llegaron a una galería cuya pared estaba hecha de una especie de seto, que crecía densamente desde el costado del risco y que estaba claramente diseñado para proteger a cualquiera que utilizara el camino. Elric quedó maravillado ante la capacidad artística del pueblo que había vivido aquí, y se preguntó si alguno de ellos habría sobrevivido a la llegada del Caos a su mundo. En tal caso, ¿dónde estaban?

La galería se hizo más ancha y se transformó en la entrada a un gran túnel.

Y allí estaba Fallogard Phatt, respirando con dificultad ante la ardiente inmediatez de su apurada situación, pero llorando al volver a ver a su padre y a su prima.

—¡Rápido, padre! ¡Gaynor la destruirá si no nos damos prisa! Existe la posibilidad de que los destruya a todos, de que destruya a todo el mundo.

Y se precipitó por delante de ellos, deteniéndose sólo para asegurarse de que le seguían antes de echar a correr de nuevo, sin dejar de gritar. Había ganado en altura y parecía haber perdido peso; se estaba convirtiendo en un joven muy delgado, tan angular y larguirucho como su padre. Avanzaron rápidamente por galerías de luz verde, por pacíficas cámaras, conjuntos de habitaciones que daban a la vastedad de la propia cueva, desde ventanas hábilmente dispuestas cerca del techo, ninguna de las cuales estaba ocupada y

todas ellas mostrando un débil aspecto de desolación. Se precipitaron por escaleras curvadas y pasillos graciosamente sinuosos, a través de una ciudad que era un palacio, o de un palacio que era tan grande como una ciudad, donde un pueblo apacible había vivido en armonía civilizada...

Y hasta ellos llegó el sonido de una pareja enzarzada en un combate psíquico, sobrenatural y físico, una explosión de luz anaranjada, un derrumbamiento de una cierta clase de oscuridad, el giro alocado de colores que no parecían naturales, seguido por sonidos como si se tratara de los latidos profundos e irregulares de un corazón...

Y Elric avanzaba delante de todos hasta penetrar en un salón que rivalizaba con la gran cueva de abajo en su inteligencia artística y delicada configuración arquitectónica, convertido casi en un homenaje a la cueva misma...

Y tumbada sobre un suelo de pálido mármol azul atravesado por venas del más sutil color plateado, se encontraba el cuerpo de una mujer joven vestida de marrón y verde, cuya gran mata de cabello rosadorado la identificó de inmediato. Había una espada en su inmóvil mano derecha y todavía sostenía una daga en la izquierda.

— ¡Ah, no! —gritó Koropith Phatt con voz angustiada—. ¡No puede estar muerta!

Elric, tras envainar a Tormentosa, se arrodilló a su lado, trató de percibir el pulso y lo detectó, débil pero continuo, en el frío cuello, justo en el momento en que ella abrió sus encantadores ojos castaños y frunció el ceño al verle.

—¿Gaynor? —murmuró.

—Por lo visto se ha marchado —dijo Elric—. Y creo que se ha llevado a las hermanas consigo.

—¡No! ¡Estaba segura de haberlas protegido!

La Rosa efectuó un débil movimiento con los brazos, trató de incorporarse y no lo consiguió. Koropith Phatt se inclinó por encima del hombro de Elric, murmurando palabras de impotente preocupación. Ella le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—No he sufrido daño alguno —le dijo—. Simplemente, me siento exhausta. —Respiró rápidamente dos veces—. Creo que Gaynor cuenta en esto con la ayuda de un señor del Caos. Necesité de todos los hechizos que compré en Oio para resistirle. Me ha quedado bien poco.

—No creía que fuerais una hechicera tan buena como espadachina —dijo Elric, ayudándola a sentarse.

—Nuestra magia es de orden natural —dijo ella—, pero no todos nosotros elegimos practicarla. El Caos dispone de pocas armas contra ella, lo que demostró ser una buena ventaja para mí, aunque había confiado en poder aprisionarlo y obtener detalles sobre lo sucedido.

—Creo que todavía es un empleado del conde Mashabak —dijo Elric.

—Eso, señor, ya lo sé —asintió la Rosa con suavidad y con un significado que sólo estuvo claro para ella.

Pronto la tuvieron sentada sobre un banco rodeado de cojines, con la pálida piel rosada ahora a la suave luz del salón azulado, y con el cabello suelto sobre la delicada cabeza, como pétalos.

Transcurrió algún tiempo antes de que Koropith regresara acompañado por Wheldrake y mamá Phatt, tras haber seguido por túneles más fáciles de ascender que por los escalones exteriores. Para entonces, la Rosa ya estaba en

condiciones de contarles lo que había ocurrido después de que llegara hasta esta cueva, «deslizándome a través de las dimensiones como un ladrón furtivo». Había descubierto a las hermanas escondidas, que habían fracasado en una búsqueda propia que las había llevado tan lejos hasta el momento. Les había ofrecido su ayuda, y no por primera vez, y en esta ocasión ellas se mostraron contentas de aceptarla, pero alguna ruptura del tejido cósmico tuvo que haber sido detectada por Gaynor, cuya propia fortaleza se encontraba a no más de setenta kilómetros de aquí, y a la que había llegado acompañado por un pequeño ejército, dispuesto a apoderarse de las hermanas y de su tesoro. No había esperado encontrar resistencia, sobre todo mediante una magia singular controlada por la Rosa, que era de una naturaleza demasiado sutil como para que el Caos la comprendiera con facilidad.

—Mi magia no la derivo ni de la Ley ni del Caos —dijo ella—, sino del mundo natural. A veces, se necesita todo un siglo para que uno de nuestros hechizos sofoque las raíces de alguna tiranía espectacular, pero cuando ésta muere, su muerte es profunda. Fue nuestra vocación el buscar la tiranía y destruirla. Y tuvimos tanto éxito en nuestro empeño que empezamos a encolerizar a ciertos señores de los Mundos Superiores, que gobernaban a través de esa clase de gente.

—Sois las Hijas del Jardín —dijo Wheldrake interrumpiéndola—. Creo que hay una vieja historia persa que habla de vos. O quizá proceda de Bagdad. Las Hijas de la Justicia fue otro de vuestros nombres... Pero fuisteis martirizadas... Disculpadme, señora, pero había una historia...

Llegó el cruel conde Malcolm a aquel territorio,  
con fuego y acero en cada mano,  
y una maldición que emponzoñaba su aliento;  
busco las flores de Bannon Brae,  
les traigo dolor y muerte.

—Santo cielo, señora, a veces creo sentirme atrapado en una vasta e interminable épica de mi propia invención.

—¿Recordáis cómo termina la vieja balada, maese Wheldrake?

—Claro, hay uno o dos finales —contestó éste diplomáticamente.

—Sin embargo, recordáis un cierto final, ¿verdad?

—Lo recuerdo, señora —contestó Wheldrake, y una expresión horrorizada se extendió por su rostro—. ¡Oh, señora! ¡No!

—En efecto —dijo la Rosa.

Y luego habló con lentitud, como si lo hiciera con gran esfuerzo y una fortaleza fatigada...

Cada hierro que arde en Bannon Brae,  
era un alma sumida en cruel tormento.  
El conde Malcolm, que había cortado las luminosas flores,  
no dejó sino una sola para que entonara un lamento.

—Yo fui la única flor que no cortó —dijo la Rosa— aquel que la balada llama «el conde Malcolm». Aquel al que había precedido Gaynor, con sus mentiras referentes a sus propias luchas heroicas contra las fuerzas de la Oscuridad. —Se detuvo un momento, como para contener una lágrima—. Así fue como nos vimos sorprendidas por la invasión. Confiamos en Gaynor. De hecho, yo misma hablé en su favor. Pude apreciar que era muy económico en el empleo de sus métodos.

Nos engañó a todas con las mismas y pocas historias. Nuestro valle quedó reducido a un páramo en cuestión de pocas horas. Ya os podéis imaginar el cataclismo que se produjo, pues no estábamos preparadas para el Caos, que sólo podía penetrar en nuestro ámbito a través de un agente mortal. A través del propio Gaynor y de las inconscientes estúpidas a las que engañó.

—¡Oh, señora! —exclamó Wheldrake de nuevo, ante lo que ella extendió una mano amistosa para consolarlo, pero fue él quien la consoló a ella—. La única flor...

—Salvo una sola —dijo ella—, pero ella recurrió a una desesperada hechicería y encontró una muerte impía...

—Entonces, ¿las hermanas no son parientes vuestras? —preguntó Fallogard Phatt—. Yo había imaginado...

—Hermanas en espíritu, quizá, aunque no son de mi vocación. Ellas tratan de resistir a un enemigo común, que es la razón por la que las he ayudado hasta ahora. Pues ellas, entre otros, poseen la llave que me permitirá alcanzar mi objetivo particular.

—Pero ¿adonde se las ha llevado Gaynor? —quiso saber ahora Charion Phatt—. ¿Decís que su fortaleza sólo se encuentra a setenta kilómetros de distancia?

—Y se halla rodeada por un ejército del Caos que sólo espera recibir una orden suya para lanzarse contra nosotros. Pero todavía no sé si tiene en su poder a las hermanas.

—¿Estáis segura de que se las llevó consigo? —preguntó Charion.

Pero la Rosa sacudió la cabeza. Poco a poco, recuperaba sus fuerzas y ahora ya pudo caminar sin ayuda.

—Tuve que ocultarlas de él. Disponía de tan poco tiempo. No podía esconder sus tesoros con ellas. Pero no sé si pude actuar con la suficiente rapidez.

Era evidente que no deseaba que se le hicieran más preguntas sobre el incidente, así que le preguntaron a ella y a Koropith qué había sucedido en la calzada de los gitanos. Ella les contó cómo había encontrado a Gaynor y a las hermanas en el mismo instante en que Mashabak se disponía a cortar el puente. Había sido convocado, naturalmente, por el propio Gaynor.

—Intenté detener a Mashabak y salvar tantas vidas como pudiera. Pero al hacerlo, permití que Gaynor escapara, aunque no con las hermanas, que se las habían arreglado para librarse de él. Intenté advertir a los gitanos de lo que ocurría, y cuando eso no tuvo éxito me dirigí en busca de Gaynor, o de Mashabak. Tanto Koropith como yo estuvimos cerca de encontrarlos en diferentes ocasiones, pero ahora sabemos que regresaron aquí, como hicieron las hermanas. El Caos acumula fuerzas. Este ámbito es casi suyo, a excepción de la resistencia opuesta por nosotros mismos y por las hermanas.

—Tengo poco estómago para realizar un viaje hasta la corte del Caos, señora —dijo Wheldrake con lentitud—, pero si puedo seros de alguna ayuda en esta cuestión os ruego que os toméis toda la libertad de hacer uso de mí como mejor os convenga —le ofreció, con una grave y ligera inclinación.

Y Charion, que estaba al lado de su prometido, puso su propia espada e ingenio al servicio de la Rosa.

Todo lo cual fue aceptado graciosamente, pero con una mano levantada a modo de advertencia.

—Todavía no sabemos lo que debemos hacer —dijo ella, incorporándose con la túnica de terciopelo cayéndole en pliegues sobre el banco de mármol.

Irguió entonces su maravillosa cabeza, unió los labios y lanzó un silbido.

Se escuchó entonces el sonido de unos pies palmeados sobre los suelos de mármol y un caliente jadeo, como si la Rosa hubiera convocado a los Perros del Infierno para que la ayudaran. Entonces entraron en el salón tres enormes perros, grandes perros lobo de colgantes lenguas rojas y colmillos anteriores a la presencia humana: un sabueso blanco, un sabueso azulgrisáceo y un sabueso dorado pálido, dispuestos, por lo visto, a entrar en combate con cualquier enemigo, o a perseguir a cualquier presa. Se agruparon al lado de la Rosa y la miraron al rostro, como dispuestos a obedecer la más nimia de sus órdenes.

Pero, entonces, uno de los perros miró a un lado y vio a Elric. Inmediatamente se puso agitado, y empezó a gruñir suavemente, atrayendo la atención de los otros dos sabuesos, hasta que Elric se preguntó si éstos no serían parientes cercanos de Esbern Snare que no aprobaban el acto de sacrificio del hombre lobo para salvar a Elric.

A continuación, se irguieron y se movieron hacia el albino, al tiempo que la Rosa gritaba sorprendida; les gritó para que se contuvieran.

Pero no le hicieron caso.

Elric no temía a los grandes sabuesos, que no dejaban de aproximarse a él. De hecho, había en ellos algo que le tranquilizaba, a pesar de lo cual se sentía profundamente extrañado.

Se acercaron más a él, dieron vueltas a su alrededor, olisqueándolo misteriosamente, sin dejar de intercambiar suaves gruñidos entre ellos, hasta que al final parecieron sentirse satisfechos y regresaron pasivamente al lado de la Rosa, que parecía sentirse desconcertada.

—Me disponía a explicaros por qué debemos esperar antes de emprender acción alguna —dijo—. Estos sabuesos son las tres hermanas. Las he puesto bajo el influjo de un hechizo para protegerlas de la brujería de Gaynor, así como para proporcionarles un medio de defenderse a sí mismas, pues como veis están privadas de toda magia e ingenio y por eso han fracasado en su búsqueda.

—¿Cuál era la naturaleza de esa búsqueda? —preguntó Elric con suavidad adelantándose a los otros y observando con una nueva curiosidad a los perros, que le devolvieron la mirada con una especie de anhelo abstraído.

—Era a ti a quien buscábamos —dijo el sabueso dorado.

De repente, se incorporó sobre las cuatro patas y con un solo movimiento fluido se transformó en una mujer vestida de seda del mismo color del que había sido su pelaje, y su rostro era de esa misma clase, alargado y refinado, que Elric reconoció como perteneciente a su propio pueblo. El pelaje grisazulado se transformó en seda del mismo color, y el blanco en blanco, hasta que las tres hermanas se encontraron de pie ante él como figuras diminutas, pero de inconfundible origen melniboneano.

—Era a ti a quien buscábamos, Elric de Melniboné —repitieron ahora las tres, al unísono.

Tenían un cabello negro que enmarcaba los exquisitos rasgos de sus rostros, como si fueran cascos; grandes y almendrados ojos de color violeta, una piel rubia como el latón más pálido, los labios formaban arcos perfectos...

Y sólo le habían hablado a él. Habían utilizado el viejo y alto lenguaje de Melniboné que resultaba difícil de comprender incluso para alguien como Wheldrake.

Confrontado con este inesperado giro de los acontecimientos, Elric retrocedió involuntariamente un paso. Luego se afianzó, se inclinó brevemente ante ellas y se descubrió, a pesar de todo lo que había jurado, efectuando el viejo saludo de sangre de las familias gobernantes del Imperio Brillante.

—Estoy vinculado a vosotras y a vuestros intereses.

—Y nosotras a los tuyos, Elric de Melniboné —dijo la mujer que vestía de dorado—. Soy la princesa Tayaratuka, y éstas son mis hermanas, también de la casta, la princesa Mishiguya y la princesa Shanug'a. Príncipe Elric, te hemos seguido a través de milenios y de mil esferas.

—Y yo os he seguido a vosotras sólo durante unos pocos cientos de años y quizá a través de quinientas esferas —dijo Elric modestamente—, pero parece que soy el zorro que caza a la comadreja...

—¡Cuando el loco Jack Porker arriesgó la pierna! —gritó entonces mamá Phatt desde el lugar donde disfrutaba del lujo de un cojín nuevo y unas sábanas lujosas—. ¿Quiere eso decir que nos hemos estado siguiendo los unos a los otros en círculos? ¡Lo veis! ¡Ya sabía yo que en todo esto había una pauta! En alguna parte, siempre existe una pauta. ¡Dongy, dingo, el muchacho perdió su humor! Es la famosa carrera de siempre. El juicio de Porker por accidente. Su última precipitación fue del más puro heroísmo. Todo el mundo lo dijo así. Damas y caballeros, nos están claveteando los pies al suelo. ¡Esto no es juego limpio! —Y se entregó a continuación a una especie de diálogo cómico consigo misma, en el que revivió su juventud sobre las tablas—. ¡Búfalo Bill y el Judío Errante! Ese fue nuestro gran final. El último toque.

Ante lo que las tres hermanas escucharon con una perfecta paciencia antes de continuar.

—Te buscamos para pedirte un favor —dijo la princesa Tayaratuka—, y para ofrecerte un regalo a cambio de ese favor.

—Estoy vinculado contigo como si fuera tus propias manos —dijo Elric automáticamente.

—Y nosotras a ti —replicaron las hermanas, igualmente familiarizadas con el ritual.

Luego, la princesa Tayaratuka cayó sobre una rodilla, levantó las manos para colocarlas sobre sus antebrazos y lo hizo descender hasta que él también quedó arrodillado ante ella.

—Mi señor, buen poder para ti —dijo.

Le ofreció la frente para que la besara. Todo este ritual se llevó a cabo por turnos, hasta que las tres hubieron hablado y recibido un beso en la frente.

—¿Cómo puedo ayudaros, hermanas? —preguntó Elric una vez que se hubieron dado el beso del parentesco.

Toda su sangre melniboneana se agitó en él, y sintió escalofríos a causa de un anhelo por su hogar, y por el lenguaje y las costumbres de su propio pueblo inhumano. Estas mujeres eran sus iguales; entre ellos ya existía una profunda comprensión, más fuerte que la sangre, más fuerte que el amor y, sin embargo, nada gravoso ni exigente. Elric sabía hasta lo más profundo de la médula que su orden de brujería podría haberse igualado al suyo antes de que ellas agotaran toda su fortaleza, entregadas a su búsqueda. Había conocido y amado a muchas mujeres poderosas, incluida su perdida y querida Cymoril, y a Myshella, de la Niebla Danzante, la hechicera a la que había servido últimamente, pero, a excepción de la Rosa, las tres princesas eran las más extraordinarias de todas las mujeres vivas que hubiera conocido desde que había abandonado Imrryr ante Ja pira del cadáver de su amada.

—Me halaga que me hayáis buscado, vuestras majestades —dijo, volviendo a utilizar la lengua común en beneficio de las buenas costumbres—. ¿En qué puedo servirlos?

—Quisiéramos que nos prestarais vuestra espada, Elric —contestó la princesa Shanug'a.

—Prestada la tenéis si la queréis, señora. Y a mí mismo para empuñarla en vuestro nombre.

Habló con galantería, tal como le exigía el honor, pero todavía temía la amenaza del fantasma de su padre escondido en alguna parte, no muy lejos, preparado para volar ante la primera amenaza de extinción y a verter su alma en el ser de Elric, para fundirse con él para siempre... ¿Acaso Gaynor no había codiciado la Espada Negra?

—¿No nos preguntáis para qué queremos prestada la hoja? —preguntó la princesa Mishiguya, que se sentó junto a la Rosa y se sirvió de las pequeñas piezas de fruta colocadas sobre el brazo del sofá—. ¿No queréis establecer un trato con nosotras?

—Espero que me ayudéis del mismo modo que estoy dispuesto a ayudarlos —dijo Elric con un tono de voz flemático—. Pero he hecho el juramento de la sangre, como vos. Ya está hecho. Somos lo mismo. Nuestros intereses son los mismos.

—Y, sin embargo, experimentáis un profundo temor, Elric —dijo Charion Phatt de repente—. No le habéis dicho a estas mujeres lo que teméis si os permitís ayudarlas.

Habló como podría haberlo hecho una niña, por simple sentido de la justicia, pero sin comprender por qué el albino no deseaba traicionar sus propias ansiedades.

—Del mismo modo que ellas no me han dicho lo que temen si estoy dispuesto a ayudarlas —dijo Elric con serenidad a la joven—. Cada uno de nosotros se encuentra montado sobre el caballo salvaje del terror, señorita Phatt, y lo mejor que podemos hacer es confiar en que podremos sostener las riendas con firmeza.

Charion Phatt aceptó estas palabras y guardó silencio, aunque miró furiosamente a Wheldrake, pues hubiera deseado que éste hablara en su nombre. Pero el poeta prefirió adoptar una actitud diplomática al no estar seguro de saber cuál era el juego o las apuestas, aunque dispuesto a llegar hasta donde su casi prometida decidiera.

—¿A dónde queréis que lleve esta hoja? —preguntó de nuevo Elric.

Antes de hablar, la princesa Tayaratuka miró a sus hermanas como para buscar su mudo asentimiento.

—No os necesitamos para que llevéis la espada —contestó con suavidad—. Hablamos literalmente. Deseamos que nos prestéis vuestra espada rúnica, príncipe Elric. Os lo explicaré.

Y contó una historia sobre un mundo en el que todos vivían en armonía con la naturaleza. Este mundo había poseído pocas ciudades en el sentido habitual, y sus asentamientos eran construidos para que se adaptaran al perfil de las colinas y valles, las montañas y las corrientes de agua, para que se mezclaran con los bosques, pero sin aplastarlos, de tal modo que cualquiera que hubiera visitado su plano no habría detectado virtualmente señales de vida en el continente en que vivían. Pero entonces llegó el Caos, dirigido por Gaynor el Condenado, quien buscó su hospitalidad y la traicionó, tal como había traicionado

a tantas otras almas a través de los siglos, convocando a su señor patrono, que inmediatamente dejó las marcas del Caos sobre el territorio.

—Pocas de nuestras viviendas eran visibles para los enemigos potenciales de otros continentes, de tan bien protegidas como estaban por el Mar Pesado que nos circunda. Nuestros bosques eran tan densos y grandes, nuestros ríos tan tortuosos que nadie deseaba arriesgar su vida para ir en pos de cualquier leyenda que hubiera podido filtrarse hasta otras partes del mundo. Es cierto que vivíamos en el paraíso. Pero se trataba de un paraíso que no habíamos conseguido a expensas de ninguna otra criatura, ni siquiera de las pertenecientes a la naturaleza salvaje, con las que convivíamos. Y, sin embargo, en el término de uno o dos días todo eso desapareció y nos quedamos con apenas unos pocos puestos avanzados, rodeados por barricadas, como éste, donde utilizamos nuestra magia para mantener nuestro mundo tal como había sido antes de que llegara el Caos.

—¿Y hace mucho tiempo que el Caos ha puesto sitio a esto, señora? —preguntó Fallogard Phatt con una expresión de simpatía para enarcar después las cejas ante la respuesta que recibió.

—Durante más de mil años ha existido una especie de tregua. La mayor parte de nuestra gente abandonó este mundo para fundar nuevos asentamientos en otros planos, pero algunos de nosotros sentimos el deber de quedarnos y luchar contra el Caos. Somos las últimas de esos pocos. Mientras nosotras buscábamos a Elric, muchos de nuestro pueblo resultaron muertos en escaramuzas con el Caos, que intentaba atacar nuestra fortaleza principal.

—¿Y qué fue lo que produjo la tregua? —preguntó Elric.

—Una disputa entre dos duques del Infierno atrajo su atención, especialmente después de que Arioeh, que empleó una complicada estrategia que indujo a Mashabak a cortar el puente de los gitanos, y en las que también intervinieron otras maquinaciones y manipulaciones del Multiverso, pudo capturar a Mashabak en el territorio que éste consideraba como propio, nuestro ámbito. Al no contar con ayuda demoníaca, Gaynor tuvo que confiar en que las tres hermanas le condujeran de regreso hasta aquí. No obstante, todo eso se ha visto alterado. Recientemente ocurrió un acontecimiento que puso fin a la tregua, tal como estaba planteada. Mashabak ha regresado aquí y no tardará en enviar a todas sus fuerzas contra nosotras. Quien interrumpió ese empate entre las fuerzas cósmicas nos ha privado del tiempo del que aún creíamos disponer...

Elric no dijo nada, pero recordó a Esbern Snare y su salto sobre el duque del Infierno, el valor del hombre lobo del Norte que había tratado de salvar a su amigo y que, al hacerlo, rompió sin saberlo el equilibrio de poder que había permitido a las hermanas un cierto respiro en su propio palacio.

Gaynor, locamente decidido, abandonado por Mashabak, había luchado a su modo para abrirse paso a través de las dimensiones, decidido a reclamar sus conquistas no en nombre de Mashabak, sino del suyo propio. ¡Desafió al Caos del mismo modo que antes había desafiado al Equilibrio! Para él, ningún maestro era tolerable. El ex príncipe de lo Universal se había perdido, se había visto obligado a pasar años de tiempo subjetivo dedicado a buscar una forma de regresar a este ámbito. Había empleado para ello toda clase de estrategias, todo tipo de trucos, furioso al comprobar que su aliado cósmico le hubiera abandonado, pero decidido a establecer aquí su gobierno. Finalmente, decidió que lo mejor sería seguir a las tres hermanas, puesto que ellas mismas tendrían que regresar alguna vez a su propio ámbito. En un principio, Mashabak lo había enviado a efectuar una búsqueda: seguir a las hermanas, que escapaban a través de las dimensiones, y traerle la rosa viva. Pero cuando Mashabak dejó de ayudarlo, encontrar la rosa se había convertido en algo secundario para Gaynor. Ahora deseaba con mucha más urgencia poseer la espada de Elric.

Ahora que había regresado y comprobado que el palacio ya no era una prueba insuperable para él, había entrado y amenazado a las hermanas a punta de espada, exigiéndoles sus ya legendarios Tres Tesoros, que ellas habían traído consigo para devolverlos a aquel a quien pertenecían. El plan de Gaynor consistió en obligar a las hermanas a salir del palacio y entrar en la caverna, ante cuya entrada oriental esperaba su ejército del Caos, incapaces de entrar en un lugar tan increíble.

Gracias a las habilidades de Koropith Phatt, y abrumada por la casi desesperada urgencia del joven Phatt, que había percibido el peligro que corrían las hermanas, la Rosa pudo penetrar por fin en este ámbito, apenas a tiempo para extender un hechizo protector sobre las hermanas y desafiar a Gaynor, a quien hizo retroceder hacia el palacio gracias a su habilidad con la espada y a su hechicería. Pero él, a su vez, había descubierto una fuente de brujería y finalmente la dejó, dándola por muerta, y escapando a su fortaleza justo en el momento en que llegaron Elric y los otros.

—Ya estábamos preparadas para la muerte —dijo la princesa Shanug'a—, hasta este momento. Me pregunto ¿qué habrá hecho que nos reunamos todos ahora? ¿Y por qué ha tenido que ser precisamente en este momento? ¿Tenéis alguna idea al respecto, maese Phatt? ¿Nos vemos movidos todos por la mano de un Destino manipulador?

—Sólo puede ser el Equilibrio —contestó Fallogard Phatt, asintiendo con la cabeza, en un gesto de certidumbre.

Elric, sin embargo, no dijo nada. Sabía que Tormentosa no servía al Equilibrio, y de no haber sido por la espada rúnica, él no estaría ahora aquí, dispuesto a ayudar a las hermanas. Pero ¿sabía la espada lo que ellas esperaban?

Entonces, de repente, Elric se vio asaltado por un pensamiento aterrador. ¿Y si él ya había servido al propósito de la espada, de modo que Tormentosa ya no tuviera necesidad de la simbiosis de la que el albino había terminado por depender? Mientras esta idea le llenaba de pánico, también se maldijo a sí mismo por la dependencia de su espada. Se desabrochó la vaina del cinto y, realizando de buena gana lo que anteriormente le había negado a Gaynor, se la ofreció a las hermanas.

—Aquí está la espada que buscáis, mis parientes —dijo sin cuestionar nada, ni con la expresión ni con el gesto, sin la menor vacilación o muestra de lamentación, ya que, para él, el honor no exigía otra cosa.

La princesa Tayaratuka se adelantó, se inclinó y recibió la espada en las dos pequeñas manos. Sus músculos se flexionaron ante el peso de la espada, pero no se amilanó. Era considerablemente más fuerte de lo que parecía.

—Tenemos nuestra propia runa —dijo ella—. Siempre la hemos tenido. Desde que nuestro pueblo llegó aquí por primera vez y convirtió este mundo en suyo. Ni siquiera tuvimos miedo cuando se marcharon los dragones, porque teníamos nuestra runa. La Runa del Recurso Final debe ser pronunciada en conjunción con un ritual y un cierto objeto. Primero, se exige que la Espada Negra esté presente; luego, aquel que empuñe la Espada debe unirse a nosotros en el pronunciamiento de la runa. Después, debemos conocer los nombres de ciertas entidades que deben ser convocadas. Todas estas cosas deben realizarse juntas y al mismo tiempo. Ésta es la pauta que deben seguir para reflejar aquello que ya existe y crear así una dualidad que libere a su vez la fuerza vital bruta del Multiverso. Y sólo entonces, si hemos sido exactas en la confección de nuestra delicada urdimbre, recibiremos a los aliados que buscamos contra el Caos, el poder para expulsar de nuestro ámbito a Mashabak, a Gaynor y a todos sus acólitos. Si tenemos éxito en esto, príncipe Elric, estamos dispuestas a ofrecerles uno de los tres tesoros reclamados...

Se volvió a mirar hacia la Rosa, pero Wheldrake se adelantó y citó con excitación:

El primero de estos tesoros de Radinglay,  
era una caja de palo de rosa con rosas talladas.  
El segundo era la dote de una doncella,  
una rosa de verano en flor, recién cogida.  
El tercero de estos tesoros eran tres anillos de rosa silvestre  
para hacer ayunar al rey del País Frío.

—Exactamente —dijo la princesa Mishiguya con una ceja algo enarcada, como si apenas hubiera esperado que su historia pudiera haberse convertido en tema del repertorio de un juglar.

—Tiene una buena memoria para los versos —dijo Charion Phatt a modo de disculpa por su prometido.

— ¡Especialmente por los míos! —añadió Wheldrake algo ofendido por lo que había tomado como esnobismo—. Desaprobadlo, si gustáis. Me siento a la deriva en mis propias rimas y ritmos.

Y murmuró otra estrofa o dos para sus adentros.

La princesa Mishiguya se mostró graciosa, y la Rosa también acudió en defensa del poeta.

—Sin las cadencias de maese Wheldrake y los nombres que ha recordado, ahora todavía nos encontraríamos separados —dijo—. Sus talentos han demostrado ser de una sutil utilidad para todos nosotros.

—En el caso de que tengamos éxito —dijo Elric—, aceptaré vuestra promesa de un regalo. Pues, debo admitirlo, mi propio destino se encuentra ligado de algún modo a uno de esos objetos de poder que habéis llevado con vos durante tanto tiempo...

—Sin saber cuál de los tres aceptaríais. Ni siquiera sabíamos que fuerais de nuestra propia raza, aunque eso es algo que se nos tendría que haber ocurrido. Tristemente, sin embargo, ya no tenemos en nuestro poder esos regalos que tomamos de prestado...

— ¡Los regalos no han sido redimidos! —exclamó la Rosa con una repentina agitación—. Los ocultamos de Gaynor...

—Fuisteis capaz de protegernos a nosotras —dijo la princesa Tayaratuka—, pero no a nuestros tesoros. Gaynor los robó del lugar donde estaban ocultos antes de huir a El Barco Que Fue. Esos objetos de poder, señora, ya se encuentran en las manos del Caos. Creía que eso ya lo habíais comprendido.

La Rosa se sentó lentamente sobre un banco. Algo parecido a un gemido escapó de ella. Movié una mano hacia ellos y dijo:

—Lo que hace que vuestro ritual sea mucho más importante para todos nosotros...

Y Elric siguió a las mujeres, que llevaron su espada hacia las profundidades del palacio, donde debía tener lugar el ritual, convencido ahora de que tanto su alma como la de su padre se hallaban realmente condenadas.

### 3

## ***Rituales de sangre; rituales de hierro. Tres hermanas de la espada. Seis espadas contra el Caos***

Los cuatro se movieron con paso firme a través de claustros de mosaicos rosas y rojos, bajaron por avenidas de arbustos floridos iluminados por el resplandor refractado de la luz del sol surgida de claraboyas ocultas.

—Esto es un atisbo de Melniboné y, sin embargo, no es Melniboné —dijo Elric, pensativo.

La princesa Tayaratuka se mostró casi ofendida.

—Aquí no hay nada de vuestro Melniboné. Eso espero, al menos. No tenemos en nosotras ninguna fibra de esa línea de guerra. Somos aquellas Vadhagh que huyeron de los Mabden cuando el Caos los ayudó...

—Nosotros, los de Melniboné, decidimos que ya no huiríamos más —dijo Elric con serenidad.

No tenía ninguna disputa con el decidido aprendizaje de las artes del combate por parte de sus antepasados antes de que fueran desparramados de nuevo. Lo que temía era a lo que conducía esa otra fácil lógica.

—No tenía la intención de mostrarme crítica —dijo la princesa—. Si es necesario, preferimos emigrar, antes que imitar los modos de actuar de aquellos que pretenden destruirnos...

—Pero ahora tenemos qué combatir con el Caos para defender lo que es nuestro —dijo la princesa Shanug'a.

—Yo no he dicho que no estuviéramos dispuestas a luchar —replicó su hermana con firmeza—. Sólo he dicho que no recurriríamos a la construcción de imperios. Se trata de dos cosas muy distintas.

—Os comprendo, señora —dijo el albino—, y acepto de buen grado esa diferencia. Tampoco yo me siento inclinado a aprobar la inclinación de mi pueblo por la construcción de imperios.

—Bien, mi señor, hay otras muchas formas de alcanzar seguridad —dijo la princesa Mishiguya un tanto misteriosa e incluso mordazmente.

Continuaron su camino a través de encantadores apartamentos y galerías de este asentamiento que era de los más civilizados que Elric hubiera visto.

La princesa Tayaratuka llevaba todavía la gran espada, aunque ahora con un cierto esfuerzo. Pero se negó a aceptar la ayuda de Elric cuando éste se la ofreció, como si creyera que era su deber el llevar la espada.

Ahora, un pasillo se ensanchó para dar paso a otro claustro triangular, rodeado por un frío jardín de rosas abierto al oscuro azul del cielo que se extendía por arriba. En el centro del jardín había una fuente, cuya base aparecía esculpida con toda clase de extrañas y grotescas criaturas, conjuntadas de algún modo con el estilo general, y el plinto se elevaba para formar una columna de tres caras, que se ampliaba en un gran cuenco en el que se veían esculpidas las figuras de dragones y doncellas que participaban en alguna clase de baile críptico. Un agua plateada seguía surgiendo de la fuente y a Elric le pareció que era casi como una blasfemia traer la Espada Negra a un lugar de tanta paz.

—Éste es el Jardín de la Runa —dijo la princesa Mishiguya—. Se encuentra situado en el mismo centro de nuestro ámbito, de nuestro territorio; en el

centro de este palacio. Éste fue el primer jardín construido por los Vadhagh cuando llegaron aquí.

Respiró profundamente y aspiró el antiguo aroma de las rosas. Luego contuvo la respiración, como si aquella fuera la última vez que pudiera hacerlo.

La princesa Tayaratuka colocó la envainada espada rúnica sobre un banco y después puso las manos en el agua fría, que se vertió sobre la cabeza, como si buscara una especie de bendición. La princesa Shanug'a se dirigió al extremo más alejado de la primera de las tres galerías y regresó casi inmediatamente, trayendo consigo un cilindro de oro pálido engastado de rubíes, que entregó a la princesa Mishiguya, quien extrajo del interior del cilindro otro tubo de marfil finamente labrado ribeteado de oro, y este tubo se lo entregó a la princesa Tayaratuka quien, a su vez, extrajo de él una barra de piedra gris labrada cuyas oscuras runas azules se retorcían como si estuvieran vivas y que eran muy similares a las runas que tenía Tormentosa. Elric sólo había visto estas cosas en otro objeto, la espada Hoja Afligida, que su primo había intentado blandir contra él, la espada hermana de Tormentosa. Débilmente, recordó otras historias que había oído contar sobre objetos rúnicos, pero había estudiado poco sobre estos temas. ¿Tendrían acaso cualidades en común?

Ahora, la princesa Tayaratuka mantenía el cilindro de piedra en alto, maravillada ante las runas que se desplazaban, como si nunca las hubiera visto vivas con anterioridad, y sus labios se movieron al tiempo que las leía, formando palabras que se le habían enseñado en un tiempo anterior al aprendizaje de cualquier alfabeto ordinario. Ésta era su herencia, esta runa de poder...

—Sólo tres vírgenes nacidas de la misma madre y del mismo padre al mismo tiempo pueden conocer el Ritual de la Runa —dijo la princesa Shanug'a en un susurro—. Pero la runa no puede ser completada hasta que no hayamos visto las runas de la Espada Negra y las hayamos leído en voz alta en este Jardín de la Runa. Todas estas cosas tienen que suceder al mismo tiempo. Luego, si hemos pronunciado correctamente la runa, y si la magia que contiene no se ha desvanecido con el transcurso de los siglos desde la época en que fue destilada, quizá logremos recuperar aquellas cosas con las que nuestros antepasados consiguieron traernos a este ámbito.

La princesa Mishiguya se dirigió al banco donde descansaba la espada infernal. Lo hizo con una actitud casi pasiva, la tomó en sus manos y la llevó hasta la fuente, donde esperaba su hermana, la princesa Shanug'a, que dejaba fluir el agua sobre ella, que parecía hundirse con la túnica de seda que llevaba. Shanug'a tomó la empuñadura de la espada con sus delicadas y pequeñas manos y tiró deliberadamente de ella, de modo que la hoja fue surgiendo poco a poco de la vaina, y las encolerizadas runas escarlata refulgían a lo largo del metal negro, al tiempo que una canción escapaba de la espada. Una canción como Elric no había escuchado jamás. En cualesquiera otras manos, incluso en las de Gaynor, la espada infernal desenvainada se habría resistido, se habría vuelto contra aquel que intentara empuñarla, y casi con toda seguridad lo habría matado. Se necesitaba de una importante brujería para sostener la Espada Negra, aunque sólo fuera por un instante. Y, sin embargo, ahora entonaba una canción tan extraña y al mismo tiempo tan dulce, tan elevada y desgraciada, tan llena de anhelo y de apetitos insatisfechos, que Elric se sintió momentáneamente aterrorizado. Jamás había sospechado que la espada pudiera tener tales cualidades.

Mientras Tormentosa continuaba su extraña e increíble canción, la princesa Shanug'a la levantó en el aire y dirigió la punta hacia el centro del cuenco extrañamente esculpido hasta que, de repente, la fuente dejó de manar y se produjo de inmediato un profundo silencio en el jardín de rosas.

El cielo, por encima de ellos, pareció detenerse, como si la luz azul oscura se hubiera congelado; por todo el jardín se extendió una profunda quietud, como si cada flor y capullo se hallara a la espera de algo; una gran quietud se apoderó del claustro triangular, como si hasta las mismas piedras se contuvieran, preparadas para asistir a algún acontecimiento imprevisto.

Hasta las tres hermanas parecieron quedar petrificadas en sus actitudes del ritual.

Impresionado por la escena, Elric se sintió como un intruso y se le ocurrió la idea de retirarse, como si su presencia no fuera necesaria aquí, pero la princesa Tayaratuka se volvió hacia él y le sonrió, ofreciéndole la piedra rúnica, que se agitaba y refulgía en la palma de su mano.

—Sois vos quien tenéis que leerla —dijo—. Sólo vos, de entre todas las criaturas del Multiverso, tenéis ese poder. Ésa es la razón por la que os hemos buscado con tanta avidez. Tenéis que leer nuestra runa, mientras nosotras leemos la de la Espada Negra. Así iniciaremos el tejido de esta poderosa magia. Se nos ha formado para esto, casi desde que nacimos. Tenéis que creer en nosotras, confiar en nosotras, príncipe Elric.

—He hecho el juramento de la sangre —se limitó a decir Elric.

Haría todo aquello que se le pidiera, aunque eso pudiera significar su muerte, el esclavizamiento de su alma inmortal, la perspectiva de una eternidad infernal. Confiaría en ellas sin la menor reserva.

La monstruosa hoja de combate se encontraba ahora levantada sobre el cuenco de piedra, dejando escapar todavía su extraña canción, con las runas refulgiendo aún arriba y abajo de su radiante metal negro. Era casi como si estuviera a punto de hablar, de transformarse a sí misma en otra figura, que posiblemente sería su verdadera forma. Elric experimentó un escalofrío en el alma y, por un instante, tuvo la impresión de estar mirando su propio futuro, alguna condena predeterminada de la que esto no era más que una especie de ensayo previo. Luego, disciplinó su mente y se dispuso a realizar la tarea que se le había pedido.

Ahora, una hermana se puso a cada lado de la columna, mirando la espada. Sus voces empezaron a cantar al unísono, hasta que ya no fue posible distinguir sus cadencias de las de la espada...

Y entonces Elric se encontró con que levantaba la piedra rúnica con las dos manos extendidas, y que sus labios empezaban a formar sonidos sin palabras...

Lo habían buscado por su espada, pero también por este don único que él poseía. Sólo Elric de Melniboné, de entre todos los mortales vivos, tenía el poder y la habilidad necesarias para leer unos símbolos tan potentes, para expresarlos tal como debía hacerse, adaptando cada parte de una nota a cada matiz de la runa. Esta runa que las hermanas conocían tan bien, mientras ellas tenían que leer las que refulgían en la Espada Negra. Así, combinaron todos sus recursos, todos sus talentos para leer una doble runa, la más poderosa de todas las runas de poder.

La canción rúnica elevó su volumen y se hizo cada vez más y más complicada...

Pues ahora, los cuatro adeptos entretejían sus runas, desplegaban sus hechizos fuera del tiempo, movían sus voces más allá del ámbito de lo audible, haciendo que el aire crujiera y se estremeciera en miles de fibras que ellos tejían y entrelazaban...

Mientras tejían las runas para configurar una cosa de fortaleza casi imposible, haciendo que hasta la misma atmósfera burbujeara y bailoteara, los arbustos y flores que les rodeaban se balancearon, como si quisieran añadir sus propios ritmos y cadencias a la canción rúnica.

Todo a su alrededor estaba vivo con mil calidades diferentes, mezclándose y separándose, cambiando y transformándose. Los colores cruzaban el aire como ríos. Las erupciones de fuerzas inencontrables aparecían y desaparecían a su alrededor, mientras que el cuenco de piedra, la espada y la piedra rúnica parecían convertirse en las únicas constantes de ese doble triángulo.

Elric comprendió ahora por qué era éste un lugar de energía psíquica tan tremendamente concentrada. Imaginó que, a partir de esta fuente, habían extraído el poder con el que hasta el momento habían resistido al Caos lo suficiente al menos para proteger unos pocos asentamientos como éste. Pero con el poder combinado de la Espada Negra, el Jardín de la Runa se estaba convirtiendo en algo infinitamente más poderoso que cualquier otra cosa en lo que podría haberse convertido por sí mismo.

Para hacer añicos el poder de la alquimia y convertir en tres el poder de uno...

Elric se dio cuenta de que escuchaba una historia tejida entre las runas, casi incidental para el ritual que ejecutaban. Era una historia acerca de cómo estas gentes fueron conducidas por un dragón a través de las dimensiones, un dragón que en otro tiempo había habitado dentro de una espada. Esa clase de leyendas eran comunes a su propio pueblo y sin lugar a dudas se referían a alguna parte largamente olvidada de su historia de emigración. Finalmente, habían llegado a este territorio, que no estaba habitado por ningún pueblo humano. Lo hicieron suyo, construyeron sus asentamientos para seguir los perfiles existentes de la tierra, sus bosques y ríos. Pero primero construyeron el Jardín de la Runa. Pues, gracias a su considerable brujería, habían cambiado y ocultado el poder que, estaban convencidos de ello, era el resultado de su salvación y de cualquier salvación futura para sus descendientes.

La canción rúnica siguió sonando. La historia continuaba. Dentro de la fuente se introdujeron lo que la canción denominó «las herramientas del último recurso». Los antepasados de las princesas pasaron la piedra rúnica de madres a hijas, puesto que estaban convencidos de que no había hombre capaz de guardar el secreto.

Estas herramientas del último recurso sólo podían utilizarse contra el Caos y sólo cuando hubieran fracasado todos los demás medios. Sólo se podían emplear en combinación con otro gran objeto de poder. Los objetos de poder tomados prestados y que habían conservado las hermanas, y con los que habían intentado negociar la ayuda de Elric, ignorantes de que él mismo era pariente suyo, no eran lo bastante fuertes para realizar el trabajo por sí solos.

Gaynor había robado esos objetos, sabedor de que el Caos los temía y los deseaba. Uno de esos objetos ya le había sido robado a la Rosa y regresado a sus posesiones por medios sorprendentes y tortuosos. Los otros los había guardado mejor. Pero ninguno de ellos había sido lo bastante poderoso como para poderlo utilizar en el Ritual del Jardín.

Sin embargo, mientras las tres hermanas buscaban a Elric y la Espada Negra, otros, como el propio Elric, habían buscado lo que llevaban las hermanas. Ahora se había completado el círculo. Ahora se hallaba en su lugar cada uno de los elementos apropiados del modelo psíquico, lo que les proporcionaba a los cuatro los medios astrales para actuar con libertad, para dejar que sus mentes y almas se desplazaran más allá de las dimensiones, más allá de las esferas, e incluso más allá del Multiverso, para regresar con un conocimiento fresco, con una más

profunda comprensión de esa compleja geometría cuyos secretos constituían la base misma de toda brujería, cuyas formas eran la base de toda poesía y de toda canción, cuyo lenguaje era la base de todo pensamiento, y cuyas formas eran la base de toda estética, de toda belleza, de toda fealdad... En todo eso se zambulleron los cuatro, tejiendo con sus canciones rúnicas nuevas y originales pautas psíquicas que tenían el efecto de curar las heridas, de romper las murallas del Tiempo y del Espacio, al mismo tiempo que eran capaces de crear una enorme fuerza con la que reanimar a otros tres antiguos objetos de poder.

Las runas se habían hecho ahora más acuciantes y más complejas, a medida que las cantaban con sus cuerpos y nadaban con sus mentes a través de aullantes arcoiris casi infinitos, que viajaban a través de sus propios cuerpos y volvían a salir de ellos a mundos y más mundos de desolación, a milenios de alegrías incontrolladas y a un atisbo de esa cotidianeidad seductora donde yace siempre tanto del corazón humano, pero que raras veces es celebrada.

Así, aquel antiguo pueblo inhumano tejió su hechizo, haciendo manifiesta la promesa de las runas, controlando la potencia de una magia no moral, que no conocía lealtad alguna, salvo consigo misma.

Ahora, el hechizo se desarrolló como impulsado por una voluntad propia, como si estuviera destinado a que fuese así, retorciéndose, enrosándose y trepando como las flexibles ramas de un seto de tejos que se aferran unas a otras para crear una fortaleza modesta, y luego empezaron a desplegar lo que habían tejido, formándolo y reformándolo una y otra vez entre ellos, retorciéndose y retorciéndose, arrojándose unos en brazos de otros, tocándolo, probándolo y oliéndolo, acariciándolo, hasta que la fuerza que ahora equilibraban entre ellos, que parecía suspendida sobre la propia Espada Negra, adquirió una forma sobrenatural perfecta y casi dispuesta para ser liberada...

Pero aún había que seguir cantando las canciones, contener la fuerza, canalizarla, embridarla y ensillarla, cargarla con una voluntad moral para obligarla a tomar una elección, porque esta materia primigenia era constitucionalmente incapaz de efectuar elección alguna, de tomar dirección moral alguna o de ser persuadida. Por ello había que obligarla.

Forzarla mediante una concentración de energía psíquica, de voluntad disciplinada y de fortaleza moral que le permitiera resistir todo ataque sobre ella, ya fuera desde el interior como del exterior, y que se negara a desviarse de su propósito por cualquier discusión, ejemplo o amenaza...

Forzada por cuatro criaturas tan similares que eran casi una sola carne y que, en este preciso momento, constituían una sola mente...

Forzada hacia abajo, a través de la Espada Negra que no era en sí misma el receptáculo de ese poder, sino simplemente la conductora final y necesaria...

Forzada a través de la piedra viva, hacia la roca de la que se había obtenido, miles de años antes, el cuenco de piedra, la columna y el plinto...

Para transformarla, para alterarla por completo de cualquier otra clase de material remotamente parecido a la piedra, una forma de energía tan inmensa que era imposible, incluso para los propios adeptos, imaginar siquiera la plenitud de su poder, de cómo podía ser contenido ese mismo poder.

Y ahora toda esa energía fulgurante, que giraba y bailoteaba confusamente, que celebraba su propia e increíble existencia, se unió a la canción de las hermanas, del albino y de la espada rúnica, hasta que formaron un coro que se pudo escuchar a través de todo el Multiverso, en cada esfera, en cada parte de cada planeta, que arrancó ecos eternos por toda la multitud de planos y dimensiones de lo casi infinito, para ser escuchada siempre, ahora, en alguna

parte, mientras existiera el Multiverso. Era una canción de promesa, de responsabilidad y de celebración. Una promesa de armonía, el triunfo del amor, una celebración del Multiverso en equilibrio. Y fue por medio de una exquisita armonía metafísica como controlaron esta fuerza, hicieron que les obedeciera y la liberaron una vez más.

La liberaron en tres grandes objetos de poder que, al tiempo que la fuente se desvanecía, se revelaron, agrupados alrededor de la Espada Negra, de pie en el centro del pequeño estanque.

Tres espadas, de la misma longitud y peso que Tormentosa pero, por lo demás, muy diferentes en cuanto a su aspecto.

La primera espada estaba hecha de marfil, con una hoja de marfil de aspecto extrañamente afilado, empuñadura de marfil ribeteada por franjas de oro que parecían haber surgido dentro del mismo marfil.

La segunda espada estaba hecha de oro, pero tan afilada como su compañera, y las franjas eran de ébano.

Y la tercera espada era de un granito azulgrisáceo, ribeteada en plata.

Éstas eran las espadas que la runa había ocultado tan bien y que ahora se habían visto infundidas con un poder igual al de la propia Tormentosa.

La princesa Tayaratuka, vestida de oro, extendió una mano dorada hacia la espada dorada y se la llevó al pecho con un profundo suspiro.

Su hermana Mishiguya, vestida de seda grisazulada, extendió la mano hacia la espada de granito, la tomó y jadeó, sonriente, con el éxtasis y el triunfo de su éxito.

Y la princesa Shanug'a, muy seria en su túnica blanca, tomó la espada de marfil y la besó.

—Ahora estamos preparadas para entrar en combate con un señor del Caos —dijo.

Elric, todavía debilitado por el entrelazamiento de las runas, avanzó un paso vacilante para tomar su propia espada. Impulsado por un sentido de respeto, o por algún ritual no recordado, la sustituyó por la piedra rúnica, en la que había leído el principio de aquel gran acto de forja, Elric, hijo mío, ¿has encontrado la caja de mi alma? ¿Te la han entregado las hermanas?

Era la voz de su padre. Una indicación de lo que experimentaría eternamente si fracasaba. Y parecía ciertamente como si hubiera fracasado.

Elric, el tiempo casi se ha terminado. Mi brujería no puede mantenerme durante mucho más tiempo. Debo acudir a ti, hijo mío. Debo acudir al que más odio en todo el Multiverso... para vivir eternamente en él.

—No he encontrado en lugar alguno la caja de tu alma, padre —murmuró.

Luego levantó la mirada para ver a las hermanas, que lo observaban con curiosidad cuando, de repente, entró en el claustro un jadeante Koropith Phatt.

—¡Oh, gracias al cielo! ¡Os creía destruidos! Se ha producido una especie de... tormenta. ¡Pero estáis aquí! No atacaron desde el interior, como habíamos temido.

—¿Gaynor? —preguntó Elric, envainando de nuevo la hoja rúnica, extrañamente dócil en sus manos—. ¿Es que ha regresado?

—No es Gaynor. Al menos creo que no es él, sino un ejército del Caos que marcha contra nosotros. Oh, príncipe, queridas princesas, ¡estamos al borde de nuestra extinción!

Eso hizo que echaran a correr tan rápidamente como pudieron, en pos del joven, que los condujo hasta reunirse con los demás, en un salón formado sobre una plataforma de roca y oculto por el follaje, que formaba un balcón natural desde el que se contemplaba el paisaje circundante; contemplaron cómo los árboles cristalinos se hacían añicos y eran aplastados por un gran río de semihumanidad acorazada que avanzaba hacia su retiro.

Un ejército compuesto por hombres bestiales y por bestias similares a hombres, algunas con caparazones naturales, como escarabajos gigantes, todos ellos armados con picas y hachas, con mazas, espadas anchas y toda clase de armas, algunos montados los unos sobre los otros, otros arrastrando a compañeros que bufaban, otros formando grupos misteriosos, algunos deteniéndose para arrojar unos dados o para solucionar una disputa antes de ser golpeados por sus oficiales para que volvieran a ocupar sus puestos, con cascos que mostraban el blasón amarillo de las ocho flechas del Caos.

El ejército del Caos avanzó entre bufidos y jadeos, resoplidos y mofas, gruñidos, chillidos, gritos y aullidos, como toros en un matadero, todos ellos con un solo apetito.

La Rosa volvió unos ojos asustados para mirar a sus amigos.

—No disponemos de nada con lo que poder resistir a ese ejército —dijo—. ¿Volvemos a retirarnos?

—No —dijo la princesa Tayaratuka—. Esta vez no tenemos necesidad de retirarnos.

Se apoyaba en una espada casi tan alta como ella misma pero que parecía llevar con un brío considerable, como si ella y la hoja siempre hubieran sido una misma cosa.

Sus hermanas también portaban las espadas con naturalidad y una nueva seguridad en sí mismas.

—¿Estas espadas son lo bastante poderosas como para desafiar al Caos? —Wheldrake fue el primero en expresar la pregunta—. ¡Santo cielo, majestades! ¡Ved cómo las viejas rimas hacen muy poca justicia con el verdadero valor de la épica! ¡Eso es lo que siempre les digo cuando me acusan de ser demasiado imaginativo! ¡Ni siquiera puedo empezar a describir lo que hay aquí, lo que yo mismo veo! —Estaba virtualmente rebosante de excitación—. ¡No puedo describir cómo es realmente el mundo que les rodea! ¿Vamos a enfrentarnos por fin con el Caos?

—Tenéis que quedaros aquí, con mamá Phatt —dijo Charion—. Es vuestro deber, querido.

—¡Tú también debes quedarte, querida niña! —gritó Fallogard Phatt con gran consternación—. ¡No eres guerrera! ¡Sólo una clarividente!

—Ahora soy ambas cosas, tío —dijo ella con firmeza—. No dispongo de ninguna espada especial que me ayude, pero sí de mi ingenio especial, lo que me proporciona una considerable ventaja sobre la mayoría de mis oponentes. He aprendido mucho al servicio de Gaynor el Condenado. Os ruego que me dejéis acompañaros, señoras.

—Está bien —asintió la princesa Mishiguya—. Estáis perfectamente preparada para combatir al Caos. Podéis venir con nosotros.

—Y yo también os acompañaré —dijo la Rosa—. Mi magia se ha agotado, pero he luchado muchas veces contra el Caos y he sobrevivido, como sabéis. Permitidme llevar a la batalla, a vuestro lado, a mi Espina Rápida y mi Espina Pequeña, pues si esta vez estamos destinados a morir, preferiría que eso sucediera satisfaciendo mi vocación.

—Que sea así entonces —dijo la princesa Shanug'a, y se volvió para mirar inquisitivamente a su pariente—. ¿Cinco espadas contra el Caos..., o seis?

Elric todavía observaba aquel horroroso ejército que daba la impresión de que todo lo obscuro, lo malvado, brutal y ávido de la raza humana hubiera encontrado rasgos concretos. Se volvió hacia ella con un encogimiento de hombros.

—Seis, desde luego. Pero necesitaremos de todos nuestros recursos para derrotarlos. Sospecho que no nos encontramos ante todo aquello que el Caos puede enviar contra nosotros. Aunque es cierto que yo tampoco lo he utilizado todo aún. —Se llevó a los labios la mano enfundada en el guantelete, como reflexionando sobre una cuestión que se le acabara de ocurrir en ese momento. Luego, añadió—: Los otros tienen que quedarse aquí para poder escapar si fuera necesario. Maese Wheldrake, os confío el bienestar de mamá Phatt, de Koropith Phatt y de Fallogard.

—Realmente, señor, soy capaz de... —empezó a decir el desaliñado idealista.

—Siento un profundo respeto por vuestras capacidades, señor —le interrumpió Elric—, pero no tenéis experiencia alguna en estas cuestiones. Tenéis que estar preparado para huir, puesto que no disponéis de medios para defenderos, ni a vos ni a vuestra gente. Vuestras dotes psíquicas pueden ayudaros a encontrar una forma de escapar antes de que el Caos os descubra. Creedme, maese Phatt, si tenéis la impresión de que estamos a punto de ser derrotados, debéis huir inmediatamente de este ámbito. Utilizad los poderes de que podáis disponer todavía para encontrar un medio de escapar, y llevaros con vos a los demás.

—Yo no me marcharé mientras Charion esté aquí —dijo Wheldrake con firmeza.

—Debéis hacerlo, por el bien de todos —insistió Charion—. Tío Fallogard tendrá necesidad de vos.

Pero, a juzgar por la actitud de Wheldrake, estaba bastante claro que había tomado ya su propia decisión al respecto.

—Tenemos los caballos preparados abajo, en los establos —dijo la princesa Tayaratuka—. Seis caballos revestidos de cobre y plata, como exige el ritual.

Wheldrake observó la partida de sus amigos. Hubo en él algo que le desagradó de sí mismo, pero que le hizo sentirse agradecido por no tener que acompañarles para afrontar a unos enemigos tan asquerosos; pero otra parte de él anhelaba participar en su lucha épica, en lugar de limitarse a ser un simple registrador de lo que ocurriera.

Un poco más tarde, al inclinarse sobre el balcón, observó el lento y nauseabundo avance de aquel nutrido ejército de brutos, que aplastaba todo lo que encontraba a su paso y que sólo obtenía un distraído placer en la destrucción que causaba. El poeta vio entonces a seis figuras que abandonaban las sombras del risco, montadas sobre caballos castaños, de crines plateadas, y que se dirigían sin la menor vacilación hacia los cristales hechos añicos del bosque. Elric, las tres hermanas, Charion Phatt y la Rosa, uno al lado del otro, erguidos sobre las sillas, para entablar combate con aquella manifestación de perversa maldad y ávida crueldad, para luchar por su propio futuro, por su historia, por el más simple recuerdo de que hubieran existido alguna vez en alguna parte del vasto Multiverso.

Ante esta vista, Wheldrake dejó de lado la expectante pluma y, en lugar de pergeñar algún glorioso romance relativo a la acción de aquellos seis valerosos

jinetes, ofreció una apasionada oración como muestra de respeto por las vidas y las almas de sus queridos amigos.

El orgullo por sus compañeros, junto con el temor por sus vidas, había dejado sin habla al pequeño hombre.

Ahora, observó cómo la Rosa se separaba de sus compañeros y se adelantaba un poco a ellos, hasta que sólo se encontró a unos pocos metros de la primera hilera de macizas bestias de guerra, en parte mamíferos, en parte reptiles, que el Caos solía utilizar en sus ataques. Con las estúpidas cabezas, labios y narices ya brillantes de mucosidades que les colgaban como cuerdas sucias de sus orificios y que dejaban tras de sí un rastro de baba que seguían los otros, se volvieron para olfatear algún aroma extraño, algún cuerpo todavía no tocado y mancillado por la creatividad ilimitada, cruel y casual del Caos.

Y entonces, desde la primera horda, cubierta de pieles humanas y otras salvajadas, surgió una cabeza que miró a la Rosa, mientras ésta seguía avanzando hacia ella.

Wheldrake reconoció inmediatamente aquel casco.

Pertenecía a Gaynor, ex príncipe de lo Universal.

El que buscaba la muerte había acudido personalmente a saborear las agonías finales de aquellos que eran los más irritantes de todos sus enemigos.

## 4

### ***La lucha en el bosque de cristal: el Caos regenerado. La Mujer Enredadera. Hacia El Barco Que Fue***

—Príncipe Gaynor —dijo la Rosa, hablando con una encolerizada formalidad—. Vos y vuestros guerreros habéis invadido este territorio. Y ahora os ordenamos que lo abandonéis. Estamos aquí para expulsar al Caos de este ámbito.

—Dulce Rosa —replicó Gaynor con frialdad—, habéis enloquecido con el conocimiento de vuestro poder. No deberíais oponernos mayor resistencia, mi señora. Nosotros estamos aquí para establecer el gobierno de Gaynor de una vez y para siempre sobre todo vuestro ámbito. Os ofrecemos la misericordia de evitar una muerte inmediata.

— ¡Esa misericordia es un embuste! —exclamó Charion Phatt desde donde se encontraba montada sobre su caballo de crines plateadas, junto a los otros—. Todo lo que decís es una mentira. ¡Y lo que no es mentira sólo es simple palabrería y vanagloria!

El misterioso casco de Gaynor se volvió lentamente para contemplar a la joven y una risita profunda y muy segura de sí misma escapó del príncipe de los Condenados.

—Tenéis un valor ingenuo, muchacha, pero eso no es en modo alguno suficiente para oponer resistencia al poder que controla el Caos, que yo mismo dirijo ahora.

Había en la voz de Gaynor una nota nueva, como una nueva seguridad en sí mismo que antes no había tenido, y Elric se preguntó, no sin cierta inquietud, cómo había logrado conseguirla el príncipe de los Condenados. Gaynor parecía estar convencido de que su posición era ahora más fuerte que nunca. ¿Acaso habría agrupados tras él más señores del Caos? ¿Sería esto el principio de la gran batalla entre la Ley y el Caos, de la que tantos oráculos habían hablado durante los últimos siglos?

Mientras observaba a la Rosa erguirse sobre la silla y desenvainar su espada Espina Rápida, Elric se maravilló ante el autocontrol de aquella mujer, pues se enfrentó a la criatura que la había traicionado y causado la muerte de todo su pueblo entre grandes agonías, y lo hizo sin revelar de ninguna forma el desprecio y el odio que sentía por él. En dos ocasiones se había enzarzado con ella en una lucha en la que no pudo derrotarla y ese desenlace era algo que tenía que saber. ¿Era ésta quizá la razón de su bravuconería recién encontrada? ¿Trataba acaso de engañarles, haciéndoles creer que disponía de mucho más poder del que era aparente?

La Rosa volvió grupas y fue a reunirse con sus amigos.

—Debéis saber esto, Gaynor el Condenado —le dijo—. Sea cual fuere la peor cosa que temáis, ése será vuestro destino después de este día. ¡Os lo prometo!

Gaynor le respondió con una risotada en la que, sin embargo, no había el menor atisbo de humor, sino que era simplemente una amenaza.

—No hay ningún castigo que yo tema, señora. ¿Es que no lo sabéis ya? Puesto que no se me permite el lujo de la muerte, entonces la encontraré por mí mismo, y haré que millones la busquen conmigo. Cada muerte que cause, señora, me consolará por un instante. Vos moriréis en mi lugar. Todos moriréis en

mi lugar, por mí. —Su tono de voz fue casi el de un amante y las palabras parecieron acariciar la espalda de la Rosa, que se retiraba, como la mano nauseabunda del vicio personificado—. Por mí, señora.

Una vez que ella hubo ocupado de nuevo su puesto con los otros, la Rosa miró fijamente el casco de Gaynor, que se retorció con las llamas y el humo de su propia miríada de tormentos, y le dijo:

—Ninguno de nosotros morirá, príncipe Gaynor. ¡Y mucho menos en vuestro nombre!

—¡Mis suplentes! —gritó entonces Gaynor volviendo a lanzar una risotada—. ¡Mis sacrificios! ¡Id a encontrar la muerte! ¡Id! ¿Es que no os dais cuenta de que yo soy vuestro benefactor?

Pero los seis, con Elric y la Rosa ligeramente al frente de sus compañeros, ya se habían lanzado a medio galope a través del bosque refulgente y ruidoso, con las espadas desenvainadas, con los caballos de crines plateadas, criados en una era distante sólo para la guerra, y traídos aquí por las hermanas desde algún ámbito mucho más bárbaro, levantando los cascos en una enérgica anticipación de la batalla, con sus pesados arneses resonando al unísono con las ramas rotas de los árboles de cristal, con sus grandes cabezas moviéndose de impaciencia, las aletas de las narices abiertas, como si anticiparan el olor de la sangre, bufando y rechinando los dientes, haciendo rodar los ojos en sus órbitas y glorificados ante la expectativa de la batalla que se avecinaba, pues era para eso para lo que habían sido criados, y sólo encontraban su más plena viveza en lo más denso de la violenta destrucción. Elric, contento de sentir bajo él un caballo de combate tan exquisito como el que montaba, comprendió el ansia de estos caballos por dejarse arrastrar hacia el éxtasis de la batalla y hundirse en el olvido de ésta. Él también experimentaba esa alegría singular en la que todos sus sentidos estaban alerta y eran más agudos, en la que la vida ya no parecía más dulce o la muerte más terrible, y, sin embargo, sabía muy bien qué falso señuelo era el perderse a sí mismo en un combate estúpido. Se preguntó, y no por primera vez, si estaba destinado a buscar siempre esta clase de luchas, como si él, al igual que los caballos, hubiera sido criado para realizar una tarea especial. A pesar de que lo odiaba, se entregó por completo a la emocionante delicia de su placer por el combate, y pronto, en cuanto las primeras criaturas del Caos se abalanzaron contra él, no conoció otra cosa que ese placer...

Wheldrake, que lo observaba todo desde lo alto, en el balcón, vio a los seis jinetes converger sobre las fuerzas del Caos y pareció como si fueran a ser tragados por éstas de forma casi inmediata. El mismo tamaño de las bestias del Caos, el peso y el poder grotesco de aquel ejército, era más que suficiente para aplastarlos en un instante.

Un gran fuste de luz muy viva iluminó a los jinetes en cuanto se confundieron con las colosales bestias de guerra, que seguían avanzando implacablemente a través del bosque fulgurante. Wheldrake observó seis puntos de luz que destacaban en medio de aquella maraña de miembros y mandíbulas abiertas; uno de ellos era una radiación negra, que reconoció como la de Tormentosa, dos despedían un fulgor metálico corriente; una era de una luz blanca cremosa, otra despedía el duro brillo gris del granito, y la otra el brillo cálido del oro antiguo. Medio cegado por la brillantez de los cristales rotos, Wheldrake volvió a perder de vista las espadas y cuando pudo ver de nuevo con algo de claridad se quedó atónito.

Cuatro monstruos medio reptiles yacían agonizantes sobre los radiantes cristales, con las carcasas aplastadas, mientras rodaban sobre sí mismos y aullaban.

Wheldrake vio la agitada figura de Gaynor, todo él encolerizado, convertido en metal vivo, que se retiraba hacia el núcleo de su ejército, en busca de una montura de refresco. Ahora había una espada en la mano cubierta por el guantelete, una espada bifurcada en negro y amarillo, y cuya hoja parecía retorcerse como si entrara y saliera de las dimensiones al tiempo que el Condenado la blandía.

Imaginó que las tres hermanas no eran las únicas adeptas que habían entonado una gran runa o arrojado algún otro potente hechizo, pues la espada que Gaynor llevaba en la mano no era nada parecida a cualquiera que él hubiera visto antes.

En otra parte, las criaturas del Caos caían ante una especie de delgada cinta de luz resplandeciente que se abría paso entre sus filas con la misma seguridad con que pudiera hacerlo una guadaña en un campo de trigo.

Con la mano levantada sobre los ojos para ver a través de la cegadora línea de cristales multicolores que reflejaban de alguna forma terrible la belleza del Multiverso, Elric hacía oscilar la gran hoja negra de un lado a otro sintiendo sólo la más débil de las resistencias mientras que, con una sedienta facilidad, Tormentosa se festejaba con las vidas y las almas de las deformadas semibestias que en otro tiempo habían sido hombres y mujeres, antes de entregar sus vidas miserables al Caos.

No había satisfacción alguna en esta matanza, aunque sí hubiera alegría en el acto mismo del combate. Cada uno de los compañeros de Elric sabía que, de no ser por la suerte y una cierta firmeza de propósito, ellos también podían pasar a formar parte de este ejército de almas condenadas..., pues el Caos no era el maestro más fácilmente elegido por la mayoría de los mortales.

Y, sin embargo, tenían que matar... o morir. O ver cómo ámbitos enteros perecían ante el impulso acumulado del Caos, que había reunido el poder de los mundos conquistados para conseguir nuevas conquistas.

Con la gracia de exquisitos bailarines, con la precisión de cirujanos, con las miradas tristes de carniceros que actúan en contra de su voluntad, las tres hermanas se unieron a la batalla contra aquellos que ya habían destruido a la gran mayoría de su pueblo.

Charion Phatt desmontó de un caballo que no le pareció lo bastante dócil, y atacó aquí y allá con la espada, cortando con rapidez las partes vitales de una criatura del Caos para volver a deslizarse a un lado y atacar de nuevo, utilizando sus dotes psíquicas para anticipar el ataque desde cualquier ángulo, de modo que no estuviera nunca en el mismo lugar cuando llegara el ataque. Al igual que en el caso de las hermanas, sus movimientos eran eficientes y tampoco ella experimentaba placer alguno con tanta destrucción.

Sólo la Rosa parecía compartir algo de la alegría de Elric, pues ella, lo mismo que él, había sido entrenada para luchar, aunque sus enemigos fueran algo diferentes, y Espina Rápida golpeaba con habilidad de experta los órganos expuestos y los lugares vulnerables de aquellos semihombres malformados, utilizando la sutilidad y la rapidez como su principal defensa, conduciendo su caballo castaño de crines plateadas hacia los lugares más densos de las compactas filas del Caos y cortando y rasgando con tanta exactitud los objetivos que se marcaba que no hizo sino derribar a un monstruo tras otro,

unas agitadas y pesadas patas y piernas que mataron al caer a más de sus propios compañeros, al tiempo que ellos mismos perecían.

La salvaje y exultante canción de combate de sus antepasados acudió a los labios de Elric mientras seguía a la Rosa hacia el corazón del enemigo y la espada lo alimentaba continuamente con la energía de la que él mismo no disponía, hasta que sus ojos brillaron de una forma casi tan ardiente como los de Gaynor, de tal modo que también él parecía estar a punto de estallar con los fuegos del Infierno.

Ahora, Wheldrake se quedó con la boca abierta al ver que las seis delgadas agujas de radiación todavía refulgían en medio de aquella carnicería, y que más de la mitad del ejército aparentemente invencible del Caos había quedado ya destruido, convertido en una masa de carne desgarrada y aplastada, de grotescas extremidades y todavía más grotescas cabezas levantadas en los tormentos finales de una muerte impía.

Con la armadura blasonada del Caos toda manchada de sangre y de las vísceras de su arruinado ejército, Gaynor el Condenado trepaba por esta carnicería, apartaba a empujones las garras y los rostros implorantes, hundía los cascos de su caballo en las bocas que gritaban o en los ojos que agonizaban, utilizaba como palanca cualquier extremidad, órgano o apoyo de hueso o carne que pudiera encontrar para moverse, con la espada negra y amarilla reluciente en la mano como una bandera dotada de vida propia, y ahora había nombres en sus labios, nombres que se convirtieron en maldiciones, en sinónimos de todo aquello que odiaba, temía y, al mismo tiempo, más anhelaba.

Pero se trataba de un odio expresado al azar, de una violencia y una destrucción perjudicial para sus propósitos; de un temor que encontraba su más rápida forma en una agresión encolerizada; de un deseo tan intenso y tan eternamente frustrado que eso se había convertido en lo peor que Gaynor odiaba de sí mismo, y que odiaba en todas aquellas criaturas con las que se encontraba.

Y fue sobre Elric de Melniboné, que habría podido ser su alter ego, su contrincante cósmico, que había preferido seguir el camino más duro en lugar del más fácil, sobre el que Gaynor el Condenado concentró el mayor volumen de su encolerizado odio. Pues Elric todavía podía convertirse en lo que Gaynor había sido y que ya no volvería a ser nunca más.

Gaynor se sentía tan intensamente saturado con el aire del Caos que en estos momentos apenas si era poco más que una semibestia. Gruñía y gritaba al tiempo que se abría paso sobre los cadáveres de sus guerreros masacrados, producía horribles ruidos sin palabras, babeaba como si ya pudiera paladear la sangre deficiente de Elric.

—¡Elric! ¡Elric de Melniboné! ¡Ahora os enviaré al servicio eterno con vuestro maestro desterrado! ¡Elric! Arioch os espera. Os ofrezco a él, en amistosa reconciliación del alma de su recalcitrante servidor.

Pero Elric no escuchó las palabras de su enemigo. Sus propios oídos estaban llenos con las antiguas canciones de combate, toda su concentración se hallaba dirigida contra sus más inmediatos oponentes a los que, uno tras otro, destrozaba y tomaba sus almas para él mismo.

Estas almas no se las dedicaba a Arioch, pues Arioch había demostrado ser demasiado inconstante como patrono y ya estaba claro que no tenía poder sobre este ámbito. Lo que hubiera quedado de Esbern Snare había llevado a Arioch de regreso, a través de las dimensiones, hasta sus propios dominios, donde

debería acumular de nuevo su fortaleza y emprender nuevas maquinaciones en su eterna rivalidad con sus señores compañeros.

En otra parte, Charion Phatt y la Rosa continuaban su delicada carnicería, mientras que las espadas hermanas de Tormentosa se elevaban y descendían y producían su propia, dulce y extraña música, tan sutil y peligrosa como las tres hermanas que las empuñaban. Elric nunca había conocido a unos compañeros tan mortíferos. El hecho de saber que estaban cerca de él le llenaba de un gran orgullo y hacía que su alegría por el combate fuera todavía mayor mientras continuaba la carnicería y escuchaba ahora, débilmente, por encima de los gritos y lamentos, a alguien que pronunciaba su nombre.

Dos guerreros del Caos, con unas armaduras puntiagudas que medio les ocultaban la piel, se lanzaron juntos contra él, pero lo hicieron con demasiada lentitud para la rapidez de reflejos de Elric y de su espada infernal. Sus cabezas salieron volando como baldes, al mismo tiempo que por el costado arremetían otros dos, tan confundidos que se ensartaron el uno al otro. Elric se desplazó hacia un medio reptil que se arrastraba sobre la carne arruinada, en dirección a donde se encontraba la Rosa, y con un par de rápidos mandobles cortó tendones secretos e hizo que la bestia del Caos se desmoronara sobre los cuerpos de sus compañeros caídos, rugiendo su cólera impotente, su estupefacto asombro al descubrir su propia mortalidad.

El sonido débil y familiar de su nombre llegó hasta él, ahora con mayor insistencia.

—¡Elric! ¿Elric! ¡El Caos os espera, Elric! —Era un sonido agudo e intenso, como un viento de venganza—. ¡Elric! ¡Pronto veremos cómo acaba todo vuestro optimismo!

Elric subió sobre un montón de carroña del Caos, espoleando con habilidad a su caballo entrenado para el combate, para hacer inventario del curso de la batalla.

Wheldrake, sobre el balcón, vio que el caballo de Elric subía sobre aquel montón de cadáveres conquistados, vio la Espada Negra levantada en la mano derecha del albino, y la izquierda protegiéndose los ojos de los rayos resplandecientes que seguían surgiendo desde todas direcciones en donde los árboles de cristal se habían hecho añicos. Aquella mareante entremezcla de color y luz daba todavía una mayor distancia a la escena, y Wheldrake, que vio lo que Elric todavía no había visto, ofreció una nueva plegaria.

Gaynor se abrió paso a través de una pila de cadáveres ya en descomposición, con la armadura casi totalmente cubierta con los restos resecos de sus guerreros, y se lanzó adelante aullando el nombre de Elric, todavía obsesionado por nada más que no fuera la venganza.

—¡Elric!

Un débil sonido, como el grito de advertencia de un lejano pájaro, y Elric reconoció la voz de Charion Phatt.

—¡Elric! Está cerca de vos. Puedo percibirlo. Tiene más poder de lo que habíamos sospechado jamás. Tenéis que destruirle de algún modo... Hacedlo o nos destruirá a todos!

—¡Elric! —Este último grito fue como un gran gruñido de satisfacción que surgió de entre los cadáveres apilados. Gaynor apareció al fin, para plantarse con sus horribles ojos ante el rostro de su mayor enemigo, con la espada negra y amarilla, la mellada espada, refulgente en su mano como la lava recién surgida de

unas fauces volcánicas—. No creía que tuviera necesidad de este nuevo poder mío. Pero aquí estáis. ¡Y aquí estoy yo!

Tras decir esto, Gaynor se lanzó contra Elric y el albino levantó con facilidad a Tormentosa para detener el golpe. Ante lo cual, Gaynor, sorprendentemente, se echó a reír y mantuvo por un momento la actitud de su golpe fracasado hasta que, de repente, el albino se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo y trató de retroceder y de liberar a Tormentosa de la hoja sanguijuela adherida a ella que trataba de absorberle toda la vida. Elric había oído hablar de espadas que se alimentaban de alguna manera extraña de las energías de armas como Tormentosa, que actuaban como parásitos de la fuerza oculta que emanaba del extraño hierro con el que habían sido forjadas esta clase de espadas.

—Por lo visto, recurrís a una brujería poco caballerosa, príncipe Gaynor.

Elric sabía que en su hoja seguía existiendo todavía una buena parte de su poder, pero no podía arriesgarse a que le siguieran absorbiendo esa energía.

—El honor no tiene lugar alguno en mi catálogo de cualidades útiles —replicó Gaynor a la ligera, al tiempo que hacía una finta con la espada sanguijuela negra y amarilla—. Pero si lo tuviera yo diría que os falta valor para enfrentaros a un enemigo cara a cara, de hombre a hombre, cada uno con una espada singular que le ayude en su tarea. ¿Acaso no estamos justamente emparejados, príncipe de las Ruinas?

—Supongo que lo bastante bien, señor —asintió Elric confiando en que las hermanas comprenderían la urgencia de la delicada situación en que se encontraban.

Luego, con un hábil movimiento, hizo que su caballo se ladeara para evitar otra estocada juguetona.

—Me teméis, ¿verdad, Elric? Teméis la muerte, ¿verdad?

—No a la muerte —dijo Elric—. No a esa muerte ordinaria que sólo es una transición.

—¿Y qué me decís de esa muerte que significa una caída repentina y perdurable en el olvido?

—No la temo —contestó el albino—. Aunque bien es cierto que tampoco la deseo.

—¡Como sabéis que la deseo yo!

—En efecto, príncipe Gaynor. Pero no se os permite poseerla. Jamás sufriréis una liberación tan fácil.

—Quizá. —Gaynor el Condenado adoptó una actitud casi reservada y se volvió a mirar por encima del hombro. Sonrió al ver que la princesa Tayaratuka cabalgaba hacia ellos, mientras que sus hermanas y las otras dos mujeres continuaban su feroz avance—. Me pregunto si existe alguna constante en el Multiverso. ¿No será acaso el Equilibrio más que un agradable invento con el que los mortales se tranquilizan a sí mismos, convencidos de que hay alguna clase de orden? ¿Qué evidencias observamos sobre esto?

—Nosotros creamos la evidencia —dijo Elric con serenidad—. Está dentro de nuestro poder el hacerlo así, el crear orden, justicia, armonía.

—Moralizáis demasiado, mi señor. Eso indica que tenéis una mente mórbida, y quizá una conciencia excesivamente sobrecargada.

—No permito que nadie como vos me dé lecciones de superioridad, Gaynor. —Elric dejó que su cuerpo pareciera relajarse y su expresión se hizo despreocupada—. Una conciencia no siempre es una carga.

— ¡Oh, asesino de vuestros parientes y de vuestra prometida! ¿Qué otra cosa sino repugnancia podéis sentir por vuestro deficiente carácter?

Gaynor luchaba con las palabras lo mismo que hacía con la espada sanguijuela, y ambas perseguían la intención de privar al albino de su fe en sus propias habilidades, de su voluntad de supervivencia.

—He matado a muchos más villanos que inocentes —dijo Elric con firmeza, aunque estaba claro que Gaynor sabía cómo golpear con certeza en las partes más vitales de su ser—. Y sólo lamento que no pueda experimentar el placer de mataros a vos, servidor fracasado del Equilibrio.

—No os equivoquéis, señor, porque eso sería un placer para ambos — replicó Gaynor, que se lanzó al ataque y obligó a Elric a bloquear la estocada.

Al hacerlo, la energía de su espada volvió a ser absorbida en un ávido engullimiento de fuerza cósmica, y la espada sanguijuela negra y amarilla empezó a latir con una luz sucia.

Elric, que no estaba preparado para resistir el poder de la espada de Gaynor, retrocedió y estuvo a punto de caer de su silla, con la espada rúnica colgándole inútilmente del puño. Entonces, el albino se inclinó hacia adelante sobre la silla, jadeó en busca de aire, observó de un vistazo todo lo que habían conseguido pensando que lo iban a perder en cualquier momento, y le gritó a la princesa Tayaratuka, que ya se acercaba, que huyera, que evitara a toda costa la espada sanguijuela, pues ahora ya era por lo menos dos veces más poderosa de lo que había sido.

Pero la princesa no pudo oírle. Con una gracia que la hacía parecer como si no tuviera peso alguno, se lanzó contra Gaynor el Condenado, con la espada dorada silbando y ululando en su mano derecha, con el cabello negro ondulando tras ella, con los ojos de color violeta encendidos ante la perspectiva de la condena de Gaynor.

Pero Gaynor bloqueó el golpe y volvió a echarse a reír. Y una vez más, llena de asombro, la princesa Tayaratuka sintió que la energía era absorbida de sí misma y de su espada.

Luego, casi con despreocupación, Gaynor la hizo desmontar de la silla con un golpe de la empuñadura de la espada, y la dejó impotentemente tumbada entre la carne y los huesos desparramados por el campo de batalla. Gaynor montó sobre su caballo y cabalgó hacia donde luchaban los otros, que todavía no se habían dado cuenta del peligro que representaba.

La princesa Tayaratuka levantó la mirada hacia los ojos de Elric, mientras el albino se esforzaba por recuperarse.

—Elric, ¿no disponéis de ninguna otra brujería que sea capaz de ayudarnos?

Elric se estrujó el cerebro, consideró rápidamente todos los grimorios, cartas y palabras que había memorizado de niño, pero no pudo sintonizar con ningún poder psíquico.

—Elric —sonó el ronco susurro en que se había convertido la voz de la princesa Tayaratuka—. Mirad..., Gaynor ha derribado a Shanug'a... El caballo la arrastra, incontrolado... Y Mishiguya ha caído ahora de su caballo... ¡Elric, estamos perdidos! ¡Estamos perdidos a pesar de todas nuestras brujerías!

Y Elric empezó a recordar entonces, débilmente, una antigua alianza que su pueblo había establecido con unas criaturas casi sobrenaturales que los habían

ayudado en los primeros tiempos de la fundación de Melniboné, pero sólo pudo recordar un nombre...

—La Mujer Enredadera —murmuró, con los labios secos y agrietados. Era como si todo su cuerpo hubiera perdido su sustancia, como si cada movimiento que hiciera le golpease en una docena de lugares diferentes—. La Rosa lo sabrá.

—Vamos —dijo la princesa Tayaratuka incorporándose y tomando el caballo de Elric por la brida—. Tenemos que decírselo a ellos.

Pero Elric no tenía nada que decir; simplemente el recuerdo de un recuerdo, de un viejo acuerdo con algún espíritu natural que no debía lealtad alguna ni a la Ley ni al Caos, de la acuciante insinuación de un hechizo, de algún canto que se le había enseñado cuando era un muchacho, de un ejercicio de convocatoria...

La Mujer Enredadera.

No podía recordar quién era.

Gaynor había vuelto a desaparecer, entre los restos de sus propias filas, en busca de Charion Phatt y de la Rosa, pues ahora se hallaba armado con una espada cuatro veces más poderosa que aquellas que habían acudido a luchar contra él, y deseaba poner a prueba la hoja de un ser ordinario y mortal...

Wheldrake, que seguía observando y rezando, lo vio todo desde el balcón donde se encontraba. Vio a la princesa Tayaratuka envainar su espada dorada y conducir el caballo de Elric hacia donde se encontraban sus hermanas, de pie, también con actitudes de agotamiento. Sus caballos habían salido galopando en pos del de Gaynor.

Pero Gaynor todavía no había encontrado a la Rosa, y Charion Phatt lo evadía con la misma facilidad que un golfillo en un mercado. Regresó al lado de los otros y habló con el postrado albino con cierto ardor.

Entonces apareció la Rosa desde detrás de un montón de cadáveres. Desmontó con un solo y ágil movimiento al comprender la delicada situación en que se encontraban sus amigos.

Y ella también se arrodilló junto al abatido albino, y lo tomó de la mano...

—Hay un hechizo —dijo Elric—. Estoy tratando de recordarlo. Hay, quizá, un débil recuerdo. Se refiere a vos, Rosa, o a alguien de vuestro pueblo.

—Todos los de mi pueblo están muertos —dijo la Rosa, con la suave y rosada piel encendida por el ardor de la batalla—. Y parece que yo también voy a morir.

—¡No! —Elric hizo esfuerzos por incorporarse. Se apoyó con fuerza en el pomo de la silla, mientras el caballo se removía inquieto, sin saber por qué no continuaba la batalla—. Tenéis que ayudarme, señora. Hay algo acerca de una mujer, la Mujer Enredadera.

El nombre le sonó familiar a la Rosa.

—Lo único que sé es esto —dijo y, con el ceño fruncido, recordó unos versos...

En el primer tejido creativo de un mundo,  
en el tiempo anterior al tiempo de hace mucho,  
cuando no gobierna ni la altiva Ley ni el fracturado Caos,  
vive una criatura nacida del follaje y de la carne  
que busca tejer su mundo de nuevo,

y teje un exquisito útero de tejido,  
un útero de fuertes zarzas floridas,  
en el que entonar su canción de las rosas silvestres  
y tiene a su hijo espinoso, que crece,  
hasta convertirse en una rosa perfecta.

—Son los versos de Wheldrake. Escritos en su juventud, según dice él.

Pero entonces ella se dio cuenta de que había comunicado algo al pálido señor, de una forma que ni ella misma comprendía, pues los labios de Elric empezaron a moverse y sus ojos se elevaron para contemplar mundos que los otros no podían ver. Extraños sonidos musicales surgieron de sus labios, y ni siquiera las tres hermanas pudieron comprender lo que decía, pues no hablaba con ninguna lengua terrenal. Hablaba la lengua de la arcilla oscura, de las raíces retorcidas, de las viejas zarzas de rosas silvestres donde en otros tiempos los salvajes Vadhagh habían jugado, según decía la leyenda, y criado a su extraña descendencia, en parte carne, en parte frondosa madera, un pueblo del bosque y de jardines olvidados, y cuando vaciló en su declamación fue la propia Rosa quien se unió a él en su canción, en el lenguaje de un pueblo que no era el suyo, pero con el que se habían entremezclado sus antepasados, y cuya sangre también fluía ahora por ella.

Cantaron juntos, enviaron su canción a través de todas las dimensiones del Multiverso, hacia donde una criatura que dormía se agitó y levantó brazos hechos de millones de zarzas entretejidas, y desde donde se giraron rostros que también estaban hechos de nudosos espinos de rosas, para volverlos en la dirección de donde procedía la canción que no habían oído desde hacía cientos de miles de años. Y fue como si aquella canción le hubiera infundido vida, le hubiera aportado algún significado en un momento en que había creído estar a punto de morir, de tal modo que, casi por un capricho, impulsada por algo parecido a la curiosidad, la Mujer Enredadera desplazó su cuerpo espinoso, un brazo después de otro, una pierna después de la otra, luego la cabeza y con un movimiento susurrante que hizo estremecer todo su follaje, se configuró a sí misma en una forma muy similar a la forma humana, aunque algo más grande.

Y, tras esto, dio un paso despreocupado a través del tiempo y del espacio que no habían existido cuando ella decidió echarse a dormir y que, por lo tanto, ignoraba, y se encontró repentinamente de pie en medio de un cenagal de carne corrupta y maloliente, de huesos podridos que le disgustaron. Pero, por encima de esto, percibió otro aroma en el que había algo de sí misma y bajó la maciza cabeza, una cabeza entretejida de gruesas ramas espinosas, cuyos ojos no eran ojos, sino flores y hojas, y luego abrió los labios espinosos y preguntó, con un tono de voz tan bajo que sacudió el suelo, por qué razón había sido convocada por su hija.

Ante lo cual, la Rosa contestó, utilizando un lenguaje similar al suyo, mientras Elric le cantaba su propia historia, con una melodía que a ella le pareció tolerable. Pareció como si concentrara todavía más densamente a su alrededor las ramas entretejidas y miraba con una cierta firmeza hacia Gaynor y los restos del ejército del Caos, que se habían detenido por completo para mirarla, hacia la espada negra y amarilla levantada en la mano de Gaynor, como un fragmento de energía encolerizada, en el momento en que todo el ejército se lanzaba en bloque al ataque!

Las hermanas se tomaron de las manos, unidas con Charion, Elric y la Rosa, y se mantuvieron apretados los unos contra los otros, por seguridad y poder, pues de algún modo informaban así a la Mujer Enredadera, en su alma primitiva, y la dirigían mientras ella se inclinaba y extendía una mano de muchas ramas hacia Gaynor, que apenas si tuvo tiempo de ladear su caballo y cabalgar

por debajo, golpeando la madera al hacerlo, porque la energía de que se hallaban dotadas aquellas ramas era de una clase que ningún poder era capaz de absorber y ningún arma mortal era capaz de dañar, por lo que apenas si quedó marcada por el golpe y, allí donde quedó marcada, curó inmediatamente.

Ahora, con una serena deliberación, como si realizara una tarea hogareña que no hiciera placenteramente, la Mujer Enredadera extendió sus largos dedos a través de las filas atacantes del Caos, indiferente a las espadas, las hachas y las picas que la golpeaban, a las mordeduras de sus garras, y entretejió los dedos entre ellos, retorciéndolos y girándolos, inclinándose y envolviéndolos, hasta que cada guerrero del Caos y cada bestia del Caos que todavía conservaba la vida se vio abrazada y paralizada por los dedos espinosos de las zarzas.

Sólo una figura consiguió escapar, cabalgando a uña de caballo, de los ensangrentados cristales del campo de batalla, golpeando la grupa del caballo con la saciada espada sanguijuela.

La Mujer Enredadera extendió sus tentáculos hacia Gaynor, que ya desaparecía, pero le quedaba poca fuerza, apenas la suficiente para rozar levemente con una delgada rama verde la espada que se soltó de la débil mano, y levantarla triunfalmente para luego lanzarla por los aires bien lejos, hacia lo más profundo del bosque, donde empezó a extenderse un estanque negro que dio a todo el cristal que lo rodeaba la consistencia del carbón.

La espada sanguijuela se desvaneció y todos escucharon el furioso grito de Gaynor, que espoleaba al sudoroso caballo valle arriba y cabalgaba sin mirar atrás, para descender al otro lado y desaparecer de la vista.

La Mujer Enredadera había perdido interés por Gaynor. Lentamente, retiró los dedos espinosos del campo, de los sangrientos cadáveres atravesados por sus espinas, de la carne de la que había desaparecido todo signo de vida y de las víctimas que habían experimentado una muerte más limpia de la que Elric les había ofrecido.

Elric se irguió entonces sobre la silla y, mientras los demás se negaban a mirar, se dedicó a rematar a los heridos, dejando así que la espada se diera un festín y renovara su energía. Estaba decidido a encontrar y castigar a Gaynor por toda la maldad que había hecho. Y al pasar entre lo que quedaba de los vivos, ignoró por completo sus gemidos implorantes.

—Debo recuperar de vosotros lo que vuestro maestro nos ha robado —explicó.

Y aquella matanza no tuvo, en sí misma, ningún honor ni satisfacción, sino que sólo lo hizo porque era necesario hacerlo.

Cuando regresó junto a sus compañeros, la Mujer Enredadera ya se había marchado, llevándose consigo el pago que exigió, y lo único que quedaban eran los muertos.

—El ejército del Caos ha sido derrotado —dijo la princesa Shanug'a—. Pero el Caos todavía habita en nuestro ámbito. Gaynor todavía tiene poder aquí. Pronto se revolverá contra nosotras.

Había recuperado su caballo.

—No debemos permitirle que vuelva —dijo la Rosa mientras limpiaba Espina Rápida sobre un trozo de tela satinada—. Tenemos que expulsarlo de regreso al infierno y asegurarnos de que no vuelva a amenazar jamás nuestro ámbito.

—Es cierto —dijo Elric, ocupado con sus propios e inquietos pensamientos—. Tenemos que seguir la pista de la bestia hasta su guarida, donde debe quedar

confinada aun cuando no podamos matarla. ¿Podéis encontrar el camino, Charion Phatt?

—Puedo encontrarlo —contestó la muchacha. Había sufrido varias heridas menores, que los demás le habían ayudado a vendar, pero había una especie de placer en la forma de moverse que dejaba boquiabierto a quien la mirara, como si todavía se sintiera exultante ante su inesperada salvación—. Ha regresado sin duda alguna a El Barco Que Fue.

—Su fortaleza —murmuró la Rosa.

—Donde su poder debe de ser más grande —añadió la princesa Mishiguya montando sobre la silla de su caballo.

—Hay un poder allí, eso desde luego —asintió Charion con el ceño fruncido—. Algo mucho más poderoso que todo lo que ha controlado sobre este campo de batalla. Pero no acabo de comprender por qué no lo utilizó contra nosotros aquí mismo.

—Quizá nos espera —dijo Elric—. Quizá sabe que acudiremos en su búsqueda.

—Tenemos que ir para reclamar los tesoros de la Rosa —dijo la princesa Tayaratuka—. No podemos permitir que el príncipe Gaynor se quede con ellos.

—En efecto —asintió Elric con una sensación y un renovado sentido de urgencia.

Había recordado que el alma de su padre permanecía en poder de Gaynor, y que Ariocho o cualquier otro duque del Infierno no tardaría en reclamarla, momento a partir del cual volaría hasta él mismo y se ocultaría en su propio ser, uniendo para siempre a padre e hijo.

Elric se sacó los guanteletes negros y puso las manos sobre los musculosos flancos del caballo, pero nada pudo eliminar el escalofrío que se había apoderado de todo su ser. Ningún calor ordinario parecía suficiente para calentarlo.

—¿Qué me decís de los demás? —preguntó Charion—. ¿Qué pasará con mi tío, mi abuela, mi primo y mi prometido? Creo que deberíamos tranquilizarlos.

Cabalgaron lentamente de regreso hacia la ciudad de la caverna, y ofrecieron comida y descanso a sus caballos antes de iniciar la larga ascensión por los escalones y los pasillos ocultos por detrás de los muros. Cuando finalmente llegaron al balcón donde habían dejado a los demás, sólo encontraron a Wheldrake.

Estaba consternado. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Abrazó a Charion Phatt, pero su gesto fue más bien de consuelo, antes que de alegría.

—Se han marchado —dijo—. Se dieron cuenta de que estabais perdiendo la batalla. O eso fue lo que creyeron ver. Fallogard tenía que considerar la seguridad de su hijo y de su madre. No quería marcharse, pero yo le obligué a hacerlo. Él disponía del poder para conseguirlo. Me habría llevado consigo, pero no tuvimos tiempo y, además, yo tampoco quería marcharme.

—¿Que se han ido? —preguntó Charion, manteniéndolo ahora a la distancia de un brazo—. ¿Se han ido, mi amor?

—Mamá Phatt abrió lo que ella llamó un «pliegue» y se arrastraron por debajo, hasta desaparecer, en el preciso instante en que se materializaba aquella vasta y tupida cosa. Fue demasiado tarde para detenerlos. ¡Ya habían escapado!

—¿De qué? —gritó Charion Phatt encolerizada—. ¿A dónde fueron? Oh, ¿debemos empezar de nuevo la búsqueda?

—Eso parece, querida —contestó Wheldrake sumisamente—. Si es que queremos recibir la bendición de tu tío, como esperamos.

—Tenemos que seguirlos —dijo ella con firmeza.

—Todavía no —intervino la Rosa con suavidad—. Antes tenemos que asaltar El Barco Que Fue. Tengo una pequeña cuenta que saldar con Gaynor el Condenado, y con la compañía que sospecho que tiene.

## 5

### ***Relativo a la captura y la subasta de ciertos artefactos ocultos; contrariedades en los Mundos Superiores; la Rosa cobra su venganza; resolución de un compromiso cósmico***

La pequeña caravana se detuvo, con sus miembros agotados, cuando llegaron por fin a los riscos. Los caballos que les quedaban, que a veces habían tenido que soportar doble peso, estaban casi completamente exhaustos. Pero habían encontrado el Mar Pesado, cuyas olas pesadas y oscuras se arrastraban sobre la playa para luego retirarse lentamente bajo un cielo estático y mórbido. Miraron hacia abajo, en dirección a la estrecha entrada de la bahía, donde el mar parecía más calmado. Sus elevados muros de obsidiana rodeaban una playa de guijarros extrañamente coloreados, de trozos de cuarzo y fragmentos de piedra caliza, de piedras semipreciosas y pedernal reverberante.

Anclado en la bahía se encontraba un barco que Elric reconoció al instante. Tenía la vela arriada, pero la gran jaula cubierta situada en el castillo de proa hacía que la proa fuera pesada. El barco de Gaynor y su tripulación se habían reunido con su maestro. En el extremo más alejado de un espolón rocoso, que oscurecía su visión del resto de la playa, parecía haber algo de actividad, quizá una figura o dos en movimiento, y ahora tuvieron que hacer que sus caballos descendieran con lentitud por el estrecho sendero que conducía desde el acantilado hasta la playa, con el continuo peligro de deslizarse sobre la brillante roca. Cuando los cascos de los caballos se posaron finalmente sobre los gruesos guijarros, produciendo un sonido como el del hielo al ser aplastado, los compañeros pudieron ver que la playa se extendía también más allá del espolón y que era posible cabalgar a lo largo de ella.

La princesa Tayaratuka cabalgaba un poco por delante, seguida por sus hermanas, que compartían un mismo caballo. Luego iban la Rosa, seguida por Elric y Charion Phatt, cuya cintura se hallaba rodeada por las diminutas manos de Wheldrake, que montaba a la grupa. Formaban un grupo extrañamente disparatado, aunque eran muchas las ambiciones que compartían.

Rodearon el punto más adelantado del espolón y vieron El Barco Que Fue.

Ante ellos se encontraba uno de los asentamientos más extraños que Elric hubiera visto jamás.

Antes había sido, en efecto, un barco. Un barco cuya veintena de cubiertas se elevaban más y más altas para formar lo que podría haber sido una especie de vasto zigurat flotante tripulado por enormes criaturas inhumanas; un barco digno del propio Caos. Sus líneas tenían el aspecto de algo orgánico que se hubiera petrificado de repente tras haber sido torturado por formas antinaturales. Aquí y allá se observaban sugerencias de rostros, extremidades, torsos y bestias y aves de otros mundos, de gigantescos peces y criaturas que eran combinaciones de todas estas cosas. A Elric le pareció que el barco formaba una sola pieza con el Mar Pesado que, como el cuarzo verde, se hacía ahora viscoso y de lentos movimientos, para arrojar su espuma sobre la sombría playa donde hombres, mujeres y niños, vestidos con toda variedad de ropas, en harapos y sedas, con zapatos que raras veces eran iguales, con las sucias pieles de algún rey muerto, con los jubones y pantalones de marineros sin nombre, con los vestidos y ropa interior de los ahogados, con los sombreros, joyas y bordados con que los muertos habían celebrado su vanidad en otros tiempos, se movían de un lado a otro entre las terribles rompientes, entre la carroña y los restos

flotantes traídos hasta aquí por la hosca marea que formaban los detritos de siglos, arrastrando consigo cualquier tesoro que ellos pudieran descubrir y llevar a la madriguera laberíntica del barco, que se hallaba varado sobre la playa, formando un ligero ángulo, con su borda de estribor hundida y su borda de babor levantada, donde quizá un mástil había detenido su vuelco.

Como un casco muerto, el barco se hallaba tan infestado de habitantes humanos como el cadáver de un gigante de los mares pudiera estar infestado de gusanos. Lo manchaban con su misma presencia, lo deshonraban con sus suciedades, del mismo modo que los huesos de los caídos se ven manchados y deshonrados por las porquerías y los desechos de los cuervos que se alimentan de su carne putrefacta. Dentro del barco había un movimiento constante, lo que daba la impresión de una masa agitada llena de vida pero sin identidad ni preocupaciones individuales, sin dignidad, respeto o vergüenza, que serpenteaba, se precipitaba de un lado a otro, se peleaba, luchaba, gritaba, rugía, gemía y siseaba, como si, a imitación de aquel mar tan horrible, estos humanos se hubieran comprometido con el Caos pero todavía no hubieran sido transformados por éste; eran criaturas que, sin lugar a dudas, habían tenido poca posibilidad de elegir a sus maestros cuando Gaynor trajo a este mundo el estandarte del conde Mashabak. Ahora, sin embargo, se habían convertido en unos desgraciados, a los que sólo les quedaba su vergüenza. Ni siquiera miraron cuando Elric y sus compañeros cabalgaron hacia la amenazante sombra de El Barco Que Fue.

Ellos no contestarían a las preguntas del albino. No escucharían cuando las hermanas trataran de hablar con ellos. El terror y la vergüenza los consumían. Ya habían abandonado toda clase de esperanza, incluso en una vida después de la muerte, pues habían llegado a la conclusión de que la miseria que sufrían demostraba sin lugar a dudas que todo el Multiverso había sido conquistado por sus torturadores.

—Hemos venido —dijo por fin Elric— para tomar prisionero al príncipe Gaynor el Condenado y pedirle cuentas.

Pero ni siquiera eso pareció afectarles lo más mínimo. Estaban acostumbrados a los engaños urdidos por Gaynor, a sus juegos, a sus momentos de aburrimiento, cuando se dedicaba a jugar con sus vidas y emociones. Para ellos, toda clase de discurso no era más que una mentira.

Los siete cabalgaron hacia donde se había construido una especie de puente levadizo que permitía el acceso al barco ladeado y, sin la menor vacilación, penetraron en su interior para descubrir una pesadilla laberíntica de pasillos lóbregos, destartalados agujeros donde se habían esculpido toscas puertas entre las mamparas, todas ellas aseguradas con cuerdas y trozos de redes y con diversos artilugios hechos toscamente, trozos moribundos de tela y alfombras, de vestiduras deshilachadas y lienzos mal lavados, donde se habían levantado colgadizos y chozas colgantes, a menudo sobre el mismo borde de una cubierta dañada. Algo grande y fuerte había destrozado este barco, acabando con él y rompiéndole las tripas.

A través de las portillas que comunicaban una cubierta con otra penetraba una luz neblinosa y desagradable, que creaba un enrejado de sombras pálidas y oscuras en el interior de los tortuosos intestinos del buque, haciendo que las figuras de sus habitantes parecieran sombras fantasmales que se agazapaban, acechaban, tosían, gemían, se reían disimuladamente, demasiado desesperadas para observar a los vivos sin aumentar todavía más su ya insoportable miseria. El suelo de El Barco Que Fue se hallaba cubierto de desperdicios humanos, de los desechos que ellos ya no valoraban. Wheldrake se llevó una mano a la boca y descendió del caballo de Charion.

—Agh, esto es peor que los barrios bajos de Stepney. Dejaré que os encarguéis de vuestros asuntos. Yo no tengo nada que hacer aquí.

Y, ante la sorpresa de Charion, regresó hacia la zona relativamente saludable de la oscura playa.

—Es cierto —dijo la Rosa—. Aquí no puede hacer nada práctico. Pero su inspiración poética no tiene paralelo alguno cuando se trata de sintonizar con la armonía del Multiverso...

—Ésa es su más encantadora cualidad —asintió Charion con el entusiasmo propio de una amante, contenta de que aquello que admiraba en su prometido se viera también reflejado en las opiniones de otros, lo que se hallaba a muy corta distancia de desaprobar lo que los amantes siempre han sospechado de sí mismos: que se han vuelto completamente locos.

Elric ya había perdido la paciencia con esta especie de conspiración de los desesperados y los mudos. Cuando su caballo de combate descendió hasta los sucios guijarros, desenvainó la espada rúnica, para que la radiación negra de Tormentosa se desparramara sobre aquel gran espacio arruinado, y de la hoja surgió una peligrosa canción murmurada, como si se relamiera ya con el alma de aquel que había intentado robarle su energía.

El caballo de combate retrocedió, y levantó las patas delanteras en el fétido aire, y el albino de ojos escarlata que refulgían en aquella oscuridad de diferentes capas de intensidad gritó el nombre de aquel que los había engañado a todos, que había creado esto, que había abusado de toda clase de poder, de toda responsabilidad, deber, tratado y confianza que alguna vez se hubiera depositado en él.

—¡Gaynor! ¡Gaynor el Condenado! ¡Hediondo engendro del infierno! ¡Hemos venido para vengarnos en ti!

Procedente de alguna parte, hacia lo alto, en lo que en algún tiempo habían sido las partes más profundas y fuertes del barco, allí donde la oscuridad era más completa, llegó hasta ellos una risita distante que sólo podía emanar del interior de un casco sin rostro.

—¡Tanta retórica, mi querido príncipe! ¡Tanta jactancia!

Elric encontró un camino practicable para sí mismo y su caballo y avanzó hacia las sombras aplastando lo que encontraba a su paso, a través de los enrejados de luz neblinosa, por galerías que en otros tiempos habían sentido los pies de marineros corpulentos y que ahora se hallaban atestadas y abarrotadas con los desechos de estos habitantes humanos. Derribó a uno y otro lado calderos hirvientes y desparramó hogueras, sin importarle el daño que pudiera producir, sabiendo que cualquier material del que estuviera hecho este casco no podía arder a causa de llamas mortales, con la Rosa pisándole los talones y gritándoles a las hermanas y a Charion que les siguieran.

Pasaron por galerías de sucia oscuridad, donde los ojos asombrados les miraban por un instante desde las grietas, o las figuras acuclilladas observaban asustadas desde agujeros malolientes; cruzaron ante esta colección de almas sin esperanza, en busca de su maestro y de toda clase de entidades y fuerzas que estuvieran a su lado, precisamente para liberarlos a todos ellos de su tiranía. Fue la Rosa quien ahora levantó la cabeza y se puso a cantar una canción clara y dulce, una canción que hablaba en sus melodías de amor perdido, de tierras perdidas, de venganza frustrada, de la entrega total a poner punto final a esta injusticia particular, a esta obscena perversión del orden del Multiverso; también fue la Rosa la que desenvainó a Espina Rápida y la blandió como un estandarte. Luego, las hermanas también desenvainaron sus espadas, una de marfil, otra de granito y otra de oro, y se unieron a ella con sus propias armonías de cólera, decididas a

que la causa de su desesperación no volviera a causar más daños. Sólo Charion Phatt no cantó ninguna canción. No era una experta montando a caballo y se había quedado rezagada con respecto a los demás. A veces, miraba hacia atrás, quizá con la esperanza de que Wheldrake hubiera decidido seguirlos después de todo.

Llegaron finalmente ante un par de puertas macizas, con bajorrelieves tan extraños que eran completamente indescifrables para los mortales. En otros tiempos, aquellas puertas habían guardado las estancias de la bestia que hubiera gobernado sobre este barco, por lo que se encontraban en lo más profundo del corazón del buque, pero ahora se encontraban cerca del techo y desde el otro lado llegaba hasta ellos el lento retumbar de las pesadas rompientes del mar.

—Quizá debiera recompensar tanta estupidez —llegó hasta ellos la voz de Gaynor, con tonos divertidos—. Intenté atraeros hasta aquí, mis dulces princesas, para mostraros mi pequeño reino, pero os negasteis a venir. Ahora, de todos modos, la curiosidad os ha traído.

—No es la curiosidad, príncipe Gaynor, lo que nos ha traído a El Barco Que Fue —dijo la princesa Shanug'a, que descendió del caballo que compartía con su hermana y se dispuso a empujar una de las pesadas puertas, obligándola a retroceder un poco, lo suficiente para que todos pudieran pasar al otro lado una vez que hubieran desmontado—. ¡Ha sido nuestra intención de dar por terminado vuestro gobierno en este ámbito!

—Valerosas palabras en momentos como éste, señora. De no ser por una primitiva magia terrenal, en este momento seríais mis prisioneros. Pero no hay que preocuparse, porque pronto seréis mis esclavos.

El aire neblinoso era denso y transportaba consigo hedores calientes y antinaturales, y en él ardían hierros que apenas si arrojaban mejor luz que las velas parpadeantes cuyos enormes tallos amarillos goteaban la cera sobre lo que en otro tiempo había sido un techo intrincadamente tallado, pero que ahora se hallaba cubierto por paja y alfombras. Las telarañas se silueteaban en el aire, lo que insinuaba la tarea de enormes arañas, y desde lo más profundo de las sombras llegó hasta ellos el sonido de seres que se escabullían y que sólo podía corresponder a las carreras de las ratas. A Elic, sin embargo, le parecía que todo esto no podía ser sino una ilusión, una cortina que estuviera siendo apartada, pues ante la vista, y sin saber cómo, aparecieron los feroces, ricos y sulfurosos colores del Caos, una gran esfera cuyo contenido se hallaba en constante movimiento, y ésta desplegabla el oscuro perfil de Gaynor el Condenado, de pie ante ella, como si estuviera ante una especie de altar sobre el que hubiera colocado unos pocos objetos pequeños.

—Oh, sed bien recibidos —dijo. Parecía sentirse medio loco de alegría ante lo que, estaba seguro de ello, pronto sería la aceptación de su soberanía por parte de todos ellos—. Hay bien poca necesidad de todo este despliegue de desafíos e insultos, amigos míos, puesto que sin lugar a dudas puedo solventar nuestras diferencias. —Ahora el casco latía con un fuego escarlata, atravesado por venas de negro—. Terminemos de una vez con la exuberante violencia y solucionemos estas cuestiones como deberían hacerlo los pueblos civilizados.

—Ya he escuchado en otras ocasiones vuestras palabras razonables, Gaynor —dijo la Rosa con desprecio—, cuando tratasteis de conseguir que mis hermanas negociaran su honor o sus vidas. Y yo, como ellas, tampoco estoy dispuesta a cerrar trato alguno con vos.

—Eso son antiguos recuerdos, mi dulce señora. Había olvidado ya esas menudencias, y vos deberíais hacer lo mismo. Eso fue ayer. ¡Os prometo un gobierno glorioso para el mañana!

—¿Qué podéis prometer vos que sea valioso? —replicó Charion Phatt—. Vuestra mente me resulta misteriosa, pero sé que nos mentís. No habéis hecho

más que perder vuestro férreo dominio sobre este ámbito. El poder que antes os ayudó, ya no os ayuda más ahora. Pero podéis hacer que os vuelva a ayudar...

Tras pronunciar estas palabras, la gran esfera ectoplásmica pulsante situada por detrás de Gaynor se estremeció y reveló, por un instante, tres ojos resplandecientes, colmillos, mandíbulas babeantes y furiosas garras, y Elric se dio cuenta horrorizado de que Mashabak no era libre, de que Gaynor había conseguido de algún modo controlar la prisión, fingir que cumplía las órdenes de Mashabak al mismo tiempo que planeaba tomar el poder de un señor del Caos para él mismo.

Arioch había sido expulsado de este plano, arrastrado a través de las dimensiones por la última y valerosa acción de Esbern Snare, y Gaynor había sido mucho más audaz de lo que cualquiera de ellos hubiera podido imaginar, pues había decidido ocupar el lugar de Arioch, en lugar de liberar a su maestro. No obstante, y aunque tenía prisionero al señor del Caos, no disponía de medio alguno para controlar su poder, para utilizarlo en beneficio de sus propios fines. ¿Era ésa la razón por la que su espada sanguijuela había tratado de robar la energía de Tormentosa y de las espadas de las hermanas?

—En efecto —asintió Gaynor al leer los pensamientos de su enemigo por la expresión de su rostro—. Había planeado conseguir el poder necesario por otros medios. Pero soy un inmortal bastante práctico, como ya debéis de haber comprendido a estas alturas, y si tengo que establecer un trato, ¿por qué acompañarte felizmente al mercado?

—No tenéis nada que yo pueda necesitar, Gaynor —dijo Elric con frialdad.

Pero el ex príncipe de lo Universal ya se estaba burlando de él, y sostenía en alto uno de los objetos que había colocado allí.

—¿Acaso no deseáis esto, príncipe Elric? —preguntó burlón—. ¿No es esto lo que buscáis desde hace tanto tiempo? ¿No lo habéis buscado a través de los ámbitos, señor? ¿Y no lo habéis hecho, además, con una considerable impaciencia?

Elric se dio cuenta entonces de que se trataba de la caja negra de palo de rosa, con su nudosa superficie tallada con rosas negras. Incluso desde donde se encontraba podía oler su maravilloso perfume. Era la caja que contenía el alma de su padre.

Gaynor volvió a reírse, esta vez con más fuerza.

—Fue robada por uno de vuestros antepasados brujos, entregada a vuestra madre, y luego a vuestro padre, que ocultó su extraordinaria decepción en cuanto comprendió lo que era, y cuyo sirviente terminó por perderla. Tengo entendido que fue comprada a cambio de unas pocas monedas por su propietario en Menii, en una subasta entre piratas. Yo diría que en todo ello se puede disfrutar de una pequeña ironía.

— ¡No negociaréis con nosotros a cambio de esa caja, Gaynor! —gritó la Rosa de repente.

Y Elric se preguntó por qué se había mostrado ella tan repentinamente agresiva desde que habían cruzado aquellas puertas, como si se hubiera preparado para este momento, como si supiera exactamente lo que tenía que hacer y decir.

—Pero tengo que hacerlo, señora. ¡Tengo que hacerlo! —Gaynor abrió la caja y extrajo de ella entre un reluciente índice y pulgar azulados, una gran rosa escarlata. La sostuvo por el tallo cubierto de rocío. Parecía como si la acabaran de cortar apenas un momento antes. Era una rosa perfecta—. ¡La última cosa viva que queda en vuestro territorio, señora!

Salvo vos misma, desde luego. La única otra superviviente de aquella victoria particularmente satisfactoria. Al igual que vos, señora, ha sobrevivido a todo lo que le ha hecho el Caos. Hasta ahora...

—No es vuestra —dijo la princesa Tayaratuka—. Eso es lo que la Rosa nos entregó la primera vez que conoció nuestra difícil situación. Fue ella quien decidió entregárnosla. Y somos nosotras las que decidimos devolvérsela. La Rosa Eterna.

—Muy bien, señora, pero resulta que ahora es mía. Para negociar su posesión como yo prefiera —dijo Gaynor con un atisbo de arrogante impaciencia, como si se dirigiera a una niña que no hubiese comprendido lo que se le acababa de explicar.

—No tenéis derecho alguno a poseer esos tesoros —dijo la princesa Mishiguya—. Devolvedme los anillos de rosas silvestres, que constituyen mi parte de lo que hemos venido a buscar.

—Pero los anillos de rosas silvestres tampoco son vuestros —replicó Gaynor—, como muy bien sabéis, señora. Todos estos tesoros os fueron prestados, para que pudierais recorrer los caminos entre los ámbitos y buscar a Elric.

—En ese caso, devolvédmelos a mí —dijo la Rosa adelantándose un paso—. Pues se trataba, en realidad, de mis tesoros, que yo podía prestar u ofrecer como quisiera. Son los últimos tesoros de mi país olvidado. Los traje aquí, confiando en encontrar la paz de mis atormentadas ansias. Luego llegó el Caos y la necesidad de mis anfitrionas fue mucho mayor que la mía. Pero ahora ya disponen de las espadas que buscaban. Al fin y al cabo, no tuvieron que negociar nada con Elric. También en eso hay otra dulce ironía, príncipe. Y hemos venido aquí para reclamar esos tesoros. Entregádnoslos, príncipe Gaynor, o tendremos que apoderarnos de ellos por la fuerza.

—¿Por la fuerza, señora? —La risa de Gaynor se hizo todavía más fuerte y ronca—. ¡No tenéis ninguna fuerza que usar contra mí! ¡Ni contra Mashabak! Es muy posible que todavía no pueda controlarlo, pero sí puedo liberarlo. Puedo dejarlo suelto en vuestro ámbito, señora, y hacer que se lo trague en un instante, y a todos nosotros con él. Y eso, podéis estar segura, me encantará casi tanto como me encanta controlar su poder, ya que, en tal caso, ¿no sería mi propia decisión la que permitiera las conquistas de un Caos desaforado? Esta varita de endrino lo dejaría en libertad, con un solo toque de su punta. —Y reveló entonces la delgada y negra ramita ribeteada de latón y elinflor—. Os lo repito, señora, no tenéis fuerza alguna que podáis utilizar contra mí. Mientras yo permanezca aquí y tenga mi varita conmigo, todos estamos a salvo, como lo estuvo Arioeh cuando construyó esta jaula.

Y, de repente, llegó hasta ellos un graznido y una carcajada desde el interior de la esfera, y los desagradables rasgos del conde Mashabak se apretaron contra la superficie por un momento, mientras deliraba en respuesta ante la pronunciación del nombre de su captor, ante su absoluta pérdida de honor por haberse convertido en el prisionero de un simple semidemonio. Era tan vasta y tan colérica la fuerza vital aprisionada allí, que Elric y sus compañeros se sintieron impulsados a retroceder ante ella, y tuvieron la impresión de que podían verse absorbidos hacia la no existencia simplemente con mirarla.

—Y vos, príncipe Elric —gritó Gaynor el Condenado por encima de la cacofonía de su imprudentemente capturada presa—, vos también habéis venido a negociar, sin duda. ¿Qué? ¿Queréis tener esto? ¿La piel que vuestro feroz amigo dejó tras de sí?

Y blandió la gris piel de lobo que era todo lo que quedaba del atormentado habitante de las tierras del Norte.

Pero, para Elric, lo que Gaynor sostenía no representaba ningún trofeo. La abandonada piel de lobo significaba que Esbern Snare había muerto como un mortal libre.

—No hago sino repetir todo lo que ya han dicho mis amigos —replicó Elric—. No hago tratos con alguien como vos, Gaynor el Condenado. En vos ya no queda la menor virtud.

—Sólo el vicio, príncipe Elric. Sólo el vicio, debo admitirlo. Pero ¿verdad que es un vicio creativo e imaginativo? Todavía tenéis que comunicarme vuestras decisiones. Yo deseo vuestras espadas, ¿comprendéis?

—Son espadas vinculadas exclusivamente a nosotros —dijo la princesa Mishiguya—. Son nuestras por sangre y por derecho. Son nuestras para conquistaros y arrojaros de nuestro ámbito. Jamás las tendréis en vuestro poder, Gaynor el Condenado!

—Os ofrezco a cambio estos tesoros que tomasteis prestados y que perdisteis. Hablaré con claridad. Quiero cuatro espadas como las que tenéis entre los cuatro. Tengo aquí seis objetos de poder. ¡Los cambiaré todos por las espadas! ¿No os parece eso generoso, e incluso estúpido por mi parte?

—Estáis loco, Gaynor —dijo la princesa Shanug'a—. Las espadas son nuestra herencia. Constituyen nuestro deber.

—Pero también estoy seguro de que es vuestro deber devolver lo que se os ha prestado, ¿verdad? No obstante, pensad en ello un momento. Ahora le voy a ofrecer a Elric el alma de su dulce y viejo padre.

Y colocó el acariciante acero sobre el palo de rosa.

Encolerizado ante el hecho de que Ariocho hubiera traicionado su secreto, Elric se quedó sin habla. Gaynor conocía cuál era el verdadero valor de la caja que contenía el alma y lo que eso significaba para el hijo de Sadric.

—¿Queréis estar unido con ese alma para siempre, o preferís ser libre? —preguntó Gaynor saboreando cada sílaba de la tentación que ofrecía, comprendiendo con toda exactitud lo que le estaba ofreciendo al albino.

Con un juramento sin palabras, Elric se lanzó hacia el altar, pero Gaynor hizo un nervioso movimiento con la varita y estuvo a punto de tocar la membrana ectoplásmica, dentro de la cual rugía y flexionaba las garras el conde Mashabak, con unos ojos lo bastante feroces como para atravesar ardientemente aquellas murallas místicas y salir precipitadamente de su prisión para devorar, para deformar y convertir este ámbito en una aullante expulsión de vida atormentada.

—El alma de vuestro padre, príncipe Elric, a cambio de esa espada vuestra. Estoy seguro de que sabréis muy bien cuál de las dos cosas preferís. Vamos, príncipe Elric, no es una decisión acerca de la que tengáis que reflexionar demasiado. Aceptad la oferta. Eso os liberará. Seréis libre de todas vuestras condenas, querido príncipe.

Elric se sintió atraído por la tentadora perspectiva de verse libre para siempre de su espada infernal, de la no deseada simbiosis de la que había terminado por depender, de verse libre de la amenaza del auna de su padre eternamente mezclada con la propia, de poder ayudar a su padre a que se reuniera con su madre en el Bosque de las Almas, sobre el que no ejercían dominio alguno ni la Ley, ni el Caos, ni el Equilibrio cósmico.

—El alma de vuestro padre, Elric, para que os sintáis libre. El final de sus sufrimientos y el de los vuestros. No necesitáis de esa espada para vivir. No necesitáis de su poder para encontrar y soportar todos esos sufrimientos y otros. Dadme la espada a mí, Elric, y yo os daré a cambio todos estos tesoros...

—Queréis la espada para poder controlar al demonio que contiene —dijo Elric—. ¿Disponéis de un hechizo que os proporcione ese poder? Quizá lo tenéis, príncipe Gaynor. Pero el hechizo, por sí solo, no es suficiente. También tenéis que ser capaz de asustar al conde Mashabak... —Se escuchó de nuevo el estruendo encolerizado, los gritos, arañazos y amenazas—. Y creéis que eso lo podréis hacer con Tormentosa. Pero necesitaréis mucho más que a Tormentosa, príncipe Gaynor, para lograr ese control al que aspiráis.

Elric volvió a pensar en la salvaje audacia de Gaynor el Condenado, que intentaba domesticar bajo sus órdenes a todo un señor del Infierno.

—Cierto, mi querido príncipe —asintió Gaynor con un tono de voz nuevamente suave y divertido—. Pero afortunadamente dispongo de algo más que vuestra espada. La Rosa conoce muy bien el hechizo al que me refiero.

Y la Rosa levantó la cabeza y le escupió, lo que hizo que él todavía se echara a reír más alegremente.

—Ah, cómo aprenden a lamentar los amantes esas pequeñas confidencias.

Lo que hizo que Elric comprendiera de pronto lo que había sucedido y sintiera una nueva simpatía por la mujer, la última de su clase, y por la naturaleza particular de su carga moral.

—Entregadme esa hoja, príncipe Elric. —Gaynor extendió la mano izquierda, enfundada en el guantelete, en la que sostenía la caja con el alma. En la mano derecha tenía la varita de endrino, que sostenía cerca de la membrana ectoplásmica—. No tenéis nada que perder.

—Creo que sólo podría salir ganando si me dejarais marcharme con esa cosa —dijo Elric.

—Desde luego. ¿Quién podría salir perjudicado?

Pero Elric conocía muy bien la respuesta a esa pregunta. Sus compañeros saldrían perjudicados. Este ámbito saldría perjudicado. Muchos más saldrían perjudicados en cuanto Gaynor consiguiera controlar al conde Mashabak. No sabía exactamente cómo se proponía utilizar el arma para controlar al señor del Caos, pero estaba claro que existía esa clase de medios. En cierta ocasión, hacía mucho tiempo, la Rosa le había confiado su secreto, su conocimiento de una poderosa y antigua brujería.

—¿O queréis reuniros con vuestro padre para siempre, Elric de Melniboné? —El tono de voz que surgió desde el interior del casco fue ahora más frío, más evidentemente amenazador—. Estaría dispuesto incluso a compartir con vos mi nuevo poder. Vuestra espada será la vara que utilizaré para doblegar a Mashabak a mis caprichos.

Elric anhelaba poder estar de acuerdo con Gaynor el Condenado. Si hubiera sido un verdadero melniboneano, aunque fuera alguien como su padre, no se lo habría pensado más y le habría entregado la espada a cambio de la caja con el alma. Pero a través de los lazos de carácter, de sangre y de disposición, fueran los que fuesen, sentía que debía lealtad a sus compañeros y que no estaba dispuesto a dejar una sola criatura humana más a merced del Caos.

Así pues, se negó.

Lo que arrancó un grito de rabia del ex príncipe de lo Universal, quien barbotó diciendo que Elric era un estúpido, que con su acción podría haber salvado algo de estos ámbitos, pero que ahora serían completamente devorados por el encolerizado Mashabak.

En ese momento, se escuchó un crujido y un gruñido, y cayeron sobre ellos fragmentos de yeso y trozos de piedra, un velón se derribó y algún antiguo sistema de pantoques, alguna puerta trampa existente en el casco empezó a crujir desde arriba y por el hueco llegó hasta ellos un graznido interrogativo.

Era Khorghakh, el sapo. Era el monstruo navegante del barco el que se abría paso hasta ellos. Olisqueó y volvió la cabeza. Vio a Charion. Inmediatamente, emitió un gruñido de satisfacción y empezó a bajar con rapidez por las paredes cubiertas de bajorrelieves, mientras Elric, aprovechando la falta de atención de Gaynor, se lanzaba repentinamente a través del altar artesanal y arrebató la varita de la mano del príncipe para luego lanzarse de nuevo contra él, al tiempo que Gaynor desenvainaba su propia espada y dirigía un mandoble contra la cabeza del albino.

Pero Tormentosa emitió ahora un sonido tan intensamente penetrante, tan agudo y específicamente rabioso, que desde el interior del casco surgió un jadeo de dolor..., un casco que no había experimentado ningún dolor durante milenios. Gaynor levantó la espada para intentar detener la espada rúnica, pero se tambaleó.

Entonces, Elric retiró la punta de su espada infernal y la hundió directamente en aquel lugar de la armadura de Gaynor tras el que habría podido estar escondido su corazón. El señor de los Condenados aulló con una repentina agonía al ser levantado en el aire, como una langosta sostenida al extremo de un pincho, con los brazos y las piernas flácidos, rugiendo su rabia mientras el conde Mashabak rugía la suya, suspendido, impotente, ensartado en la punta de Tormentosa.

—¿Dónde existe un infierno que pueda infligirte tu justo castigo, Gaynor el Condenado? —preguntó Elric entre los dientes apretados.

Y fue la Rosa quien le contestó con serenidad.

—Yo conozco un lugar así, Elric. Debéis convocar a vuestro demonio patrón. ¡Convocad a Ariocho a este ámbito!

—¡Estáis loca, señora!

—Tenéis que confiar en mí. El poder de Ariocho será débil. No ha tenido tiempo para recuperarse. Pero tenéis que hablar con él.

—¿Qué bien puede hacernos Ariocho en todo esto? ¿Le devolveréis a su prisionero?

—Convocadle —insistió ella—. Así es como debería ser. Tenéis que llamarle, Elric. Sólo haciéndolo así podrá alcanzarse de nuevo algo de armonía.

Así pues, Elric, con su enemigo, el príncipe Gaynor, ensartado como una araña por la punta de un palo, delante de él, gritó el nombre de su patrono, el duque del Infierno, una criatura que lo había traicionado, que había intentado incluso aniquilarle para siempre.

—¡Ariocho! ¡Ariocho! Acudid a vuestro servidor, señor Ariocho. Os lo ruego.

Mientras tanto, el sapo había llegado al suelo y se arrastraba hacia donde estaba Charion, hacia su amor perdido, y había una especie de blando afecto en su rostro cuando la muchacha se le acercó, le acarició las enormes manos, le dio palmaditas en las escamas, mientras que desde arriba llegaba hasta ellos una voz tenue:

—¡Parece ser que hemos llegado a tiempo! El sapo nos encontró esta entrada. —Y a través de una trampa puerta rota apareció la cabeza de Ernest Wheldrake, que les miraba a todos con expresión de preocupación—. Temía que pudiéramos llegar tarde.

Charion Phatt estaba dando palmaditas en la cabeza embelesada del sapo, y no podía dejar de reír.

—No nos dijisteis que ibais a buscar ayuda, querido.

—Pensé que sería mejor no prometeros nada. Pero, además, traigo nuevas y buenas noticias. —Se quedó mirando la ruta por la que el sapo había descendido, de un saliente de madera a otro, hasta llegar al suelo, y sacudió la cabeza—. Me reuniré con vosotros en cuanto pueda —dijo, y se marchó.

—¡Arioch! —volvió a gritar Elric—. ¡Acude a mí, mi patrono!

Pero hoy no podía ofrecerle sangre ni almas.

—¡Arioch!

Y allí, en una esquina de la destartada estancia, una cosa oscura y humeante se enroscó sobre sí misma y se sacudió, gruñó y finalmente se transformó en un atractivo joven de maravillosa gracia, pero todavía no del todo sustancial. Y la sonrisa que mostraba tenía toda la dulzura de una colmena.

—¿Qué sucede, mi pequeño?

—Aquí tenéis ahora vuestra oportunidad de establecer un trato, Elric —dijo entonces la Rosa—. ¿Qué es lo que tiene este demonio que os gustaría recibir de él?

Elric, cuyos ojos se movían desde Gaynor a Arioch, vio que su patrono miraba con esfuerzo, como si estuviera medio ciego, hacia la esfera ectoplásmica y al agitado Gaynor.

—Sólo su derecho sobre el alma de mi padre —dijo Elric.

—Pedídselo entonces —dijo la Rosa con voz vibrante y una urgencia controlada—. Pedidle que os devuelva su derecho sobre ese alma.

—No estará de acuerdo —dijo Elric.

A pesar de la poderosa energía de la espada, empezaba a cansarse de mantener en vilo a Gaynor.

—Pedídselo —insistió ella.

Finalmente, Elric dijo por encima del hombro.

—Mi señor Arioch, mi patrono, duque del Infierno. ¿Me entregaréis vuestro derecho sobre el alma de mi padre?

—Desde luego que no —contestó Arioch con voz tímida y extrañada—. ¿Por qué iba a hacerlo? Él era mío, del mismo modo que tú lo eres.

—Ninguno de los dos lo sería si Mashabak quedara en libertad —dijo Elric—. Y eso lo sabéis muy bien.

—Dámelo a mí —pidió Arioch débilmente—. Dame a mi prisionero, que es mío por derecho, a quien yo mismo he atrapado con el poder de mis sutilidades ocultas. Dame a Mashabak y yo te devolveré ese derecho.

—Mashabak no es mío, de modo que no os lo puedo entregar —dijo Elric, comprendiendo por fin—. Pero os entregaré a Gaynor para que hagáis ese intercambio.

—¡No! —gritó el príncipe de los Condenados—. ¡No podría soportar tanta ignominia!

Arioch ya estaba sonriendo.

—Oh, ¿de veras, dulce traidor inmortal? Claro que la vas a tener que soportar, y muchas más cosas. Conozco nuevos tormentos que en estos

momentos son inconcebibles para ti, pero que te harán contemplar con nostalgia los que ahora sufres, y que considerarás como el momento en que empezó tu verdadera agonía. Haré caer sobre ti todas las torturas que tenía reservadas para Mashabak.

El cuerpo dorado se desplazó como un rayo hacia el aullante Gaynor, quien suplicaba a Elric por todo aquello que tuviera por más santo que no lo entregara en manos del duque del Infierno.

—No se os puede matar, Gaynor el Condenado —dijo la Rosa, con el rostro arrebolado por el triunfo—, pero sí que se os puede castigar. Ariocho os castigará, y cada vez que lo haga recordaréis que fue la Rosa la causante de vuestros tormentos y que será la venganza de la Rosa la que caiga sobre vos, por la condena que trajisteis a nuestro paraíso.

Elric empezó a darse cuenta de que no todo había sido pura coincidencia, que buena parte de lo ocurrido era el resultado de un plan alimentado durante mucho tiempo por la Rosa para asegurarse de que Gaynor no pudiera traicionar a nadie más como la había traicionado a ella y a los de su raza. Ésa era la razón por la que ella había vuelto aquí, por la que había prestado a las hermanas los tesoros de su patria perdida.

—¡Iros ahora, Gaynor!

Observó cómo la sombra dorada abrazaba al príncipe, que no dejaba de retorcerse, y pareció absorber toda la criatura cubierta por la armadura en sí misma, antes de volver a fluir de nuevo, rápidamente, hacia su rincón para descender desde allí por el estrecho túnel que atravesaba el Multiverso y que Elric había creado con su convocatoria.

—¡Iros ahora, príncipe Gaynor! Iros a vuestra conciencia eterna y sin sueño, a experimentar todos esos horrores que os habían parecido familiares.

Habló con una considerable satisfacción, mientras el rostro del conde Mashabak se apretaba por un momento contra la membrana y sus colmillos entrechocaban y trataba de distinguir a su rival que se llevaba, con algo parecido a la gratitud, a su pequeño trofeo de vuelta a su propia dimensión.

—Ahora ya no tengo ningún derecho sobre el alma de tu padre, Elric...

—Pero ¿y Mashabak? —preguntó Elric al darse cuenta de la responsabilidad que había recaído sobre ellos—. ¿Qué haremos con Mashabak?

La Rosa le miró, sonriente. Era una sonrisa suave, llena de sabiduría.

—Hay algo que todavía tenemos que hacer —dijo.

Se volvió y habló en murmullos con las tres hermanas, que tomaron sus espadas, una de marfil, otra de oro y otra de granito y con un exquisito cuidado colocaron un anillo de zarza de rosal alrededor de la punta de cada espada, de modo que éstas adquirieron repentinamente una luz fulgurante, una serena energía, la energía de la naturaleza equilibrada contra el desenfrenado poder del Caos. Luego, levantaron las espadas al unísono por debajo de la pesada membrana de aquella prisión cósmica, de modo que cada punta tocó ligeramente aquella piel.

Y el conde Mashabak gruñó y amenazó y dijo algunas palabras en una lengua sólo conocida por él mismo; impotente por el simple hecho de haber sido capturado, pues era una criatura que había conocido un poder casi ilimitado y que no tenía medios de existir con la conmoción de su propia y forzada impotencia. No sabía cómo suplicar o negociar, o ni siquiera engatusar, como había hecho Ariocho, pues su naturaleza era mucho más directa. Se había regodeado con la fuerza incontrolada de su poder. Se había acostumbrado a crear todo aquello que deseaba, a destruir todo aquello que le disgustaba. Les

gritó que lo liberaran, refunfuñó y se mostró sumiso mientras las puntas de las espadas continuaban sosteniendo la esfera ectoplásmica. Era una clase de semidiós crudo y bruto y sólo sabía amenazar.

La Rosa sonrió. Era como si hubiera conseguido todo aquello con lo que había soñado durante muchos años.

—Ese demonio necesitará ser domesticado —dijo.

Si Elric había considerado con incredulidad la audacia de Gaynor, ahora admiró la que demostraba la Rosa.

—Habéis sabido durante todo este tiempo cómo se podía controlar a Mashabak —dijo—. Habéis manipulado los acontecimientos para que todos estuviéramos aquí, presentes al mismo tiempo...

No era una acusación, sino simplemente la constatación de que por fin lo había comprendido.

—Tomé acontecimientos que ya existían —se limitó a decir la Rosa—. Hice lo que pude en mi confabulación. Pero nunca pude estar segura de cuál sería el resultado, ni siquiera cuando Gaynor trataba de negociar con vos a cambio del alma de vuestro padre. Y todavía no lo sé, Elric. ¡Mirad!

Se dirigió a la mesa sobre la que Gaynor había colocado los tesoros robados y tomó en sus manos la caja de palo de rosa, de dulce aroma; avanzó hacia donde estaban las tres hermanas que sostenían la esfera sobre las puntas de sus espadas, tan delicadamente como si sostuvieran una enorme burbuja de jabón, cada una de ellas concentrada en su tarea, mientras una extraña y burbujeante energía empezaba a latir a lo largo de las hojas. Por la de marfil se vertía una blancura humeante, y por la de granito una sustancia gris y enroscante, mientras que la hoja dorada se sacudía con la luz del color de una rosa recién cortada, y todos estos colores giraban y se enroscaban entre sí formando una especie de espiral que se elevaba hacia lo alto de la esfera para luego regresar.

Conducidas por la Rosa, las hermanas empezaron a cantar, controlando las corrientes de la fuerza vital multiuniversal, que las envolvía en una estremecedora red de luz pálida al mismo tiempo que ellas trabajaban.

Luego, la Rosa llamó a Elric.

—Traed vuestra espada ahora, irápido! Tiene que ser, una vez más, la conductora de toda esta energía.

Abrió entonces la tapa de la caja.

El albino se adelantó y su cuerpo realizó extraños gestos rituales cuyo significado era desconocido incluso para él.

Levantó la Espada Negra a pesar de emitir un gemido de protesta, y la colocó entre las otras espadas, como si fuera su vértice.

Cuidadosa y lentamente, la Rosa se movió hasta que sostuvo la caja abierta directamente por debajo del pomo de la espada rúnica y una vez que estuvo en esta posición gritó.

— ¡Golpead! ¡Golpead hacia arriba, Elric! ¡En el corazón mismo del demonio!

Y el albino emitió un grito de terrorífica angustia cuando el señor del Caos vertió su fuerza infernal, en respuesta a su única estocada. Y el alma demoníaca e impía de Mashabak se vertió con una efusión de oscura radiación que hizo estremecer y aullar de nuevo a Tormentosa, para bajar por la hoja e introducirse en la caja del alma que la Rosa tenía preparada para recibirla.

Y fue sólo en ese preciso instante cuando Elric se dio cuenta de lo que había hecho, bajo la dirección de la Rosa.

—¡El alma de mi padre! —exclamó—. ¡La habéis unido con la de ese demonio! ¡La habéis destruido!

—¡Ahora lo controlamos! —exclamó la Rosa con su sutil piel sonrosada encendida de placer—. Ahora ya tenemos a Mashabak. Ningún mortal tiene el poder para destruirlo, pero ahora es nuestro prisionero. ¡Y permanecerá así para siempre! Mientras podamos destruir su alma, se verá obligado a obedecernos. A través de él recrearemos los mundos que él mismo aplastó.

Y tras decir esto cerró la tapa de la caja.

—¿Cómo podéis controlarlo cuando Gaynor no pudo?

Elric levantó la mirada hacia donde, extrañamente pasivo, el conde demonio lo contemplaba todo desde su prisión.

—Porque ahora poseemos su alma —contestó la Rosa—. Ésta es mi satisfacción y mi venganza.

En ese momento, Wheldrake surgió desde detrás del lomo cubierto de escamas de su rival en amores.

—No es una venganza muy espectacular, señora.

—Buscaba resolución a mi dolor —dijo la Rosa—. Y aprendimos, mis hermanas y yo, que esa resolución raras veces se consigue mediante más destrucción. Estas dos, además, nunca podían ser destruidas, pero hemos procurado que, al vivir, sirvieran para algún propósito útil, y eso era todo lo que deseaba conseguir. Hacer un bien positivo allí donde sólo se había hecho un daño positivo. Es la única forma posible de venganza para alguien como yo.

Y Elric, que contemplaba con un creciente horror la caja del alma, no pudo decir nada. Había pasado por todo esto, pensó, para terminar fracasando precisamente en el último instante, cuando ya creía haber alcanzado el éxito.

La Rosa, sin embargo, seguía sonriéndole. Sus cálidos dedos le acariciaron el rostro con suavidad. Él la miró, pero no pudo decirle nada.

Las hermanas ya descendían las espadas. Parecían sentirse exhaustas y apenas si pudieron guardar las armas en sus vainas. Charion Phatt, dejando al sapo y a Wheldrake, acudió a atenderlas.

—Aquí.

La Rosa se acercó a la mesa y recogió la flor viva de donde había caído sobre la caja de palo de rosa que contenía aquellos tres anillos de zarzas de rosal que habían ayudado a encadenar el alma de un demonio. Le entregó la flor a Elric. Había rocío sobre las hojas, como si todavía la cultivaran en un jardín.

—Os agradezco el recuerdo, señora —dijo Elric con voz serena, aunque todavía sentía la mente atenazada por el horror que iba a producirse.

—Debéis llevarla a vuestro padre —dijo ella—. Él os estará esperando en aquellas ruinas. Las ruinas donde vuestro pueblo estableció su pacto final con el Caos.

Aquellas palabras no le parecieron nada divertidas a Elric.

—Tendré que hablar con mi padre dentro de muy poco, señora —dijo.

Emitió un profundo suspiro y envainó la hoja de combate. No contemplaba el futuro con ningún placer. Ella, en cambio, se estaba riendo.

—¡Elric! ¡El alma de vuestro padre jamás estuvo en esa caja! Al menos, no estuvo atrapada en ella como lo está ahora el demonio. Los anillos de zarzas de rosal son para atenazar el alma de un demonio. La caja fue construida para contener el alma de un demonio. Pero la Rosa Eterna es demasiado delicada para contener un alma así. Sólo puede contener el alma de un ser mortal que haya amado a otro más que a sí mismo. Esta flor protege y es alimentada por el alma de vuestro padre, Elric. Esa es la razón por la que vive. Está informada de todo lo que es bueno en Sadric. Llevádsela a vuestro padre. Una vez que la tenga en su poder, podrá reunirse con vuestra madre, como ha anhelado desde hace tanto tiempo. Arioeh ha renunciado al derecho que tenía sobre él, y Mashabak no tiene poder alguno sobre él. Nosotras utilizaremos el poder de Mashabak. Obligaremos al conde del Infierno a restaurar todo aquello que amábamos. Y así, al transformar este mal en bien, redimiremos el pasado. Y ésta es la única forma que tenemos los mortales de redimir alguna vez nuestro propio pasado. Ésa es la única venganza positiva. Tomad la flor.

—Se la llevaré a mi padre, señora —dijo Elric.

—Y entonces, podréis llevarme de regreso a Tanelorn.

Se quedó mirando sus ojos serenos y castaños y vaciló sólo un momento antes de contestar.

—Me sentiré muy honrado, señora.

De repente, sonó el grito de Wheldrake:

— ¡El sapo! ¡El sapo!

La criatura se arrastraba sobre unas patas macizas, a través de la puerta de la cámara, para salir a las galerías y los puentes arruinados, donde todos los desdichados, liberados de su servidumbre al Caos, corrían y huían por todas partes, saliendo del gran casco como conejos asustados de una madriguera. Wheldrake echó a correr detrás de él.

— ¡Alto, querido sapo! ¡Dulce rival! ¡Detente por el bien de nuestro mutuo amor! ¡Te lo ruego!

Pero el sapo se volvió entonces, ya a las puertas de El Barco Que Fue y miró a Wheldrake, luego miró a Charion Phatt que había seguido a Wheldrake y se detuvo, como si los esperara. Al acercarse más, continuó su camino y salió del casco a la luz. Los humanos corrían como piojos a su alrededor, escapando hacia una tierra que ya no era regida por el Caos. Y allí se detuvo, esperándolos...

... Donde estaba mamá Phatt, inestable sobre su silla de ruedas, transportada a lo largo de la playa por su hijo y por su nieto, que estaban sudando y exhaustos, mientras ellas les gritaba que aumentaran el paso. Entonces, al ver a su nieta y a Wheldrake les ordenó que se detuvieran.

—Mis queridos muñecos, mi dulce corazón, mi querido y alegre muchacho. —Apartó el destartalado parasol con el que había protegido hasta entonces su sabia y anciana cabeza y se pasó la lengua por los labios, mirando a Wheldrake con expresión amorosa—. ¡Mi querido forjador de palabras! ¡Oh, qué feliz será mi Charion! ¡Qué feliz habría sido yo misma si sólo hubiera sabido que estabais en Putney! ¡Bajadme! ¡Bajadme, muchachos! Hemos llegado. ¡Ya os dije que estábamos a salvo! Ya os dije que ella tenía una o dos maquinaciones pendientes, un par de giros en el tejido cósmico, un poco de magia que sacarse de las mangas arrugadas. ¡Ah, mi dulce y pequeño cabeza roja! ¡Pequeño juerguista de las rimas! Venid aquí. Buscaremos el Fin del Tiempo.

—Un lugar bastante confuso, por lo que recuerdo —dijo Wheldrake, aunque disfrutaba con la aprobación de la anciana, con su celebración, con el placer que demostraba por el hecho de que él se uniera a la familia.

—¡Te dije que no debíamos irnos muy lejos, padre! —exclamó Koropith Phatt con expresión de triunfo, de modo que Fallogard Phatt le dirigió una mirada firme—. Aunque también tú tuviste razón, claro, cuando reconociste esta playa.

La Rosa y las tres hermanas salieron en ese momento del barco para saludar a sus amigos, pero sólo llevaban consigo la caja del alma, dentro de la cual se encontraba el metafísicamente atrapado conde del Infierno, donde tendría tiempo para reflexionar un poco sobre la naturaleza de su destino en el que se vería obligado a crear todo aquello que era anatema para él. En la mano izquierda, colgando suelta y arrastrándola por los guijarros de la playa, la Rosa llevaba la piel de lobo que Gaynor había encontrado sin saber que era una señal de que, de alguna manera, Esbern Snare había quedado liberado por fin de su carga particular.

—¿Qué? —preguntó Wheldrake con sorpresa—. ¿Os lleváis eso como trofeo, señora?

Pero la Rosa sacudió la cabeza con suavidad.

—En otro tiempo perteneció a una hermana mía —dijo—. La única otra superviviente de la traición de Gaynor.

Y sólo entonces comprendió Elric toda la importancia de la urdimbre del destino de la Rosa, de su extraordinaria manipulación del tejido del Multiverso.

Mamá Phatt la miraba enigmáticamente.

—¿Habéis encontrado, pues, vuestra satisfacción, querida?

—Tanto como me ha sido posible —asintió la Rosa.

—Servís a una cosa poderosa —añadió la anciana, que descendió de la silla y avanzó tambaleante sobre los guijarros, con el rostro encendido por una amplia variedad de satisfacciones—. ¿Llamáis a eso el Equilibrio, por casualidad?

Pero la Rosa pasó un brazo por el de mamá Phatt y la ayudó a sentarse sobre un cubo vuelto boca abajo y le dijo.

—Podemos estar de acuerdo, simplemente, en que me opongo a toda forma de tiranía, tanto si es de la Ley como del Caos o de cualquier otro poder...

—En tal caso es al mismo Destino al que servís —dijo con firmeza la anciana—. Pues ésta ha sido una poderosa maquinación, mi niña. Ha contribuido a hacer la realidad más fresca en el Multiverso. Ha corregido las desorganizaciones que tanto nos afectaron. Ahora ya podemos continuar nuestro viaje.

—¿A dónde vais, mamá Phatt? —preguntó Elric—. ¿Dónde encontraréis la seguridad que buscáis?

—El futuro esposo de mi sobrina me ha convencido de que deberíamos descubrir la clase de paz doméstica que valoramos en el lugar que él llama «Putney» —dijo Fallogard Phatt con un tono de voz bondadoso y algo vacilante—. Así que todos nosotros buscaremos ese lugar con él. Según nos ha dicho, tiene una obra épica inacabada, en dos volúmenes, referente a un héroe local de su pueblo, que por lo visto se dejó en Putney. Así que tenemos que empezar por allí, al menos. Ahora, formamos todos una familia unida y no tenemos la intención de volver a separarnos.

—Yo iré con ellos, señora —dijo Fallogard Phatt, que tomó con rapidez la mano de la Rosa y se la besó, casi con azoramiento—. Tomaremos el barco y el sapo y cruzaremos el Mar Pesado de nuevo. Desde allí, seguiremos los caminos que cruzan los ámbitos hasta que, sin duda, llegaremos inevitablemente a Putney.

—Os deseo un viaje directo y feliz —dijo ella, que también le besó las manos, antes de añadir—: Os echaré de menos, maese Phatt, y vuestra forma tan experta de seguir una pista a través del Multiverso. Jamás ha existido un sabueso psíquico mejor!

El príncipe Elric abandonó la fatídica playa  
con una gran esperanza en su corazón,  
con la dulce rosa floreciente en la mano  
que ningún mortal podía disipar...

Entonó el poeta de cabeza roja para luego encogerse de hombros a modo de disculpa.

—Hoy no estaba preparado para epílogos. Sólo había confiado en encontrar un final noble. ¡Vamos, sapo! ¡Vamos, Charion! ¡Vamos, familia! ¡Navegaremos de nuevo por el Mar Pesado! ¡Hacia la lejana Putney y la dorada bendición de una feliz vida doméstica!

Y hubo algo en el orgulloso príncipe de las Ruinas que suspiró en el momento en que Wheldrake se despidió para ir al encuentro de las menos dramáticas aventuras del hogar.

Luego, se volvió hacia la Rosa, aquella misteriosa manipuladora de los destinos, y se inclinó ante ella.

—Venid, señora —le dijo—. Tenemos que convocar a un dragón y hacer un viaje. Sin duda, mi padre se sentirá un tanto preocupado por el bienestar de su tan zarandeada alma.

## **Epílogo**

### **En donde el príncipe de las Ruinas hace honor a su promesa**

Contra el calor lleno de la luna de la cosecha, Hocico de Cicatriz levantó su magnífica cabeza para tantear el viento, balanceó las alas una sola vez para establecer el curso y se alejó de aquella perpetuidad de noche donde se había ocultado el fantasma de Sadric.

Elric había colocado la rosa viva en la pálida mano de su padre. Había observado cómo la rosa se desvanecía y moría al fin, al no poder mantenerse con vida por la cosa que había permanecido oculta en ella. Entonces, Sadrid había emitido un profundo suspiro.

—Ya no puedo seguir odiándote, hijo de tu madre —le dijo—. No había confiado demasiado en el regalo que me acabas de traer.

Y su padre lo había besado en la mejilla, con labios repentinamente cálidos, en un momentáneo gesto de afecto como no había hecho en vida.

—Te esperaré, hijo mío, allí donde tu madre me espera ahora, en el Bosque de las Almas.

Elric había observado cómo el fantasma se desvanecía, como un susurro llevado por el viento y, levantando la mirada, se había dado cuenta de que el Tiempo ya no permanecía en suspenso, y que la historia sangrienta de Melniboné, sus diez mil años de dominación, de crueldad y conquista despiadada, se hallaban en el punto de su inicio.

Por un breve instante, había considerado la posibilidad de emprender alguna nueva acción que cambiara el curso del progreso del Imperio Brillante a lo largo de los siglos, que convirtiera a los de su raza en un pueblo más suave y noble, pero luego sacudió la cabeza, se volvió y le dio la espalda a H'hui'shan, a su pasado y a toda preocupación sobre lo que podría haber sido. Se instaló entonces en aquella montura natural situada tras los hombros del dragón y, con una gran seguridad en sí mismo, con una nueva esperanza en su voz, le pidió a su montura que lo llevara cielo arriba.

Se elevaron juntos, con el dragón aleteando contra las nubes que giraban, hacia la languidez estrellada de una noche melniboneana, hacia un futuro en el que, tras ciertas encrucijadas situadas al borde del Tiempo, le esperaba la Rosa.

Pues él le había prometido que en cuanto ella viera Tanelorn, estaría cabalgando sobre un dragón.

## NOTA ACERCA DEL AUTOR

Michael Moorcock (1939), el más polifacético de los escritores ingleses contemporáneos, ha alcanzado la celebridad literaria por dos caminos diferentes, en ambos con carácter revolucionario. Dirigió la revista *New Worlds* desde el número 142 (mayo/junio 1964) hasta el 201 (marzo 1971), gestando desde sus páginas el movimiento literario que se conoció como *New Wave*, el más influyente que puede recordar la ciencia ficción moderna. Como autor, con una obra prolífica en los campos de la ciencia ficción y la fantasía, ha llegado a convertirse en una de las firmas más populares del mundo por su creación del *Multiverso*, escenario en el que transcurren numerosos ciclos de novelas entre las que existen constantes referencias cruzadas que les confieren una complejidad global extraordinaria.

Un nuevo intento, ampliado, de establecer una bibliografía lo más completa posible del autor, comprende los siguientes libros:

### **CICLO DEL MULTIVERSO:**

#### **El campeón eterno:**

1970 — *The Eternal Champion* (*El campeón eterno*, Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 4, Barcelona, 1985).

— *Phoenix in Obsidian*, también publicada como *The Silver Warriors* («Fénix de obsidiana», en *Crónicas del Campeón Eterno*, Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1991).

1987 — *The Dragón in the Sword* («El dragón en la espada», en *Crónicas del Campeón Eterno*).

La serie enlaza con *The Champion of Garathorm* e incorpora en *The Dragón in the Sword* la saga de la familia Von Bek. También pertenece a la serie el cómic, con guión del autor:

1978 — *The Swords of Heaven, The Flowers of Hell*, dibujado por Howard Chaykin («Espadas del cielo, ángeles del infierno», en *Comix Internacional* 4—7, Barcelona, 1980—81).

#### **Familia von Bek:**

1981 — *The War Hound and the World's Pain* (*El perro de la guerra y el dolor del mundo*, Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 3, Madrid, 1987).

1982 — *The Brothel in Rosenstrasse*. 1986 — *The City in the Autumn Stars*.

#### **Dorian Hawkmoon:**

1967 — *The Jewel in the Skull* («La joya en la frente», en *El Bastón Rúnico*, Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1989).

1968 — *The Mad God's Amulet*, también publicada como *Sorcerer's Amulet* («El amuleto del Dios Loco», en *El Bastón Rúnico*).

— *The Sword of the Dawn* («La Espada del Amanecer», en *El Bastón Rúnico*).

1969 — *The Runestaff*, también publicada como *The Secret of the Runestaff* («El Bastón Rúnico», en *El Bastón Rúnico*).

1973 — *Count Brass* (Ed. Martínez Roca, en preparación).

- *The Champion of Garathorm* (Ed. Martínez Roca, en preparación).  
1975 — *The Questfor Tanelorn* (Ed. Martínez Roca, en preparación).

### **Elric de Melniboné:**

1972 — *Elric of Melniboné*, también publicada como *The Drea—ming City* {*Elric de Melniboné*, Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 11, Barcelona, 1986}.

1976 — *The Sailor on the Seas of Fate* (*Marinero de los mares del destino*, Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 19, Barcelona, 1988).<sup>11</sup>

1989 — *The Fortress ofthe Pearl*.

1977 — *The Weird of the White Wolf* (*El misterio del lobo blanco*, Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 24, Barcelona, 1989).

1970 — *The Vanishing Tower*, también publicada como *The Sleeping Sorceress* (*La torre evanescente*, Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 27, Barcelona, 1990).

1977 — *The Bañe ofthe Black Sword* {*La maldición de la Espada Negra*, Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 30, Barcelona, 1991}.

1965 — *Stormbringer*(Ed. Martínez Roca, en preparación).

En una versión anterior de la serie, que se refundió en los libros ya indicados, se publicaron también los títulos siguientes:

1961 — *The Stealer of Souls*. 1970 — *The Singing Citadel*.

1973 — *Elric: TbeReturn toMelniboné*, con dibujos de Philippe Druillet.

— *Thejade Man 's Eyes*.

### **Corum:**

1971 — *The Knight of the Swords* {*El caballero de las espadas*, Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 8, Madrid, 1988}.

— *The Queen of the Swords* {*La reina de las espadas*, Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 9, Madrid, 1988}.

— *The King ofthe Swords* {*El rey de las espadas*, Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 10, Madrid, 1988}.

1973 — *The Bull and the Spear*.

— *The Oak and the Ram*.

1974 — *The Sword and the Stallion*.

### **OTROS CICLOS:**

#### **Colonel Pyat:**

1981 — *Byzantium Endures*.

1984 — *The Laughter ofCarthage*.

---

<sup>1</sup> Esta novela, junto a otra de título provisional *TheRevenge of the Rose*, en proceso de escritura, se sitúa antes de la caída de Melniboné, es decir, antes de *The Weird ofthe White Wolf*. Su publicación está prevista en esta editorial, una vez aparecida la segunda, para la colección Gran Fantasy.

### **Osear Bastable y Una Persson:**

1971 — *The War Lord of the Air*.

1974 — *The Lana Leviathan*.

1979 — *The Steel Tsar*.

La serie enlaza con *The Adventures of Una Persson and Catheríne Cornelius in the Twentieth Century*<sup>2</sup>

### **Jerry Cornelius:**

1968 — *The Final Progame (El programa final*, Ed. Minotauro, Barcelona, 1979).

1971 — *A Cure for Cáncer*.

1972 — *The English Assassin: A Romance in Entropy*.

1977 — *The Condition of Muzak*.

1981 — *The Entropy Tango*.

1976 — *The Lives and Times of Jerry Cornelius*.

— *The Adventures of Una Persson and Catheríne Cornelius in the Twentieth Century*.

### **Relacionados:**

1971 — *The Nature of the Catastrophe*, con otros autores, recopilación del autor en colaboración con Langdon Jones (*La naturaleza de la catástrofe*, Francisco Arellano Editor, Madrid, 1978).

1980 — *The Great Rock and Roll Swindle (El gran timo del Rock and Roll*, Ed. Júcar, Madrid, 1982).<sup>3</sup>

### **Bailarines del Fin del Tiempo:**

1972 — *An Alien Heat*. 1974 — *The Hollow Lands*.

1976 — *The End of All Songs*.

— *Legends from the End of Time*.

1977 — *The Transformation of Miss Mavis Ming*, también publicado como *A Messiah at the End of Time*.

Relacionada (enlaza con la última citada):

1965 — *The Winds of Limbo*, también publicado como *The Fireclown*.

### **Karl Glogauer:**

1969 — *Behold the Man (He aquí el hombre*, Ed. Destino, col. Cronos núm. 10, Barcelona, 1990). 1972 — *Breakfast in the Ruins*.

### **Serie de Michael Kane:<sup>3</sup>**

---

<sup>2</sup> La tetralogía inicial ha sido publicada también como *The Cornelius Chronicles (1977)*, en uno y dos volúmenes revisados por el autor. *The Cornelius Chronicles III* incluye *The Adventures of Una Persson* y — *The Alchemist's Question*—, del libro *The Opium General*.

<sup>3</sup> Serie escrita originalmente como Edward P. Bradbury.

- 1965 — *The City of the Beast*, también publicado como *Warríors of Mars*.  
 — *The Lord of the Spiders*, también como *Blades of Mars*.  
 — *The Masters of the Pit*, también como *Barbarians of Mars*.

#### **OTRAS OBRAS:**

1962 — *Caribbean Crisis*, con James Cawthorn y, conjuntamente, como Desmond Reid.

— *The Blood Red Game*, también publicado como *The Sundered Worlds*.

1966 — *The Deep Fix*, como James Colvin.

— *The LSD Dossier*, reescritura de un original de Roger Harris (serie Nick Allard/1).

— *Somewhere in the Night*, como Bill Barclay (Nick Allard/2).

— *Printers Devil, Etc.* (Nick Allard/3).

— *The Twilight Man*, en revista como «The Shores of Death».

1967 — *The Wrecks of Time*.

1969 — *The Black Corridor*.

— *The Ice—Shooner* (*La nave de los hielos*, Ed. Acervo, col. C/F núm. 29, Barcelona, 1979).

— *The Time Dweller*.

— *The Distant Suns*, con James Cawthrony, conjuntamente, como Philip James.

1970 — *The Chinese Agent*, revisión de *Somewhere in the Night*.

1971 — *The Rituals of Infamy*, revisión de *The Wrecks of Time*.

1976 — *Moorcock's Book of Martyrs*, también publicado como *Dying for Tomorrow*, relatos (*El libro de los mártires*, Producciones Editoriales, col. Star Books, Barcelona, 1976).

— *The Time of Hawklords*, con Michael Butterworth (*El tiempo de los Señores Halcones*, Producciones Editoriales, col. Star Books, Barcelona, 1976).

1977 — *Sojan*, juvenil.

1978 — *Gloriana or The Unfulfill'd Queen*.

1979 — *The Real Life Mr. Newman*.

— *The Golden Barge: A Pable*.

1980 — *My Experiences in the Third World War*.

— *The Russian Intelligence* (revisión de *Printers Devil Etc.*).

1984 — *The Opium General*, relatos.

1985 — *Elric at the End of Time*, relatos.

1988 — *Mother London*.

1989 — *Casablanca & Other Storíes*, relatos.

#### **ENSAYO:**

1978 — *EpicPooh*.

1983 — *The Retreat from Liberty— The Erosión of Democracy in Today's Britain*.

1985 — *Exploring Fantasy Worlds: Essays on Fantastic Literature*, con otros autores, Darrell Schweitzer (rec.).

1986 — *Letters from Hollywood*.

1987 — *Wizardry and Wild Romance: A Study of Heroic Fantasy*.

#### **ANTOLOGÍAS:**

1965 — *The Best of New Worlds*.

1967 — *Best SF Stories from New Worlds*.

1968 — *The Traps of Time*.

— *The Best SF Stories from New Worlds 2*.

— *The Best SF Stories from New Worlds 3*.

1969 — *The Best SF Stories from New Worlds 4*.

— *The Best SF Stories from New Worlds 5*.

— *The Inner Landscape* (no acreditada).

1970 — *The Best SF Stories from New Worlds 6*.

1971 — *The Best SF Stories from New Worlds 7*.

— *New Worlds Quaterly 1*.

— *New Worlds Quaterly 2*.

— *New Worlds Quaterly 3*—

1972 — *New Worlds Quaterly 4*.

1973 — *New Worlds Quaterly 5*.

— *New Worlds Quaterly 6*, también publicado como *New Worlds Quaterly 5* en su edición americana.

1974 — *The Best SF Stories from New Worlds 8*.

1975 — *Befare Armageddon*.

1977 — *England Invaded*.

1982 — *New Worlds: An Anthology*, como recopilador.

#### **PREMIOS:**

1967 — Nébula por «Behold the Man» (incluido en *El libro de los mártires*). 1970 — Guardian Fiction por *The Chinese Agent*.

1972 — British Fantasy de novela (August Derleth) por *El caballero de las espadas*.

1973 — British Fantasy por *El rey de las espadas*.

1975 — British Fantasy por *The Sword and the Stallion*.

1976 — British Fantasy por *The Hollow Lands*.

1977 — British Fantasy y Guardian Fiction por *The Condition of Muzak*.

1978 — World Fantasy y John W. Campbell Memorial por *Gloriaría*.